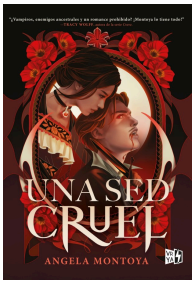
"¿Vampiros, enemigos ancestrales y un romance prohibido? ¡Montoya lo tiene todo!"
—TRACY WOLFF, autora de la serie *Crave*.



# UNA SED CRUEL

ANGELA MONTOYA

VR YA




**“Esa mujer era un fuego salvaje y cada parte de mi corazón no-muerto ardía por ella”.**

Como parte de una familia de cazadores, Carolina Fuentes desea ir tras vampiros sanguinarios más que nada en el mundo. Sin embargo, su padre tiene otros planes: casarla.
Decidida a demostrar que sería mejor cazadora que esposa, no tendrá más remedio que ir a buscar a un monstruo por su cuenta.

El encantador Lalo Villalobos estaba feliz con su vida sencilla. Ahora, convertido en un no-muerto, deberá abandonar la comodidad de su pueblo para ir en búsqueda del primer vampiro jamás creado, quien sin duda lo ayudará a volver a ser humano.
Pero en lugar de hallar la salvación, dará de lleno con una chica dispuesta a atravesarle el corazón con una estaca.

¿Podrán cazadora y presa unirse para batir a un enemigo mayor?
¿O se consumirán en el intento?



# ANGELA MONTOYA

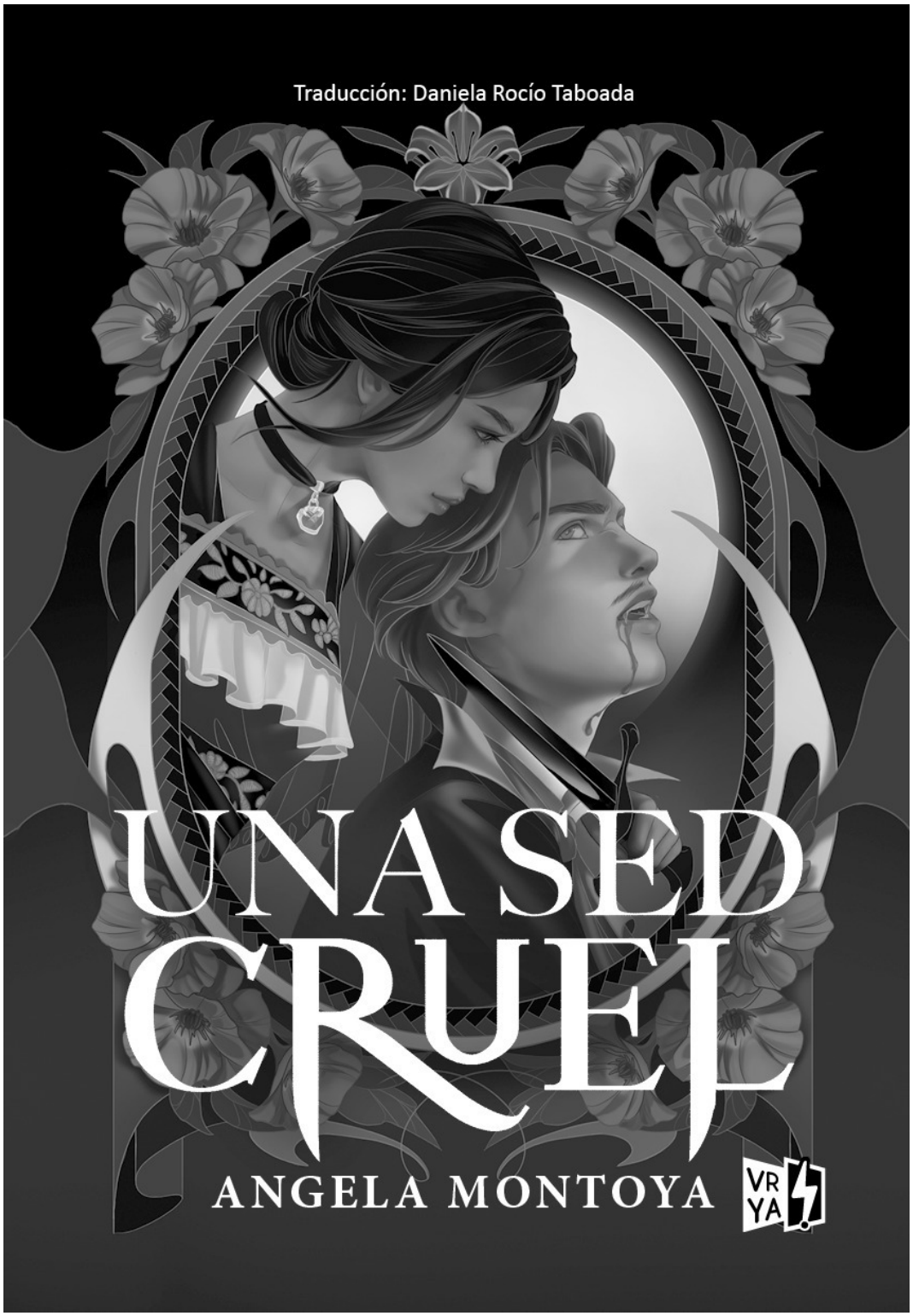
La obsesiona la magia de las historias desde niña. No ha pasado un día de su vida sin un libro en las manos, un show en su mente o la cita de alguna película en los labios.

Si no está en el mundo de las letras, se la puede hallar en su pequeña granja en el norte de California, junto a su pareja, sus dos hijos y a una multitud de animales.

¡Visítala!
**angelamontoyawrites.com**

Foto de la autora: Rachel Orr Lesiw

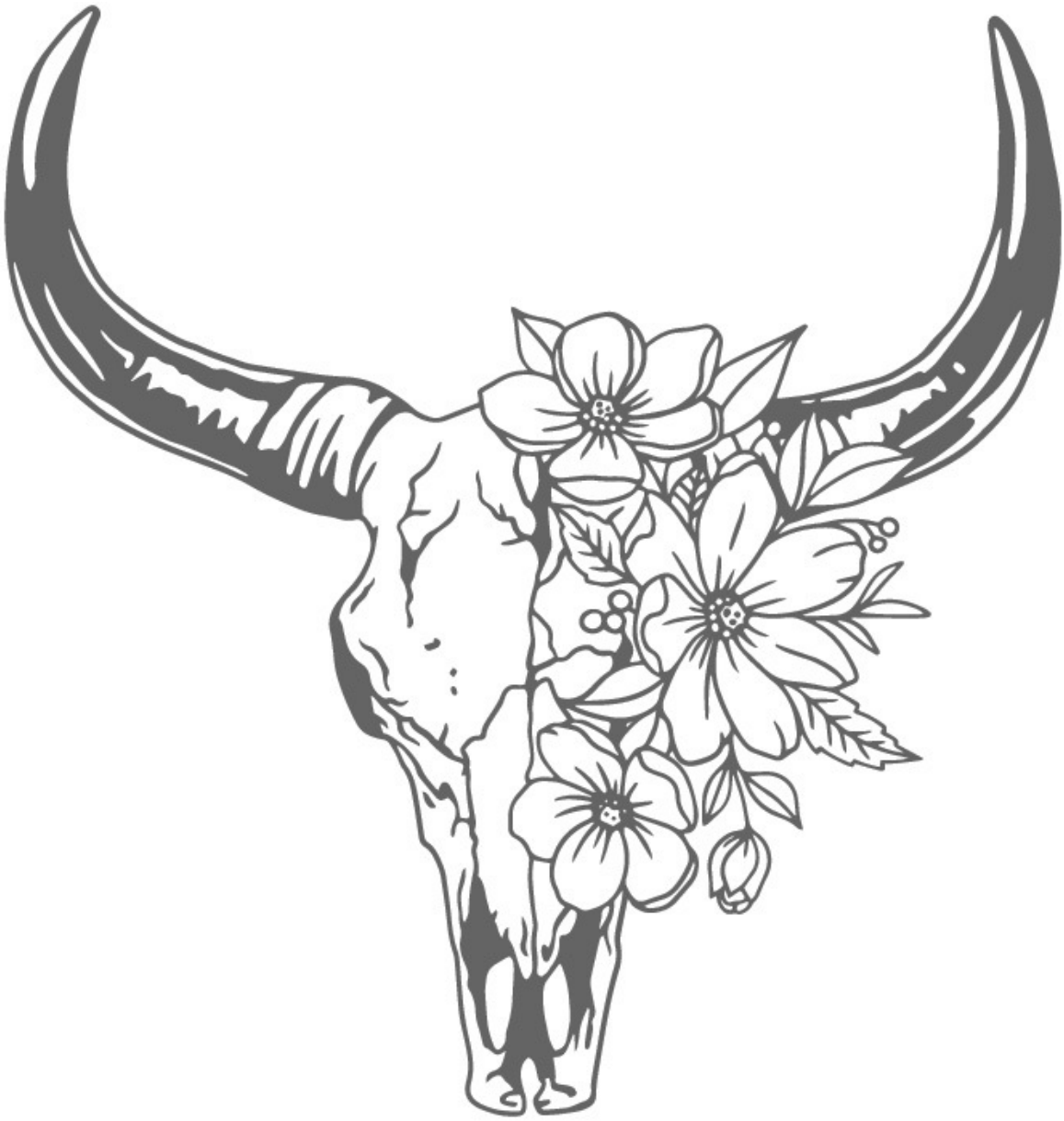
Traducción: Daniela Rocío Taboada



# UNA SED CRUEL

ANGELA MONTOYA

VR YA

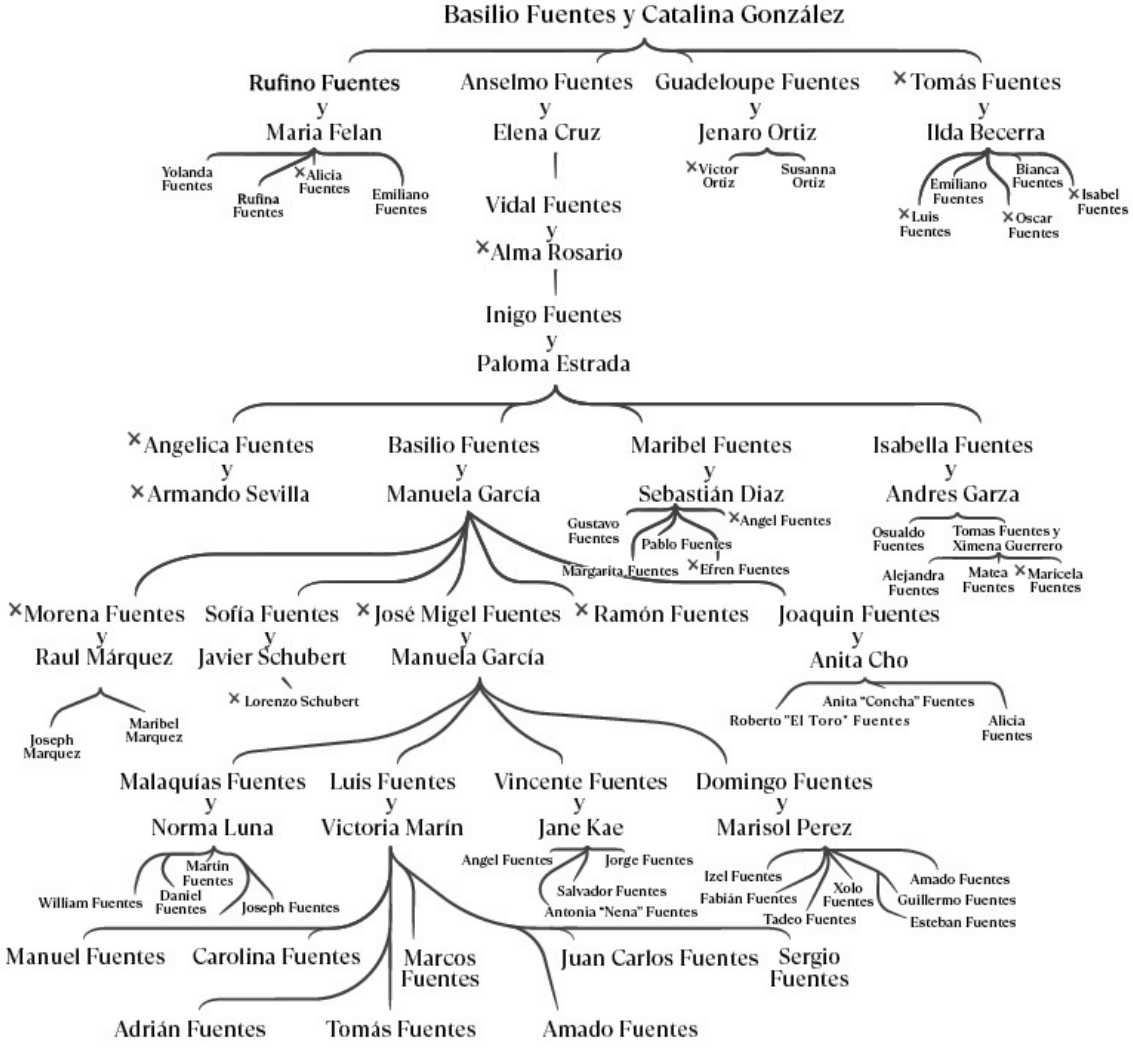


Para las hijas con espíritu salvaje:
continúen haciendo temblar al mundo.





# Los
# FUENTES
## *(1562 - Presente)*


Basilio Fuentes y Catalina González
Rufino Fuentes y Maria Felan
Yolanda Fuentes
Rufina Fuentes
×Alicia Fuentes
Emiliano Fuentes
Anselmo Fuentes y Elena Cruz
Vidal Fuentes y ×Alma Rosario
Inigo Fuentes y Paloma Estrada
Guadeloupe Fuentes y Jenaro Ortiz
×Victor Ortiz
Susanna Ortiz
×Tomás Fuentes y Ilda Becerra
Emiliano Fuentes
Bianca Fuentes
×Isabel Fuentes
×Luis Fuentes
×Oscar Fuentes
×Angelica Fuentes y ×Armando Sevilla
Basilio Fuentes y Manuela García
Maribel Fuentes y Sebastián Diaz
Gustavo Fuentes
×Angel Fuentes
Pablo Fuentes
Margarita Fuentes
×Efren Fuentes
Isabella Fuentes y Andres Garza
Osualdo Fuentes
Tomas Fuentes y Ximena Guerrero
Alejandra Fuentes
Matea Fuentes
×Maricela Fuentes
×Morena Fuentes y Raul Márquez
Joseph Marquez
Maribel Marquez
Sofía Fuentes y Javier Schubert
×Lorenzo Schubert
×José Migel Fuentes y Manuela García
×Ramón Fuentes
Joaquin Fuentes y Anita Cho
Anita "Concha" Fuentes
Roberto "El Toro" Fuentes
Alicia Fuentes
Malaquías Fuentes y Norma Luna
William Fuentes
Martin Fuentes
Daniel Fuentes
Joseph Fuentes
Luis Fuentes y Victoria Marín
Vincente Fuentes y Jane Kae
Angel Fuentes
Jorge Fuentes
Salvador Fuentes
Antonia "Nena" Fuentes
Domingo Fuentes y Marisol Perez
Izel Fuentes
Fabián Fuentes
Xolo Fuentes
Tadeo Fuentes
Amado Fuentes
Guillermo Fuentes
Esteban Fuentes
Manuel Fuentes
Carolina Fuentes
Marcos Fuentes
Juan Carlos Fuentes
Sergio Fuentes
Adrián Fuentes
Tomás Fuentes
Amado Fuentes



*No confíes nunca en los dioses, porque no quieren que tengamos una vida fácil.*

*–Izel 6:13*



# CAPÍTULO 1
# Lalo

LALO VILLALOBOS ODIABA MUCHAS COSAS. LAS CAMINATAS LARGAS, LAS CALLES atestadas de gente, los trajes desprolijos, las personas. Pero lo que más odiaba de todo era que no tomaran en serio su palabra. Esa noche, les demostraría a todos que no era ningún idiota.

El pergamino en su mano temblaba como las hojas restantes de los árboles sobre su cabeza. Se acercó a la luz de un farol y miró de nuevo el papel para asegurarse de que había leído bien su caligrafía. Por supuesto que lo había hecho. Sabía que esa ubicación era correcta, pero aún no se permitía creerlo. Todo ese tiempo, la asesina de sus padres había estado merodeando cerca.

Pasaba caminando frente a esa misma edificación casi a diario y nunca había tenido ni la más leve sospecha de que el monstruo vivía dentro. Incluso bajo la luz de la luna, Lalo notaba que la estructura de tres pisos estaba limpia y bien mantenida, como demostraba el toldo de hierro forjado y el techo de tejas negras. Lucía completamente ordinaria dentro de la ciudad bulliciosa de Los Campos. Lalo y su hermana, Fernanda, vivían a menos de cuatro cuadras de allí, en una casa de estilo similar.

En esa casa, hacía un año, parado frente a la ventana de su habitación, presenció el asesinato de sus padres bajo las luces parpadeantes de la calle. Había visto con horror paralizante cómo una mujer de cabello castaño rojizo, piel pálida y manos delicadas les abría las gargantas y no dejaba más que cadáveres detrás de sí.

Lalo se estremeció y guardó el papel en el bolsillo. Al hacerlo, sus dedos rozaron la estaca de madera que había tallado de la raíz de un sauce. Los vampiros no soportaban el contacto con las raíces de los árboles. Lalo pensó que era algo demasiado extraño cuando lo escuchó por primera vez, hasta que comprendió los orígenes de esas criaturas. Nacían de un humano egoísta dispuesto a hacer un trato con uno de los dioses del inframundo. Cualquiera que hubiera recibido educación religiosa durante la infancia sabría que esos dioses son engañosos. Los tratos con demonios siempre tienen un precio.

Tecuani era el primer dios que uno conocía al entrar a la Tierra de los Muertos. Era el cazador de corazones. Su único propósito era asegurarse de que las personas estaban realmente muertas antes de salir de su reino y entrar a la próxima prueba en la Tierra de los Muertos. Se aseguraba de que el corazón de una persona ya no latiera dentro de su pecho y de que su alma ya no estuviera conectada con la Tierra de los Vivos. Si encontraba a alguien que aún tenía pulso, adoptaba la forma de un jaguar y lo perseguía. Clavaba sus colmillos en la carne de la presa y la drenaba de sangre hasta que no quedaba ni una gota.

Tecuani estaba amarrado al Bosque de las Almas, la primera parada para quienes acababan de morir. Si intentaba atravesar las raíces de los árboles que funcionaban como barrera entre el reino de los vivos y el de los muertos sin una invitación, las plantas se enroscarían a su alrededor con fuerza implacable. Tampoco podía introducir ni un pie en el río que separaba su reino del Valle de los Recuerdos, o correría el riesgo de que las almas perdidas lo ahogaran en las profundidades infinitas del agua. Tenía sentido que los vampiros que Tecuani ayudaba a crear fueran débiles a los mismos elementos, incluso ante aquellos tan inofensivos como la madera y el agua bendita.

Lalo esperaba que esa historia fuera real. De otro modo, quedaría completamente indefenso cuando entrara al edificio donde creía que residía la asesina de sus padres. Entrar a un sitio en busca de un depredador sin un plan detallado sobre qué hacer después era una mala idea, pero necesitaba ver al monstruo con sus propios ojos. Lalo necesitaba asegurarse de que ella era la que había visto con tanta claridad en sus pesadillas. Solo entonces sabría con certeza que no se había vuelto loco como parecía que todos creían en el pueblo.

En los diecinueve años de vida de Lalo, solo había asistido a un par de bailes. Eran incómodos y sofocantes, y cada madre con una hija disponible se la lanzaba en brazos como si fuera un príncipe. A Lalo no le gustaba bailar, y tampoco le encantaba conversar sobre temas superfluos, lo cual hacía que su tiempo en los bailes fuera desagradable. Era feliz estando solo, pero Fernanda era igual que sus padres. Su hermana menor disfrutaba de la diversión. Por desgracia, que él se paseara por Los Campos advirtiéndole a la gente sobre una mujer con colmillos y ojos brillantes había reducido las invitaciones a eventos para su hermana el último año.

Lalo mordió su labio inferior mientras recorría de nuevo el edificio con la mirada. Se vengaría en nombre de Fernanda. Y, de modo egoísta, quería demostrarle a todos los que se habían reído de él en su cara que estaban equivocados.

Avanzó con manos temblorosas. Según el joven que había escuchado hablar a escondidas en la biblioteca pública, el truco para obtener acceso a la cantina secreta era tocar una vez, hacer una pausa de cuatro segundos, y luego tocar tres veces en una sucesión rápida. Tomó el llamador y siguió las instrucciones. Su corazón latía desbocado mientras esperaba. Y esperaba. Y esperaba.

Justo cuando pensaba en intentarlo otra vez, oyó que la cerradura se movía. Abrieron la puerta apenas una hendija. Oyó el alboroto de los guitarrones y las trompetas estridentes saliendo de las sombras, pero nada más.

–¿Hola? –dijo Lalo, mirando en la oscuridad. No había nadie.

Frunció el ceño, pero cruzó la puerta con cautela. Entró y se asustó cuando la madera gruesa se cerró con un golpe detrás de él.

–No es una bienvenida muy cálida por lo que veo –susurró. Sin duda, a un vampiro no le preocupaban demasiado las normas sociales protocolares.

Despacio, avanzó por un pasillo húmedo, siguiendo la música y las risas. No se atrevía a rozar las paredes porque su chaqueta acababa de salir de la tintorería y quién sabe qué clase de asquerosidad dejaban los monstruos atrás. Había algunas personas en el pasillo, entrelazadas, sus voces apenas audibles mientras susurraban tonterías melosas en el oído de sus parejas.

Pasó entre ellos y entró a una sala grande con muros del color del vino tinto y una barra inmensa en la parte trasera. Era un milagro que pudiera ver algo con tan poca luz de velas y tanto humo de tabaco en el aire. Su abrigo estaba condenado a volver a la tintorería. La banda tocaba una canción ruidosa y la gente se contorsionaba alrededor. Los ojos de Lalo iban de un lado a otro. Les rogó a los dioses que aún pudieran escucharlo que no viera a nadie conocido. Aunque en ese caso, suponía que deberían explicarle qué hacían también en un sitio tan escandaloso.

Lalo se sobresaltó. Quedó sin aliento. Allí, a menos de veinte pasos de distancia, estaba la mujer que lo aterrorizaba en cada una de sus pesadillas al dormir y en cada momento al despertar. Su largo cabello rojo estaba recogido en un moño. Un *vestido* de encaje abrazaba su piel y resaltaba cada uno de sus ángulos. Y esos ojos, esos ojos horribles y aterradores eran tan rojos como antes. Lalo estaba paralizado en su sitio. Ni siquiera creía estar respirando. *Ella era real.*

La mujer se alejó hacia un rincón oscuro. Él obligó a sus piernas a seguirla.

–Discúlpenme, por favor –dijo él al toparse con una pareja que bailaba–. Permiso –pidió en un intento de pasar junto a una mujer que llevaba un vestido fuera de moda hacía tiempo.

Ella volteó hacia él y Lalo tuvo que reprimir un grito. Las pupilas de la mujer resplandecían en la luz tenue como las de un gato. Pero no tenían el tono dorado o azul al que uno estaba acostumbrado. Los ojos de esa mujer brillaban rojos como la sangre, al igual que los de la asesina que buscaba.

El corazón de Lalo, que ya estaba acelerado, triplicó su velocidad.

*Vampira.*

Retrocedió con torpeza, pero la mujer extendió la mano y sujetó los botones de la camisa del joven. Jaló el cuerpo de Lalo hacia el suyo.

–Tu pulso es ruidoso y fuerte, mi amor –ronroneó. Deslizó uno de sus dedos sobre el cuello del muchacho. A Lalo se le revolvieron las entrañas, lleno de repulsión–. ¿Viniste con alguien? –preguntó ella–. ¿Le perteneces a alguno de mis hermanos?

*¿Hermanos? ¿¡Había más de dos vampiros allí!?*

No había encontrado muchos informes policiales sobre ataques parecidos al de sus padres. Su investigación sobre humanos que habían sido asesinados por bebedores de sangre lo había llevado a descubrir casos en países lejos de Abundancia y uno en particular que ocurrió en un pueblo diminuto al norte hacía doscientos años. Lalo había asumido que la asesina de sus padres era la única bestia en la ciudad de Los Campos. Y ahora, allí estaba, descubriendo que había entrado a una suerte de nido de vampiros.

Necesitaba saber más. Necesitaba entender a qué se enfrentaba.

–Vine por la mujer pelirroja –dijo.

La vampira que lo sujetaba lo olfateó.

–No huelo a Maricela en ti.

*Tenía nombre.* La bestia que había destruido su vida tenía nombre. Por algún motivo, eso empeoraba las cosas. Hacía que sus pesadillas se sintieran reales.

–Iré con ella ahora –dijo Lalo.

La mujer siseó y lo soltó.

–Encontrarás a madre en su habitación privada.

*¿Madre?*

Entonces, Maricela era la creadora de esa criatura.

*Vete*, le instó la parte inteligente de su cerebro. *Vete de este nido de víboras antes de que sea demasiado tarde.* Sin embargo, sus pies continuaron avanzando.

No tenía idea dónde estaba la habitación privada de Maricela, pero no se atrevió a preguntar. Avanzó entre la multitud e hizo una mueca cuando notó que había muchos vampiros más dentro de la cantina.

Los ojos los delataban, pero también había otros indicadores. Tenían una actitud casi felina al andar.

Dos vampiros con el mismo traje bailaban con los clientes. Otro estaba sentado en la barra, fingiendo beber vino mientras el humano que lo acompañaba tragaba *shots* con un líquido del color de la sangre. Otro vampiro estaba acurrucado sobre el cuello de una persona.

El horror invadió a Lalo. Entendía por qué llamaban *La Guarida* a ese sitio. Era literalmente un refugio para esas bestias que se alimentaban de almas inocentes.

Este era un trabajo para los oficiales, para la policía, para el ejército. No para un chico de diecinueve años con estómago sensible. Pero allí estaba, en la parte trasera de la cantina, guiado por el resentimiento y la curiosidad.

Entró a un pasillo que olía a tequila vomitado. La música aún era fuerte, pero cada vez sonaba más amortiguada a medida que el pasillo giraba a la derecha. Lalo se detuvo ante una puerta que estaba apenas entreabierta.

*¿De verdad haré esto?*, se preguntó.

¿Qué otra opción tenía? No había conocido un instante de paz desde aquella noche atroz. Miraba de modo constante por encima del hombro. No se atrevía a perder de vista a su hermana si tenían recados que hacer después del atardecer. Matar a Maricela era el único modo de terminar su sufrimiento. No permitiría que otro niño quedara huérfano como él. Quería eliminar a cada vampiro en esa cantina, pero sonaba como algo bastante imposible de lograr, en especial considerando que nunca había participado de una pelea. Sin embargo, si obtenía pruebas de la existencia de al menos un vampiro, podría ir con las autoridades. Y ellos *no tendrían más opción* que ir a la cantina y exterminar al resto de esas bestias espantosas.

Introdujo la mano en el bolsillo interno de su abrigo. Sus dedos sujetaron la madera que había tallado con dedicación, y la tomó. *Hora de terminar esto.*

–¿Busca a alguien? –preguntó una voz sedosa a sus espaldas.

Lalo volteó.

Abrió los ojos de par en par.

Maricela estaba ante él. Su postura era perfecta. Su estilo era refinado. Nadie creería que una mujer tan elegante fuera capaz de los horrores que Lalo le había visto cometer. Había descubierto que ese era el estilo de los vampiros. Desarmaban a sus víctimas con humanidad falsa. Pero no había nada humano en la mujer ante sus ojos. Era una depredadora, cazando en busca de corazones que devorar, como Tecuani.

–Por favor, dígame. –Señaló la estaca en la mano de Lalo–. ¿Qué planea hacer con ese escarbadientes?

Él alzó el arma en cuestión. Solo podía rezar que ella no notara cuánto se estremecía debido al temblor de su mano.

–No te me acerques, demonio. Es raíz de sauce y sé cómo usarla.

No era cierto. No tenía ni la menor idea. Lo más parecido a un arma que sabía blandir eran los cuchillos que usaba para trozar la carne especiada en la cena.

–¿Qué he hecho para merecer semejante trato? ¿Para que me llames *demonio* en mi propia casa? –preguntó ella, sonriendo como si fuera un juego divertido del que participar.

–Me quitaste a mis padres. Arruinaste mi vida.

–He arruinado muchas vidas. Así es como me mantengo tan hermosa. –Parpadeó rápido–. Le daré un poco de consuelo, señor. Si sus padres lucían como usted, estoy segura de que sabían exquisito.

Deslizó la lengua sobre sus dientes frontales y la detuvo sobre sus colmillos, que habían crecido hasta formar puntas filosas y peligrosas. Lalo temblaba por dentro. ¿Por qué rayos pensó que ir allí era una buena idea? Tal vez ese había sido el problema. Había actuado sin pensar. En general, no era impulsivo. Dioses, si moría esa noche, su hermana lo sacaría de la tumba y lo estrangularía.

No podía suceder. No permitiría que Fernanda viviera en un mundo sin familia. Sin nadie que la cuidara. Apenas tenía diecisiete años y sus pretendientes habían dejado de buscarla cuando él se había convertido en el chico obsesionado con los vampiros.

Lalo avanzó apuntando al corazón de Maricela con su arma. La vampira simplemente le apartó la mano y la estaca cayó al suelo.

Lo fulminó con la mirada, mientras un gruñido peligroso brotaba de su garganta.

Él volteó, intentando huir al darse cuenta de que había cometido un grave error, pero algo lo golpeó, y estampó su espalda contra la pared. Fragmentos de yeso y polvo cubrieron su cabello y entraron en su boca. Tosió, pero la mano de Maricela presionada contra su pecho lo interrumpió. Con la otra mano, la vampira movió la cabeza de Lalo a un lado para exponerle el cuello.

–No –logró decir él. Hizo su mayor esfuerzo por quitársela de encima, pero ella era como una estatua, rígida e inmutable. Los vampiros eran más fuertes que nunca después de beber sangre humana. Sin duda, Maricela acababa de darse un festín, porque su piel parecía mármol.

Abrió la mandíbula.

–No –susurró Lalo–. No. No. ¡No!

Los colmillos filosos atravesaron su piel. El impacto repentino del dolor atascó el grito que burbujeaba y subía por su garganta. Con la misma rapidez con la que apareció, el dolor se disolvió y Lalo ya no sentía nada entre los hombros y los dedos de los pies.

*Saliva*, gritaba su mente. *Su saliva está apagando tus sentidos.*

Ella hundió más los colmillos en él, y Lalo puso los ojos en blanco.

Veía fragmentos de su vida pasar. Él sujetando la mano de su madre en la niñez. Aplaudiendo cuando su hermanita dio sus primeros pasos. La alegría de hallar un buen libro. El dolor de quedar solo cuando sus padres se paseaban por la ciudad, yendo a la gala, el baile o la exhibición organizada por la persona más popular esa semana. Vio la noche en que ellos murieron. Vio la mandíbula de Maricela aplastando la garganta de su padre.

Lalo vio los recuerdos en los que intentaba decirle a los oficiales lo que había presenciado. Se burlaron de él. Le dijeron que no lea más novelas de terror. Se vio a sí mismo en la biblioteca día y noche, buscando pistas para entender lo que había visto. Luego, se vio a sí mismo hacía instantes, hablando con la mujer con el vestido pasado de moda. Oyó sus propios pensamientos, contemplando cómo mataría a los vampiros dentro de la cantina.

Maricela se apartó de él. Tenía los ojos rojo ardiente.

–Viniste a matar a mis hijos. ¿Creías que lastimarías a mis adorados?

–¡Tú me quitaste primero a mi familia! –gritó él–. ¡Estás drenándome de vida en este mismo instante! ¿No debería ser *yo* quien esté enfadado?

Ella le sonrió con desdén.

–Te haré pagar por tu insolencia, Eduardo Villalobos.

Lalo abrió los ojos de par en par.

–¿Cómo sabes mi nombre?

–La sangre lo revela todo. –Se inclinó hacia adelante y rozó la oreja de Lalo con los labios–. Ahora que te he probado, lo sé todo. He visto tus pensamientos más íntimos. Conozco tus sueños y pesadillas. Podría continuar, pero no lo haré porque te espera el castigo. Quizás debería empezar por esa bonita hermana que tienes.

*No.* Debía huir. Debía volver con Fernanda.

–Si me dejas ir –dijo sin aliento–, nunca volveré. Lo prometo.

Una risa reverberante brotó de Maricela.

–Sabes demasiado. Has visto mi hogar. A mis hijos. Tus acciones deben tener consecuencias. Eres un chico inteligente, lo entiendes, ¿cierto?

–Por favor… No puedo morir.

Ella rozó la mejilla del muchacho con una uña.

–*Morirás*, Lalo. Pero no temas, tu muerte no llegará esta noche. Primero quiero que sufras. Quiero que sientas lo que yo siento.

–¿Qué? No… Por favor…

–Así podremos ser demonios los dos. –Lo tomó del cabello y arrastró su cuerpo hacia la oscuridad. Él gritó pidiendo ayuda; suplicando clemencia. En cambio, encontró agonía.



Lalo avanzaba con torpeza por el camino de adoquines en medio de la noche. Entre tropezando y corriendo hacia su hogar. Hundió su

mano temblorosa en el bolsillo, tanteó entre pelusas y quién sabe qué antes de encontrar la llave con sus dedos bañados en sangre. Intentó abrir la cerradura, pero hizo una mueca de dolor.

Todo era insoportablemente ruidoso.

La llave rasgando el mecanismo metálico dentro de la cerradura. El bebé llorando a cinco casas de distancia. La maldita polilla chocando contra el farol sobre su cabeza. Cada sonido penetraba su cráneo y perforaba su cerebro. Un roedor correteó por la calle a su derecha y Lalo por poco murió del susto.

–Mierda –susurró.

Rara vez decía groserías, pero supuso que era un vicio que se merecía después de todo lo que acababa de pasar.

Cerrando los ojos, obligó a su respiración a calmarse, a su mente a dejar de dar vueltas. Necesitaba enfocarse en una tarea sencilla: abrir la puerta.

Cuando oyó el *clic* suave, soltó un suspiro. Los aromas familiares del pasado y el presente besaron sus sentidos. La pomada de sebo que su padre usaba en sus botas. Los jabones cítricos que su hermana adoraba, pero solo porque a su madre le habían encantado primero. Lalo inhaló profundo. Nunca creyó que volvería a ver su hogar.

Miró por encima del hombro hacia la calle vacía antes de cerrar la puerta detrás de él. Posó la cabeza sobre la madera fría. Extendió los dedos pegajosos sobre el marco que tenía las muescas que indicaban su altura y la de Fernanda en una infancia que ya no parecía real. La oscuridad del cuarto le resultó una bendición que escondía sus pecados entre las sombras.

–¡Sal de mi casa! –gritó una voz familiar.

Tuvo apenas un segundo para agazaparse antes de que el atizador golpeara el marco donde hacía un instante estaba su cabeza.

–¡Vete de mi casa, ladrón! –chilló su hermana, preparándose para golpearlo de nuevo.

–¡Soy yo! ¡Fernanda, soy yo!

–¿Lalo? –Ella bajó los brazos, pero continuó aferrándose al atizador.

–¡Sí! –respondió él.

Aunque no había ni una vela encendida, Lalo veía a su hermana con claridad. Sus ojos almendrados, verdes como los de su madre. Su nariz pequeña y su rostro anguloso, parecido al de su padre. Ella y Lalo compartían la misma piel morena cálida y la contextura delgada, pero allí terminaba el parecido. Ella siempre reía y conversaba con cualquier persona al pasar. Él era más malhumorado y prefería la compañía de los personajes de los libros en vez de amigos reales.

La sorpresa se apoderó de las facciones de Fernanda. Luego, llegó el alivio. Y después, la furia.

–¿Dónde has estado? –preguntó ella, enfadada–. ¡No he tenido noticias tuyas en tres días! Busqué en todas partes. La biblioteca. El juzgado. La iglesia. La oficina de papá. Nada. ¿Dónde estabas?

*¿Tres días?* ¿Nada más? Había parecido una vida. Como *tres* vidas.

–Fernanda, debo decirte algo. Promete que mantendrás la calma.

–Esas palabras ya me están poniendo nerviosa.

No mentía. Oía el pulso de su hermana latiendo contra su cuello. Olía su sangre corriendo por las venas. Se le hizo agua la boca.

–Ay, dioses –exclamó, mientras sentía que la bilis subía por su garganta–. No puedo creer que esto esté pasando –susurró.

–¿Qué, Lalo? ¿Qué está pasando? Dímelo ya o te golpearé con este atizador. –Sacudió la barra metálica como prueba.

Él no dudaba que ella lo haría. Una vez le lanzó una bota cuando no le contó rápido quién había preguntado por ella en el mercado.

–Debemos irnos –soltó–. Ya mismo.

Contorsionó el rostro, confundida.

–¿Qué?

–Necesito que empaques todo lo que puedas. Toma nuestros objetos más valiosos. Le enviaré una nota a los consejeros de papá diciendo que nos tomaremos un sabático y más tarde pensaré bien qué hacer. Pero ahora mismo, debemos irnos de Los Campos.

–Lalo, ¿qué pasó? ¿Qué hiciste?

A él se le secó la boca.

–Fui a la cantina que te mencioné –admitió.

Fernanda estaba boquiabierta.

–No hablas en serio.

–Desearía que no fuera cierto. –Santos, haría lo que fuera por cambiar los últimos días.

–¿Por qué insistes tanto en torturarte? Quien sea o lo que sea que haya matado a nuestros padres se ha ido.

–Ella estaba allí –susurró él–. La vi con mis propios ojos. Era la bestia que recuerdo. Son reales, Fernanda. Los malditos vampiros son *reales*. Y necesitamos irnos de la ciudad. Ahora.

A pesar de estar sumidos en la oscuridad, Lalo vio que el rostro de su hermana se volvió pálido.

–¿No podemos ir con las autoridades? ¿Tal vez con el ejército? Sin duda, alguien nos ayudará.

–Ahora no hay nadie que pueda salvarnos. ¿Recuerdas que te dije que ellos necesitan vidas humanas para sobrevivir? Tenía razón. Pero no necesitan solo sangre. Es la existencia dentro de ella. Los recuerdos. La alegría. El dolor. La vida. Todo de ella. Ese monstruo me mordió. Me *vio* a través de mi sangre. Vio cada pensamiento que he tenido. Cada libro y diario que he leído. Ella lo sabe todo. Vio mi investigación. Nuestra familia. Esta casa. Bebió y bebió y no pude hacer nada para detenerla hasta que dejé de existir.

–¿Qué quieres decir? –La voz de Fernanda era aguda.

–¡Estoy muerto! –gritó él–. Morí, Fernanda. ¡Esa bestia miserable me mató!

–Dices tonterías. Estás vivo, Lalo. Estoy hablando contigo.

–Me ha convertido, Fernanda. Soy un monstruo.

Ella sacudió la cabeza de lado a lado.

–No puede ser verdad. Pareces estar bien.

Fernanda tomó una caja de cerillos de una mesa cercana.

–¡No! –gritó él. No podía permitir que lo viera así.

Su hermana alzó una ceja e hizo lo que ella quería, como siempre. Usó un cerillo para encender una vela. Una llama diminuta cobró vida. Lalo siseó ante el resplandor repentino y ocultó su rostro detrás del brazo.

La joven dio un grito ahogado y el corazón de él dio un vuelco.

–Tus manos –susurró ella–. Tu ropa.

Lalo se apartó de ella y observó sus propios brazos. Las mangas de su abrigo estaban destrozadas. Y sus palmas aún estaban

manchadas con la sangre y la misteriosa tinta asquerosa que salía de las venas de los vampiros.

–¿De quién es esa sangre? –preguntó Fernanda.

Lalo sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas cálidas.

–De todos.

El horror de lo que había ocurrido invadió su mente.

*Despertó sobresaltado; no sabía cómo, por qué o cuándo había llegado allí, pero estaba recostado en un suelo gélido. Su garganta ardía llena de una suerte de sed frenética. La desesperación era diferente a cualquier otra que hubiera experimentado. Se puso de pie y subió corriendo la escalera, pero solo encontró una puerta cerrada.*

*Sujetó con los dedos las barras metálicas y las sacudió con todas sus fuerzas.*

*–¡Ayuda! –había gritado.*

*Una risa seductora resonó entre los muros de piedra y aplastó su cráneo. Hizo una mueca de dolor ante el zumbido repentino en sus oídos.*

*–¿No lo sientes? –preguntó Maricela. Salió de entre las sombras, su cuerpo esbelto envuelto en un vestido esmeralda–. Aún recuerdo cuando me convirtió mi creador. –Inhaló profundo, como si el recuerdo oliera a jazmines–. Me enloquecía la necesidad. Mi garganta ardía.*

*Así era exactamente cómo se sentía él. Que, si no se empapaba de agua, las llamas lo consumirían.*

*Ella sonrió a medias.*

*–Lo único que sació esa sed fue la vida de otro.*

*Él sujeto su propio cuello.*

*–¿Qué me has hecho?*

*–Ya deberías saberlo. Eres un experto en los de mi tipo, ¿o no?*

*La cabeza de Lalo daba vueltas. Maricela lo había mordido. Lo había drenado de sangre y… Abrió los ojos de par en par. Tenía nauseas.*

*–¡Me obligaste a beber tu sangre!*

*Pero cuando tragó la sangre de Maricela, vio fragmentos de sus recuerdos, no toda su vida como había hecho ella con él. Solo vio*

*atisbos del pasado de la criatura. Una montaña con crestas irregulares, como una columna vertebral. Un valle oculto, lejos del resto del mundo. También vio otros recuerdos.* Miles *de ellos. Recuerdos de otras personas. Sus víctimas, notó. Veía las vidas de sus víctimas. Cuando un vampiro bebía, consumía fuerza vital* y *tiempo. Cada gota devorada equivalía a días robados de vida. Parecía que, a más vibrante la vida, más rápido se consumía.*

*Ella lo había convertido en lo que él quería destruir.*

*–Nunca beberé sangre humana –siseó.*

*–Y no tengo intenciones de permitir que lo hagas. Aunque sospecho que al tercer día de ser un "sediento", me rogarás que permita que te alimentes. –La punta de la lengua de Maricela jugaba con uno de sus incisivos–. Te dije que quería verte sufrir. Y sufrirás. Un vampiro que no devora vida sufre un destino peor que la muerte.*

*Él frunció las cejas.*

*–Si no consumimos, nuestros cuerpos comienzan a atacarnos. Tus órganos te devorarán por dentro. Te convertirás en un monstruo peor que yo. Te lo aseguro. –Le guiñó un ojo y le dio la espalda.*

*–¿A dónde vas? –exclamó él.*

*Mientras comenzaba a alejarse, Maricela dijo:*

*–Tengo asuntos que atender. Volveré en unos días solo para escuchar tus gritos.*

Ella había tenido razón. Después del tercer día encerrado en el sótano de la cantina, la sed se había vuelto una carga demasiado grande que soportar para Lalo. Sus venas, sus intestinos, las malditas cuencas de sus ojos parecían a punto de estallar si no consumía vida en ese instante. Y sus gritos continuaron sin recibir respuesta. Todo era borroso después de sucumbir ante la sed. Lo único que recordaba era haber arrancado los barrotes de la pared y clavado los dientes en el primer cuerpo que vio.

–Maricela me convirtió. –Lalo miró sus manos manchadas de sangre–. Me convirtió en vampiro solo para verme sufrir. No soporté la agonía. Escapé y maté a todos en mi paso. Nada pudo detenerme.

Fernanda abrió los ojos de par en par.

–Mierda.

–Debemos irnos –dijo él, y avanzó hacia su cuarto–. Debemos irnos antes de que Maricela vuelva y vea lo que le hice a sus hijos.

Lalo caminó más rápido, pero Fernanda no se movió.

–Mierda –susurró.

Lalo se detuvo a mitad del pasillo.

–Vamos, Fernanda. Apresúrate.

Ella sacudía la cabeza de lado a lado con incredulidad.

–Mierda.

–¡Fernanda!

Clavó los ojos en los de él y dio un grito ahogado.

–Tus ojos brillan con la luz.

–Sí, ya lo sé, soy un maldito vampiro, ¿recuerdas?

Ella parpadeó.

–¡Y ahora también dice groserías! ¿Qué le ha pasado a mi pobre hermano aburrido?

–Ahora no es momento de bromear. Vamos. –Comenzó a avanzar, pero se detuvo cuando su hermana preguntó:

–¿Puedes volar?

–¿Qué? No. ¿Acaso no me escuchaste hablar sobre mi investigación todo este año?

Ella avanzó, aún tenía el atizador en la mano.

–¿Y cambiar de forma? Siento que recuerdo que has dicho algo al respecto. ¿Puedes convertirte en un oso o algo así?

Lalo alzó los brazos.

–Es como si recordaras los datos mal a propósito. –Lalo apretó su tabique–. Tecuani es el dios de las almas. Es posible invocarlo a la Tierra de los Vivos y puede revivir a los muertos, pero a cambio de un gran precio. Encontré los diarios de un hombre en el sur del país de Santemala donde le suplicaba a Tecuani que reviviera a su hija.

–Eso es muy triste –señaló Fernanda.

–Lo es. –Pero no era el punto en el que debía centrarse su hermana–. La chica volvió a la vida, pero era diferente. Tenía los rasgos de Tecuani. Él es parecido a un jaguar en todo sentido. Es rápido, fuerte y tiene audición y visión excepcional durante la noche. La hijita del hombre ya no deseaba jugar con juguetes, sino que quería cazar corazones humanos. Quería sangre, en particular la de

su padre porque él fue quien invocó a Tecuani. –Lalo miró a su hermana–. Fíjate que *nunca* mencioné a un oso en la explicación. Ni siquiera sé de dónde sacaste algo así.

Fernanda alzó una sola ceja.

–¿Estás diciéndome que *tú* ahora eres parecido a un jaguar?

–Sí, hasta cierto punto. Uno que necesita sangre humana para sobrevivir.

–Entonces… –Ella cruzó los brazos–. No puedes volar.

Lalo resopló y se alejó enfadado.

–Pero ¿a dónde iremos? –preguntó su hermana detrás de él–. Podemos huir de esa vampiresa todo lo que queramos, pero ¿qué pasará contigo, Lalo? Tal vez no escucho con mucha atención, pero recuerdo que dijiste que cuando un vampiro se alimenta, roba tiempo de su víctima. Te conozco. Sé que nunca querrías hacer algo semejante.

Tenía razón. Él se negaba a robarle vida a otra persona.

Entonces ¿qué podía hacer? Lalo miró rápido el pequeño escritorio escondido en un rincón del comedor. Un año de investigación sobre vampiros yacía apilada dentro de las gavetas.

Había un sitio donde podía ir en busca de ayuda. Un lugar que quizás, y solo quizás, le ofrecería un modo de reconvertirse en humano. Pero era una posibilidad remota.

–Encontré un caso de vampiros en nuestro país. Ocurrió hace doscientos años y no hay tanta información, pero viajar allí para averiguar más es el mejor plan que tengo. –Caminó de lado a lado del cuarto y abrió una gaveta. Hojeó los pergaminos y los artículos que había copiado palabra por palabra de las catacumbas de la biblioteca de Los Campos. Hubiera sido más fácil robar el libro entero, pero tenía estándares de decoro que mantener. Después de todo, una biblioteca era un lugar sagrado.

–Ahí –dijo, señalando un mapa antiguo.

Fernanda acercó la vela al pergamino. Lo observó. Frunció el ceño.

–Del Oro –leyó en voz alta–. ¿Dónde diablos es?

–Según mis cálculos, queda a tres o cuatro semanas de cabalgata hacia el norte.

–Pero dijiste que ella había visto tus pensamientos –comentó Fernanda–. ¿No sabrá que intentarás ir a este lugar?

Era una buena observación.

–Le diré al abogado de papá que iremos un largo tiempo al este. Sin duda, los rumores circularán por la ciudad cuando nos vayamos de este modo tan abrupto. Y si Maricela conoce mi mente, aunque sea un poco, asumirá que nunca sería tan tonto de arriesgarme a hacer un viaje tan arduo hacia el norte en busca de algo que quizás ni siquiera funcionará.

–Es cierto. Y le huyes, o le *huías*, al peligro.

Algo chocó fuera de la ventana. Fernanda cubrió su boca con una mano para contener un grito. Permanecieron quietos en medio del silencio atónito. Esperando. Pero Lalo no oía nada por encima del corazón agitado de su hermana. Y lo detestaba. Se odiaba a sí mismo por causarle a ella aún más problemas. Él había sido quien había abrazado a Fernanda mientras gritaba por sus padres. Él había sido quien había secado las lágrimas de la joven y trenzado su cabello mientras terminaba la escuela. Lalo se había prometido a sí mismo que ella nunca lo perdería.

Y no lo haría.

Tampoco permitiría que algo le sucediera a Fernanda. Encontraría el modo de remediar esto. De mantenerla a salvo.

Tomó el mapa y todas las anotaciones que había hecho desde el asesinato de sus padres y luego comenzó a guardarlas en el viejo bolso de su padre.

–Rápido, empaca solo lo que entre en un baúl –ordenó. Ella asintió y fue a su cuarto–. No olvides las joyas de mamá –añadió Lalo–. Y la pipa de papá. Tendremos que venderlas para pagar un carruaje con tanta urgencia.

Fernanda se detuvo y miró por encima del hombro.

–¿Qué hay en Del Oro? –preguntó ella. Lalo suspiró.

–Mi única esperanza.



# CAPÍTULO 2
# Carolina

## Del Oro

UNA MANO ÁSPERA CUBRIÓ LA BOCA DE CAROLINA. EL INSTINTO QUE HABÍA ESTADO perfeccionando desde los diez años cobró vida. Deslizó la mano hacia arriba, tomó la daga oculta debajo de su almohada y luego se paralizó cuando oyó que una voz suave como una pluma decía su apodo.

–Lina.

Forzó la vista en la oscuridad. Parpadeó mucho.

Él había vuelto a casa. *Por fin.*

El abuelo de Carolina se había marchado hacia más de una semana. Había ido a cazar al monstruo despiadado que había asesinado a la señora Costas cerca del río que cruzaba el valle. La señora no debería haber estado allí afuera. No debería haber dejado su hogar y su familia después de la caída del sol, pero su esposo estaba enfermo y la gente creía que ella estaba desesperada por llevarle agua de Orilla del Río.

La zona era sagrada, un cementerio en desuso hacía tiempo, creado hacia muchas generaciones, con vistas a Del Oro. Todavía la

gente cruzaba el camino cubierto de hierbas para rezar por sus seres queridos y, debido a eso, la mayoría creía que el agua cercana al cementerio estaba bendecida por los muertos. Ir allí había sido una decisión letal.

El abuelo y sus hombres habían montado sus caballos en el instante en que la familia de la señora Costas informó que había desaparecido. Habían encontrado su cuerpo drenado de sangre. Luego galoparon sin dudar hacia el bosque del que provenían los sedientos. Así los llamaban los habitantes del pueblo: *sedientos*.

Que él hubiera regresado a casa y la hubiera despertado debía significar que habían encontrado al vampiro y habían perforado el corazón del demonio como se merecía.

Carolina ya no podía contener su entusiasmo. Necesitaba saber sobre la cacería. Necesitaba escuchar todo lo que su abuelo hizo. ¿Cómo lucía el sediento de cerca?, quería preguntar. ¿Era tan aterrador como el último que había escalado la muralla gruesa que rodeaba el pueblo?

Había distintas clases de monstruos. Algunos lucían idénticos a los humanos. Otros, un poco menos: tenían uñas demasiado largas y filosas, al igual que sus dientes. Pero algunos sedientos parecían cadáveres que escaparon de la tumba. Igualmente, todos tenían dos características en común: ojos rojos como la sangre que brillaban en la oscuridad cuando la luz se reflejaba en ellos en el ángulo correcto y una sed diabólica de sangre humana.

Carolina empezó a hablar, pero la mano de su abuelo sellaba sus labios. Ella alzó una ceja oscura. Su abuelo sonrió. Su bigote canoso subió como una segunda sonrisa.

–Shh. –Movió el mentón en dirección a la prima de Carolina que dormía profundo en la cama de al lado. Nena era bastante desagradable cuando interrumpían su sueño de belleza antes de lo indicado. Incluso si ese despertar inesperado fuera debido al regreso del abuelo.

El hombre le apartó la mano de la boca y retrocedió.

–Vamos –susurró él.

Con entusiasmo, Carolina apartó las sábanas, tomó sus botas y salió descalza sin hacer ruido detrás de él. El abuelo era un hombre

robusto, alto y fornido, igual que el papá de Carolina. Pero los pasos de su padre se oían desde cualquier parte de la casa. Avanzaba con torpeza como si cargara con el peso del mundo sobre los hombros y no le importara quién lo escuchara, mientras que el abuelo se movía tan silencioso como una planta rodadora. Carolina le envidiaba eso. Ella no era tan elegante. La habían comparado con frecuencia con uno de los terneros recién nacidos en su campo. Los que aplastaban las flores y atravesaban las zarzas solo para volver con sus madres. Pero hizo su mejor esfuerzo por moverse como el abuelo porque quería *ser* como él. Paciente. Ágil. Fuerte. Valiente. El mejor cazador de sedientos de Del Oro.

Bajaron con sigilo la escalera, giraron a la derecha y se escabulleron por el pasillo largo hacia la parte trasera de la casa. Los cerámicos pintados a mano estaban fríos bajo sus pies descalzos. Solo había silencio, excepto por el sonido reconfortante de los ronquidos de su tío abuelo que provenían de su cuarto.

Esa era la cuestión cuando uno vivía en un rancho majestuoso con su familia y la familia de su familia: incluso en el silencio, había ruido.

Cuando llegaron a la cocina, el abuelo se detuvo ante la puerta.

–Ponte las botas –susurró.

Ella asintió, con las mejillas ardiendo. No podía evitarlo. Cada vez que el abuelo la despertaba en medio de la noche era para entrenar o para enseñarle sobre armas y cuál era la mejor forma de matar vampiros. Estas reuniones a medianoche eran algo que habían empezado a hacer el día siguiente al décimo cumpleaños de Carolina.

Cada uno de sus cinco hermanos había empezado a entrenar para convertirse en cazadores a esa edad. Carolina asumió que ella también lo haría. Pero cuando salió corriendo al patio para unirse a su papá y sus hermanos, su padre la rechazó con vehemencia.

–Esto no te corresponde –le había dicho simplemente y se había ido. Como si esa fuera la única respuesta que ella necesitaba.

Había estado destruida. Idolatraba a su padre. Adoraba observar a las personas que custodiaban el pueblo cabalgar y cazar monstruos. Le suplicó que le permitiera unirse a la guardia. Pero su padre la

silenció con una mirada severa y la envió adentro para ayudar a su mamá con la comida. Mientras Carolina avanzaba con furia por el pasillo hacia la cocina, decidió que le demostraría a su padre que estaba equivocado.

Tal vez su papá la había rechazado, pero el abuelo nunca les había dado la espalda a sus nietos.

–Tengo algo para ti –susurró él, lo que interrumpió sus pensamientos–. Lamento haberme perdido tu cumpleaños.

Ella negó con la cabeza.

–Tenías un trabajo importante que hacer. Y nadie tenía ánimos de celebrar después de enterarnos que habían matado a la señora Costas de un modo tan repentino y cruel. –El pueblo era pequeño. Trescientas personas vivían allí como mucho. Cada pérdida era parte de la comunidad porque todos se conocían y se cuidaban mutuamente lo mejor posible.

–Pero cumples dieciocho solo una vez –dijo el abuelo–. No quiero que pienses que me olvidé de ti, Lina.

Esas palabras enternecieron su corazón.

–¿Me trajiste una nueva pistola?

Usaba un pedazo de metal viejo para practicar su puntería, y solo cuando las tormentas llegaban al valle para esconder los estallidos de su papá.

–Algo mejor. Ahora, ponte las botas antes de que despierte el resto de la casa.

Carolina emitió un chillido leve e introdujo los pies en su calzado de cuero suave por el uso.

El abuelo abrió la puerta trasera y espió fuera. El canto de los grillos entró flotando a la cocina silenciosa. La fresca brisa otoñal acarició las mejillas de Carolina, prácticamente rogándole que saliera al aire de la medianoche. Ella cerró los ojos y suspiró cuando olió la primera ráfaga de césped y tierra. El aroma de la humedad aún aferrada a las hojas cercanas después de la lluvia del día anterior.

No debían estar afuera de la casa después del atardecer. Nadie en el pueblo solía arriesgarse a cruzar los muros de estuco de sus hogares por miedo a que les sucediera exactamente lo que le había pasado a la señora Costas. Pero Carolina estaba con su abuelo, el

mejor cazador de vampiros de los Fuentes. Y ella sabía defenderse. Había lanzado dagas en dianas y dominado como una profesional la espada desde los doce. Era mejor que sus hermanos, Manuel y Sergio.

–Despejado. –El abuelo le guiñó un ojo–. Sígueme.

Salieron de la gran casa hacia las sombras. La luz cálida de las antorchas que delineaban las cercas titilaba. El hogar de Carolina era una propiedad inmensa y el corazón de Del Oro. Si había un funeral o una fiesta, tenía lugar allí. La familia Fuentes había vivido y trabajado en esa tierra por generaciones y compartían los frutos de su labor.

Cada centímetro de la hacienda albergaba recuerdos para Carolina. La fuente grande de mármol en la que Nena y ella se sentaban cuando el calor del verano era demasiado para soportarlo. Junto al cobertizo de grano crecía un arbusto desgarbado, medio muerto después de que ella cayera del tejado y lo aplastara. El gallinero, donde una vez se escondió todo un día para evitar la ira de sus hermanos y sus amigos después de haberles arrojado huevos podridos, aún estaba en pie. Cada recuerdo la hacía reír o estremecerse, pero los quería todos por igual, y deseaba nunca tener que abandonar ese lugar ni desprenderse de esos sentimientos.

Una vaca mugió en una de las pasturas lejanas. El rancho de la familia de Carolina se extendía por acres y acres. Terminaba en la muralla de piedra que delimitaba la frontera entre su tierra y el bosque. La cría de ganado era su manera de ganarse la vida. Nadie en todo el país de Abundancia criaba mejores novillos que los Fuentes. Incluso el escudo familiar tenía la imagen de un cráneo de toro: símbolo de fuerza, determinación y honor.

Siguió al abuelo a través del adorado jardín de su madre y junto a los establos, que eran lo bastante grandes como para contener un ejército de caballos. Aunque ningún ejército llegaría tan lejos al norte. Los únicos invitados que recibía Del Oro eran comerciantes que iban a negociar en busca de cuero o algún vagabundo ocasional.

De pronto, Carolina se detuvo cuando salió detrás del granero. Había fardos de heno en distintas posiciones con palos de madera sobresaliendo de ellos en ángulos extraños. Una única caja con un moño brillante prácticamente resplandecía sobre una caja de madera.

El abuelo la tomó.

–Para mi nieta mayor –dijo, con la voz llena de orgullo–. A tu abuela le hubiera encantado ver la mujer en la que te has convertido. Tienes su espíritu, ¿sabías?

Le habían dicho muchas veces que actuaba igual que su abuela fallecida, de quien llevaba el nombre. Que ambas tenían una ferocidad imposible de igualar, lo cual le generaba una satisfacción inmensa a Carolina, porque en todos los demás sentidos, ella era más similar al lado de su abuelo, los Fuentes. Tenía la misma nariz y la misma mandíbula. El mismo cabello negro bonito y la piel que se bronceaba con el sol. Pero había heredado también su temperamento.

Sonriendo, Carolina aceptó el regalo de su abuelo. Frunció el ceño. Intentó mantener una expresión neutral, pero la caja no pesaba como si contuviera una pistola nueva. Despacio, le quitó la tapa.

–*¿Una cuerda?* –Miró a su abuelo a los ojos. Él rio.

–No me mires así, Lina. Una reata es la mejor aliada de un vaquero.

–Pero no quiero ser una vaquera. Quiero ser cazadora. Quiero hacerle justicia al apellido Fuentes en Abundancia. –Más que nada, quería demostrarle a su papá cuán equivocado estaba por no creer en ella. Convertirse en la mejor cazadora de sedientos en la historia.

–No es el tipo de arma lo que nos lleva a la victoria, Lina. Sino la ferocidad con que la persona la blande. Creer en ti misma y en lo que eres capaz de hacer a veces alcanza, ¿no?

Ella miró la reata, parpadeando.

–No creo que una cuerda sirva tanto como una bala sin importar quién la use. Y es mucho menos divertida.

–Uno no mata sedientos por diversión, Lina. Estamos aquí para proteger a los humanos, al ganado, a cualquier ser que viva y

respire en el gran valle de Del Oro. Solo cazamos vampiros cuando esos demonios suponen una amenaza.

Ella rio con amargura.

–Pero ¡acabamos de tirar las cenizas de la señora Costas! Y el mes pasado cuatro de los ayudantes del rancho de don Francisco murieron. Dos meses antes de eso, nos quitaron a Lorenzo. No fueron solo *amenazas*, abuelito, fueron asesinatos. Deberíamos cazar a esos monstruos, no esperar que nos ataquen. Deberíamos encontrar su hogar y quemarlo hasta los cimientos.

El abuelo movió su bigote.

–Solía pensar igual, pero con la edad aprenderás que hay males que no se pueden erradicar. No sin destruir también parte de lo bueno que hemos construido.

–¿Qué significa eso? –preguntó ella. Él se movió en su sitio.

–¿Quieres aprender a usar ese lazo o quieres que hable sin parar toda la noche?

Carolina sonrió con picardía.

–¿No podemos hacer ambas?

–No si quieres impresionar a tu papá y a los… –El abuelo alzó la cabeza hacia los establos.

–¿Qué pasa? –preguntó Carolina. Ella no había escuchado nada.

Alzó una mano para hacerla callar.

Un caballo relinchaba. Los perros de la familia habían empezado a ladrar en su perrera en el gallinero.

Tomando su espada, el abuelo comenzó a avanzar. Carolina también.

–No –dijo el abuelo–. Ve a buscar a tu papá. Rápido.

A Carolina se le aceleró el pulso.

–¿Qué pasa? ¿Un coyote? ¿Un zorrillo?

–Ve, Carolina –siseó él.

Ella se estremeció. El abuelo rara vez usaba su nombre completo. Fuera lo que fuera, debía llamar rápido a su padre. Comenzó a correr hacia la casa principal, aferrando su regalo contra el pecho. Algo se movió veloz entre las sombras a su izquierda. Carolina se detuvo en seco. Observó el jardín, pero no vio nada.

Un aullido largo atravesó el aire y más perros del pueblo se unieron al sonido. Una advertencia de que algo terrible y peligroso se acercaba.

Una ráfaga gélida rozó su piel. Su cabello largo apenas se movió. Escalofríos recorrieron su columna cuando oyó el crujido de las hojas secas justo detrás de su espalda. Despacio, volteó hacia la fuente del ruido. De pie ante ella entre las sombras había una figura tan perturbadora que se le llenaron los ojos de lágrimas.

La criatura parecía casi humana. Pero en vez de uñas, tenía garras filosas como dagas. En vez de dientes, tenía colmillos largos. La criatura estaba desnuda y apenas inclinada, como si le doliera algo. Bajo la luna, la piel del monstruo parecía cenicienta, prácticamente azul. Y los ojos. Su estómago se retorció aún más. Sus ojos brillaban rojos como la sangre.

*Sediento*, pensó Carolina. Uno que había sucumbido por completo a la sed.

Pero ¿cómo? ¿Cómo había logrado un vampiro atravesar la muralla de la hacienda?

*Mierda.* Había dejado a sus hermanitos jugar en el patio de las gallinas esa tarde. ¿Acaso habían dejado una puerta lateral abierta?

El vampiro avanzó tan rápido que ella no tuvo tiempo de apartarse. Las garras filosas se clavaron en sus hombros. Carolina gritó. La agonía fue instantánea, el dolor era abrumador. Intentó liberarse, pero las puntas afiladas solo se hundieron más profundo a través de sus músculos hasta tocar el hueso. Carolina empezó a patear. Le dio a la pantorrilla del monstruo con la punta de la bota.

El sediento gruñó. Abrió las fauces. Gotas de saliva negra como la tinta caían sobre el mentón de la criatura.

La repulsión la invadió. Y luego, su furia tomó el control.

*¡Este pinche cabrón no me ganará en mi propia tierra!*

Alzó las manos y golpeó la mandíbula del vampiro con la caja de regalo que aún estaba en su poder. Atacó de nuevo y le dio otro golpe. El vampiro clavó más profundo sus garras en la carne de Carolina. Ella gritó en agonía. Pero no dejó de golpearlo. No podía perder ante la primera bestia con la que peleaba. Su padre jamás le

permitiría unirse a la guardia si lo hacía. Más que nada porque lo más probable es que estaría muerta.

Una cuerda rodeó el cuello del sediento. El monstruo salió disparado hacia atrás, siseando y abriendo y cerrando la mandíbula, luchando contra la cuerda de cuero que lo sujetaba.

Carolina dejó caer las manos a los laterales de su cuerpo, mientras un dolor horrible subía y bajaba por sus brazos. Había sangre en el suelo. *Su propia sangre.* Y era abundante.

–¡Lina! –bramó el abuelo. Ella abrió los ojos y vio la espalda del vampiro, a su abuelo de pie, con un extremo de su adorada reata ajustado con firmeza a su mano derecha y el otro alrededor de la garganta del sediento. El abuelo la había salvado justo a tiempo. Desenfundó su estoque hecho de obsidiana sólida y atravesó el corazón del monstruo. El vampiro abrió los ojos de par en par, rojos y resplandecientes, antes de caer inerte al suelo.

La luna iluminó el rostro del sediento.

Carolina dio un grito ahogado al entender lo que veía.

–¿Lorenzo?

Su primo apenas había tenido diecisiete años cuando desapareció meses atrás. Nunca habían encontrado su cadáver. La tía abuela de Carolina aún tenía esperanzas de que él hallara el camino de regreso a casa, pero no así. No cuando la sed de sangre se había apoderado por completo de él.

El abuelo alzó su pistola y le apuntó a la cabeza de Carolina.

Ella abrió los ojos de par en par.

–¡Abajo! –gritó él.

Ella cayó sobre su estómago y un disparo atravesó el cielo. Carolina volteó a tiempo para ver caer a un segundo sediento. El monstruo llevó una mano al pecho antes de desplomarse de espaldas.

–Santo cielo –jadeó ella. El abuelo se arrodilló a su lado.

–Tenemos que cubrir tus heridas. La sangre atraerá más sanguijuelas. –El abuelo rasgó la parte inferior del camisón de Carolina. Sus dedos temblaban mientras envolvía con fuerza las capas de tela sobre las extremidades de su nieta.

El abuelo centró la atención en algo detrás del granero.

–Lina. –La voz del hombre era fría y pétrea. Se puso de pie despacio–. Prepárate.

Carolina miró en la misma dirección que él. Cinco monstruos más se acercaban. Se puso de pie mientras el abuelo disparaba su arma. Le dio a la mayoría, pero no a todos. Mató a uno. Dos. Tres.

El *clic* terrible del arma vacía resonó en los oídos de Carolina.

–¡Necesitas recargarla! –gritó ella.

–¡Toma! –Le lanzó su reata. Ella la atrapó, apretando los dientes para resistir el dolor feroz que latía en sus hombros–. Dos a la izquierda –dijo el abuelo con calma mientras tomaba balas de madera de su bandolera–. Cuatro a nuestra derecha.

*¿Cuatro?*

Volteó para ver. Deseó no haberlo hecho.

–Recuerda lo que te enseñé, mija. Tienes que atravesarles el corazón con la espada sagrada. Eso cortará lo que sea que amarra el espíritu del vampiro a la Tierra de los Vivos. Si no funciona, córtale la cabeza. Pero no permitas que te toquen esos colmillos. Su mordida anula los sentidos.

Carolina asintió y se preparó.

El abuelo recargó el arma y disparó las balas de madera.

Le dio a uno. Dos. Tres.

Falló un tiro cuando el cuarto sediento saltó en el aire y esquivó el disparo.

Voces salían de la hacienda. Había pisadas a lo lejos. La luz de las velas inundó las ventanas. Oían gritos frenéticos de hombres, alguien gritaba que buscaran a su papá, don Luis. Las campanas de alarma sonaban en la torre. Papá estaría furioso. Hacia siglos que no había un ataque tan cerca de su hogar.

El abuelo jaló el gatillo. El monstruo que lo había esquivado antes emitió un chillido ensordecedor cuando una bala atravesó su pecho.

Pero los otros dos vampiros de pronto habían desaparecido.

–¿Dónde están? –pregunto ella, jadeando.

Una brisa gélida serpenteó en su nuca. Sin dudar, Carolina volteó y deslizó su estoque en el aire. La espada se deslizó sobre la piel pétrea. Lo suficiente para aturdir al vampiro. Ella avanzó, como el

abuelo le había enseñado, y encontró su objetivo en lo profundo del corazón del monstruo.

Los ojos sangrientos de la bestia se volvieron café, apagados. Por un segundo, por una fracción de segundo, Carolina podría jurar que vio algo humano en ellos. Angustia. Alivio. Arrepentimiento. Pero luego, la criatura cayó al suelo de bruces.

Ella sonrió. Había matado a su primer sediento.

–¡Lo hice! –Volteó y vio el rostro sonriente de su abuelo.

–Buen trabajo, Lina.

Carolina abrió los ojos de par en par. Gritó horrorizada cuando el último vampiro saltó sobre la espalda de su abuelo. Antes de que pudiera pensar con claridad, antes de que pudiera siquiera actuar, el sediento hundió los colmillos en el cuello de su abuelo.

–¡No! –gritó Carolina.

El hombre cayó de rodillas, con los ojos en blanco mientras el monstruo lo mordía más. Ella corrió hacia ellos. Lanzó su reata sobre el rostro de la criatura. El vampiro se apartó del abuelo con un chillido que le heló la sangre, mientras rasgaba músculos y venas. Carolina avanzó y atravesó a la bestia con su espada. Un grito atragantado escapó de los labios grises del sediento antes de que cayera.

El abuelo se desplomó. Carolina se arrastró sobre la tierra y sujetó la cabeza del hombre antes de que golpeara el suelo. Su peso era demasiado para sus brazos lastimados, y lo posó sobre el regazo.

–Lina –susurró él, luego tosió–. Estoy…

–Shh –dijo despacio, mientras intentaba contener la sangre con su mano inestable. El mentón de Carolina temblaba. Las lágrimas calientes invadían sus ojos–. Lo siento, abuelito. –Carolina intentaba contener el llanto–. Lo siento.

–¿Por qué? –Tosió–. Mataste a tu primero. Y estás a salvo. Eso es lo que importa.

–No. *Tú* eres lo que importa.

El abuelo gruñó mientras tomaba algo.

–Debes practicar todos los días, Lina. –Llevó la reata, el motivo por el que estaba afuera, sobre el pecho–. Demuéstrale a tu papá la gran luchadora que eres.

Carolina sacudió la cabeza de lado a lado.

–Se lo demostraremos *los dos*, abuelito. Se lo demostraremos juntos.

Carolina veía puntos negros. Sus dedos estaban llenos de agujas, como si se hubieran dormido. Había perdido demasiada sangre. La sentía secándose sobre la piel, sobre el camisón. Su sangre había enloquecido a los demás vampiros. Su error los había llevado allí en manada. Debería haberle prestado más atención al entorno. Debería haber visto a Lorenzo venir. No, a Lorenzo no. No permitiría que esa cosa tuviera el nombre de su primo.

–¡Padre! –gritó el papá de Carolina–. ¡Padre, no!

La silueta robusta de papá se desplomó junto a ella. Los ojos oscuros de don Luis se posaron en Carolina, luego en su padre y de nuevo en ella.

–¿Estás…? –No podía hablar.

–Estoy bien. –El mentón de Carolina temblaba mientras movía la mano para mostrar la herida atroz de su abuelo–. Pero él no lo está.

Su papá dejó caer la cabeza.

–Maldita sea –susurró.

Había sollozos de angustia alrededor de Carolina. Llantos por su abuelo, don José Miguel, resonaban bajo el amanecer incipiente.

–¿Qué podemos hacer, apá? –le preguntó Carolina a su padre–. ¿No hay forma de salvarlo?

Pero ya sabía la respuesta. El abuelo había perdido demasiada sangre. Era imposible sanar las venas y la carne destrozada.

–¡No deberías haber estado aquí! –replicó su padre–. ¿Qué hacías afuera a esta hora, Carolina?

–Pues… –¿Qué derecho tenía él de enfadarse con ella? Él nunca había creído en sus habilidades para pelear y cazar. Pero miren lo que había hecho. Había matado a un sediento. A dos, en realidad. El abuelo creía en ella. Era la única persona que siempre lo había hecho. Y ahora estaba muriéndose.

El abuelo sujetó la muñeca de Carolina con los dedos.

–Esto no es tu culpa.

–No –susurró el papá de Carolina. Le arrebató la reata del pecho al abuelo y la apretó en la mano–. Es la tuya, padre. Ojalá

encuentres paz en la Tierra de los Muertos sabiendo que mi Carolina podría haberse ido contigo hoy.

Papá se puso de pie y miró a su familia, que lloraba.

–¡Preparen los caballos! –les ordenó a los hombres–. ¡Debemos asegurar el pueblo!

Carolina lo observó partir. De haber podido, hubiera derribado a su papá contra el suelo y lo hubiera molido a golpes por ser tan cruel y desalmado.

–Lina –gimió el abuelo.

Carolina miró su rostro.

–Aquí estoy.

Una lágrima rodó por la mejilla del abuelo. Pestañeó.

–No te vayas –susurró ella–. Por favor.

–Te amo, mija.

Carolina lloró desconsoladamente.

–Yo también te amo. Te amo tanto, abuelito.

Su abuelo soltó una exhalación larga. Carolina esperó. Clavó la mirada en él, suplicándole que respirara otra vez. Pero la inhalación jamás llegó. Su alma ya no estaba allí. Carolina cerró los ojos con fuerza y dijo una plegaria a los dioses de la Tierra de los Muertos mientras su familia lloraba a los cielos.

–Sé amable, Tecuani –murmuró–. Dale a mi abuelo pase a través del Bosque de las Almas. Sé amable, Atzin. Dale a mi abuelo un viaje seguro a través del Río de las Angustias. Ten piedad, Itzmin. Dale a mi abuelo un paso firme en el Valle de los Recuerdos. Ten gracia, Tlali. Dale a mi abuelo velocidad para avanzar por el Desierto de las Injusticias. Cuídalo, Chipahua. Dale a mi abuelo fuerza para escalar la Montaña de las Retribuciones. Sé comprensivo, Xipil. Dale a mi abuelo permiso de entrar a las puertas del cielo.

Vio a su madre llorando, a sus primos y al resto de la familia. Quería que nunca más sintieran un dolor semejante. Y sabía que su abuelo querría lo mismo. La muerte les llegaría a todos, pero no a manos de un vampiro.

–No te preocupes, abuelito –dijo Carolina entre lágrimas–. Mataré hasta el último sediento, aunque sea lo último que haga.

# DIARIO LOS CAMPOS

8 DE OCTUBRE DE 1646

RENALDO ORTIZ

**ENCUENTRAN MUJER DRENADA DE SANGRE. UN PUEBLO PLAGADO DE BESTIAS CON COLMILLOS**

El pintoresco y desolado pueblo de Del Oro ha sido últimamente el escenario de una tragedia terrible. Encontraron a una mujer llamada Alma Rosario [redacted] drenada de sangre después de haber estado desaparecida por un tiempo. Los sacerdotes locales detectaron brujería, porque la mujer salió de la tumba y atacó a los presentes en el funeral. Una fuente confiable dice que tenía colmillos como un demonio.

¿Qué opinan, queridos lectores?

¿Es un demonio? ¿Una bruja? ¿O alguna otra clase de maldad al acecho?



# CAPÍTULO 3
# Lalo

**Cuatro semanas después**

LALO Y FERNANDA SE HABÍAN ESCABULLIDO POR CAMINOS IRREGULARES Y DESOLADOS durante un mes y dos días. Era un milagro que él no se hubiera quebrado el cuello de tanto mirar por encima del hombro constantemente, en busca de cualquier cosa que hubieran pasado por alto en medio de la polvareda creada por sus pasos. Pero hasta ahora, no había rastros de Maricela o de otros vampiros bajo su dominio.

La logística que requería viajar tan lejos hacia el noroeste había sido una pesadilla. Tuvieron que contratar cocheros a los que no les molestara conducir sus carretas durante toda la noche. Y encontrar carruajes con cortinas gruesas que no permitieran el ingreso del sol.

No había sol en la Tierra de los Muertos. Las almas se movían con facilidad entre las sombras frías así que no era algo necesario. Debido a eso, Tecuani, tan poderoso como era, se veía debilitado por los feroces rayos del sol. Y lo mismo sucedía con los monstruos que él ayudaba a crear. Lalo había leído que los vampiros que habían sido convertidos hacía poco toleraban la luz solar por un tiempo

breve porque aún había parte de su humanidad intacta, pero no era en absoluto una experiencia agradable.

El quinto día de viaje, Fernanda había salido hecha una furia de la posada en la que estaban hospedados, rascándose y despotricando contra las chinches que había encontrado bajo la litera. Culpaba a Lalo por su desgracia compartida, por todo lo malo en su vida, tal como hacían a veces los hermanos que debían huir de vampiros vengativos. Él fue tras ella, olvidando quién y qué era, y no notó que estaba mirando un cielo despejado. Apenas unos minutos después, su piel se llenó de ampollas y pus. Sentía que sus entrañas hervían. El dolor era inconmensurable. Y las ampollas supurantes destruyeron su ropa planchada.

Debido a su investigación, Lalo sabía que podía curarse rápido si se alimentaba de sangre humana. Pero se negó a hacerlo. No soportaba la idea de ver los pensamientos más íntimos de otra persona, de escurrirse entre sus recuerdos y robarles la vida. Así que hizo su mayor esfuerzo por cazar cualquier animal que se cruzaba en su camino: eso solo logró que la curación tardara mucho más. Pero no consumir el sustento que en realidad necesitaba cubría su piel de sudor frío y lo hacía sentir que tenía los huesos frágiles.

–¿Por qué luces tan miserable? –había preguntado Fernanda en una parte del viaje particularmente larga por un camino vacío. Luego enderezó la espalda–. ¿Aún sientes sed?

Lalo posó su frente ardiente sobre el cristal fresco de la ventana.

–Demasiada. Es sofocante. Insoportable.

–Pero acabas de cazar un conejo.

Él hizo una mueca de dolor. Prefería que no se lo recordara.

–Necesito sangre humana para sentirme lleno, Fernanda. Así es como funciona esto. Te lo he dicho miles de veces. –La atención de la joven rara vez duraba mucho. Y en lo que respectaba a su hermano, parecía durar incluso menos. Lalo suspiró–. Si los sedientos no consumimos sangre humana cada tanto, empezamos a morir de verdad. Y morir duele como el mismísimo infierno.

–Entonces, tienes que encontrar un humano dispuesto a…

–No –dijo él con firmeza–. Cuando consumimos sangre humana, les quitamos tiempo de vida, ¿recuerdas? Cada gota que bebo

podría robarles días o semanas, y me niego a hacerlo.

Sus oídos aún escuchaban los gritos de aquellos que había atacado en la cantina cuando la sed de sangre fue demasiado fuerte. Pudo saborear el miedo de los humanos y oír el siseo de los vampiros mientras intentaban resistirse a él. Le repugnaba. Sin embargo, estaba desesperado por más. La sed que se arremolinaba en sus venas era como un parásito moviéndose en su interior. Afectando sus sentidos. Quemando su garganta. Presionándolo a ceder. No podía permitir que pasara. Sabía que, si lo hacía, perdería a su hermana para siempre.

Pero alimentarse de animales no bastaría por mucho tiempo más. Según los cálculos de Lalo y las anotaciones de otro vampiro que se había resistido a la sed, creía que tenía menos de un mes antes de que su cuerpo se rindiera y se convirtiera en el monstruo verdadero del que Maricela le había advertido.

Apartó la vista de Fernanda y miró con enfado a través de la ventanita. Enderezó la espalda. Entre los espacios intermitentes entre los árboles, veía un valle extenso. Unas casas pequeñas de adobe cubrían el espacio abierto y había luz cálida brillando en sus ventanas. En el centro del valle, brotaba un pueblo con edificaciones bajas y algunas estructuras más grandes. Lo más probable era que una de ellas fuera una iglesia. Otra el ayuntamiento. Quizás una escuela. Lalo frunció el ceño. El pueblo entero estaba rodeado por una muralla sólida hecha de piedra gruesa.

El carruaje pasó sobre una parte irregular del sendero, lo que hizo que los hermanos se sacudieran de un lado a otro. Lalo estaba a punto de quejarse, pero Fernanda dio un grito ahogado.

Abrió un poco más la cortina.

–¿Ese es Del Oro?

Del Oro, el pueblo donde habían encontrado muerta hacía siglos a Alma Rosario. Su asesinato fue el primero de su tipo en Abundancia hasta donde Lalo sabía. Fue pura suerte que él hubiera descubierto el obituario de la mujer en las catacumbas de la biblioteca, dado que esos documentos no solían conservarse en esa época. Y estaba allí solo porque la muerte de la pobre había aparecido en un periódico centrado en teorías conspirativas y cuentos macabros.

"Encuentran mujer drenada de sangre", decía el artículo. "Un pueblo plagado de bestias con colmillos".

La siguiente nota en el periódico era sobre criaturas pequeñas que robaban los dientes de la gente. Lalo imaginaba que no muchos académicos leían ese tipo de tonterías. Pero había estado desesperado por entender al monstruo que les había arrebatado a sus padres. Necesitaba demostrarles a todos que no había estado en *shock* como afirmaban los oficiales.

Fernanda cruzó los brazos.

–Es un pueblo diminuto. ¿Qué hace la gente siquiera para pasar el tiempo?

–Sí. Es mucho más peculiar de lo que estamos acostumbrados. – Su ciudad natal, Los Campos, era un sitio vivaz lleno de personas muy ricas y muy pobres. Lalo y su hermana habían crecido con todo lo que alguien podía querer: carne en cada comida, las mejores escuelas privadas que podían pagar, zapatos nuevos en cuanto los tacones del par anterior se gastaban. Sus padres quizás no les ofrecían todo el amor que un niño necesitaba, pero habían hecho todo lo posible por compensarlo con posesiones. Aunque Lalo no necesitaba mucho. Libros, trajes a medida, una visita a la barbería una vez por semana. A veces dos, si no le habían cortado el cabello a su gusto. Era un hombre sencillo, en su opinión.

Su hermana frunció el ceño.

–¿Por qué custodian tanto Del Oro?

Lalo miró por la ventana. Junto a la muralla, en una entrada, vio dos personas a caballo.

Hurgó en sus recuerdos de la poca información sobre el pueblo que había podido recopilar. La familia Fuentes fundó Del Oro a fines del 1500. Más que nada eran ganaderos que administraban ranchos y comerciaban con pueblos y mercaderes cercanos.

–Un artículo decía que el pueblo estaba plagado de bestias con colmillos. Pero eso fue hace generaciones. Sin duda, no es el motivo por el que construyeron la muralla alrededor del centro del pueblo. Quizás es para mantener fuera a los bandidos –sugirió Lalo. Desde que el alcalde actual, el señor Luis Fuentes, había asumido el puesto, los informes de ataques de "animales" habían disminuido.

No había informes oficiales sobre vampiros en ningún artículo encontrado por Lalo, pero entendía lo que podía significar un ataque "animal". Esas fueron las palabras exactas que los oficiales de Los Campos habían usado para describir el asesinato de sus padres.

El carruaje se tambaleó cuando las ruedas de madera pasaron del sendero de tierra a uno de piedra. El único hogar que Lalo pudo rentar con tan poca previsión y con un atisbo de privacidad estaba en la cima de una colina con vistas al pueblo. Estaba en el límite del bosque y nadie había vivido allí en muchos años porque los inquilinos habían desaparecido. Pero la mujer con la que hizo el acuerdo de renta le garantizó a Lalo que aún estaba "habitable". Sea lo que sea que eso significara.



Fernanda sonrió con picardía al entrar en el cuarto de Lalo.

–No pudiste evitarlo, ¿verdad?

Su nuevo cuarto estaba impoluto. Todo estaba ordenado. Tal como él lo prefería.

–Estaba aburrido –dijo Lalo, a su estilo monótono preferido.

La joden resopló.

–Solo tú intentarías curar el aburrimiento quitándole el polvo a los libros.

–No son solo libros. Son tal vez la llave de mi salvación. –También había llevado a escondidas algunas de sus novelas favoritas. Lalo sabía que no debía desperdiciar espacio extra dentro del baúl que había llevado al huir, pero no pudo evitarlo. No tenía corazón para dejar atrás todo lo que amaba.

–¿Encontraste algo nuevo? –preguntó ella, con esperanza danzando en sus ojos.

Fernanda había ido al pueblo a comprar provisiones y ver si podía averiguar algo útil sobre el lugar. Había regresado con algunos textos que eran sobre la historia del pueblo y que había encontrado

en la biblioteca diminuta que también funcionaba como oficina postal.

–No. –Cerró uno de los libros prestados–. No había ni una oración sobre vampiros en estos.

Ella se encogió de hombros.

–Fue lo mejor que encontré. La mujer de la recepción no paraba de persignarse cuando entré. A todos les horroriza que estemos rentando una casa tan lejos fuera de la muralla. Alguien preguntó si buscábamos morir como los Alicante que construyeron este hogar.

Lalo deslizó una mano sobre su rostro.

–¿Preguntaste por qué hay murallas rodeando el pueblo?

–Por desgracia, no. Estaba demasiado ocupada coqueteando con la chica más hermosa que vi. –Pasó junto a Lalo y se desplomó en la cama tendida a la perfección. Miró alrededor, frunciendo las cejas con insatisfacción–. Parece una tumba.

Lalo sintió el rugir de sus entrañas, desesperadas de sangre. Si no se alimentaba pronto, podría perder el poco control que tenía.

Todo empezaba a sentirse como si le estuvieran lanzando dagas de forma constante. Respirar. Caminar. Pensar.

Fernanda lo observó de verdad por primera vez desde que había entrado a su recámara.

–Tienes los labios un poco azules.

Consumir una fuente de vida hacía que un sediento luciera casi idéntico a como era antes de la conversión. No consumirla los hacía ver como cadáveres vivientes. Sus órganos comenzaban a fallar. La piel se volvía cenicienta. Sus cuerpos comenzaban literalmente a alimentarse de sí mismos. Pero Lalo prefería marchitarse y convertirse en un gusano antes que alimentarse de otro humano.

–Necesitas sustento, hermano. Lamento que el carnicero no haya conseguido aún lo que le pedimos.

Él clavó la mirada en el suelo, la vergüenza y la tristeza de esa verdad lo abrumaba.

–¿Qué harás? –preguntó Fernanda.

–¿Respecto a encontrar pistas sobre cómo volver a ser humano antes de que sea demasiado tarde?

–No, idiota. Respecto a tu alimentación. No habrá nada que reconvertir si no te alimentas.

El pavor invadió el cuerpo de Lalo. Suspiró con pesadumbre y apartó la vista de su libro.

–Tendré que cazar un ciervo o algo así. –Un conejo no bastaría.

Su vida en la ciudad nunca le había dado motivos para cazar. Incluso cuando otros hombres iban de vacaciones a las afueras, él prefería quedarse y leer o revisar los libros de contabilidad del negocio de su padre. Ni siquiera sabía cómo cabalgar bien. Claro que podía fingir con bastante decencia, pero nunca había tenido la necesidad de ir más rápido que un trote relajado.

–¿Quieres compañía?

–Preferiría odiarme a mí mismo en privado, muchas gracias.

Fernanda sostuvo la mirada de Lalo y él odiaba la lástima que encontró en los ojos de su hermana. Lo había mirado igual cada vez que él rechazaba una invitación a un baile o a un evento benéfico. Como si permanecer lejos de las actividades sociales porque no le agradaban fuera lo más penoso de todo. Al menos ahora las miradas lastimeras de Fernanda tenían un motivo de ser.

–El sol se pone –señaló ella–. Deberías irte.

Él abandonó la silla, tomó su capa y se puso la capucha.

–No es necesario que me esperes despierta. No sé cuánto tardaré.

Poseía una velocidad impresionante debido a que el poder de Tecuani vibraba en su interior. Y sus sentidos estaban mejorados a un nivel extravagante, pero eso no garantizaba una presa. La mitad de las veces, simplemente no se atrevía a tomar la vida de la criatura que hubiera atrapado. Había comido carne toda la vida, pero eso no significaba que quería ser el encargado de la carnicería.

–Seguro estaré despierta igual –dijo Fernanda, sonriendo de pronto–. Volveré al pueblo mañana para hacer amigos. Quizás ellos nos ayuden a encontrar más pistas sobre esa mujer Alma que mencionaste. Si de veras es la primera víctima documentada en Abundancia, alguien debería saber algo sobre ella. Debo escoger el vestido perfecto para semejante ocasión. ¿Crees que los jóvenes de aquí sepan sobre cuál es la última moda?

Los dedos de Lalo temblaban mientras cerraba el botón de su capa.

–Sin duda, lo saben.

–Al menos eso es bueno. –Fernanda se puso de pie–. Mucha suerte, hermano.

Lalo gruñó y observó a su hermana partir. Le alegraba que Fernanda estuviera allí para ayudarlo. Era muy sociable, más de lo que él había sido alguna vez. Pero ¿estarían a salvo allí? ¿Incluso tan lejos de la ciudad de la que habían huido? Si él había podido hacer la expedición hasta Del Oro, sin duda, Maricela también era capaz de hacerla.

Se estremeció antes de apartar esa idea. Mejor preocuparse de una cosa a la vez. En ese instante, Lalo sentía que se le revolvían las entrañas. Necesitaba encontrar un animal y alimentarse o nunca tendría la oportunidad de reconvertirse en humano como tanto deseaba con desesperación. Suspirando, salió de la habitación y avanzó por el pasillo. Solo podía rogar no vomitar mientras se alimentaba y arruinar sus botas limpias. De nuevo.



# CAPÍTULO 4
# Carolina

Cuando la casa por fin se sumió en el silencio y su prima Nena estaba bajo las sábanas roncando suavemente, Carolina se escabulló de la cama hasta la tabla floja en el suelo debajo de su tocador. Miró rápido hacia la puerta, pero estaba cerrada; solo el brillo tenue de las farolas se veía por debajo de ella. Mordiendo su labio, clavó las uñas en la madera y retiró la tabla.

Allí, en el polvo y la oscuridad, estaban las prendas que solía usar cuando entrenaba con su abuelo. Una blusa negra suelta, guantes gruesos y, sonrió, pantalones. Tomó las dagas de obsidiana que usaba para practicar y las dejó a su lado. La piedra negra era lo único, además de la madera tomada de las raíces de los árboles, que podía causar un corte mortal debido a su protección natural contra el mal. Luego, tomó la reata que el abuelo le había dado y la colocó sobre su regazo. La había encontrado en un cesto de basura después de que su padre se la hubiera quitado. Carolina deslizó el pulgar sobre las tiras de cuero trenzadas.

–Te extraño, abuelito –susurró–. Fuiste el único que realmente creía en mí. No permitiré que tu muerte sea en vano. –Carolina no había olvidado la promesa que le había hecho a su abuelo la noche

en que lo mataron. Nunca permitiría que su familia sufriera así de nuevo. Mataría a cada sediento posible. Y lo haría con o sin la aprobación de su padre.

Tomó las prendas y las armas y puso de nuevo en su sitio la tabla del suelo.

Carolina se quitó el camisón y se preparó en silencio.

Cuando terminó de acordonar sus botas, se puso de pie y observó su reflejo. Si el abuelo pudiera verla ahora. Se le secó la boca al pensarlo. Nadie en el mundo estaría más orgulloso de ella que él. Sin duda, su padre no lo estaría. Pero las acciones de esa noche podrían hacerlos cambiar de opinión a él y a todo el resto del pueblo. Encontraría un sediento, lo mataría y se llevaría los colmillos como evidencia de su éxito. Les demostraría que era tan buena cazadora como cualquier miembro de la patrulla de su padre.

Con el corazón acelerado, cubrió su rostro con una máscara que había hecho con una capa vieja. No quería que la descubrieran y la delataran antes de siquiera salir de la hacienda. Supuso que lo mejor era permanecer escondida hasta que quisiera revelar su identidad.

Jaló del ala de su sombrero y sonrió. En ese atuendo, ya no parecía la hija recatada y educada del alcalde. Estaba vestida como una cazadora de monstruos. Aunque nunca había visto un cazador con caderas redondeadas tan tentadoras. Le guiñó un ojo con aprobación a su reflejo.

–¿Qué estrellas está pasando?

Carolina volteó. Su prima, Nena, había despertado, con los rizos oscuros sobre los ojos. Nena los apartó y se posó sobre los codos.

–¿Carolina?

–Em… –Se quitó el sombrero y la máscara e intentó esconderlos detrás de la espalda. Nena resopló.

–Ya no tiene sentido intentar ocultarlo. Ya te vi vestida como una justiciera enmascarada. –Rio, el sonido resonó como un disparo dentro de la casa durmiente.

–¡Cállate! –Tomó una almohada de la cama y se la lanzó a Nena. Rebotó en la cara de su prima y aterrizó en su regazo.

–¡Ay! –protestó.

Carolina corrió hacia la cama de su prima y se puso de rodillas ante ella.

–No debes decirle a nadie sobre esto.

–¿Sobre qué? ¿Qué es esto? –Nena le hizo un gesto a Carolina–. ¿Acaso la fiesta que haremos mañana por el abuelo es una fiesta de disfraces?

–No. Yo… –Mordió su labio un instante–. Nena, debes prometerme que guardarás un secreto.

Ahora, de veras había despertado la curiosidad de su prima.

–¿Qué tipo de secreto? ¿Por qué estás vestida así? ¿Planeas escabullirte? –Dio un grito ahogado–. ¿Es por un chico? ¿O una chica? –Nena movió las cejas de arriba abajo–. ¿Ya se han besado?

Carolina negó con la cabeza.

–No se trata de besos, Nena. *Santos.*

La joven dejó caer su mandíbula, atónita.

–¿Hicieron algo *más* que besarse?

Ahora, su prima estaba totalmente despierta y se había enderezado. Tenía las manos sobre la almohada; su camisón caía suelto sobre un hombro. Nena era la chica más bonita del pueblo, por lejos. Era curvilínea y tenía piel oscura que siempre olía a cítricos y vainilla. Era apenas tres meses más joven que Carolina, pero tenían vidas más que diferentes.

Antonina Fuentes era libre de hacer lo que sea que quisiera porque lo que más amaba, bailar, coquetear, coser y lucir vestidos hermosos, encajaba con todo lo que sus padres esperaban de ella. Nena se casaría feliz con un pretendiente escogido por su familia porque el matrimonio significaría que por fin viajaría lejos de Del Oro. Aquello era una maravilla para Nena, pero no era lo que Carolina quería para su vida. No le importaba ir de compras o capturar la atención de los caballeros. Lo que ella quería era cazar. Y no el encaje más codiciado de la temporada.

–¿Qué secreto quieres que guarde? Mientras que no sea algo que te pondrá en peligro, estoy lista.

–Bueno… Sobre eso…



Carolina detuvo su corcel cuando llegaron a la entrada del bosque. Los sonidos usuales de la medianoche le dieron la bienvenida: grillos, hojas moviéndose en la brisa, agua fluyendo en un arroyo cercano. Pero no permitiría que la normalidad la engañara. Tampoco permitiría que el latido del miedo en su mente la hiciera volver ahora mismo. Nunca había estado tan lejos del pueblo. Ni una vez en sus dieciocho años de vida. No permitiría que su propio temor arruinara el momento.

–Esta es la peor idea que has tenido –aseguró Nena.

–Calla –susurró Carolina–. ¿Acaso quieres que nos escuche todo el mundo?

Tampoco permitiría que su prima arruinara el momento.

–¿Qué mundo? –replicó. Ella también había cubierto su rostro con una máscara, pero era innegable quién era. Solo su silueta bastaría para delatarla ante cualquier persona del pueblo. Y nunca se había avergonzado de ello.

Nena miró de izquierda a derecha.

–Las únicas personas que veo son dos tontas, aquí mismo. –Señaló a ambas. Carolina puso los ojos en blanco.

–Nadie te pidió que vinieras.

–¿Qué esperabas que hiciera cuando me dijiste lo que planeabas? ¿Qué asintiera y dijera: "Buena suerte"? Eres mi prima, debo cuidarte.

–Eres menor que yo. Se supone que *yo* debo cuidarte a ti.

Nena peinó sus rizos.

–Pero yo soy mucho más madura.

Carolina resopló. Nena le devolvió el resoplido.

–Creo que a veces olvidas que él también era mi abuelo –agregó después de un instante. Esto hizo que Carolina hiciera una pausa–. Todos estamos sufriendo, Carolina. Incluso tu padre. Pero ¿vale la pena arriesgar tu vida escabulléndote para demostrar que eres una guerrera o algo así?

Carolina respiro profundo.

–Sé que piensas que estoy loca por querer cazar vampiros. –Miró a su prima. Esperó a que Nena lo negara, pero, fiel a su estilo, solo frunció los labios y asintió. Una risita escapó de Carolina–. Pero el abuelo me entrenó bien, Nena. Puedo disparar y cabalgar mejor que cualquiera de mis hermanos. Sin embargo, porque soy la hija de Luis Fuentes, debo quedarme sentada en silencio y lucir bonita.

–No hay nada malo en lucir bonita –señaló Nena.

–Lo sé. –A Carolina no le molestaba cuando las personas le daban un cumplido por su apariencia. Le agradaban sus pómulos prominentes, sus cejas arqueadas y el modo en que sus labios sobresalían un poco. Pero no quería ser solo la esposa obediente de alguien. Deseaba que el viento alborotara su cabello. Deseaba que los sedientos la vieran y huyeran horrorizados.

–Quieres ser hermosa y tener mugre bajo las uñas –sugirió Nena.

–Supongo que sí.

–Entonces, yo también ensuciaré mis manos. Por desgracia. –Dijo la última parte en voz baja.

–Deberías volver, Nena. Nunca has querido pelear. –Le había pedido una vez que la acompañara a entrenar con el abuelo. Nena se había reído en su cara y había vuelto a enfocarse en su rompecabezas–. Esto será peligroso y no sabes usar un arma.

–Entonces, ¿qué es esto? –Introdujo la mano en el bolso amarrado a la montura de su caballo. Extrajo una sartén de hierro.

Carolina suspiró.

–¿*Eso* trajiste? ¿Ninguno de los cientos de cuchillos filosos en la cocina?

–Esta cosa es pesada. Golpearé al monstruo. Tú lo apuñalarás. Pan comido.

Pensó dar la vuelta y regresar a casa. No debería haber permitido que Nena la acompañara. El bosque no era un lugar seguro para ella. Pero no le había dado opción. Amenazó con contarle a su niñera en cuanto Carolina se marchara sin ella. Una amenaza sucia. Algo que Carolina, sin duda, habría hecho si los roles estuvieran invertidos. Y si quería volver con su presa y presentarla en la fiesta

para mostrarles a todos lo que había hecho, tal vez sola habría sido incapaz de hacerlo.

–Está bien. Vamos. Quédate detrás de mí.

Carolina desmontó su caballo justo en las afueras del bosque del que siempre provenían los sedientos. Quería desplazarse como los monstruos que había ido a matar, y sería mucho más fácil a pie. Amarró a su semental, Guapo, a una roca y ayudó a Nena a hacer lo mismo con su yegua, Luna. Ajustó su cinturón cargado con su reata y las dagas. También había robado un machete del granero. Había llegado la hora de demostrar su valor como Fuentes y como luchadora.

Apartó un arbusto espinoso del camino y entró al bosque. Había cierta humedad flotando en el aire. Las ramas sobre su cabeza se extendían como dedos esqueléticos, bloqueando la luz de la luna. Incluso la vegetación parecía amenazante. Entendía por qué en la zona habían bautizado al bosque como Boca de la Muerte. Era como una trampa para moscas. Todo dentro del bosque parecía letal. Y dado que el sol era incapaz de penetrar la arboleda durante el día, tenía sentido que los vampiros consideraran que ese lugar era su hogar.

Tomó el machete de su cintura y se lo ofreció a Nena. Su prima negó con la cabeza y alzó la sartén. Carolina apretó los labios para contener la risa. Era capaz de hacerla reír en los peores momentos. Cada vez que Carolina se metía en problemas, lo cual ocurría con frecuencia, nunca corría el riesgo de ver a Nena a los ojos. La última vez que lo hizo, Carolina estalló en carcajadas histéricas, lo cual enfureció a su papá. Obligaron a Carolina a recoger hierbajos y hojas secas del jardín de su madre hasta que terminara de limpiar todo el terreno. Le dolió la espalda durante días y Nena ni siquiera salió a ayudarla. De hecho, le hacía muecas a Carolina desde la ventana de su habitación compartida. Esa desgraciada.

Las chicas se adentraron entre los árboles. Dando pasos lentos y metódicos, Carolina tanteaba delante de ella con la mano libre. Sus dedos rozaron una corteza áspera y una zarza. Sus botas pisaron un colchón de agujas de pino hasta que tocaron tierra seca.

–Encontré un sendero hecho por animales –susurró. Todo tipo de criaturas lo usaba para llegar al arroyo al este de su ubicación.

–¿Qué es eso? –preguntó Nena en voz baja. Señaló algo colgando de una rama más adelante.

Carolina lo tomó y deslizó el pulgar sobre lo que parecía ser un fragmento de tela rasgada.

Nena tomó el retazo y lo olisqueó.

–Huele al jabón cítrico que los mercaderes traen de las ciudades. Santos, no puedo esperar a casarme para viajar por toda Abundancia. Iré a cada tienda de vestidos que vea.

–¿Por qué estaría esto aquí? –susurró Carolina pensando en voz alta, ignorando a su prima–. Y más importante, ¿por qué el aroma es tan fresco? –Frunció el ceño–. Quizás es de un bandido. O… ¿Y si la tela es de la próxima comida de un vampiro? ¿Vino algún comerciante al pueblo esta semana? Tal vez algún miembro de su grupo desapareció.

Nena negó con la cabeza.

–No llegarán hasta dentro de unos días más.

Un grito amortiguado brotó de entre los arbustos, más adelante. Ambas chicas intercambiaron una mirada, boquiabiertas.

–¿Qué hacemos? –susurró Nena.

–Es probable que la vida de alguien corra peligro. Vamos.

Guardó el retazo y el machete en su cinturón y corrió por el sendero lo más rápido posible. Carolina mantenía el oído atento y los ojos abiertos.

Otro sonido extraño la detuvo en seco. Nena se topó fuerte contra su espalda. Trastabilló hacia atrás, pero recobró el equilibro antes de caer.

Oía sorbidos. Luego un gemido, seguido de una arcada.

Carolina tensó los músculos. Sea lo que fuera, estaba alimentándose de algo.

Avanzó detrás de un roble grueso y se asomó.

Una silueta con una capa elegante flotaba sobre un cuerpo. El hedor metálico a sangre invadía el aire. Carolina forzó la vista, con la esperanza de ver mejor en la oscuridad.

La silueta se movió y vio que el cuerpo tendido sobre el suelo del bosque era un ciervo. Había dos agujeros en el cuello del animal y la sangre brotaba de ellos. Carolina hundió las uñas en la corteza del árbol.

El monstruo emitió un gruñido gutural.

Las manos de Carolina ansiaban clavar una estaca en el corazón del demonio.

–Quédate aquí –le dijo a Nena moviendo los labios sin emitir sonido.

Su prima apretó más fuerte su sartén de hierro y asintió una vez.

Conteniendo el aliento para calmar su corazón acelerado, Carolina avanzó entre los árboles. Una ramita se quebró bajo sus pies. Mierda. La criatura alzó la cabeza, enderezó la espalda. Miró despacio en dirección a ella.

Ella no desperdició ni un segundo. Corrió hacia adelante, preparando el machete. Tacleó al monstruo con su cuerpo. Usó todo su peso y fuerza para derribarlo en el suelo. El sediento no dio pelea, ni siquiera alzó una mano para protegerse. Simplemente exhaló un suspiro dramático mientras caían sobre la tierra.

Carolina quedó sobre el sediento de inmediato, con el machete contra su cuello.

La capucha de la capa cayó, el rostro de la criatura quedó expuesto y ella tuvo que contener su sorpresa. El sediento era un joven, quizás de su misma edad. Y era… *atractivo*. Tanto que su corazón se detuvo un instante.

El desgraciado tenía un bigote cuidado, como los jóvenes que había visto en los periódicos de élite de Nena. Lucía muy humano y más hermoso que cualquier chico que hubiera visto antes. *Qué desperdicio.*

Con un gruñido, clavó un poco el filo en la carne suave de su garganta. Un chillido diminuto brotó de los labios de la criatura. Rodeó la muñeca de Carolina con sus dedos llenos de fuerza bestial. Se quitó el cuerpo de la chica de encima y ella rodó en el suelo.

–Ay, no –se lamentó él–. No era mi intención…

Carolina golpeó el tronco de un árbol, sus dientes rechinaron contra su cráneo. El sediento estaba de pie en un segundo,

avanzando hacia ella. Era alto y delgado, pero tenía hombros anchos que indicaban fuerza. *Bueno, ella también era fuerte.*

Preparó su arma, ignorando el dolor de cabeza latente que nublaba su visión.

–Disfruta estos instantes, chupasangre –replicó–. Porque serán tus últimos.

El chico alzó las manos, rindiéndose.

–N-no era mi intención lanzarte así –balbuceó. Su voz era suave como la seda. La sorpresa la invadió. Nunca había oído a un vampiro hablar–. Lo prometo –dijo él, acercándose a ella un poco–. No quiero hacerte da….

Nena salió corriendo de su escondite, chillando como una gallina. Alzó la sartén y golpeó con fuerza al vampiro en la cara. El sediento se tambaleó y llevó las manos hacia la mejilla.

–¡Por el inframundo! –chilló él.

Estaba llamando a otros demonios, pidiéndoles asistencia.

–No mientras yo esté aquí –gruñó Carolina.

Se puso de pie y alzó el machete hacia el sediento. Él abrió los ojos de par en par, incrédulo, pero se apartó justo a tiempo.

–¡Espera!

Ella lo atacó sin parar. Cada vez, él esquivaba los golpes. Ella chilló de frustración. Ya sentía los brazos cansados. No se había recuperado por completo del ataque hace un mes, el ataque donde su abuelo había sido asesinado de manera cruel.

Una furia feroz ardió dentro de Carolina al pensarlo.

–Morirás esta noche –gruñó, tomando su cuerda.

–Pero… ya estoy muerto.

–No te burles de mí. Eres un… Un… *–¿Qué palabra era peor que "imbécil chupasangre"?*

–¿Demonio deplorable? –sugirió él.

–¡No termines mis oraciones, demonio deplorable!

–Dejaré de hacerlo con todo gusto, ¡cuando dejes de intentar asesinarme! –Se agazapó y el lazo de Carolina falló.

–¡Nunca! –Ella movió la muñeca y esta vez la reata dio en el blanco y rodeó la cintura del vampiro. Él estaba boquiabierto.

Carolina clavó los talones en la tierra y jaló tan fuerte que él perdió el equilibrio y cayó sobre manos y rodillas.

–Señorita, por favor… Si tan solo…

Por todas las estrellas, qué atractivo era. Ella nunca había visto una revista o semanario con un rostro tan encantador. Pero él no era un *él*. Tenía que recordarlo. Él era una *cosa*. Una abominación. Algo que destruir. Pero era bastante difícil cuando era tan encantador.

–¿Qué esperas? –gritó Nena–. ¡Mátalo de una vez!

–¡Cállate, Nena! –Carolina alzó la daga contra él–. Tu muerte será lenta y cruel –le dijo al sediento.

Él abrió los ojos de par en par.

–Estas tierras son libres para cazar, ¿no? No vi ningún letrero que indicara lo contrario. No he hecho nada malo.

Ella rio con amargura.

–Tu mera existencia está mal, demonio.

Él flexionó un músculo de su fuerte mandíbula. Las rodillas traicioneras de Carolina se debilitaron al verlo. Y en ese instante, en ese maldito instante de distracción, el sediento giró y comenzó a correr. Le quitó la cuerda de la mano a la chica, lo que hizo que cayera de nuevo al suelo.

–¡Bastardo! –gritó Carolina.

Lanzó el cuchillo. La hoja resplandeciente atravesó el aire y se clavó justo en un árbol cuando el sediento se agazapó.

Ella golpeó la palma contra el suelo.

–¡Maldita sea! –Se puso de pie y comenzó a perseguirlo. Atravesó los arbustos, pero él no estaba ahí–. ¿Qué demonios?

Unos dedos que salieron de la nada sujetaron sus hombros y la empujaron contra un árbol grande. Las manos del sediento eran fuertes sobre sus brazos, pero no la estaban aplastando como le había ocurrido una vez. Él se cernió sobre ella, pero ella se negaba a que la intimidara.

–¿Por qué haces esto? –preguntó él, su voz estaba llena de pánico.

Lo fulminó con la mirada, aunque él no la vería, dado que la mayor parte de su rostro estaba cubierto por la máscara improvisada.

Carolina oía a Nena acercándose. Necesitaba mantenerlo distraído el tiempo suficiente para que su prima llegara con la sartén en mano.

Por eso, alzó el mentón y se obligó a mirarlo a los ojos. Se dio cuenta de que tenía ojos castaños claros. No rojos resplandecientes. *¿Cómo era posible?*

–¿Qué eres? –preguntó–. ¿Por qué no tienes ojos como el resto de tu clase?

La alarma invadió las facciones de la criatura.

–¿Hay otros vampiros aquí? ¿Cómo lucen? ¿Hay una con pelo rojo?

¿Cómo se atrevía a hacerle preguntas? *Él* debería estar respondiéndole *a ella*.

Usó la rodilla para patearle la entrepierna con fuerza. Él se plegó con un gemido de sorpresa.

–¡Eso me dolió mucho! –siseó.

–¡Es la idea, pendejo!

Clavó los dedos dentro de su propia bota y extrajo otra daga voladora. Al ver lo que hacía, el sediento huyó. Ella lanzó el cuchillo y observó cómo daba en el blanco y se hundía profundo en el hombro de la criatura.

Él dijo una grosería, o más bien la gritó, pero continuó corriendo.

Carolina apartó una rama baja del camino mientras lo perseguía a toda velocidad. Cuando llegó a un claro en el bosque, se detuvo en seco. Observó el área, dando vueltas.

–No puede ser. –Miró hacia los árboles–. ¡No puede ser!

El sediento había desaparecido.

Carolina emitió un gruñido de frustración y pisoteó el suelo con un pie. No había nada en la tierra. Ni siquiera una huella. Aunque bien podría ser que la falta de luz fuera la culpable de que ella no viera demasiado. No era un sediento. La oscuridad no era su mejor aliada.

El chico era más inteligente que cualquier otro vampiro que hubiera visto. En general, estaban tan perdidos por la sed de sangre que no pensaban en huir. Lorenzo ni siquiera había podido comunicarse. Pero este vampiro sí. ¿Acaso los sedientos habían

evolucionado de algún modo? ¿Acaso había monstruos nuevos que irían a cazar a su gente?

De pronto, Nena apareció entre los arbustos, jadeando, sudorosa. Las hojas y las ramas colgaban de sus rizos.

–¡Me abandonaste! –protestó.

–Estaba un poco distraída.

La joven miró a su alrededor.

–¿Dónde está? ¿Lo mataste?

–No, pues… –Una brisa movió los árboles y trajo consigo el aroma a humo. Carolina inclinó la cabeza–. ¿Por qué habría fuego en una zona tan remota?

El rancho más cercano estaba al menos a doce kilómetros. No olería nada desde allí. Avanzó rápido.

–¡Carolina, espera! –gritó Nena.

Pero ella ya estaba abriéndose paso por el bosque al ritmo de un sabueso.

Los pies de Carolina se detuvieron cuando una hacienda solitaria apareció a la vista. Nadie había vivido allí en años y, sin embargo, una voluta de humo ínfima brotaba de la chimenea en el extremo este de la casa. Una vela solitaria titilaba en una de las ventanas del segundo piso. Carolina tensó la espalda. No podía saberlo con certeza desde esa distancia, pero parecía que una dama había pasado caminando. Ahí estaba de nuevo y, sí, era una persona. La silueta se detuvo en la ventana. La mujer esperó allí durante lo que parecieron años. Acercó la nariz al vidrio como si intentara ver algo en el bosque que rodeaba la casa.

¿Estaba esperándolo a él? ¿Al monstruo? ¿Acaso ella también era uno?

–Maldita sea, Carolina. –Nena la sujetó y la llevó detrás de un árbol–. ¿Acaso no tienes instinto de supervivencia? Alguien podría verte.

–No es solo alguien. Hay un sediento adentro.

–No –dijo Nena despacio, como si Carolina no pudiera entender esa palabra–. Una familia de una ciudad portuaria rentó la casa de los Alicante. Son de Puerto Blanco, creo. Tendré que revisar el mapa para ver dónde es.

–¿Qué quieres decir? ¿Cómo lo sabes?

–Pues todo el pueblo ha hablado de ello durante una semana.

–¿Y cómo voy a saberlo si nadie ha hablado conmigo desde…? –No pudo decirlo. No quería traer a colación al abuelo justo ahora.

–*Yo* te lo conté hace días. Pero estabas demasiado ocupada no escuchándome.

–¿Quiénes son? –preguntó Carolina.

–Un hermano y una hermana. Aún no he visto al hermano, pero vi rápido a la hermana en el pueblo esta mañana. –Nena sonrió–. Es… muy atractiva, no lo negaré.

–¿Dijiste que la viste en la mañana? ¿Había salido el sol?

–Sí. Hace rato. Y la chica no se quemó o ni siquiera se inmutó. Es tan humana como tú y yo.

–Pero no sabemos nada sobre el supuesto hermano. Él podría ser el monstruo. –Carolina comenzó a avanzar, pero Nena sujetó su muñeca.

–Sería bastante grosero y muy inadecuado que la hija del alcalde de pronto apareciera en su puerta a esta hora –señaló–. Habría demasiadas preguntas que responder si los hermanos le dicen a la gente que llamamos a su puerta a esta hora. Y ¿si te equivocas? Además… ¡tienes pantalones puestos! –Nena señaló con la mano las piernas de Carolina.

Tenía razón. Mordiéndose el labio inferior, Carolina tomó una decisión. Volvería a casa antes de que su familia descubriera su ausencia. Ella soportaría meterse en problemas, pero no permitiría que castigaran a Nena por sus decisiones.

–Está bien. Pero en cuanto pueda, volveré aquí para averiguar más.

Nena sonrió.

–Y yo te acompañaré.

–No vendrás solo para coquetear con una chica bonita.

–Lo sé. –Rodeó los hombros de Carolina con un brazo–. Eso es solo un beneficio extra.

# Del diario del fraile Alejandro Ibarra

***A lo largo de los setenta y seis años que le he servido a la Iglesia, he atestiguado muchas hambrunas, obstáculos y males infligidos en nosotros, simples humanos, por los dioses, y he aprendido. Pero tal vez la más cruel de estas aflicciones es la maldición de la muerte o, como algunos la llaman, el vampirismo. La criatura posee el poder de Tecuani en su corazón, pero debe consumir vidas humanas para sobrevivir.***

***Los vampiros no son solo cáscaras que se alimentan del poder de Tecuani. Sus corazones aún laten, sus órganos aún funcionan, pero cuando uno muere, su sangre se vuelve alquitrán. Un vampiro debe alimentarse de sangre fresca, de la esencia vital que permanece poderosa y evita que su cuerpo falle.***

***Tengo entendido que los dioses desean que recordemos lecciones valiosas a través de nuestro sufrimiento, pero nunca comprenderé por qué un dios sacaría un alma de la tumba solo para convertirla en un monstruo.***



# CAPÍTULO 5
# Lalo

De todas las situaciones horribles que Lalo había atravesado, esta quizás era la más inconveniente. Había caído en una trinchera o una cueva, y su cuerpo se había enredado en un nudo incómodo. *Y* tenía un cuchillo clavado en la espalda. Pero al menos estaba a salvo de *ella*. Esa chica monstruosa y feroz oculta tras una máscara ridícula. Por no mencionar que su compañera había tenido la audacia de golpearlo con una sartén.

Ella había mencionado que ya había lidiado con los de su tipo. ¿Había visto a Maricela? Tragó saliva con dificultad. Pero luego pensó en la muralla que rodeaba al pueblo principal y lo separaba del mundo exterior. Quizás los vampiros de veras habían estado allí desde siempre.

La esperanza invadió su pecho.

–Tal vez por fin la suerte está de mi lado.

Del Oro era el pueblo donde habían encontrado el cadáver de Alma Rosario. Hasta donde sabía, ella fue la primera víctima de Abundancia a la que habían matado drenándola de sangre. Si realmente era la primera, eso significaría que Tecuani había sido invocado cerca. El vampiro que él creó aún estaría aquí, dado que

estaban ligados a la tierra donde estaba la tumba de la que habían salido. Si Lalo tenía alguna posibilidad de reconvertirse o al menos de librar al mundo de monstruos como él, necesitaba encontrar a ese vampiro.

Según el diario que había descubierto escrito por un tal fraile Alejandro, un experto famoso en males infligidos por los dioses, la única forma de terminar con "la maldición de la muerte" era encontrar al monstruo primogénito y erradicarlo. Eso rompería el poder de Tecuani dentro de todos los sedientos creados del original. Maricela no existiría más, al igual que la amenaza de su ira. Y la sed de Lalo desaparecería.

Dado que esa joven aterradora sabía sobre los vampiros, tal vez ella tendría más información específica sobre Alma Rosario y la bestia que le quitó la vida. Necesitaba hablar con ella. El único problema era que quería matarlo. Y también había sido bastante cruel al respecto.

Con dedos temblorosos, extendió la mano hacia la espalda y sujetó la empuñadura de la daga alojada en su hombro. Apretó los dientes e intentó quitársela. A Lalo se le revolvió el estómago y estuvo a punto de vomitar.

–Patético –susurró–. Das pena.

Sintió que había esperado lo suficiente. Según sus cálculos, había estado apretado dentro de ese hueco por más de dos horas. Sin duda, las mujeres ya no lo perseguían. Pero ahora, los pájaros comenzaban a cantar, lo cual lo puso nervioso. Los pájaros no solían trinar antes del amanecer.

Gruñendo, hizo su mayor esfuerzo por moverse en su sitio para poder salir. El cuerpo le dolía como el mismísimo infierno. Lalo sanaría, claro. Tenía la sangre de ese ciervo fluyendo en sus venas. La vida que había tomado repararía el daño. Tardaría mucho más en sanar que si hubiera consumido sangre humana, pero no podía hacer nada al respecto. Al menos en su mente.

Se le revolvió el estómago al pensar en lo que había sucedido y en cuán vergonzosa era la situación. ¡Qué bochornoso que alguien lo hubiera visto alimentarse!

Al menos, no lo vieron cazar. Eso lo hubiera humillado mucho más. Lalo ni siquiera había intentado cazar el ciervo. Había estado persiguiendo un mapache, pero tropezó y cayó justo contra la pobre criatura, de colmillos. Su único consuelo era que había tomado al ciervo tan por sorpresa que el animal no se dio cuenta de lo que estaba pasando hasta que ya era demasiado tarde.

La saliva de un vampiro paralizaba y adormecía a sus víctimas. El ciervo no sintió ningún dolor. De otro modo, Lalo lo hubiera percibido en su sangre. Igualmente, vio fragmentos de sus recuerdos. Lo vio pastando en un prado lleno de flores violetas y amarillas, chocando la cabeza contra otro macho y viendo a una cierva de lo más bonita.

Lalo avanzó hacia la abertura, pero se puso tenso. Un haz de luz refulgente dibujaba una línea en la entrada.

–No puede ser –protestó. ¿Tendría que permanecer dentro de esa guarida sucia durante al menos ocho horas? De haber tenido puesta la capa, podría haber cubierto todas sus extremidades con la tela y correr de vuelta a casa, pero había perdido la capa durante la pelea… o durante su penosa huida. La camisa y los pantalones no lo protegerían lo suficiente del sol. Y si decidía *intentarlo* y esa justiciera enmascarada estaba fuera, esperándolo, entonces, ¿qué? No tendría modo de protegerse.

Suspirando, Lalo se acomodó sobre la piedra en posición fetal, asegurándose de evitar que la daga en su hombro hiciera contacto con cualquier cosa. Comenzó a recitar el alfabeto al revés. Algo que había hecho desde la infancia para pasar el tiempo. Lalo no quería que su cerebro se relajara. Porque cuando lo hacía, sus pensamientos siempre terminaban en uno de dos recuerdos: la noche en que mataron a sus padres o cuando estaba atrapado en el sótano de la cantina.

Pensar de más no funcionó y, por desgracia, se quedó dormido.

*Su garganta ardía de necesidad. Sentía que habían drenado sus venas hasta convertirlas en polvo. Sus entrañas le escocían tanto, que deseaba arrancarse la piel.*

*Pensó que tal vez enloquecería.*

*Oyó una risita en los escalones. Desde su lugar detrás de la puerta con barrotes, Lalo vio dos pares de botas brillantes. Oyó susurros y*

*besos suaves. El aroma de cuerpos cálidos acariciándose llegó a sus fosas nasales. Inhaló profundo. Se le hizo agua la boca. Los colmillos que ni siquiera notó que tenía se habían clavado en su labio inferior.*

*Una necesidad desesperada que consumía todo estalló en su sistema. No podía pensar. No podía contenerse. Su propia consciencia retrocedió y permitió que la bestia ganara.*

*Con una fuerza que nunca había poseído, arrancó la puerta de las bisagras. Saltó sobre la pareja antes de que siquiera pudieran voltear el rostro hacia ellos. Atacó a la primera persona que estuvo a su alcance y atravesó el cuello del hombre sin una gota de elegancia. Bebió, bebió y devoró. Lalo vio la vida del hombre pasar ante sus ojos. Tenía esposa y un hijo. Sabía que debía detenerse, pero no pudo hacerlo. Bebió hasta que no quedó nada.*

*La mujer gritó y subió la escalera corriendo. Lalo arrancó los colmillos de la carne del hombre muerto y la persiguió. Se zambulló en ella, saboreó su alma. No era la esposa del hombre. Tenía recuerdos de su propio esposo mezclados con este amorío apasionado.*

*Oyó pasos en toda la cantina. Siseos mezclados con gritos. Lalo sabía que había sedientos dentro de la multitud, pero no le importaba. No tenía miedo. Solo una sed febril. Y era mucho más poderosa que todo lo demás. Se abrió paso entre el enjambre de cuerpos que intentó detenerlo. Mordió, arañó y se bañó en sus gritos hasta que el sonido cesó.*

Lalo despertó sobresaltado. Se incorporó rápido y golpeó su cráneo contra la piedra fría de la madriguera. Frotó su cabeza mientras su cerebro entendía nervioso dónde estaba y cómo había llegado ahí. Esa chica enmascarada. La pelea. Su huida cobarde. Su caída en la caverna. Esto, las pesadillas, los gritos, las vidas que había consumido. Todo lo acechaba cada vez que cerraba los ojos.

Se movió e hizo una mueca. El aroma de la mujer enfadada permanecía en sus prendas. Y era un aroma irónicamente agradable, con dejos de vainilla, cuero y el perfume suave de la lavanda. ¿Cómo era posible que una persona tan veloz para causar dolor oliera tan dulce?

Deslizó las manos sobre su rostro. Todo era tan complicado. Esta nueva normalidad era casi literalmente lo que menos quería para sí mismo. Algo aburrido. Soso. Seguro. Tranquilo. Eso era lo que Lalo había anhelado para su vida. ¿Y ahora? Bueno, ahora estaba atascado en un agujero después de haber peleado con una cazadora de vampiros odiosa y con su secuaz que blandía una sartén.

–¡Lalo! –La voz de Fernanda provino del bosque–. ¡Lalo!

–Gracias a los dioses –suspiró él. Su cuerpo se puso tenso. *¿Y si era una trampa?* Esa mujer bestial podría estar amenazando a su hermana con un cuchillo. Si ese era el caso, Lalo necesitaba salvar a Fernanda de inmediato. Pero esa asesina podría vencerle de nuevo. Y entonces tendría que observar la decepción en el rostro de su hermana mientras lo mataban. Ella pensaría: ¿Por qué me maldijeron con un hermano tan miserable?

Se incorporó solo lo suficiente para mirar hacia afuera. La luz diurna había desaparecido y el azul profundo del anochecer asomaba detrás de las copas de los árboles.

–¿Lalo? –Fernanda alzó las cejas, sorprendida. También estaba sola, sin la compañía de nadie que intentara asesinarlo. El rostro fruncido de su hermana se suavizó aliviado y llevó una mano a su corazón–. ¡Benditos sean los santos! Estás bien.

Estaba cubierto de polvo, sucio y tieso de pies a cabeza y se sentía tan mal como la puñalada que le dio esa bestia.

–Pasé el día entero atrapado en un agujero. Me han apuñalado y me han atacado con una sartén. Así que estoy lejos de estar bien.

La joven colocó las manos en la cadera.

–Y yo que pasé el día entero pensando que había perdido para siempre a mi hermano, mi única familia. –A Lalo se le retorció el estómago–. Pero no te pasó nada, lo cual es maravilloso porque tengo una noticia de lo más emocionante.

–¿Sí?

–¡Sí! –Se apresuró a acercarse a él, le quitó un escarabajo del abrigo y lo apartó.

Lalo dio un grito ahogado, horrorizado.

–Mira. –Ella le ofreció una carta–. Es una invitación especial para una fiesta, esta noche. Dos chicas jóvenes me la dieron. Su familia

es quien la organiza.

–¿Dos chicas jóvenes? –Él observó las letras escritas en caligrafía delicada.

Para el señor y la señorita Montéz:

Habían cambiado su apellido de Villalobos a Montéz para pasar desapercibidos y planeaban decirles a todos los que preguntaran que provenían de la ciudad más lejana que encontraron en un mapa, Puerto Blanco, en vez de Los Campos. No sabía cuán lejos llegaba la comunicación entre vampiros, pero no quería facilitarle a Maricela encontrarlos.

Me he enterado de que acaban de llegar a nuestro glorioso pueblo. No es frecuente que me tope con personas nuevas de mi edad, por lo tanto, me encantaría invitarlos a la fiesta que mi familia dará esta noche. Sería un honor que asistieran como mis invitados especiales.

Con afecto,
Carolina Victoria Fuentes,
Del Rancho Fuentes

–Fuentes –susurró Lalo. Los famosos Fuentes. Los fundadores de Del Oro.

–Ay, Lalo. ¡Era una chica de lo más encantadora! Tan educada y también graciosa. Imagino que tiene cientos de pretendientes. Y su prima era muy atractiva. –Fernanda aplaudió.

–¿Cuándo recibiste esto? –Alzó la carta hacia la nariz y la olisqueó. Todo su cuerpo se puso tenso. Lavanda, vainilla, cuero. Se estremeció hasta los huesos. Ese aroma… era el mismo que estaba impregnado en su ropa. Ella había visitado su *hogar*.

–Carolina hizo muchas preguntas –dijo Fernanda, con una sonrisa cálida que ocupaba todo su rostro–. Tiene dieciocho años. Supongo

que como es la hija del alcalde es lógico que hiciera tantas preguntas sobre nosotros.

Él tragó saliva.

–¿Por ejemplo?

–De dónde veníamos. Por qué nos hospedamos aquí. Incluso pidió ver un retrato tuyo.

*La audacia.*

–¿Qué hiciste? –preguntó.

–Le dije que por desgracia perdimos la mayoría de nuestras posesiones en un incendio. Fue lo primero que se me ocurrió. No podía decirle que abandonamos nuestra casa en mitad de la noche para huir de una vampiresa vengativa.

En cierto modo, la respuesta fue un alivio.

–Pero…

Fernanda puso los ojos en blanco.

–No te preocupes, hermano. Fui encantadora y convincente. Hasta donde sabe ella y todos con los que he hablado hasta ahora, eres un académico y yo soy tu hermana menor bajo tu custodia. Lo cual es casi todo cierto. Ahora que ya no estás a cargo del negocio de botas de papá, puedes dedicar todo tu tiempo a la investigación. Y sin duda, yo soy la que te cuida, pero no necesitamos perder el tiempo con los detalles. –Esbozó una sonrisa–. Pero ella tenía mucha curiosidad sobre ti, lo cual me pareció raro, porque yo estaba justo ahí. Y soy mucho más interesante que tú. Quizás está decidida a poner sus ojos en ti antes que nadie. No creo que haya demasiados hombres libres en este lugar.

–Sin duda.

–Me preguntó al menos tres veces dónde estabas. Le dije que tenías negocios de los que ocuparte en el pueblo de al lado.

El pueblo de al lado estaba a menos de un día a caballo y rodeado de un río. Un sediento jamás podría cruzar el agua corriente debido a la maldición. Quizás eso al menos convencería a la hija del alcalde de que él no era un monstruo.

–Santos, qué pena que no estabas presente –continuó su hermana–. Fueron muy amistosas. Creo que seremos grandes amigos. O algo más. Aún no lo sé.

–¿Cuándo vinieron? –Tuvo de pronto la sensación horrorosa de que ella merodeaba cerca, preparando su daga o su reata.

–Hace una hora más o menos.

Él se estremeció. *¡Apenas una hora!* La había evitado de casualidad. Aún podía estar en el bosque en ese momento, espiando. Sujetó el brazo de su hermana. El movimiento le causó otra oleada de dolor. Esa maldita daga aún estaba clavada en su hombro.

–Vamos, entremos –dijo él, haciendo su mayor esfuerzo por no sonar tan asustado como estaba–. Necesito que me ayudes a quitarme esto de la espalda.

–¿Qué vestido debería usar para la fiesta? –preguntó Fernanda.

–No vamos a ir –respondió él. ¿Cómo podrían hacerlo? Esa joven, esa tal… Miró la invitación… Carolina Victoria Fuentes, estaba jugando con él. La fiesta, sin duda, era una trampa.

Fernanda avanzó a su lado mientras se acercaban a la casa.

–Dijiste que debíamos hablar con los locales para obtener información. Carolina es un buen lugar donde empezar. Parece que sabe mucho. Dijo que deberíamos tener cuidado. Que el bosque está lleno de demonios deplorables.

Lalo soltó una risa amarga.

–¿De verdad crees que soy capaz de estar en una habitación con tantas personas? –preguntó. Fernanda frunció los labios.

–Tal vez podemos taparte los orificios nasales con excremento de cabra. Así no olerías el aroma de nadie y no querría devorarlos, ¿no?

–No es gracioso.

Su hermana esbozó una sonrisa amplia.

–No concuerdo.

Subieron los escalones y entraron a la casa. Lalo quería un baño y silencio. Pero ¿cómo podía bajar la guardia cuando había una asesina suelta? De hecho, esa asesina había entrado a su hogar. La olía en todas partes.

–Iremos a la fiesta –sentenció Fernanda–. Se acabó la discusión.

Él resopló con incredulidad.

–Yo soy tu tutor legal, hermanita. Yo decido qué es definitivo y qué no.

–No eres mi jefe. –Ella alzó el mentón, desafiante.

No lo era. Él lo sabía. Nunca había podido darle órdenes a Fernanda. No creía que existiera alguien en Abundancia capaz de hacerlo. Pero no perdería esa batalla.

Si Carolina era lo bastante atrevida de ir a su hogar, era lo bastante atrevida para hacer cualquier cosa. Bien podrían llegar a la fiesta y recibir una lluvia de estacas en cuanto cruzaran la puerta.

No. No correría el riego. No pondría a Fernanda en más peligro del que ya estaba. La posibilidad de que Maricela estuviera cazándolos ya era lo suficientemente terrible.

Carolina Fuentes tal vez había intentado tenderle una trampa, pero él era demasiado inteligente como para caer en ella.



# CAPÍTULO 6
# Carolina

ORGANIZAR UNA FIESTA CUANDO SU ABUELO HABÍA SIDO ENTERRADO EN SU SITIO de descanso final hacía tan poco tiempo era completamente absurdo. Él debería estar ahí. Con ellos. Pero esa era la tradición. Lloraban, luego pasaban semanas rezándole a los dioses de la Tierra de los Muertos por un paso seguro. Después, en el momento más oscuro de la noche cuando el velo entre este mundo y el siguiente era más delgado que nunca y las almas podían observar desde el cielo, bebían, bailaban y recordaban todo lo bueno que sus seres queridos habían hecho.

Pero esa noche, en vez de beber vino, honraría a su abuelo matando a un sediento.

Carolina podía imaginarlo. Ese chico entraría a su vestíbulo, pensando que nunca se habían conocido y que ella creía que él era humano. Ella atravesaría la multitud y lo apuñalaría justo en el corazón.

Pero ¿y si él usaba la invitación para atacar primero?

Bien podría abrirse paso en la habitación y masacrar a toda su familia. Ella rio para apartar ese pensamiento. Casi todos los hombres de su familia formaban parte de la guardia. Un sediento

nunca tendría ni una oportunidad contra ellos. En especial uno que huyó de la pelea como lo hizo la noche anterior.

–Ahí estás –exclamó la voz de su madre desde el pasillo. Estaba hermosa con un vestido suelto con flores ciruela bordadas en la falda. Tenía una mano sobre el estómago; con la otra, le indicó a Carolina que se acercara.

Ella recogió su pesada falda y avanzó. Había estado escondiéndose detrás de los arcos en el pasillo. Los invitados ni siquiera habían llegado y ya estaba harta de ellos. Pero dado que era la única hija del alcalde de Del Oro, se esperaba que fuera el epitome de la elegancia y la gracia. Ahora mismo, no sentía deseos de ser ninguna de las dos.

La hacienda entera había sido plagada de rosas, amapolas y caléndulas. Las cosas favoritas del abuelo, como los tamales, las empanadas de calabaza, las aceitunas curadas, el tabaco y el mezcal, estaban como ofrendas. Mamá había hecho traer desde el pueblo al norte un busto del abuelo tallado en un bloque de hielo. Nena protestó y dijo que el artista había hecho mal la nariz.

–Mija –dijo mamá, sonriendo–, luces preciosa.

El oro que adornaba el cuello, las muñecas y las orejas de Carolina hacía brillar su piel morena. Tenía el cabello semirrecogido en una tiara de lirios silvestres. El resto caía en rizos largos sobre su espalda. Tenía rubor en las mejillas y los labios pintados del mismo color que su vestido. Se sentía hermosa.

Pero debajo de la belleza y el refinamiento había una asesina. Y necesitaba permanecer concentrada en lo que sea que vendría. Tenía una misión. Si ese tal Eduardo Montéz era tan tonto como esperaba, estaría entre los invitados y llegaría pronto. Y por ese motivo, había amarrado dos dagas de obsidiana, una estaca de madera y su reata a sus muslos. ¿Incómodo? Sí. ¿Necesario? También.

Su madre besó las mejillas de Carolina y apretó sus manos.

–Serás la persona más hermosa presente esta noche. Rafael no podrá quitarte los ojos de encima.

–¿Rafael? –Carolina abrió los ojos de par en par. No había oído ese nombre en años–. ¿Rafa vendrá?

Rafael Pico había sido una peste cuando eran niños. Siempre la pellizcaba y la molestaba. Le había lanzado rocas a la cabeza y la había llamado "carnada de vampiro" de vampiro cada vez que pasaba corriendo por su casa. El día que por fin se hartó y le dio un puñetazo en la nariz, Rafa fue llorando como un bebé con su madre. Después de eso, tuvieron un trato distante y frío, pero ella siempre sentía sus ojos encima cuando él iba a casa de Carolina a jugar con sus hermanos mayores. Él y su familia se mudaron del pueblo cuando Carolina tenía quince años. La había alegrado librarse de él, pero sus padres habían continuado siendo amigos. Las familias una vez habían mencionado que harían una gran pareja cuando Carolina tuviera edad suficiente. Tenía nauseas solo de pensarlo.

–Amá –comenzó despacio, mirando a su madre–, ¿por qué Rafael vendrá a la celebración de la vida del abuelo? La gente de otros pueblos no suele aventurarse a ir tan lejos durante la noche.

–Bueno… –La mujer tragó saliva–. Tu padre lo invitó.

–¿Con qué objetivo?

El rostro blanco de su mamá empalideció un poco más.

–Le dije a tu padre que era demasiado pronto, pero él insistió.

–¿De qué estás hablando?

El sonido de los cascos de los caballos resonó sobre el camino adoquinado que llevaba a la casa. Los mariachis, situados cerca de la entrada, comenzaron a tocar. Las trompetas sonaban. El vocalista cantaba. El guitarrón acompañaba el ritmo del corazón acelerado de Carolina.

–Hablaremos después sobre esto. –Mamá adoptó la expresión de anfitriona, una llena de calma controlada y gracia.

–Pero… ¿por qué viene Rafael?

Su madre la ignoró y sonrió mientras amigos y familia de su pueblo comenzaban a entrar por las puertas.

–Cambia esa cara –le ordenó a Carolina con los dientes apretados.

Mientras Carolina obedecía, don Salvador entró, luciendo su sombrero blanco característico y su charro a juego. Su esposa, doña Laura, tenía un vestido tan amplio que tuvo que torcerse de lado para pasar junto a la escultura de hielo colosal que se derretía. Luego llegó la familia Cho. Después, los Schubert. Los Rodríguez.

Carolina saludó a cada invitado con una reverencia delicada, una palabra amable y una promesa de bailar con uno de sus hijos o hijas más avanzada la noche. Todo el tiempo, los ojos de Carolina estaban fijos en la entrada, esperando, observando. Pero no llegó ninguno de los hermanos Montéz. Quizás se habían acobardado. Quizás eran más inteligentes de lo que pensaba.

Mamá la golpeó despacio con el codo.

–Mira, Carolina. Es el carruaje de Rafael. –Un carro elegante tirado por dos caballos negros como la noche se detuvo.

–¿Sus padres vendrán? –susurró Carolina.

–El papá de Rafael está enfermo y su mamá no quiere dejarlo solo.

–Rafa también debería haberse quedado en casa –gruñó ella.

La multitud se separó despacio mientras que un hombre de belleza descomunal, con hombros anchos, piel dorada y la sonrisa más bonita que Carolina había visto subía las escaleras hacia el arco de la entrada.

–¿*Ese* es Rafa? –Ese *hombre* no era el chico desgarbado que recordaba.

–Shh, Carolina –siseó su mamá. Amplió la sonrisa–. Rafael. –Se acercó y permitió que él besara sus mejillas–. Gracias por venir con tan poca anticipación.

Carolina frunció el ceño. ¿Por qué sus padres lo habían convocado?

–Yo debería agradecerle, señora Fuentes.

–Por favor, llámame doña Victoria.

¿Por qué su mamá le pediría que le hablara de modo tan informal?

–Sería un honor. –Rafa hizo una reverencia extendiendo su gigante brazo.

La mujer se ruborizó, algo de lo más irritante.

–Recuerdas a mi hija, Carolina. –Los dos clavaron los ojos en Carolina. Ella estaba casi demasiado estupefacta ante el tamaño del mentón cincelado de Rafa para recordar lo que debía hacer. Pero vio el brillo en los ojos del joven. Sin duda, él sabía que era alguien llamativo. Eso era lo que más la fastidiaba.

–Es un placer volverte a ver, Carolina. Has florecido y te has convertido en toda una mujer.

*Qué raro es decirle eso a alguien.* Cruzó los brazos al notar que los ojos de Rafa subían y bajaban por su silueta.

–Casi no recuerdo cómo lucías antes, así que no puedo saber si has mejorado o no. Lo siento.

La sonrisa arrogante de Rafa desapareció por un segundo. Carolina sonrió con picardía. Había estado rodeada de hombres poderosos toda la vida. Así que sabía que no había nada que ellos odiaran más que una mujer confiada con lengua filosa, quien ella era precisamente. No cambiaría por nadie.

–¿Cómo has estado, Rafael? Oí que acabas de volver de Los Campos –intervino mamá, intentando alivianar la conversación–. ¿Te quedarás mucho tiempo en esta zona?

–He estado bien, doña Victoria. Volveré a la ciudad cuando mi padre esté recuperado. Su familia y usted deberían visitarnos alguna vez. Ir a la ciudad. Les encantaría ver un sitio tan espléndido, estoy seguro.

–Ah, sí –dijo mamá–. A Carolina también. ¿No es así, Carolina?

Ella asintió, entumecida, aunque no podía importarle menos. Tenía la atención puesta en la puerta. Ese sediento no se parecía a nada que hubiera visto. Cada monstruo que atacó el pueblo, al menos desde que ella había nacido, era inhumano. Tenían garras y colmillos filosos; sus ojos brillaban rojos como la sangre. La sed controlaba cada uno de sus movimientos. Eduardo Montéz había parecido…

El tacón de su madre aplastó los dedos de sus pies. Carolina siseó.

Mamá la fulminó con la mirada rápido antes de esconder su fastidio con una risa amable.

–Las boutiques de ropa en la capital son divinas –continuó Rafael, ajeno a la discusión silenciosa entre madre e hija–. Me dan la bienvenida en los lugares más elegantes. No hay ni un solo comerciante que me rechace. –Rio–. O debería decir, ¿no hay nadie que rechace mi billetera?

–Ahora sí que has captado *mi* interés –dijo Nena, interponiéndose entre Rafa y Carolina. Tenía una hermosa falda color amapola y un

corsé de encaje escotado. Sus rizos frondosos y formados cubrían sus hombros y tenía una única rosa anaranjada detrás de la oreja.

Su trasero apartó más a Carolina de Rafa. Nena la miró por encima del hombro y guiñó un ojo. Carolina le agradeció en silencio, solo moviendo los labios.

Los ojos de Rafa se posaron rápido en el escote de Nena antes de subir hasta la mirada de Carolina. Tuvo la audacia de lucir desvergonzado.

–Cuando Carolina y yo estemos… –Rafa se detuvo cuando la madre de Carolina negó con la cabeza–. *Si* nos volvemos más cercanos, te llevaré junto a tu prima a ver lo que quieran. Me han dicho que soy un anfitrión generoso.

*Un momento*, pensó Carolina. *¿Qué quiso decir con la frase inconclusa? ¿Cuando estemos qué?*

¿Acaso sus padres lo habían invitado con una intención oculta? La familia de Rafa era dueña de una de las curtiembres más grandes de Abundancia. Una unión entre ambas familias generaría una oportunidad de negocios provechosa. Carolina había oído algo semejante antes de convertirse en adulta, pero no le dio importancia. Asumió que todos sabían que ella nunca se casaría por nada que no fuera amor.

Volteó hacia su madre con desdén.

–Ahí están mis niñas –exclamó la voz de su papá. Le dio un beso a mamá en la mejilla. Estrechó la mano de Rafa–. Rafael.

–Señor Fuentes –dijo Rafa, tenso, como lo haría cualquiera ante un futuro suegro potencial.

*Más les vale que no sea el caso. Si no, les haré pasar por un infierno.*

–Mija, he encontrado a tu visita de honor –le dijo papá a Carolina.

Ella retrocedió.

*Sí vino.*

Y justo en el momento indicado. Todos aún estaban dando vueltas, chismoseando. La verdadera festividad aún no había comenzado. Carolina quería reír con malicia.

*El idiota había caído en su trampa.*

Acercó apenas los dedos a sus dagas. Su corazón comenzó a acelerarse. Llegó la hora. Hora de demostrarle a todos cuán brillante era con un arma. Hora de demostrarles lo que el abuelo la había entrenado para hacer. Papá la vería en acción. No podría negar su talento.

Sonrió con alegría.

Su padre se apartó a un lado.

Carolina estaba boquiabierta.

Fernanda le sonreía con un vestido esmeralda. Inclino la cabeza y realizo una reverencia experta.

–Buenas noches.

Carolina miró detrás de ella. El joven del infernal rostro atractivo no estaba con ella.

–¿Dónde está tu hermano? –replicó Carolina. Cuando todos la miraron, esbozó una sonrisa de lo más dulce–. Es decir, Fernanda, qué maravilla que nos acompañes –dijo, intentando parecer amable, en vez de decepcionada.

*¿Dónde estaba el sediento?*

–Gracias por invitarnos a mi hermano y a mí a tu hermosa casa –dijo Fernanda–. A los dos nos honra que hayas requerido personalmente nuestra compañía, Carolina.

Algo daba vueltas en la parte inconsciente del cerebro de Carolina. El modo en que la joven había fraseado las oraciones la hizo pensar. Fernanda se había asegurado de mencionar la invitación al hogar de los Fuentes. Se había asegurado de añadir que ella, en particular, había sido quien los había invitado. Los vampiros solo podían cruzar la puerta del hogar de una persona si se les daba permiso. Si algo salía mal, ¿acaso Fernanda les estaba diciendo a todos que la culpa sería de Carolina?

–Es un placer volverte a ver –ronroneó Nena. Estaba demasiado ocupada intentado coquetear con la hermana del vampiro para preocuparse porque Carolina estaba apretando los puños a los lados del cuerpo.

–¿Ya se conocían? –preguntó papá.

Carolina se sobresaltó. Papá no podía saber nada sobre anoche. O sobre la visita esa tarde a la casa de los Alicante para hacer la

invitación.

–Nos conocimos al pasar cuando Fernanda fue al pueblo el otro día –respondió Nena.

La sonrisa de Fernanda no flaqueó.

–Ah, sí. Fue un encuentro encantador.

–¿Viniste sola a la fiesta? –espetó Carolina.

–Sí. Espero que no sea demasiado inadecuado, pero mi hermano… estaba… estaba bastante cansado por su viaje de ayer. –Miró a Carolina y luego a Nena.

Carolina frunció los labios y entrecerró los ojos. Era evidente que Fernanda sabía que ellas eran quienes habían intentado matar a su hermano. Entonces, ¿por qué había venido?

*Del Oro es un pueblo ubicado en el condado de Monterrey, a cuarenta y tres kilómetros al este de la costa. El pintoresco pueblo de Del Oro fue fundado el 9 de octubre de 1584 por Basilio Fuentes y, debido a su gran distancia con los puertos principales de Alta California y sus centros de actividad económica, está aislado.*

*El nombre Del Oro se debe al oro que los primeros pobladores encontraron en el lecho de los ríos. Los minerales abundan en el suelo local y el valle es famoso por su ganado y agricultura. El pueblo está bajo una pequeña cadena montañosa, Punta Basilio, más conocida por el controversial nombre dado por su pico más al sur, la Columna del Diablo. Según el censo de 1820, hay 276 habitantes.*

**Sánchez. (1825). *Alta California, Abundancia: pueblos, ciudades y topografía.* Primera edición.**



# CAPÍTULO 7
# Lalo

El dolor de cabeza latente en el cráneo de Lalo se negaba a desaparecer. Alimentarse de animales no era suficiente para mantener controlada la sed. Las migrañas eran más frecuentes. El aceite de menta que Fernanda había comprado en la boticaria solo ayudaba hasta cierto punto. Sin embargo, cualquier día elegiría sufrir en vez de arruinarle la vida a otra persona.

Suspirando, se recostó boca arriba y miró el techo. Su hombro sanó bastante rápido. Aunque había sido un calvario. A su hermana le llevo varios intentos arrancarle la daga. Al menos, eso fue lo que le había dicho. Se había desmayado después del primer intento.

Lalo se incorporó. Frunció el ceño. Todo estaba extrañamente silencioso en el interior de la casa.

Sus sentidos recorrieron el lugar. No oía nada y siempre podía oír a Fernanda. O estaba tocando el pianoforte desafinado que quedaba en esa casa, tarareando la melodía de una ópera en la nota incorrecta o riendo mientras leía revistas inapropiadas sobre el amor en la ciudad.

Su hermana era ruidosa. Incluso dormida. Entonces, ¿dónde estaba?

El miedo recorrió su cuerpo. *¿Acaso esa cazadora del bosque había vuelto? ¿Maricela los había encontrado?*

Salió disparado de la cama y atravesó la habitación, ignorando las puñaladas de agonía que atravesaban su cerebro. Abrió la puerta de par en par. El picaporte golpeó la pared y dejó una marca profunda. Siseó. Adiós a su esperanza de una emboscada sigilosa.

–¡Fernanda! –gritó. No tenía sentido permanecer callado. No después de que los muros acabaran de temblar gracias a su nueva fuerza.

Olfateó. Nada olía fuera de lugar. Eran los aromas normales de la casa. Fernanda tenía brotes de romero y un poco de lavanda en cada espacio para ayudar a cubrir los aromas humanos que eran demasiado atrayentes cuando uno era un vampiro.

–¿Fernanda?

Nada.

El pánico cobró vida en su interior.

Lalo corrió por los pasillos. Sus pies descalzos golpeaban los tablones torcidos.

–¡Fernanda!

No estaba en la pequeña biblioteca. O en el estudio. O en la cocina. Corrió por la casa hasta donde estaba la habitación de su hermana. Abrió otra puerta con brusquedad y la hizo golpear una vez más la pared. *Necesitaba aprender a controlar su poder.*

Había un bulto bajo las mantas de la cama de Fernanda. Pero Lalo no era tonto. No había ningún corazón latiendo debajo. Él conocía los trucos de la chica. Ella había enrollado toallas varias veces en forma de un cuerpo durmiente antes de escabullirse fuera de la casa cuando vivían en la ciudad. Era muy astuta.

Posó los ojos en el armario, que tenía la puerta entreabierta. Su vestido de fiesta favorito brillaba por su ausencia.

Lalo soltó un gruñido de frustración. Ella había ido a la fiesta de los Fuentes.

–Maldita sea, Fernanda.



Encontrar el Rancho Fuentes había sido más fácil de lo que pensó. Simplemente corrió tan rápido como pudo por el valle, cruzó las puertas inmensas donde había centinelas armados y siguió el sendero de caléndulas por la calle principal del pueblo. Había cientos de hombres armados a caballo con sombreros extravagantes y bigotes tan gruesos como el antebrazo de Lalo. Los miró con cierto dejo lastimero de celos. Su bigote era delgado pero prolijo, como se usaba en la ciudad, pero le agradaba el modo en que los bordes de los bigotes gruesos se curvaban como una sonrisa.

*Concéntrate*, pensó. No debería estar pensando en vello facial. Lalo atravesó sin problemas puertas más pequeñas que llevaban al rancho. Después de todo, lo habían invitado a la fiesta. Aunque a los guardias que daban vueltas no parecía importarles demasiado. Pero a Lalo sí. Los sedientos no podían ingresar al hogar de alguien hasta no recibir una invitación. Ese límite extraño era otra de las debilidades de Tecuani. A diferencia de otros dioses, él solo podía ir a la Tierra de los Vivos cuando lo llamaban.

Había unos hermosos estandartes coloridos desde la mansión hasta los árboles y las edificaciones más pequeñas dentro del terreno de la hacienda. Las llamas doradas de las velas gordas titilaban y marcaban el camino hasta unos escalones de piedra que llevaban a la entrada de la casa principal.

Había investigado un poco más los libros de historia que Fernanda había traído de la biblioteca. La familia Fuentes había reclamado esas tierras hacía más de doscientos años. Ese mismo hogar fue la primera construcción en surgir en la zona. El valle había sido un lugar en expansión hasta hacía apenas unas pocas generaciones. Pero luego, la tragedia llegó y la mitad del pueblo había muerto. Los textos no decían cuál había sido esa tragedia. Lalo no necesitó más documentos para descifrarlo: la muerte de Alma Rosario.

Un artículo que encontró decía que habían llevado de nuevo el cuerpo de la mujer al pueblo para enterrarlo. Lalo solo podía

suponer que Alma se había convertido poco después y había devorado al pueblo en su sed de sangre propia de un neófito, al igual que él lo había hecho en la cantina. A Alma la habían transformado. Y su caso era el primero registrado en la historia de Abundancia. Lo cual, en la mente de Lalo, significaba que lo que fuera que la hubiera convertido debía de haber sido el sediento original.

Le dolía el corazón por Alma. Y por sí mismo también. La vida ya era lo bastante difícil. Intentar sobrevivir a la muerte y a su consecuencia era casi imposible.

Contuvo el aliento mientras avanzaba por la maraña de invitados. Pero lo bombardeaban miles de aromas y latidos. Se le hizo agua la boca y su estómago ruñó voraz, recordándole que lo saciara.

La música y el alboroto alegre era tan alto que apenas podía pensar. Había odiado el ruido estridente desde antes de ser un vampiro; prefería la calma, pero ahora los sonidos de los instrumentos de cuerdas y las risas descontroladas rebotaban sin parar por su cráneo.

Hizo una mueca y se apartó de la banda. Se paralizó. Fernanda estaba apenas a unos pasos de él, sonriendo y hablando compenetrada con un grupo reducido. Un hombre, más robusto que los caballos que esperaban fuera, sonreía. Tenía un gran bigote frondoso, el cabello largo y negro recogido en la nuca y unas patillas gruesas increíbles. Había una mujer hermosa, de ojos suaves, con la mano sobre su vientre redondeado. Una chica bonita que lucía familiar estaba junto a ella. Él captó su aroma. Su ojo comenzó a latir. Era similar en tamaño y olor a la persona enmascarada que lo había golpeado con una sartén. Un joven sonreía con arrogancia cerca de Fernanda. Vestía la última moda de la ciudad: un vestido a medida color crema con una volado de encaje en el cuello.

A Lalo se le hizo un nudo en el estómago cuando poso la mirada en la última persona del grupo. Ella estaba de espaldas a él, pero su figura era inconfundible. Y ese aroma a vainilla, lavanda y cuero. La sed en su interior cobró vida con un rugido. Subió por su garganta, suplicando alimento. Clavó sus colmillos en su labio inferior. Cubrió su boca con la palma de la mano y volteó.

Necesitaba huir.

No estaba prestando atención y chocó directo contra una mesa que tenía una escultura de hielo tallada con el busto de un hombre. Aquel objeto inmenso se tambaleó durante un segundo horroroso antes de perder el equilibrio. Lalo intentó atraparla, pero el hielo se resbaló de sus manos y estalló contra el suelo, donde se rompió en un millón de fragmentos.

Los mariachis dejaron de tocar. Las voces y las risas se apagaron. Un hombre detuvo su vaso a mitad de camino hacia la boca.

Todas las miradas estaban puestas en Lalo.

Tragó con dificultad. Obligó a sus colmillos a retraerse. A sus rodillas a dejar de temblar.

–Las… em… Las patas de esta mesa necesitan un ajuste –balbuceó.

Toda la atención se dirigió hacia la embarazada de pie junto a Fernanda. La mujer ofreció una sonrisa temblorosa.

–No te preocupes, la escultura no era importante. Hicieron mal la nariz de don José Miguel. Era mucho más larga en la vida real, ¿no?

La respuesta fueron carcajadas y pedidos de más bebida en honor de la anfitriona. La fiesta continuó, pero Lalo no podía moverse. La joven de pie cerca de su hermana había volteado despacio. Clavó los ojos en los suyos.

El alma de Lalo, si aún tenía una, salió de su cuerpo.

Era la enemiga del bosque que había intentado asesinarlo. Hubiera reconocido ese aroma aterciopelado en cualquier parte. Y esos ojos. Castaños infinitos, protegidos por pestañas negras. Esos mismos ojos lo habían fulminado con la mirada detrás de su ridícula máscara.

Ver el rostro de la chica al descubierto lo sorprendió más que nada. Porque, santos benditos, era la persona más hermosa que había visto en la vida.



# CAPÍTULO 8
# Carolina

ÉL HABÍA VENIDO.

Carolina entrecerró los ojos. El sediento era incluso más atractivo de lo que le pareció la primera vez. Aunque eso no importaba en absoluto. Debería estar pensando en tomar su estaca, no en el hoyuelo en el mentón del demonio.

Su adrenalina aumentó. No solo el sediento había entrado a su hogar como si fuera el dueño, sino que había destruido la escultura de hielo de su abuelo. ¿Acaso era algún tipo de declaración de guerra?

–¡Hermano! –Fernanda pasó junto a Carolina, entrelazó el brazo con el del joven y lo obligó a avanzar. Ella tenía una sonrisa amplia–. Señor y señora Fuentes, permítanme presentarles a mi muy torpe hermano, Eduardo Montéz.

El joven esbozó una media sonrisa incómoda. Parecía tan humano. El iris de sus ojos era de un tono miel precioso. Su piel era morena y cálida.

Carolina aún no podía descifrar la apariencia del sediento, porque no era horrible ni monstruoso.

–Llámenme Lalo –dijo él, ofreciéndole la mano al padre de Carolina–. Eduardo era mi padre.

Carolina abrió los ojos de par en par cuando su papá estrechó la mano con calidez. ¿Notaría lo que Lalo era? ¿Comenzaría una gran batalla en medio del vestíbulo? Más le valía que no. Lalo era su presa y ella lo mataría. Papá rio.

–Buen apretón de manos, muchacho. Suelo explicarles a mis hijos que uno puede saber cómo es el carácter verdadero de un hombre por la solidez de su saludo. Y el tuyo… –Papá le dio una palmada en la espalda a Lalo–… es impresionante.

Lalo ni siquiera se inmutó cuando papá golpeó su hombro. Y todos se tambaleaban. Las manos de papá eran como mazos. Ella frunció los labios. Era el lugar exacto donde lo había apuñalado con su daga. Entonces, él había sanado. Tal como solo lo haría un verdadero vampiro.

–Esta es mi esposa, la señora Fuentes. Mi sobrina, Antonina. Un amigo de la familia, Rafael. Y mi encantadora hija, Carolina.

–Un placer –dijo Lalo. Su voz era tan suave y grave. De pronto, Carolina sintió calor. No debería haber dejado su abanico en su cuarto.

Lalo posó los ojos en Carolina y el estómago de la chica se hizo un nudo. Mamá inclinó el mentón.

–¿Ustedes dos también se conocen?

El hechizo que los dominaba a ambos estalló como una burbuja. Los sonidos del salón de baile invadieron los oídos de Carolina. Las risas. Los mariachis. El alboroto.

–No –dijeron Carolina y el sediento al unísono, lo cual solo profundizó las sospechas de su mamá.

Él rio con timidez y, por las estrellas, las rodillas de Carolina temblaron. Las trabó. Se negaba a tener pensamientos erráticos sobre un sediento. La razón principal por la que quería que él asistiera era para demostrarle a su papá que sabía cómo enfrentar a uno por su propia cuenta.

–Discúlpenme, pero debo retirarme –dijo Lalo.

–Pero si acabas de llegar. Y Carolina se esforzó mucho por invitarnos como sus invitados de honor –señaló Fernanda, con una

sonrisa amable pegada en el rostro.

*Ah, qué astuta.* Carolina sabía exactamente lo que Fernanda hacía. Afirmaba en secreto que ella también entendía las reglas de la guerra. Si Carolina iba a apuñalar a Lalo con una estaca delante de toda esa gente, entonces, Fernanda diría al pasar lo que había sucedido entre Lalo y Carolina la noche anterior en el bosque.

–Solo vine a buscar a mi hermana –dijo Lalo–. Tenemos… asuntos que atender.

–¿Tan tarde en la noche? –preguntó mamá–. Sin duda, puede esperar a la mañana. En especial dado que viven tan lejos fuera de las murallas.

Él alzó apenas las cejas.

–¿Para qué son las murallas? Disculpen si es una pregunta demasiado directa.

–No, está bien –dijo mamá–. Nosotros…

–¿Puedo responder, amá? –intervino Carolina, pestañeando con dulzura.

Su madre sonrió con tensión.

–Por favor, adelante.

Carolina despejó su garganta.

–Hay unos demonios chupasangre que siembran el caos en nuestras…

–¡Carolina! –la reprendió su madre. Nena rio, pero cubrió el sonido con una tos fingida.

–¿A qué te dedicas, joven? –intervino papá, siempre interesado en lo que le sucedía a cualquiera dentro de su pueblo.

Lalo frotó su nuca con una mano.

–Pues… me dedico a la investigación. Soy un académico.

Aquello era perfecto. Que siguieran distraídos así ella podía ponerse a trabajar.

Carolina deslizó los dedos sobre la falda. No debería haber amarrado la estaca a su muslo. Tendría que haberla tenido lista. Su niñera cerraba sus bolsillos con costuras desde que era niña después de que Carolina los había llenado de sapos en una fiesta en el jardín, pero al menos podría haber escondido el arma en su corsé. ¿Cómo podía tomar la daga sin escandalizar a todos los presentes? Una

gota de sudor rodó por su columna. El sediento centró la atención en ella. Fernanda movió los labios sin emitir sonido y dijo: "Ni siquiera lo pienses". Carolina fulminó a ambos con la mirada.

–¿Qué tipo de investigación? –Papá tomó dos copas con un líquido burbujeante de la bandeja de un camarero al paso y le entregó una a Lalo. Él observó la copa en su mano con desconfianza.

–La historia y los orígenes de los mitos que provienen de pueblos pequeños. Vendo mis descubrimientos a bibliotecas y universidades.

–¿Es posible ganar lo suficiente para vivir de esos estudios?

–Nuestros padres nos dejaron a mi hermano y a mí una herencia que nos permite vivir cómodos, y la zapatería de lujo de papá da bastante rédito –intervino Fernanda–. Lalo se hará cargo del negocio cuando… –Su hermano negó con la cabeza de modo casi imperceptible. Luego, él miró a Carolina.

–Me gustaría mucho aprender más sobre esos demonios chupasangre que mencionó, señorita Fuentes.

–Sin duda que sabe lo suficiente sobre ellos, dado que es un *académico* –respondió ella. Rafa despejó su garganta.

–¿Nos conocemos de alguna parte?

Carolina notó el modo en que Rafa colocó despacio su cuerpo delante del de ella, como si estuviera reclamando su propiedad. De pronto, sintió la necesidad de darle un puñetazo en la boca como lo había hecho cuando eran niños.

–No lo creo, señor –respondió Lalo. Pero Carolina notó que apretó la mandíbula.

–¿De dónde eres, Lalo? –preguntó Rafa–. Tus prendas indican que eres alguien de una de nuestras grandes ciudades.

Dioses benditos, Rafa era chismoso. Y nada de eso importaba. El sediento estaba allí por un único motivo: sangre. Del Oro era el lugar perfecto para encontrar víctimas. Era difícil viajar hasta el pueblo, estaba lo bastante lejos de la mayoría de las grandes ciudades, lo cual hacía que fuera inconveniente para las personas querer pasar las vacaciones en el valle. No había ejército u oficiales que garantizaran la seguridad de la gente. Solo la guardia de su padre y un par de hombres más. Y Carolina, claro.

*Ahora, ¿cómo iba a tomar sus armas debajo de su falda sin que nadie lo notara?*

–¿Eres de la capital? Hace poco que me he instalado en Los Campos. Quizás por eso me resultan tan familiares –continuó Rafa–. ¿Dijiste que tu familia tiene una zapatería de lujo?

–Pues… –Lalo colocó la copa llena en la bandeja de un camarero que pasó. La bandeja se tambaleó en la mano del camarero y el líquido burbujeante salpicó el pecho y el rostro de Lalo.

Mamá abrió los ojos de par en par, horrorizada. Papá soltó una de sus carcajadas características.

–Estrellas benditas, muchacho. Debes ser la persona más torpe de Abundancia. –Golpeó de nuevo con la mano la espalda de Lalo, pero otra vez, ni se inmutó. El sediento secó sus ojos.

–Eso parece, señor. Dígame, ¿dónde podría limpiarme?

–Al final del pasillo –indicó mamá con amabilidad, casi con pena. Siempre le avergonzaba cuando la gente quedaba como tonta.

Lalo volteo hacia su hermana con una sonrisa tensa.

–¿Me acompañarías, Fernanda?

La joven inclinó la cabeza y pestañeó con coquetería.

–Estoy segura de que puedes arreglártelas solo.

–Insisto, por favor –dijo él con los dientes apretados.

–Y yo insisto en rechazar la oferta.

Él la fulminó con la mirada, pero luego soltó una risita nerviosa.

–Mi hermana es… buena con las manchas.

–Apuesto que lo es, sanguijuela –susurró Carolina.

Nena golpeó sus costillas con el codo y le lanzó una mirada de advertencia que decía "cállate antes de que te metas, y me metas, en problemas".

Lalo se disculpó y partió antes de que Carolina tuviera oportunidad de atacar. Sus pies anhelaban perseguirlo. Pero debía actuar con la cabeza fría. No podía salir corriendo detrás de un extraño atractivo y joven. Causaría un gran escándalo.

Observó el salón de baile, buscando alguna excusa para alejarse de sus padres, de Rafa, de Nena y de la hermana de Lalo. Y entonces llegó la inspiración.

–Amá, acabo de ver a Luisa yendo al jardín.

Mamá estaba boquiabierta. Luisa era una de sus cabras. La maldita escapaba cada vez que tenía la oportunidad en dirección a las flores de mamá, sin excepción.

–Iré a buscar al mozo de cuadra –dijo mamá.

–¡No! Yo iré por Luisa. Le agrado –mintió Carolina. Ella y Luisa no habían estado en buenos términos desde que el animal había comido las zapatillas favoritas de Carolina el año anterior–. Perdón –añadió con una reverencia.

–Pero… –comenzó a decir Fernanda antes de darse cuenta de que no sabía qué decir.

No tenía nada para acotar, nada que pudiera evitar que Carolina se mantuviera lejos de su hermano. Carolina casi ríe, triunfal.

–Volveré en un instante –aseguró.

Le guiñó un ojo a Nena, quien entendió la señal y mencionó el tema de los terneros premiados de ese año. Se rumoreaba que los toros de engorde alcanzarían un precio muy alto y a papá le encantaba particularmente hablar de ese tema.

Carolina se escabulló, serpenteando entre la multitud de invitados para buscar una cabra que no estaba allí. Lista para clavar su estaca en el corazón del sediento que había invitado.

# Del diario de Jonathan Monroe de Santemala

***1 de junio de 1709***

***He hecho lo impensable.***

***En mi desesperación por resucitar a mi hija, hice un pacto con un dios engañoso y maldije a toda mi familia. Corté mi palma y vertí sangre sobre su tumba.***

***Invoqué a Tecuani.***

***Ahora, día y noche, mi hija grita porque no siente el estómago satisfecho. No soporta la luz solar. Se le hacen ampollas. Se niega a beber agua del pozo de la iglesia para apaciguar su alma. Sufre por mi culpa.***

***Debo hablar con nuestros sacerdotes para ver qué se puede hacer.***



# CAPÍTULO 9
# Lalo

¿Por qué Fernanda era una mula testaruda? Le había dado la excusa perfecta para retirarse, dando una primera impresión equivocada sin querer en el proceso, y ella igual no mordió la carnada. Ahora, lo único que tenía era una mancha en su mejor traje. Se dirigió hasta el baño, pero sus ojos captaron la luna plateada a través de un ventanal. Era inmensa esa noche. Veía los cráteres que cubrían su superficie. La luna, las estrellas, los planetas y las galaxias siempre habían sido fascinantes para Lalo. Mucho más que acompañar a su padre en la zapatería.

Estudiar el universo era como ver el pasado en cierto modo; una vez que respondían las preguntas sobre el cómo y el porqué, incluso más interrogantes comenzaban a apilarse. Suponía que por eso disfrutaba tanto la historia; le daba a su cerebro algo que perseguir, algo que explorar en solitario. No solía haber miles de personas dando vueltas por los archivos debajo de las bibliotecas y uno podía estar solo en un techo en alguna parte y mirar al universo más allá.

Soledad. Silencio. Calma. Esas eran las tres cosas que Lalo más amaba en el mundo. En ese instante, no tenía ninguna de ellas. Por todos los santos, ¡estaba en una fiesta con una cazadora!

Pero ¿por qué? Esa era la pregunta que debería estar haciendo en realidad. ¿Por qué Carolina lo había invitado personalmente?

Observó de nuevo la luna. Habían pasado dos días desde su llegada a Del Oro y no estaba mucho más cerca de encontrar las respuestas que necesitaba. Aunque, para ser justo consigo mismo, había pasado uno de esos días escondido en un agujero, recuperándose del ataque de Carolina Fuentes. ¿Cómo se salvaría antes de que su cuerpo se rindiera por la falta de sangre humana? Sentía la sed cruel apoderándose de su sistema con cada segundo que pasaba. Estar en la residencia Fuentes podría darle una pista sobre qué hacer a continuación. Debía haber algún tipo de texto que lo ayudara a saber más sobre el pueblo en la época de Alma. Eso podría darle un indicio de quién podría ser el sediento original. Si tan solo las paredes hablaran.

Continuó avanzando por el pasillo y se detuvo cuando captó un aroma familiar. Polvo. Cuero. Pergamino. Lalo permitió que sus sentidos lo guiaran hacia las puertas dobles pintadas de un naranja oscuro. Miró hacia atrás antes de entrar: no había nada. Los invitados estaban demasiado ocupados con sus bebidas y sus charlas en el salón de baile como para notar su ausencia. Además, su hermana tenía encanto suficiente para deslumbrar a cualquier multitud. Mantendría a todos entretenidos mientras él se escabullía dentro y hurgaba entre sus cosas.

Atravesó las puertas sin emitir sonido y se encontró una biblioteca que podría competir con la de Los Campos. Los libros llenaban los estantes brillantes que llegaban hasta el techo. Se detuvo un instante, asimilando todo, permitiendo que sus ojos recorrieran los lomos gastados. Esos libros habían sido cuidados. Se preguntó si esa bruta los leía.

Su corazón dio un latido repentino y doloroso que envió por sus venas la sangre que le había robado al ciervo. Se inclinó hacia adelante cuando un calambre intenso atravesó su estómago. Se aferró al respaldo de cuero de la silla delante de él.

–Santos –gruñó. La bestia en su interior no pedía la sangre de un ciervo. Gritaba que le diera sangre humana–. Maldita seas, Maricela.

Clavó sus uñas más profundo, apretando la mandíbula.

Sus ojos recorrieron la habitación. Los muros de yeso eran color crema. El escritorio inmenso cerca del fondo era de elegante caoba, pero tenía muescas y rasguños como si le dieran mucho uso. Dos puertas de vidrio llevaban a un balcón. Desde la biblioteca, se veía el valle, el pueblo solitario, el bosque y el pico pequeño pero aterrador de la Columna del Diablo.

Lalo avanzó hacia los libros que estaban detrás del vidrio. Con la mayor delicadeza posible, movió la llave en la cerradura y abrió la puerta delicada. Olía el aroma a pergamino viejo. El aroma a Carolina Victoria Fuentes también estaba presente.

De pronto, oyó un latido veloz en el pasillo. Necesitaba esconderse. Con delicadeza, Lalo cerró la puerta de vidrio y retrocedió. Volteó, preparándose para huir, pero se paralizó cuando sintió la punta de una daga contra la yugular.

–Una palabra y eres polvo, sanguijuela.

Aunque a Lalo le ofendía que Carolina lo llamara así, no emitió sonido. Prefería irse ileso. Así que alzó las manos en signo de rendición.



# CAPÍTULO 10
# Carolina

–¿POR QUÉ ESTÁS AQUÍ? –LA VOZ DE CAROLINA ATRAVESÓ EL SILENCIO COMO LA daga en su mano.

El sediento parpadeó, pero no dijo nada. El cobarde estaba demasiado asustado para hablar. *Bien. Debía temerle.*

Hundió un poco más la daga contra el cuello de la criatura.

–Te hice una pregunta.

–Dijiste que si hablaba me harías polvo. Preferiría conservar esta forma, así que elijo guardar silencio.

Ella puso los ojos en blanco.

–Acabas de hablar. Y demasiado.

–Discúlpame. No sé cuál es el protocolo adecuado cuando alguien tiene un arma contra tu garganta.

–Y, sin embargo, aquí estás, hablando con tanta libertad cuando, hace un segundo, estabas aterrado.

–¿Qué quiere de mí, señorita?

Ella posó los ojos en la puerta. Había quedado entreabierta de cuando había entrado. La cerró con el dedo del pie y esperó el *clic* suave de la cerradura.

–Dime qué estás haciendo aquí –ordenó.

El sediento apretó los labios.

–Me invitaste, ¿recuerdas?

Ella negó con la cabeza.

–No, pendejo. Me refiero *aquí*, aquí. En Del Oro.

A Carolina le dolía el cuello por inclinar la cabeza hacia arriba para mirarlo. No le agradaba que él la hacía sentir pequeña. Era una de las personas más bajas de toda su familia y se habían burlado mucho de ella por eso. Aunque no le importaba. Pero no quería que esa sanguijuela asumiera que tenía ventaja *debido* a su baja estatura. Carolina enderezó la espalda y se acercó tanto que sintió la calidez del sediento.

Frunció el ceño. *¿Calidez?* Creía que los muertos eran tan fríos como la escultura de hielo del abuelo. Llevó la mano al pecho del monstruo. El calor emanaba de él.

–¿Cómo es posible? –susurró Carolina.

–Señorita –dijo él, con voz áspera. La hoja en su garganta subió y bajó. Los ojos del monstruo estaban famélicos.

Carolina retiró la mano como si se hubiera quemado.

–¿Por qué eres cálido al tacto? Y tienes los ojos castaños, no rojos. ¿Qué eres?

–Una gran cazadora debería entender a su presa, ¿no?

El fastidio burbujeó bajo la piel de Carolina.

Debería haberle clavado la daga en el corazón en cuanto había tenido la oportunidad.

–Suficiente de esto.

Alzó la daga y atacó.

La bestia se apartó del camino y ella clavó la daga en un libro de poesía que estaba detrás de él. Luego dio un grito ahogado.

–¡Es mi antología favorita!

Él se encogió.

–Lo siento, pero…

Carolina interrumpió sus palabras al lanzarle una segunda daga. Él esquivó hacia la derecha, pero el arma rozó su hombro antes de dar en el jarrón favorito de su madre. Los dos se paralizaron, esperando que la fiesta se detuviera en silencio y que las personas llegaran corriendo. Pero los instrumentos y las risas continuaron sonando.

–Pagarás por eso –gruñó ella.

–¡Pero tú lo rompiste! –Él tenía las manos en alto, en rendición, mientras ella avanzaba hacia él.

Carolina recogió su falda y expuso las piernas.

El sediento tuvo el descaro de lucir escandalizado.

–Señorita, por favor.

Ella tomó la reata de su muslo.

–No de nuevo. –Intentó retroceder, pero no había a dónde huir–. ¿Acaso no puedes hablar como si fueras alguien razonable y…?

Carolina sacudió el lazo en el aire y la soga rodeó la muñeca del sediento. Intentó obligarlo a avanzar, pero él no cedió. En cambio, sujetó el cuero trenzado con los dedos y jaló. Ella exhaló sorprendida al impactar contra el torso del monstruo. Abrió los dedos sobre el pecho del vampiro. Intentó apartarse, pero la sostuvo entre los brazos.

–Suéltame –ordenó, retorciéndose para escapar.

Por las estrellas, ¿era necesario que él se sintiera tan… tan… bien? Su amarre era fuerte y los músculos debajo de su camisa y su traje eran rígidos, pero no abultados como los de los hombres de su familia. Se sentía… adecuado.

–No te soltaré hasta que no acuerdes hablar conmigo como deberían hacerlo dos humanos razonables.

–Pero no eres humano. Eres un monstruo.

–Ah, sí. Pero ¿quién de los dos está intentando matar al otro?

Ella lo golpeó con su frente, con fuerza, en el rostro. Una sola gota de sangre cayó de la nariz del vampiro. La sorpresa se apoderó de las facciones del monstruo.

–Me dolió.

–Sí, bueno. Era la idea. –Ella clavó el tacón de su bota en el pie de su captor y él siseó.

Abrió grandes los ojos cuando ella lo golpeó con la rodilla en la entrepierna. Luego emitió un sonido ahogado y la soltó. Ella perdió el equilibrio y tropezó con la alfombra. Carolina gritó cuando el peso de su vestido la hizo caer hacia atrás. Su cabeza estaba a centímetros de golpear el escritorio macizo donde su padre guardaba los libros de contabilidad, cuando unos dedos se clavaron

en sus brazos. El sediento la incorporó tan rápido que Carolina estaba mareada. Estaban nariz con nariz, las manos de la chica sujetaban el pecho del vampiro. Él la sujetaba fuerte entre sus brazos. Ella jadeaba, pero él permanecía quieto como si hacer un movimiento ínfimo fuera a destruirlo.

No pudo evitar sentir cada punto de contacto donde su piel o su ropa tocaban las suyas. Sabía que debía sentir repulsión. Su especie le había quitado a su abuelo. Habían asesinado a su persona favorita en el mundo. Y, sin embargo, ella no había retrocedido.

–¿Estás bien? –preguntó él, su tono era dolorosamente amable.

Ella lo miró a los ojos.

–¿Por qué me salvarías así?

Se habría quebrado el cráneo con la punta del escritorio y hubiera sido una presa fácil para la bestia.

–Porque no soy lo que crees. Al menos, estoy intentando no serlo.

–Explícate. Rápido.

Ninguno de los dos hizo esfuerzo alguno por romper el abrazo. Ella entendía por qué él no la soltaba. No quería morir. Pero ¿por qué ella no lo apartaba *a él*?

–Me convirtieron hace un mes. Según mis cálculos, tengo un par de semanas más antes de que mi cuerpo ceda a la muerte final o a la sed. Sobrevivo alimentándome de sangre animal. Me niego a lastimar a otro humano. Preferiría morir antes de convertirme realmente en uno de los monstruos que *los dos* odiamos. He viajado hasta aquí porque creo… –Tragó con dificultad–. Espero poder encontrar un modo de revertir lo que me han hecho antes de que sea demasiado tarde.

–En cuanto te convierten, tu humanidad desaparece. No hay cura. –Recordó la última noche con vida de su abuelo. También pensó en el sediento que la atacó primero. Había sido su primo alguna vez. Había sido un chico de diecisiete años ordinario que ella envidiaba porque sus padres siempre le daban su apoyo. Cuando lo enfrentó en el patio, no era más que un monstruo perdido en la sed de sangre. Pero ¿y si hubiera habido una forma de curarlo? Lorenzo aún estaría con su familia ahora. Ella bloqueó la tristeza antes de que le doliera el corazón–. Es como si ya estuvieras muerto.

–No puedo –dijo él con sencillez–. La vida de mi hermana depende de que encuentre lo que he venido a buscar. Y no solo estoy buscando una cura. Estoy intentando librar al mundo de los sedientos para siempre.

Carolina resopló.

–Como si fuera a creerte.

Él oscureció su mirada.

–Suenas como la policía.

–Eres un sediento. Si purgamos al mundo de los de tu tipo, eso significaría que tú también morirías.

–Me preocuparé por eso cuando sepa que mis teorías son correctas.

–¿Qué teorías tienes? –preguntó ella. Los ojos de él se iluminaron, llenos de esperanza.

–Puedo mostrarte. Hay varias transcripciones y diarios en mi casa. He aprendido casi todo lo que hay que saber sobre los sedientos.

El hecho de que ella considerara esto era ridículo. La estaba engañando. No estaba segura de cómo o por qué. Pero si él sabía cosas sobre los monstruos que plagaban su pueblo, ¿no debería al menos confirmarlas antes de clavarle una daga en el corazón? Había tanto que los habitantes de Del Oro no sabían sobre los vampiros. Como de dónde venían. Por qué comenzaron a venir. Y por qué continuaban regresando.

–¿Conoces los orígenes de los de tu tipo? –Bajó los ojos a los labios de la criatura. No sabía por qué. No les dio la orden de hacerlo.

–Creo que sí –respondió él, sombrío.

–Cuéntame.

–Lo haré si prometes no…

Las puertas de la biblioteca se abrieron. Entraron su papá y Rafa, conversando con seriedad. Los dos hombres se paralizaron. Carolina dio un grito ahogado, horrorizada. Ella y el sediento estaban pecho contra pecho, sin aliento, como si acabaran de haber compartido un beso romántico.

Lo apartó de un empujón.

–Papá, no es lo que parece.

Vio la reata en el suelo, cerca del pie del sediento. Sujetó el brazo de Lalo y escondió la cuerda debajo del dobladillo del vestido.

Papá los fulminaba con la mirada. Flexionaba los músculos de la mandíbula al igual que sus puños a los lados del cuerpo. Rafa lucía igual de furioso. Alto y robusto junto a su padre, tenía el rostro atractivo transformado por la ira posesiva.

–Cómo te atreves a deshonrarme de semejante manera –gruñó su padre–, escabulléndote para estar a solas con un hombre que no conozco.

–Papá… –¿Cómo podía explicárselo? ¿Cómo podía articular lo que estaba pasando en verdad sin decirle todo lo que había estado haciendo a escondidas? Si confesaba, él detendría su misión de demostrar lo buena cazadora que era. Papá mataría a Lalo allí mismo, y ella sería una desgracia aún mayor por haber llevado a un sediento a su casa y haber vacilado antes de matarlo.

Carolina sentía su pulso en los oídos. El sudor cubría su piel.

Soltó la primera idea que apareció en su cerebro.

–¡Estamos enamorados!

–¿Qué? –dijeron los tres hombres al unísono.

Ella volteó hacia Lalo y lo miró entrecerrando los ojos mientras le daba la espalda a su padre.

–Diles, mi amor –insistió Carolina con una sonrisa falsa.

Lalo la miraba boquiabierto, y ella apretó su brazo.

Él se obligó a sonreír.

–Es lo que parece, señor Fuentes. –El sediento enderezó sus prendas–. Discúlpeme por lo apresurado, por faltarle el respeto de esta manera, pero una mirada a Carolina bastó para que supiera que estaba destinada a ser mía para siempre.

–¿Cómo? –dijo Rafa, enderezando los hombros–. Si apenas se han conocido hace instantes.

–¿Y qué son unos instantes cuando nuestras almas se han conocido desde el comienzo del tiempo? –respondió Lalo. Cuando los hombres permanecieron en silencio, Lalo se puso tenso–. Es una frase del soneto de don Pío Parra. ¿Ninguno de ustedes ha leído…? –Sus palabras desaparecieron cuando Rafa crujió sus nudillos, el sonido pareció un cañonazo en la habitación silenciosa–. No,

supongo que no. Bueno, yo creo que cuando uno encuentra a alguien que está a la altura de su intelecto y, em…

Miró a Carolina en busca de ayuda, pero ella no le dio nada. Estaba demasiado atónita por el poema recitado. Había leído esa misma línea tantas veces que no las podía contar.

–Entonces, ¿están comprometidos? –preguntó Rafa.

Papá rio con incredulidad.

–Por supuesto que no. Mi hija solo se casará con un hombre de mi elección.

Carolina se enfureció.

–Soy completamente capaz de decidir mi propio destino, muchas gracias.

–Tu destino ya está decidido, hija –dijo el hombre con la mandíbula apretada. Le dio una palmada en el hombro a Rafa–. Mi ahijado ya ha hecho una oferta por tu mano. Y yo he aceptado.

–*¿Una oferta?* ¿Qué soy? ¿Un cerdo en una subasta? Mi respuesta es no, por si te lo preguntas. –Carolina sujetó más fuerte el brazo de Lalo–. Además, Lalo ya ha pedido mi mano y *yo* he aceptado. ¿Verdad, Lalo?

Ella le lanzó puñaladas con la mirada.

–Sí. Exacto. Me… Me gustaría… casarme con Carolina. –Dijo las últimas tres palabras como si le causaran dolor.

Ella esperaba que su padre creyera esta farsa, pero las aptitudes actorales de Lalo dejaban mucho que desear.

Papá fulminó a Lalo con la mirada como un toro listo para embestir.

–¿Le pediste la mano a mi hija sin hablar primero con su familia? ¡Con su padre! ¿Qué clase de hombre eres?

Lalo parpadeó rápido.

–Creo… Creo que estaba pensando con mi corazón, no con la cabeza.

–Sin embargo, eres un académico. Y te encuentro aquí, en brazos de una joven prometida.

–Nunca acepté la propuesta de Rafa. Ni siquiera he *oído* la propuesta. –Típico de sus padres asumir que sabían qué era mejor para ella. Mentir y engañar y hacer tratos pensando en "su

bienestar". Como si no pudiera decidir por sí misma. ¿Por qué nadie creía en ella? Su padre desestimaba sus sueños con tanta facilidad y su madre siempre le seguía la corriente a él. Ni siquiera sus hermanos o sus tíos la defendían. Las únicas dos personas en el mundo en siquiera considerar lo que ella quería de la vida eran el abuelo y Nena.

Apretó el antebrazo de Lalo con los dedos.

–Me casaré con quien yo quiera. Cuando yo quiera. *Si* quiero.

Su padre adoptó una expresión rígida.

–Harás lo que yo te diga.

–Quizás debería dejarlos para que hablen de este asunto familiar en privado –sugirió Lalo, ahora lucía físicamente enfermo.

–Ay, Lalo –dijo Carolina, añadiendo un tono lastimero. Sin duda, era una actriz magnífica. Había derramado lágrimas falsas toda la vida para evitar tareas domésticas o problemas. Ahora, sus ojos se llenaron de lágrimas semejantes–. No permitas que mi papá y su estilo anticuado dañen el cariño que nos tenemos.

Pateó la reata bajo su falda debajo del escritorio antes de avanzar rápido y tomar la manga de su padre.

–Por favor, apá. Mamá y tú se casaron por amor y mira lo felices que son. ¿No debería ser capaz de escoger a quien desee?

Su papá suavizó la mirada. Colocó las manos sobre las de Carolina.

–Mija, ya le he dado mi permiso a Rafa. Y él ha prometido llevarte a Los Campos en cuanto su padre se recupere.

–¡Los Campos! –chilló Carolina–. Está al menos a dos semanas a caballo.

–En realidad, a cuatro –susurró Lalo.

Ella lo fulminó con la mirada antes de observar de nuevo a su papá.

–Es demasiado lejos de casa. No, no lo haré. No iré. –Adoraba Del Oro. Adoraba a sus habitantes y los cambios sutiles de estación. Adoraba caminar por las pasturas y recoger flores silvestres con Nena para adornar sus cabellos. Adoraba la vida allí. No la obligarían a irse–. Lalo me ama. Dijo que hará lo que sea para que me convierta en su esposa. Él no aceptará esto.

Papá movió los orificios nasales con furia.

–¿En serio?

Lalo negó con la cabeza.

–Creo que lo que Carolina quiere decir es…

–Suficiente. –Rafa empezó a arremangarse–. Lo resolveremos como hombres.

# Del diario de Jonathan Monroe de Santemala

***6 de junio de 1709***

***La sed de sangre es algo real y visceral.***

***Observé a mi hija romper las ataduras que los sacerdotes juraron que la retendrían. Pero las cadenas de hierro no eran rival para su fuerza.***

***Les dije que el hierro no debilita a Tecuani. Lo que necesitábamos era obsidiana, raíces de árboles y agua corriente. Lo único que evitó que ella nos destrozara fue un hilo con cuentas de madera talladas de la raíz de un roble.***

***Los sacerdotes dicen que solo se puede hacer una cosa. Atravesar su corazón para romper el lazo entre nuestro mundo y el de Tecuani. Pero no puedo sentenciar a mi niña a una muerte definitiva. ¿Qué padre lo haría? Conservaré la esperanza. Sin duda, debe haber un modo de controlar su sed.***



# CAPÍTULO 11
# Lalo

Siguió la procesión de invitados, arrastrando las botas en la tierra, con una mezcla de horror y confusión retorciéndose en sus entrañas. El padre de Carolina y ese otro bruto que *de verdad* quería ser el prometido de la chica los guiaban. Los rumores susurrados en la multitud invadieron los oídos de Lalo. La gente empezó a apostar. De haber sido alguien que disfrutaba de los juegos de azar, lo cual sin duda no era, habría dicho que la suerte no estaba de su lado.

Miró a Carolina, que avanzaba a trompicones en el sendero junto a él. Era hermosa como la luna en el cielo. Hermosa, pero feroz como una leona, mejor dicho.

–Esto es tu culpa –gruñó él.

Ella lo fulminó con la mirada con una vehemencia tan palpable, que Lalo sintió el pinchazo de su odio en las mejillas.

–Si me hubieras dejado matarte, no estaríamos en este lío para empezar.

–Tal vez si fueras mejor con las dagas, ni siquiera estaríamos teniendo esta conversación. Pero aquí estamos. –Él señaló la multitud creciente.

–Baja la voz, demonio.

–¿Por qué yo debería ser quien muere porque tú lo decretaste?

–Existes. Ese es motivo suficiente. Sé sobre los de tu tipo. Son todos asesinos.

Él rio con amargura.

–Supongo que hace falta uno para reconocer a otro.

–¿De qué hablas?

–¿Qué le sucede a todo el ganado que vi en el valle? ¿Eh? ¿Acaso no les quitas la vida? ¿No es el mismo concepto de lo que yo he hecho?

Subieron por una colina a un sector de tierra aplanada y lleno de arena. ¿Una cancha de fútbol? Qué ridículo. ¿Allí era donde tendría que defender su honor y el de la cazadora? Ni siquiera le gustaban los deportes.

–No es lo mismo –susurró ella–. Y lo sabes. Los de tu tipo devoran almas. Necesitas sangre humana para sobrevivir. La anhelas. No podrás resistirte por mucho tiempo y, cuando sucumbas, disfrutarás drenar a la gente.

–Qué poco comprendes. Es una pena que no vaya a estar cerca para educarte y enseñarte sobre los detalles más precisos de lo que es ser un vampiro. Hechos que deberías saber en realidad, dado que das vueltas por las noches como una justiciera enmascarada.

–Cállate –replicó. El papá de Carolina los miró por encima del hombro. Ella entrelazó el brazo con el de Lalo y le sonrió a su padre, desafiante–. Él cree que puede manejar mi vida –dijo con los dientes apretados–. Está equivocado.

–Qué egoísta preocuparte por eso en este instante. Mi vida es la que está en riesgo aquí.

–Estarás bien. Las balas son de plomo. Incluso si una atraviesa tu corazón, deberías sobrevivir.

Él tragó con dificultad.

–¿Nunca has participado de un duelo? –preguntó ella.

–Señorita, nunca he disparado un arma en la vida.

Lo miró, con estrellas danzantes en los ojos. Él creía que ni el mejor artista podría pintar un rostro tan hermoso como el de ella. Incluso la línea delgada entre sus cejas era una maravilla. Qué pena que tuviera el carácter de un tejón.

–Bromeas –dijo ella.

–Nunca bromeo –respondió él.

Ella suspiró y mordió su labio inferior. El gesto hizo que, de pronto, Lalo sintiera el cuerpo más en llamas de lo que ya estaba. Apartó la mirada.

–Disparar no es muy difícil. Apuntas y jalas el gatillo. No te resistas al contragolpe, deja que tus músculos absorban el impacto.

–Es fácil decirlo para ti.

Ella puso los ojos en blanco.

–El objetivo no es matar a la persona.

–Díselo a tu prometido.

–Él no es mi prometido –dijo Carolina. Amplió la sonrisa–. Tú lo eres, ¿recuerdas? Bueno, si es que ganas este duelo. Y más te vale ganar, sino tendré que matarte aquí frente a todos y estoy segura de que eso no será nada bueno para ninguno de los dos. Mi papá probablemente me enviaría lejos esta misma noche por causar una escena semejante.

–No me molestaría la última parte –murmuró Lalo.

Ahora Rafael estaba de pie en el centro de la cancha. Aflojó su corbata, luego tronó su cuello y sus nudillos. Había antorchas encendidas en la periferia. Las llamas titilaban y oscilaban en la brisa repentina que soplaba sobre las montañas distantes y el suelo del valle.

–Lo está disfrutando –dijo Lalo, con la voz aguda por los nervios.

–Sí, así es Rafa. Siempre le ha gustado ostentar. Oí que tuvo un duelo con el capitán del Ejército del Norte *y* con su segundo al mando después de una partida de cartas.

–¿Al mismo tiempo?

–Sí. Dio dos disparos antes de recibir uno –respondió ella con total seriedad.

–Soy hombre muerto –gimoteó Lalo.

–Ya está muerto, señor. Así que no tienes nada que temer.

–Tengo mucho que temer. –Bajó la voz mientras se acercaban a la multitud–. Todavía *siento* dolor. Recibir un disparo no debe ser una experiencia agradable.

Se detuvieron ante el padre de Carolina. Ella nunca se apartó de él. Tenía que admitirlo: la chica era hermosa y testaruda. A la madre de Lalo le habría encantado. Aunque por supuesto que jamás la habría conocido. Lalo nunca hubiera presentado a una asesina del medio de la nada ante su madre elitista. Aunque hubiera sido una situación interesante.

Mientras el señor Fuentes inspeccionaba ambos revólveres, Lalo encontró a su hermana en medio de la muchedumbre. Fernanda parecía tan nerviosa como él.

–Cada uno dará cinco pasos –explicó el señor Fuentes, en voz alta para que todos los invitados oyeran–. Cuando dé la orden, voltearán y dispararán. El hombre que quede en pie ganará la mano de mi hija.

¿Cómo se había metido Lalo en algo así? Lo único que quería era sacar a su hermana de la ciudad antes de que Maricela los encontrara y descubrir un modo de salvarse a sí mismo de la sed implacable.

Sin embargo, allí estaba, listo para formar parte de una exhibición ridícula de machismo. Debería permitir que Rafael le disparara para terminar de una vez con todo ese fiasco. Él sanaría y luego seguiría con su vida. Pero ¿a dónde iría luego con Fernanda? Del Oro era el pueblo donde Alma Rosario había muerto. Ella había sido la primera en morir, la primera a la que habían drenado de sangre. El vampiro original debía haber estado en este sitio, y esa era la clave para erradicar la sed insaciable de Lalo y los vampiros de Abundancia.

–Apá, por favor –rogó Carolina–. ¿No podemos resolver esto de otra manera?

–Un duelo es el único modo de reparar semejante falta de respeto –intervino Rafael–. Solo uno de los dos sobrevivirá. Es definitivo.

–¿El duelo es a muerte? –Lalo lo miró boquiabierto.

–Quien quede en pie será el ganador –dijo el señor Fuentes–. Depende de ustedes decidir qué significa eso.

Rafael tomó el revolver de la caja y lo sostuvo contra el pecho.

–Toma tu arma, donjuán, o demuéstrale para siempre a este pueblo que eres un cobarde.

¡Donjuán! Lalo no había sido más que un caballero toda la vida. Prácticamente nunca había hablado con mujeres antes de su conversión. Y por supuesto que *no* era un libertino.

Con cautela, tomó el revolver de la caja con interior aterciopelado.

–Espalda con espalda –ordenó el señor Fuentes.

Lalo volteó hacia el este. Rafael, hacia el oeste.

Carolina corrió al centro, abrazó a Lalo, fingiendo ser una amante sufrida. Sus labios le rozaron la mejilla:

–Rafa es rápido, pero tú eres más veloz. Usa tus habilidades. Él girará antes de que mi padre llegue a cinco. Está dispuesto a matar, Lalo. No lo olvides.

Lalo sentía un cosquilleo cálido en todo el cuerpo. Debería estar concentrado en la tarea a cumplir, pero ella era tan suave. Y su aroma lo obligó a retorcer los dedos de los pies.

–Recibe el disparo y lánzate a la derecha. Permanece de pie, pase lo que pase. –Carolina soltó el cuello de Lalo y lo miró con ojos expectantes. Todo dentro de Lalo anhelaba reconfortarla. Pero ¿por qué? ¿Por qué su cuerpo lo traicionaría cuando ella fue quien lo había metido en ese lío? Ella era su enemiga en todo sentido.

–¡Listos! –ordenó el señor Fuentes.

Lalo sujetó la pistola con torpeza.

–¡Uno!

Estaba pasando de verdad. Miró a Carolina a los ojos. Ella lo alentó inclinando nerviosa la cabeza. Él dio un paso.

–¡Dos!

Otro paso. Fernanda se cubrió el rostro, pero mantuvo los dedos abiertos para poder seguir viendo.

–¡Tres!

Miró la luna, sus amadas estrellas. Un paso más.

–¡Cuatro!

Lalo giró.

–¡Cinco!

Un disparo. Seguido por otro más.

Hizo una mueca. Luego el mundo a su alrededor se sumió en silencio.



# CAPÍTULO 12
# Carolina

EL TIEMPO SE DETUVO. NADIE SE MOVÍA. NADIE SE ATREVÍA A RESPIRAR.

Otro disparo estalló en el cielo. Provino de una escopeta, un ruido fuerte y resonante, que venía de las tierras de cultivo al oeste. Un cuarto disparo resonó a lo lejos.

–¡Sedientos! –gritó alguien.

Papá asignó guardias dentro del pueblo para que los invitados a la fiesta se sintieran a salvo. Había pocos de sus hombres en las afueras.

La campana de alarma empezó a sonar.

La multitud se sumió en el caos. La gente entró en acción. Las abuelas tomaron a sus nietos y los llevaron a la casa de Carolina. Muchos corrían hacia los establos mientras papá daba órdenes, acompañado por Rafael. La señora Orozco se tropezó con sus huaraches y cayó al suelo.

Carolina levantó su falda y corrió a asistir a la anciana.

–Permítame ayudarla –dijo con dulzura sujetando los brazos suaves de la señora.

La ayudó a incorporarse.

–Me raspé las rodillas –siseó la señora Orozco.

–Tenemos que llevarla adentro rápido. –Recordaba la última vez que se había derramado sangre en el pueblo de noche. ¿Cómo olvidarla? Su propia sangre había brotado de las heridas en sus brazos y el abuelo había perdido la vida por ello.

Se paralizó mientras los recuerdos la invadían. El monstruo succionando el cuello de su abuelo. Ella sujetándolo cuando cayó. Aún podía sentir el último aliento de su abuelo en la piel.

–Yo me ocupo –dijo la hija de la señora Orozco al llegar corriendo. Tomó a su madre y ambas comenzaron a irse mientras la mujer cojeaba.

La multitud se despejó y Carolina vio a Lalo. Era perturbador lo quieto que estaba. Como un depredador listo para atacar. La pistola colgaba suelta en su mano. Sus ojos rojos brillaban con ferocidad. Movió la nariz. Apartó los labios y reveló dos colmillos que parecían dagas.

–Mierda –susurró Carolina. Entre que su papá le había dado permiso a Rafa para casarse con ella y la conmoción del duelo, casi había olvidado lo que Lalo era: una sanguijuela. Al verlo ahora, convertido en una ante sus ojos, Carolina se zambulló en el río frío de la realidad. Recogió su falda y tomó la última arma que le quedaba. Alguien sujetó la muñeca de Carolina.

–Por favor –suplicó Fernanda–. Tienes que ayudar a mi hermano. Está perdiendo el control.

La pistola de Lalo cayó al suelo. Se agazapó. Centró la atención en la señora Orozco, que cojeaba herida hacia la casa.

–Esto termina ahora –susurró Carolina. Tomó la estaca de madera que había amarrado a su muslo.

–¡No! –La joven apretó el brazo de Carolina–. Por favor. Por favor, no me lo quites. Es lo único que me queda.

Carolina resopló, pero luego vio la desesperación absoluta en el rostro de Fernanda.

–Te lo suplico. Ayuda a mi hermano. Sabe cosas. Él… Él puede ayudar a tu pueblo. Si lo matas ahora, ¡perderás esa oportunidad!

Las chicas se miraron un instante. Carolina quería odiarla, humillarla por defender a un sediento, pero no podía ver más allá de la angustia en los ojos de Fernanda.

Lalo comenzó a avanzar.

Carolina dijo una grosería y levantó su falda.

–Vamos. Ayudaré a tu hermano, pero solo por motivos egoístas.

Fernanda asintió.

–Por mí está bien.

Corrió hacia Lalo, seguida de cerca por Fernanda.

Lalo ganaba velocidad. Si no lo detenían ya, tomaría a la señora Orozco por la garganta.

–Toma –dijo Carolina. Hurgó en su corsé y extrajo un frasquito de agua de río. Era sabido que los sedientos no podían tocarla. Ni siquiera podían cruzar un arroyo sin que se les revolvieran las tripas.

*¿Ves?*, quería gritarle a Lalo. *Sé cosas.* Los demás siempre la subestimaban. Y al parecer los malditos vampiros también.

–Cuando lo detenga, vierte el agua sobre su piel –agregó.

Fernanda asintió y abrió el frasquito con los dientes.

Un gruñido gutural brotó de la garganta de Lalo. Una de las ancianas comenzó a voltear, pero Carolina saltó y lo derribó en los arbustos antes de que alguien pudiera notar sus ojos y sus dientes. Los dos se revolcaron entre las ramas hasta llegar a un claro pequeño. Ella sentía la fuerza del cuerpo de Lalo. El poder. Pero estaba bien entrenada para pelear. Era incluso mejor peleando sucio.

Golpeó su entrepierna con la rodilla y luego hizo lo mismo con su estómago. Un poco de aire caliente salió de los pulmones de Lalo.

Él sujetó el cabello de Carolina y lo retorció hasta que logró exponer su cuello. Los ojos escarlatas de Lalo recorrieron su garganta. Él gruñó.

Carolina le dio un codazo en la mandíbula para callarlo.

Lalo clavó los dedos en las muñecas de la chica y evitó que repitiera el golpe. La derribó en el suelo y le sostuvo los brazos sobre su cabeza con todo el peso del cuerpo.

–Sabrás delicioso –rugió él.

Abrió la boca y exhibió sus colmillos brillantes.

Agua cayó sobre el cuello de Lalo y en los ojos de Carolina. Él retrocedió. Un aullido de incredulidad brotó de sus labios. Fernanda le había vertido agua de río encima y justo a tiempo.

En las zonas que el líquido había tocado, la piel de Lalo comenzó a llenarse de ampollas y a chisporrotear. El sonido le recordó a Carolina al tocino en una sartén. La repulsión la abrumó. Mientras despotricaba en agonía, ella apretó más fuerte la estaca en su mano, sintiendo que la madera se hundía en sus palmas.

*Clávala en su corazón*, pensó. *Termina lo que empezaste antes de que se salga aún más de control. Demuéstrale a todos lo que puedes hacer.*

–¡No lo lastimes! –Fernanda cayó de rodillas junto a él–. ¡Por favor!

Los ojos feroces de Lalo se volvieron más suaves. Movió la cabeza hacia la de su hermana. Parpadeó.

–¿Fernanda? –dijo con dificultad.

Luego centró la atención en Carolina, que aún estaba bajo el peso de su cuerpo.

–Ay, no –susurró Lalo. Miró sus propias palmas y, por primera vez, Carolina notó que había sangre negra como la tinta en las manos de él. El horror desfiguró el rostro del chico–. ¿Lastimé a alguien?

–No –respondió ella con calma. La dulzura que salió de sus propios labios la sorprendió.

Lalo suspiró aliviado.

Hizo una mueca. Temblando, acomodó su abrigo. Había una mancha oscura en el centro del pecho. Lalo parpadeó.

–Creo que me dispararon.

Sus ojos se pusieron en blanco y se desmayó de cara sobre la tierra.

**3 de septiembre de 1829**

# LA ALTA SOCIEDAD DE LOS CAMPOS

**Por doña Larissa Córdova**

*Eduardo Villalobos Segundo entró a la estación de policía en avenida Sacramento poco después del amanecer. Es el hijo del famoso fallecido magnate de lujo, Eduardo Villalobos Primero. La gente en la estación escuchó al joven Eduardo gritar que una mujer hermosa se comió a sus padres. Algo de lo más absurdo.*

*Su hermana menor, Fernanda Villalobos, se ha unido hace poco a la escena social. Aunque Fernanda fue la más bella de cada baile de debutantes al que asistió, sospecho que, tras puertas cerradas, es tan extraña como su hermano mayor, quien siempre ha sido un ermitaño. ¿Encontrará la señorita Villalobos un pretendiente adecuado? ¿Encontrará esposa alguna vez el problemático hijo de los miembros favoritos de la alta sociedad de Los Campos?*



# CAPÍTULO 13
# Lalo

*Desde la ventana, Lalo observó a sus padres pisar la calle de adoquines frente a su mansión en Los Campos. Caminaban con los brazos entrelazados, ambos vestidos con sus mejores prendas para un baile benéfico. Alguien con una capa pasó por allí. El tacón de su madre quedó atascado entre dos piedras. Papá se arrodilló, riendo ante la situación. Debió de jalar con demasiada fuerza, porque la pantorrilla de mamá golpeó la nariz de papá tan fuerte que empezó a sangrar. La persona encapuchada se detuvo. Unas manos pálidas y delicadas retiraron la capucha y el largo cabello rojo quedó libre en la brisa. Sus ojos brillaban como brasas. Luego, atacó.*

Lalo despertó, sobresaltado. Jadeando.

Sus dedos rozaron las sábanas sueltas que le habían puesto encima sobre las piernas y el torso. Qué extraño, dado que él nunca dormía si las sábanas no estaban bien tensas sobre él. Al parecer, alguien lo había ayudado a llegar a la cama. Pero ¿quién? De hecho: ¿*cómo* había llegado a la cama?

El aroma a vainilla cálida, lavanda y cuero flotó hasta sus sentidos y despertó los recuerdos del fracaso de la noche previa.

Se paralizó. Lalo no estaba en su habitación. De hecho, ni siquiera era su casa. Los muros que lo rodeaban estaban pintados de un amarillo desagradable. Había espadas y placas exhibidas como obras de arte. Los muebles escaseaban.

Pero el aroma de esa chica endemoniada estaba por doquier.

Algo frío tocó su garganta. Una daga. Clavó la mirada en la joven escondida entre las sombras, la chica que siempre parecía apuntarle con algún objeto filoso.

–Un movimiento equivocado y estás muerto –susurró ella.

–Sí. Ya conozco bien el simulacro. Pero deberías pensar en cambiar de estrategia. Ya está quedando viejo el amenazarme con un cuchillo, sumado a una buena patada en la entrepierna.

Ella lo mandó a callar.

–Baja la voz, sanguijuela. ¿Quieres otro escándalo?

–Santos, no. –Un escalofrío besó su piel. Y de pronto, Lalo era demasiado consciente de que estaba desnudo de la cintura para arriba. Tomó las mantas y cubrió su pecho expuesto–. ¿Dónde está mi camisa?

–Tuve que botarla.

–¿Me desnudaste? –preguntó él, la incredulidad cubría cada palabra. Miró debajo de las sábanas. Quedó boquiabierto–. Solo tengo puesta la ropa interior.

Ella puso los ojos en blanco.

–Tengo siete hermanos, señor. He visto cosas peores.

–¿Y si alguien entra? –Se sobresaltó–. ¿Dónde estoy?

–Estás en el cuarto de mi abuelo. Tuve que traerte a un sitio donde nadie fuera entrar mientras sanabas.

Lalo tragó con dificultad.

–¿Para por fin salirte con la tuya conmigo en privado?

–Compórtate. –Ella subió y bajó las cejas. Lalo retrocedió.

–Santos, mujer, no me refería a eso. Me refería a que por fin puedes matarme como la asesina que eres. –Una idea aterradora cruzó su mente–. Fernanda, ¿dónde…?

–Tu hermana está durmiendo en mi cama, fingiendo ser yo. Yo estoy aquí para asegurarme de que no intentes hacer nada en mi propio hogar.

–¿¡A dónde iría sin ropa!?

–Baja la voz –replico ella.

Lalo inhaló para calmarse.

–¿Podría recuperar mi camisa y mis pantalones?

–Los lancé al fuego. Te dispararon. La sangre o lo que sea que tengas dentro brotaba de tu herida y todos podrían haberlo visto.

Ni siquiera había jalado el gatillo antes de que Rafael hubiera disparado el arma. Ese tramposo había volteado a la cuenta de cuatro, no de cinco, tal cual ella le había advertido. Mientras tanto, Lalo había entrado en pánico y había olvidado disparar su propia arma. Luego, el mundo se había sumido en el caos a su alrededor. Y sus pensamientos y su control habían desaparecido cuando olió una pizca de sangre.

Ella se acercó a él.

–Tardarás bastante en sanar. Nunca he visto a uno de tu tipo actuar con tanta debilidad.

–Como dije, no participo de la alimentación a base de sangre humana.

Frunció los labios, atónita. ¿Cuántas veces tendría que explicárselo antes de que lo tomara en serio?

–¿Qué sucedió? –preguntó Lalo–. Después del duelo en el que me forzaste a participar. De nada, por cierto.

Ella resopló de modo bastante grosero.

–Tú eres quien debería agradecerme. Te salvé de que te lanzaras sobre la señora Orozco. Eso me hubiera obligado a matarte de una vez por todas.

–¿Cómo me detuviste?

Retiró la daga y la posó en el regazo. La hoja brillaba bajo la luz tenue de las velas. Era delgada, tenía lirios grabados y un solo rubí en la punta de la empuñadura. Parecía un objeto antiguo y costoso. Un arma peculiar para una rufiana como ella.

–Sé que hay cosas que no entiendo sobre ti y los de tu tipo, pero también hay otras que sé. –Toqueteó el collar alrededor de su garganta. Tenía un cuello hermoso. Y la vena justo ahí, debajo de su piel morena, latía de modo seductor. Tragó con dificultad y apartó la mirada, repugnado por la sed y el deseo que ardían en su interior–.

Sé que los de tu tipo no pueden entrar a una casa a menos que los inviten –continuó–. Que el agua de río los debilita. Que la madera en el corazón los mata. La obsidiana también. Y que el sol les quema la piel, claro.

–Así es. –Se inclinó hacia adelante para observar las facciones de Carolina Fuentes. Para intentar determinar si había alguna parte de ella a la que podía confiarle su verdad. Tantas veces lo habían rechazado en la vida debido a su personalidad irritable. Incontables veces había visto cómo la luz abandonaba los ojos de la gente cuando les contaba sobre su día. Se había rendido y había dejado de intentarlo.

Era raro y tímido y no le interesaba ir a bailes o tener conversaciones banales sobre la riqueza y la popularidad de otros. Odiaba cómo la gente de la alta sociedad pensaba que era más valiosa que los demás solo por lo que había en sus bolsillos. Lo consideraban un aguafiestas. Y después de tanto tiempo, decidió que prefería estar solo y arreglárselas por su cuenta en vez de intentarlo.

Hasta ahora.

Ahora necesitaba ayuda. Hasta el momento, había encontrado más problemas que soluciones. Aunque, siendo justo consigo mismo, Carolina últimamente era la mayor culpable.

–Son cercanos con tu hermana –dijo Carolina. Él frunció el ceño.

–¿Es una pregunta o una afirmación?

–Me suplicó que te salvara cuando la sed de sangre te dominó. Quería protegerte con desesperación. –Carolina bufó–. Qué ironía, ¿no? Dado que en realidad debemos proteger a los demás de ti. –Abrió la boca para responder, pero ella alzó una mano–. En la biblioteca dijiste que estabas buscando cómo erradicar a los vampiros.

Lalo enderezó la espalda.

–¿Recuerdas eso?

–No es algo fácil de olvidar. –Ella se encogió de hombros–. Veo que tu hermana y tú se quieren, y que les aterra perder al otro. Entiendo el sentimiento. Ya he enterrado demasiados seres queridos.

–¿Por qué nunca te has ido de este lugar? –preguntó con delicadeza.

–¿A dónde iría? Los Fuentes construyeron Del Oro de la nada. Este lugar es todo lo que conocemos. Llevamos en la sangre ser rancheros. Y si no estamos aquí para detener a los sedientos que plagan Boca de la Muerte, ¿quién lo hará?

–Entonces, también estás tratando de proteger a tu familia. Como yo.

–Sí. En ese único aspecto, tú y yo somos iguales. –Lo miró a los ojos y el cuerpo de Lalo casi se derrite en el suelo. Ella se apartó primero y enderezó la espalda–. ¿Qué necesitamos hacer para erradicarlos?

Se le secó la boca al oír el plural. Estiró un poco más la espalda, olvidando que la sábana cubría su pecho desnudo. Los ojos de Carolina se posaron en su torso y luego en el suelo. Lalo se preguntó si debería apretar el abdomen un poco más, solo para que ella viera los músculos definidos tal como lo hacían los chicos en la escuela durante los partidos.

Negó con la cabeza. ¿En qué estaba pensando?

Despejó su garganta y preguntó:

–¿Qué sabes sobre Alma Rosario?



# CAPÍTULO 14
# Carolina

FRUNCIÓ EL CEÑO. ¿QUÉ SABÍA ESE EXTRAÑO DEL SUR SOBRE ALMA?

–¿Por qué? –preguntó ella, con tono más acusador de lo que era su intención–. ¿Cómo sabes siquiera su nombre?

–Alma Rosario es el motivo por el cual vine aquí.

Carolina profundizó el ceño fruncido.

–¿Era pariente tuya? –preguntó ella.

Les rogaba a todos los dioses que no lo fuera. Porque lo admitiera o no, Carolina se sentía atraída por Lalo Montéz. No a nivel emocional, por supuesto. Aún era un sediento. Pero ¿a nivel físico? No podía negar que era hermoso. Incluso el modo en que intentó marcar sus músculos con disimulo fue adorable. Ella vivía en un mundo de brutos arrogantes así que era novedoso conocer a alguien tan… modesto.

–No estoy emparentado con ninguna Rosario que yo sepa.

–Qué alivio.

–¿Por qué? –Él alzó las cejas.

–Em. –Ella negó con la cabeza–. Por nada. –*Excepto por el hecho de que estoy dividida entre lanzarme encima de ti o querer matarte.* Le dieron vergüenza sus propios pensamientos. ¿Quién decía algo

como lanzarse encima? Los manuscritos de romances secretos que Nena le insistía a Carolina que lea debían estar afectándola–. Me preguntaste qué sé sobre Alma. Vivió hace tres o cuatro generaciones. Un día, poco después de la muerte de su esposo, desapareció. Todo el pueblo la buscó por doquier, pero nunca la encontraron. Después de un mes, asumieron que se había suicidado.

–Sabes bastante sobre ella.

–Sí. Era mi tatarabuela. –De ahí su satisfacción de saber que no eran primos lejanos perdidos.

–¿Era una Fuentes? –preguntó él.

–Sí. Rosario era su apellido de soltera. Era Alma Rosario Fuentes.

–Intenté encontrar esos datos en mi investigación, pero no encontré censos o certificados de matrimonio de esa época. O al menos no habían llegado los duplicados de los documentos a las ciudades.

Observó que Lalo adoptaba una mirada distante. Carolina notaba que la mente del joven daba vueltas.

–¿En qué piensas? –preguntó.

–¿Prometes tener la mente abierta?

–Estás vivo, ¿no? Eso debería demostrar que tengo una mentalidad lo bastante abierta.

–Buen punto. –Despejó su garganta–. El esposo de Alma había fallecido hacía poco –prosiguió–. Luego, ella desapareció en el bosque. Más adelante, encontraron su cuerpo, pero drenado de sangre.

Carolina tomó asiento en la cama, y su muslo rozó sin querer la pierna de Lalo.

–¿Cómo sabes eso?

–Por un artículo de la alta sociedad.

Ella rio. No era su intención. La risa simplemente brotó fuera de sus labios. Él sonrió a medias.

–Gracioso, lo sé. Pero hay más. ¿Sabes algo sobre los dioses?

–Amá me ha llevado a clases religiosas desde antes de que supiera caminar. Puedo nombrar los setenta y siete dioses menores en orden alfabético si quieres.

–Tal vez en otra ocasión. –Posó un segundo la mirada en el muslo de Carolina. Tenía un camisón puesto que no exponía demasiado, pero veía la silueta de su rodilla. A Carolina le agradaba el modo en que el pecho de Lalo se movía apenas más rápido mientras la miraba. La hacía sentir extrañamente poderosa.

Él se apartó, tieso.

–¿Qué sabes de Tecuani?

–Abuelito solía contarnos historias sobre Tecuani cuando no queríamos ir a dormir. –Sonrió–. Decía que el dios adoptaba la forma de un jaguar para cazar a niños que se comportaban mal.

–¿Por qué aterrorizaba así a sus nietos?

Ella rio por lo bajo.

–Éramos bastante traviesos. –De pronto, sintió el corazón en carne viva como el día en que lo había perdido–. Un vampiro mató a mi abuelo hace un mes.

Lalo adoptó una expresión compasiva.

–Lo siento. Me quitaron a mis padres el año pasado.

–¿Unos sedientos?

Él asintió una vez.

–Nadie me creyó. En las ciudades no estamos tan familiarizados con los monstruos como ocurre en Del Oro. No atacan de modo tan abierto en la ciudad. Vi a mis padres morir. Vi a ese monstruo que parecía tan humano destrozarlos. Fui a las autoridades, pero se rieron en mi cara y desestimaron lo que dije. Pero yo sabía lo que había visto. Así que empecé a investigar todo lo que pude encontrar sobre las criaturas que se alimentaban de sangre humana. Fui a cada reunión clandestina o seminario universitario que encontré sobre demonios mitológicos y criaturas semejantes. Por mera suerte, encontré en venta un diario viejo escrito por un hombre de Santemala. El autor decía que, en su desesperación, invocó a Tecuani y le suplicó al dios que trajera de vuelta el alma de su única hija al reino de los vivos.

Carolina abrió los ojos de par en par.

–Eso es una blasfemia.

–Tal vez. Pero todos tenemos la capacidad de cometer atrocidades cuando sentimos que hemos perdido toda esperanza.

–¿Y crees que eso justifica sus pecados? –preguntó ella. Lalo se encogió de hombros.

–Soy la última persona capaz de juzgar a alguien por sus pecados. –De pronto, parecía perturbado. No estaba segura de querer saber lo que él había hecho desde que se había convertido en un sediento–. Según el diario del hombre, Tecuani dijo que traería de vuelta a la hija desde la Tierra de los Muertos, pero a cambio de un precio a pagar.

–¿Cuál?

–No lo sé. Por lo que he entendido, el hombre aceptó. Pero su hija ya no era la misma niña que él adoraba. Era diferente. Escribió que era una *diabla*. Dijo que ella asesinó a su propia madre y que él mismo tuvo que matarla al final.

–Dioses. –Carolina hizo la señal de protección.

Lalo limpió sus palmas sobre las sábanas.

–¿Y si Alma fue al bosque a rezarle a Tecuani? No encontré evidencia de vampiros en Abundancia antes de su muerte. Dijiste que ella había perdido a su esposo, así que ¿habrá…?

–¿Estás insinuando que *mi* antepasado fue en contra de las leyes de la naturaleza? ¡Te atreves a decir que un Fuentes invocó a estos monstruos!

–Sufrir la pérdida del amor de tu vida puede llevar a que uno haga cosas inconmensurables.

–Un Fuentes no. –De pronto, Carolina se puso de pie y comenzó a caminar de lado a lado. Apretó fuerte la daga que había encontrado entre las pertenencias de su abuelo–. Había marcas de una mordedura en su cuello. Fue la víctima, no la causa.

–Pero ¿y si ella invocó a Tecuani? ¿Y si el alma de su esposo regresó a su cuerpo y él se convirtió en un monstruo al igual que la hija del hombre del diario?

–Basta. Me niego a escucharte ensuciar el apellido de mi familia. –Comenzó a avanzar hacia la puerta. Necesitaba un momento para ordenar sus pensamientos.

Lalo apartó las sábanas, se acercó a Carolina y tomó su brazo.

–Una última pregunta, por favor. ¿Qué sucedió cuando los habitantes del pueblo sacaron el cuerpo de Alma del bosque?

Volteó despacio hacia él y él la soltó. Ella posó un instante los ojos en el pecho desnudo de Lalo, en la herida que ya casi había sanado por completo.

–Salió de su tumba y mató casi a todos a su paso –susurró Carolina. Él asintió.

–La *convirtieron*. Al igual que a mí. ¿Y si su esposo fue uno de los maldecidos por la muerte? Podría haber perdido el control y matado a Alma. Y arrepentido, podría haberla alimentado con su propia sangre para revivirla. El proceso lleva días. Es posible que la familia de Alma la encontrara y se la llevara para enterrarla sin saber que la habían convertido.

–Es una historia muy retorcida, señor.

–Tal vez. Tal vez no. Si estoy en lo cierto, te aseguro que cuando despertó, su sed era insaciable. La necesidad de matar es incontrolable.

Por lo que Carolina entendía, cincuenta personas habían perdido la vida esa noche. Como poseída, Alma masacró a todos a su paso hasta que alguien le cortó la cabeza.

Observó la suave piel morena de Lalo, su tonto bigote, sus ojos amables. ¿Acaso él era una víctima al igual que su antepasado, Alma Rosario?

–¿Cuántas personas has matado? –preguntó ella.

–Digamos que estoy condenado. –Él posó las manos sobre el corazón–. Pero mientras tenga la mente clara y pueda silenciar la sed, lucharé por asegurarme de que nadie más pierda a un ser querido en manos de un vampiro.

–*¿Tú?* ¿Luchar? –bromeó ella.

–Es una forma de decir.

Ella sonrió.

–Ya veo. –A Carolina le gustaba la seriedad con la que él tomaba todo. Se preguntó si alguna vez reía.

–Si estoy en lo cierto y tu tataratataratatarabuelo fue el primer vampiro en Abundancia, bien podría ser él el monstruo que termine con mi miseria. Cuando me convirtieron, vi fragmentos inconexos de los recuerdos de mi hacedora. Vi una cadena montañosa irregular, igual que la Columna del Diablo. Ella estuvo aquí en algún momento

de su vida. Bien podría haber sido convertida por el esposo de Alma. Si lo matamos, el hilo de poder que une a las personas como yo al dios de la muerte se romperá. Y el poder en nuestro interior será destruido.

–¿Lo sabes con certeza?

–No. Pero es mi mejor teoría, la única que tiene sentido.

–Mi familia ha luchado durante generaciones por mantener a salvo este pueblo. Y tú me dices que nosotros fuimos quienes trajimos a esos demonios a todo el país. La muerte de Alma podría haber sido un ataque aleatorio. ¿Por qué piensas especialmente que fue mi tataratataratatarabuelo quien la convirtió?

–Si el ataque fue aleatorio, el vampiro que la convirtió hubiera huido sabiendo que los habitantes de Del Oro irían tras él. Tu pueblo es pequeño pero resiliente. Encontrar refugio en una de las ciudades hubiera sido mucho más fácil. Pero cuando Tecuani trae de vuelta un alma de la Tierra de los Muertos, esa persona no puede aventurarse lejos de su lugar de descanso. Esa alma está atrapada. Creo que tal vez esa es la razón por la cual crean nuevos vampiros para empezar: el sediento original necesitaría que otros hicieran lo mismo en otros lugares.

–¿Por qué Alma reviviría a su amado sabiendo que él nunca podría irse de estas tierras?

–El dios es engañoso. Ella podría no haberlo sabido. Además, ¿le hubiera importado si eso significaba que su esposo estaría vivo? Pero los asesinatos continuaron después de la muerte de Alma porque *ella* lo revivió a él. Tiene sentido que él aún esté en alguna parte del valle. No puede irse. Por lo tanto, tu amado pueblo está en peligro de forma constante respecto a los sedientos. Los vampiros probablemente están aquí para cazar la próxima comida de su creador.

–¿Cómo sabes cosas semejantes?

–Podemos ir a mi casa. Te mostraré la evidencia.

Ella frunció los labios.

–¿Por qué el diario desesperado de un padre me haría cambiar de opinión?

–Si al menos no vas a intentar entender, ¿por qué sigo aquí? ¿Por qué no me matas como claramente deseas hacer?

–Porque tu hermana me suplicó que no lo hiciera y porque te necesito.

–¿Me necesitas? –Lalo se sorprendió.

–Tú y yo estamos comprometidos.

Él retrocedió.

–¿Qué? ¿Cómo? Quedó muy claro que me dispararon. Perdí. Por cierto, ¿dónde está tu verdadero prometido? ¿No crees que lo enfurecerá verte aquí con un hombre casi desnudo?

–Rafa está muerto.

Lalo quedó boquiabierto.

–¿Sedientos?

Ella negó con la cabeza.

–A Rafa lo atravesó un cuerno –dijo ella, limpiándose las uñas.

–¿Un cuerno?

–De un toro.

–¿Un toro?

–Un toro furioso.

Él parpadeó, atónito por la confesión.

–Estrellas. Lo… Lo siento.

Ella resopló. El modo en que Lalo había adoptado tan rápido una expresión animada hizo que su corazón se retorciera de modo extraño.

–Solo estoy bromeando, Lalo. Rafa está bien. El cuerno lo atravesó, pero se repondrá.

Lalo exhaló.

–Entonces, ¿no estamos comprometidos?

–Aún no. Pero lo estaremos. Mi papá ahora no puede rechazarte.

–Dices que… Pero perdí el duelo.

–No, no perdiste.

–Estaba ahí. Me dispararon.

Ella sonrió con picardía.

–Pero nadie más lo sabe. Te vieron como el último hombre en abandonar el sitio. Rafa salió corriendo, aunque fue por un buen

motivo, pero tú permaneciste en pie. Eres el ganador. Y yo soy tu premio.

Se miraron un momento. Una corriente vibraba en el cuerpo de Carolina. Tuvo que obligar a sus ojos a mantener el foco. Para que no bajaran al pecho y al abdomen de Lalo. Ya había visto a otros chicos sin camisa en el pueblo, pero ninguno la había hecho sonrojar.

Carolina despejó su garganta.

–Te ayudaré a encontrar respuestas y a cambio serás mi prometido complaciente. Solo hasta que halle el modo de convencer a mis padres de que soy más que capaz de cuidarme sola.

Lalo tuvo el atrevimiento de lucir perplejo.

–Las mujeres decentes no pueden vivir sin un marido.

–¿Quién dijo que me importa en lo más mínimo ser decente? Estoy aquí, ¿no? Prácticamente en brazos de mi archienemigo.

–¿Y tu padre? –preguntó él–. Él jamás aprobará nuestro compromiso. Estoy bastante seguro de que me odia.

–Déjamelo a mí, mi amor. –Ella se acercó y le tocó la punta de la nariz con el dedo.

*La familia Fuentes es el pilar de Del Oro, Abundancia. Es imposible pasar junto a una tienda o un hogar en el pueblo que un Fuentes no haya ayudado a construir.*

***Historia de Del Oro.*** **California. (1803) [Fragmento]**



# CAPÍTULO 15
# Lalo

Lalo se sobresaltó ante el tacto de Carolina. Su cuerpo vibraba de energía. Estaba solo en un cuarto con alguien que estaría feliz de clavarle una estaca y, sin embargo, solo podía pensar en el modo en que su tacto lo hacía sentir… y su boca. Incluso cuando ella tenía el ceño fruncido, lo cual ocurría a menudo, las comisuras de sus labios subían como si estuvieran contando una broma sin que ella lo notara.

–¿Por qué me miras así? –espetó ella.

–¿Así cómo?

Ella sonrió con picardía.

–Me miras como si quisieras un beso.

Él se atragantó con su propia saliva.

–De todas las nociones ridículas, esta es la peor. ¡Tú eres quien no deja de tocarme! Si no supiera cómo son las cosas, creería que *tú* quieres un beso. De hecho, debería salir corriendo de esta habitación, así como estoy, para gritarle al mundo que intentas seducirme.

–No te atreverías. Un escándalo así también arruinaría la reputación de tu hermana.

–Eres despreciable –dijo Lalo.

–No, soy astuta. La mayoría de los hombres pueden percibir la diferencia.

Era cierto. Y Lalo no podía negar que admiraba el fuego que salía de la lengua de Carolina. Rápida y despiadada, sin duda, sería más que capaz de ayudarlo en ese embrollo si accedía a hacerlo.

–¿Qué tal si hacemos esto? –dijo él–. Yo fingiré adorarte, aunque será casi imposible. Y a cambio, tú me ayudarás a averiguar si tus antepasados fueron los que iniciaron el linaje de vampiros. Si estoy equivocado y tu adorado apellido permanece impoluto, me pondré de rodillas y suplicaré perdón. ¿Tenemos un trato?

–Me gusta la idea. –Alzó una sola ceja oscura–. Pero ¿acaso la gente no debería evitar hacer tratos con el diablo?

Él se encogió de hombros.

–Me las arreglaré.

Carolina resopló.

–¿Eso fue una broma? ¿Estás bromeando?

No había sido la intención de Lalo ser gracioso. Carolina lo asustaba más que cualquier monstruo. Ella hacía que el cuerpo de Lalo reaccionara de maneras diabólicas que nunca había experimentado. La sensación era bastante aterradora.

–Tenemos un trato –dijo ella–. Pero antes de que pongamos un pie fuera de este cuarto, debo enseñarte algunas cosas básicas de combate.

–¿Por qué? –Él retrocedió.

–Porque si nos topamos con alguno de tu tipo, no dudaré en luchar y un compañero indigno me hará lenta.

–Solo tengo puesta la ropa interior. –Él señaló su propio cuerpo.

–¿Debería desnudarme para que estemos en las mismas condiciones?

–Santos, no. Eres una salvaje.

Ella rio, poniendo los ojos en blanco. Guardó la daga decorada con el rubí en la funda que estaba sobre la mesita de noche, enfrentó a Lalo y alzó los puños.

–Quiero que intentes golpearme.

Lalo estaba atónito.

–¡Disculpa?

–Intenta golpearme –ordenó ella de nuevo.

–No quiero lasti… –La cara de Lalo giró a la izquierda. Posó la mano sobre su mejilla latente–. ¡Me golpeaste!

–Ni siquiera fue un puñetazo. Y por milésima vez, baja la voz. No queremos que nadie nos encuentre así.

Eso sería desastroso. El padre de Carolina probablemente se batiría a duelo con Lalo en persona.

–Lección uno –continuó ella, rebotando despacio sobre sus pies descalzos–. La persona que da el primer puñetazo, en general, es la que gana. Puedes hacer que tu rival pierda el equilibrio y dar otro golpe con mayor facilidad. Ahora, alza los puños e intenta detenerme.

–Creo que no po…

Ella atacó de nuevo, le dio con fuerza en la sien usando la palma abierta.

La furia ardía en el interior de Lalo.

–¡Demonio!

Carolina pestañó, coqueta.

–Hace falta uno para reconocer a otro.

Esta vez, cuando ella atacó, él estaba listo. Mantuvo los brazos en alto y bloqueó el avance. De todos modos, igual le dolió. La chica golpeaba con la fuerza de un carnero.

–Muy bien –dijo ella–. Ahora te toca atacar.

Lalo sabía que, si dudaba, la maldita aprovecharía la primera oportunidad que tuviera para darle un golpe de nuevo. Y también lo disfrutaría.

Así que lanzó un puñetazo con vacilación. Carolina no le tuvo ni un gramo de piedad. Sujetó su brazo y le retorció la muñeca tan fuerte que él pensó que se la quebraría. Las rodillas de Lalo cedieron cuando ella le dio en un nervio. Se desplomó en el suelo.

–Lección número dos –agregó, cernida sobre él–. Nunca permitas que tu oponente te lleve al suelo. Serás hombre muerto si pasa. –Fingió apuñalarlo en el cuello y en el pecho con los dedos–. Vamos. –Lo ayudó a ponerse de pie–. ¿Listo para la tercera lección?

–Pues…

El aire abandonó sus pulmones y jadeó. Inclinó el torso, intentando respirar. La bestia le había dado un golpe en el estómago.

Ella acomodó el cuerpo de modo tal que quedaron nariz con nariz.

–Nunca bajes la guardia.

–Eres malvada –jadeó.

–Agradece que no te mostré la lección cuatro.

Él hizo una mueca de dolor.

–¿Cuál es? ¿Patea al cachorro de tu enemigo?

–Cerca –respondió con toda seriedad–. La cuarta lección es hacer lo que sea necesario para sobrevivir. Morder, jalar del cabello, golpear zonas íntimas. Pelear sucio a veces es la única manera de ganar. –Le dio una palmadita en la espalda–. Te fue bien para ser tu primer entrenamiento.

Despacio, él enderezó la espalda, frotando su sien latente.

–¿Lo crees?

Carolina alzó el puño como si fuera a golpearlo de nuevo. Él bloqueó su cuerpo para protegerse del ataque.

Ella esbozó una sonrisa amplia.

–Ves, aprendes rápido. ¿O será que soy una gran profesora?

–Tu humildad no tiene límites.

–Concuerdo. –Carolina le guiñó un ojo–. Una última lección.

Él frunció el ceño.

–No te lastimaré. Lo prometo.

En silencio, ella avanzó hacia él y tomó su mano. Los callos de Carolina rasparon la piel de Lalo cuando cerró los dedos del joven en forma de puño. Le colocó el pulgar debajo de los nudillos. Un escalofrío recorrió el cuerpo del chico ante aquel gesto repentino de intimidad.

–Cuando des un golpe, hazlo primero con estos dos nudillos.

Rozó con la yema de su pulgar el dedo índice y el dedo medio de Lalo. Los escalofríos estallaron por la piel del joven.

–Rota tu mano hacia adentro y asegúrate de mantener la muñeca bien recta.

Le subió el brazo y le mostró a qué se refería. Carolina deslizó las manos sobre el brazo desnudo de Lalo hasta que adoptó la forma

adecuada. Solo podía rogar que ella no notara la piel erizada en la zona.

Inclinó el mentón para ver mejor el rostro de la chica. Deseaba no haberlo hecho, porque sus miradas se encontraron, y el estómago de Lalo dio esa vuelta aterradora que le resultaba tan desagradable.

–Creo que entendí –susurró él. Ella se alejó.

–Bien. Muy bien. Vamos a vestirte.



# CAPÍTULO 16
# Carolina

Carolina fue hasta el armario de su abuelo y lo abrió. Su aroma aún permanecía dentro. Cuero, tabaco y menta. Lo inhaló profundamente. Había ido allí cada día desde su asesinato solo para sentir que él estaba cerca. Así era cómo había encontrado la hermosa daga con el rubí en la empuñadura que usaba para amenazar a Lalo. El arma había estado escondida en el fondo del vestidor, detrás de capas de ropa polvorienta.

Buscó una camisa y unos pantalones y se los lanzó a Lalo.

–Ponte esto.

Él parpadeó y la miró, midiendo las prendas grandes de su abuelo sobre su cuerpo delgado.

–No me quedarán.

–Ah, lo siento. Iré en busca del sastre. Y de paso podría también llamar al barbero. Necesitas un corte.

Lalo apretó los labios.

–Dado que trabajaremos juntos, tal vez deberías revisar tu actitud. Se supone que los amantes enamorados se miran con dulzura y se dicen "Cariño".

–¿Acaso leíste eso en alguna parte?

–Pues… sí.

Ella resopló.

–Nos preocuparemos por los nombres cariñosos y por mi actitud luego. Necesitamos sacarte de aquí. Creo que ya hemos puesto demasiado a prueba nuestra suerte.

–Sería lo mejor. Dime, ¿alguien en tu familia ha mencionado a tu tataratataratatarabuelo? Quisiera saber qué tipo de hombre era.

–Su apellido era Vidal. Nunca hubiera hecho algo para lastimar a su familia. Es todo lo que necesitas saber.

Lalo cruzó los brazos.

El fastidio de Carolina se disparó.

–Quemaron casi todo el pueblo después de la conversión de Alma. *Si* es que hay algún documento sobre él, debería estar en un lugar sagrado. En el único lugar que nunca se quemará porque todos harán lo que sea por salvarlo.

–¿La iglesia? ¿La biblioteca?

Ella negó con la cabeza.

–La cantina.

Lalo soltó una risita, pero luego volvió a adoptar el ceño fruncido y tenso que al parecer prefería. Metió las piernas en los pantalones. Tenía casi la misma altura que el abuelo, pero el corte no le sentaba bien. En cuanto abotonó la prenda, los pantalones se deslizaron desde la cadera hasta llegar a sus pies. Carolina resopló. Hurgó en el armario de su abuelo y extrajo un cinturón. Avanzó, le subió los pantalones e introdujo la punta del cinturón en la trabilla.

Lalo se había quedado muy quieto, excepto por su garganta que subía y bajaba.

–Deberíamos hablar sobre los límites –dijo con voz áspera–. Si es que no quieres que me vuelva salvaje.

Ella ignoró la aceleración repentina de sus latidos cuando lo escuchó hablar con tanta calma. Los dedos de Carolina ajustaron fuerte el cinturón.

–¿Quieres otra sesión de entrenamiento para poner a prueba mis habilidades contra tu ferocidad?

–Por suerte para ti, tengo autocontrol.

Carolina rio. Algo que había hecho con más frecuencia los últimos minutos que en las últimas semanas. Volteó para cerrar el armario. Miró por encima del hombro mientras él se ponía la camisa prestada sobre la cabeza. No pudo evitar apreciar el último atisbo de su abdomen. De esos músculos tensos debajo de la piel morena.

–Deberíamos irnos antes de que amanezca –señaló ella, necesitaba enfocar de nuevo la mente–. Ha empezado a llover. Te protegerá del sol, pero deberíamos escabullirnos antes de que todos despierten.

–¿Es seguro que atravesemos las murallas del pueblo? ¿Los sedientos atacan con frecuencia?

–*Yo* estaré bien. Pero no puedo decir con certeza cómo te irá a ti.

Lalo la fulminó con la mirada.

–Deberíamos estar bien con tantos guardias de mi padre dando vueltas. Lo que más me preocupa es salir sin que nos detecten.

Salieron y Carolina cerró la puerta con un *clic* casi imperceptible. Se detuvo cuando oyó señales de vida. Su familia ya había empezado a despertar. Incluso después de una noche caótica, la casa cobraba vida antes del canto de los gallos. No debería sorprenderla.

El chisporroteo del desayuno cocinándose sobre el fuego y los chismes susurrados ya flotaban en sus oídos. Escuchaba a sus hermanos menores discutiendo sobre quién comería primero chilaquiles y olía las tortillas fritándose en la sartén antigua. Esa calidez, las provocaciones constantes, los chismes y el estacato veloz de los susurros de sus padres era todo lo que deseaba. Nunca deseaba irse de Del Oro por esa misma razón. Quería para siempre el ruido, las discusiones, el desorden de su familia.

Miró al vampiro y lo descubrió observándola.

–¿Qué? –susurró ella. Él negó con la cabeza.

–Nada. Solo, no sé, lucías dulce por un instante.

–*Soy* dulce. Solo que no con los monstruos. O con la mayoría de la gente. –Ella se encogió de hombros–. Soy un gusto adquirido. –Carolina tomó la mano de Lalo y lo obligó a avanzar. La piel del joven era suave y cálida. Tan diferente a los cuentos sobre sedientos

y los chicos del pueblo con los que creció. Se preguntaba cómo se sentirían esos dedos rozando su mejilla.

*Basta*, pensó. *Deja de pensar en sus manos, sus labios y su maldito pecho. Deberías estar concentrada en encontrar al sediento original. En matarlo para que tu familia pueda vivir en paz y para demostrarle a ellos cuán equivocados estaban en no incluirte.*

–No podemos ir por la cocina o por el frente de la casa, pero hay una entrada lateral que la mayoría no usará. ¿Te llevas bien con los perros?

–No en particular.

–Bueno, esperemos que los nuestros te ignoren. Son cinco. Bestias gigantes que mi papá usa para cazar sedientos.

Lalo empalideció.

–Dioses, ayúdenme.

Acababan de llegar al primer piso cuando ella vio a su mamá acercándose.

–¡Mierda! –Carolina volteó y empujó a Lalo a la habitación junto a ellos con fuerza bruta. Él tropezó con la alfombra y cayó de espaldas. Carolina cerró la puerta justo cuando su madre la detectó.

Mamá abrió los ojos de par en par, como dos lunas llenas.

–¿Qué estás haciendo despierta y levantada tan temprano?

–Estaba…

–Escabulléndote al cuarto de tu abuelo –concluyó mamá.

El horror se apoderó de Carolina. Negó con la cabeza.

–No… Estaba…

Mamá colocó una mano sobre la mejilla de Carolina.

–No es necesario que te avergüences por esconderte entre sus cosas, mija. Todos hacemos el duelo de distintas maneras.

El rostro de Carolina ardía de vergüenza. Allí estaba, escondiéndose y aliándose con un sediento. ¿Para qué? ¿Por una misión imposible? ¿Por venganza? ¿Para enfurecer a su padre? Las líneas comenzaban a borrarse. Además del abuelo y Nena, Lalo era la única otra persona que creía en sus habilidades. Eso significaba algo para ella.

Mamá le dio una palmadita antes de partir.

–Hora de alistarse. He enviado a Luz Elena a tu cuarto para que te ayude a vestirte.

–¿Qué? ¿Por qué? –Carolina intentó sonar tranquila, pero por dentro temblaba. Luz Elena, su niñera, muy chismosa y muy esnob, iba camino a su habitación. Al lugar donde había dejado a Fernanda la noche anterior después del duelo.

Dado que había querido mantener en secreto las heridas de Lalo, Carolina le dijo a todos los que preguntaron sobre el paradero de los Montéz que se habían ido a casa anoche para asegurarse de que sus cabras estuvieran a salvo. Estaba segura de que no tenían dichas cabras, pero fue la historia más inteligente que pudo inventar en ese momento. Luz Elena, sin duda, vería a Fernanda y le contaría a mamá que había alguien más en la cama de Carolina. Y eso llevaría a preguntas sobre por qué Carolina había mentido, lo cual solo la obligaría a mentir más.

–Iré con ella ahora mismo. –Le dio un beso en la mejilla a su madre. Se detuvo antes de partir y preguntó–: ¿Por qué me tengo que arreglar?

Mamá puso las manos en las caderas.

–Conoceremos a tu pretendiente, el que interrumpió con elegancia toda nuestra fiesta al romper la escultura de hielo de tu abuelito. Sin duda, recuerdas al chico con el que te vieron escondida en la biblioteca a oscuras.

Algo se rompió en el cuarto que estaba junto a ella. Lalo probablemente se había tropezado con una escoba. Pero al menos él sabía los planes de su madre. Podía correr hasta su hogar y estar listo mucho antes de que ellos llegaran.

Mamá frunció el ceño. Comenzó a avanzar hacia la fuente del ruido.

–Sí, em, sobre anoche –dijo Carolina mientras se interponía frente a la puerta para esconder al sediento en cuestión–. No era nuestra intención causar tanto revuelo. Solo… estamos... Estamos muy enamorados.

A Carolina se le encogió el estómago ante la mera mención de la palabra. No había estado enamorada antes, pero imaginaba que su

impulsividad aparecería. Siempre se lanzaba de lleno. Estar enamorada podría empeorar su imprudencia.

Mamá sonrió con nostalgia.

–Una vez fui joven. Sé cómo es perder la cordura al ver a un chico atractivo. Cuando vi a tu papá por primera vez, supe que era el indicado para mí. Era alto y deslumbrante, incluso a los diecisiete años.

Carolina esbozó una sonrisa falsa. No necesitaba oír la historia de amor de sus padres. Tenía que llegar a su cuarto antes que Luz Elena.

–Cabalgó siete semanas solo para visitar mi pueblo natal, Presidio, con la intención de casarse con Cecilia Ramírez. Pero en cambio, se enamoró de mí.

Había tantos Fuentes en Del Oro. Era casi imposible encontrar a alguien dentro del pueblo que no estuviera relacionado con la familia de Carolina, así que ir a otro sitio en busca de esposa o esposo era común.

–También nos encontraron juntos, escondidos. ¿Lo sabías? –preguntó mamá.

–¿En serio?

–Mi padre quería matar a Luis. De hecho, lo intentó. –Mamá rio como una colegiala–. Algo que le recordé esta mañana a tu padre. No andes cabizbaja, mija. Eres joven, hermosa y llena de vida. ¿Por qué no deberías enamorarte de un hombre igual?

Lalo estaba tan vivo como la bota de cuero de Carolina. Pero, de todos modos, si estar comprometida con él implicaba no tener que soportar la presencia de Rafa u otro pretendiente arreglado, con gusto se aferraría a esa farsa.

Miró la puerta. Sin duda, Lalo estaba escuchando. Pero ella debía continuar con la actuación.

–Lalo es tan apuesto.

–Lo es. Aunque pobre Rafael, que vino hasta aquí. Somos tan cercanos a su familia.

–Una pena.

Las campanas de la misión de Del Oro sonaron.

–Ve a prepararte, Carolina. Tenemos un par de paradas que hacer en el pueblo, pero después visitaremos a tu admirador. Ya hemos enviado una carta a casa de Lalo para hacerle saber que nos gustaría tomar algo todos juntos más tarde hoy.

–¿Tan pronto? –preguntó Carolina.

–No te preocupes. Si amas a este chico, estoy segura de que nosotros también lo amaremos. Pero debemos saber si sus intenciones son puras antes de hablar sobre este compromiso.

Carolina asintió rápido con la cabeza.

–Gracias, amá. Iré con Luz Elena de inmediato. –Solo podía esperar que Lalo encontrará el modo de escabullirse.

Partió a paso relajado, pero en cuanto su madre desapareció de vista, Carolina corrió. Movía los brazos mientras volaba por el pasillo hacia su cuarto.

Aceleró. Por el rabillo del ojo, vio a Luz Elena avanzando por el pasillo al otro lado del patio. Carolina se detuvo y se quitó una de las zapatillas. La lanzó con todas sus fuerzas justo detrás de Luz Elena. Cuando la mujer fue a investigar el ruido, Carolina siguió avanzando.

Finalmente, su mano alcanzó la perilla de su habitación. Tiró de la palanca y se lanzó dentro, tratando de no golpear la puerta al cerrarla.

Sus ojos se abrieron de par en par cuando notó que su cama estaba vacía. Las sábanas ni siquiera se habían arrugado.

Dos cabezas se levantaron de las mantas sobre el colchón de Nena. Las de Nena y Fernanda.

Los rizos de su prima formaban un nido enredado. El cabello castaño claro de Fernanda sobresalía de su rodete. El mismo tono de lápiz labial rosa pálido manchaba sus rostros.

–¡Me alegro por ustedes! –susurró a gritos Carolina–. Pero ¡escóndanse!

Cuando las chicas no hicieron más que parpadear, desconcertadas, Carolina sacudió los brazos con vigor.

–¡Fernanda, métete debajo de la cama! –No había ningún otro lugar lo suficientemente grande para esconder un cuerpo–. Nuestra niñera viene. No puede saber que estás aquí.

–¿No les dijiste que se quedarían visitas? –preguntó Fernanda, confundida. Carolina negó con la cabeza.

–No quería que nadie pensara que tu hermano te dejó aquí sola. Tampoco le diría a nadie que está recuperándose en la habitación de mi abuelo. ¿Cómo podría explicar su condición? –Además, eso significaría que otros descubrirían que, de hecho, Lalo había recibido un disparo y perdido el duelo.

La manija de la puerta se movió. Se abrió un centímetro. Carolina presionó la madera con todo su peso y la cerró de golpe.

–¿Carolina? –llamó Luz Elena–. ¿Qué significa esto? –La mujer empujó la puerta y Carolina se tambaleó. *Santos, la vieja era fuerte.*

–Un segundo, Luz. Nena no está presentable.

–He estado bañándolas y vistiéndolas a ustedes dos, niñas, desde antes de que pudieran caminar –dijo Luz Elena, moviendo la manija.

–Rápido –le espetó Carolina a Fernanda.

Fernanda salió disparada de las sábanas, vestida solo con su ropa interior, y se deslizó debajo de la cama. Su cabeza salió de repente, con el cabello esparciéndose alrededor de su rostro.

–Hace años que no me divertía tanto –dijo Fernanda.

Nena sonrió.

–Yo tampoco.

–Solo escóndanse y quédense calladas –susurró Carolina.

–¿Carolina? ¿Qué está pasando ahí dentro? –Luz Elena empujó más fuerte contra la puerta. Ya no podía contener a la mujer. Era pequeña pero tan fuerte como el toro que hirió a Rafa.

Carolina tropezó hacia adelante cuando la puerta se abrió de golpe. Luz Elena recorrió la habitación con la mirada. Era tan astuta como siempre. Si mamá sabía lo que pasaba en la hacienda era porque Luz se lo había susurrado al oído.

Su niñera frunció los labios. Las arrugas de su rostro se triplicaron.

–¿Qué es eso?

Con un gesto de la barbilla señaló un vestido colgado sobre el banco del tocador de Carolina. El vestido de Fernanda. Más tarde, estrangularía a Nena por ser tan descuidada.

–Un vestido –respondió Carolina, agradecida de que Luz Elena no pudiera haber asistido a la fiesta de anoche debido a la gota y, por lo

tanto, no reconociera el elaborado vestido–. Se lo compré a un sastre en el pueblo.

Los ojos astutos de Luz Elena volvieron hacia Carolina.

–¿Qué sastre? Tenemos dos.

–Smith –gritó Nena–. Hizo un buen trabajo, ¿no?

En realidad, había tres sastres en el pueblo, pero Luz Elena nunca más iba al señor Smith después de haber tenido una disputa sobre los precios de la seda hacía veinte años: un hecho que su prima conocía bien. Tal vez, al final, no la estrangularía.

La mujer se burló.

–¿Fuiste con ese ladrón?

–No es un ladrón –intervino Carolina.

–¿Has visto lo que les cobra a sus clientes? Un robo, te lo aseguro. –Luz Elena olfateó el aire–. ¿Huelen eso?

–No –dijeron las primas al unísono. ¿Qué podría estar oliendo la niñera? ¿Aparte de las mentiras de Carolina?

–Ninguna de ustedes usa un perfume como este. Este es mucho más floral. –Olfateó otra vez, de forma algo dramática–. ¿No lo huelen? –Se acercó peligrosamente a la cama de Nena.

–¡Ah, eso! Mi querida futura cuñada me dejó probar su perfume –exclamó Carolina, riendo y poniendo su brazo sobre los hombros de la niñera–. Creo que ya es hora de que me vista, ¿no? Necesito lucir lo mejor posible si quiero impresionar a mi nuevo prometido.

Luz Elena resopló.

–Esto es todo muy escandaloso, si me preguntas. Escaparse y hablar con un hombre sin acompañante. Es una dama, señorita. Lo que nos falta es que ustedes dos empiecen a meter amantes en sus habitaciones. –Hizo la señal de protección sobre su pecho.

–Dios lo impida –dijo Nena.

Carolina despejó su garganta.

–Sí, bueno, ahora vamos a corregir todo esto. –Se acercó rápido a su tocador y abrió de golpe las puertas–. ¿Qué debo ponerme? ¿Algo brillante para resaltar mi tono de piel? ¿Algo más modesto?

Luz Elena tomó el vestido del banco. Sus dedos callosos rozaron la tela. Volvió a resoplar, pero con un tono que indicaba que no estaba tan insatisfecha.

–¿El señor Smith hizo esto?

–Creo que lo mandó a pedir desde la ciudad.

Una sonrisa astuta apareció en el rostro de la mujer.

–Eso tiene más sentido. Ese viejo ratón no podría haber hecho algo tan hermoso. No me engaña. –Alzó el vestido.

Carolina sabía que era imposible que le entrara algo así. Bueno, a menos que quisiera dejar de respirar.

Luz Elena sonrió.

–Esto estará perfecto. El verde te quedará muy bien. No creo que tengas nada de este color. –Colocó el vestido sobre la cama y se tocó los labios pensativa. De repente, chasqueó los dedos–. Los pendientes de esmeralda de tu madre. Quedarán exquisitos con esto. –Se dio la vuelta–. Vuelvo en dos minutos, señorita.

Abrió y cerró la puerta. Carolina corrió hacia la cama de su prima. Juntas, ella y Nena tomaron la mano de Fernanda y la ayudaron a ponerse de pie.

La joven estaba desaliñada pero tenía una chispa de humor en los ojos.

–Eso fue brillante.

–Gracias –dijo Carolina, y tomó el vestido de Fernanda y se lo dio contra el pecho–. Ponte esto y hazlo rápido. Tenemos un dilema. Mi familia y yo nos estamos preparando para ir a tu casa.

La mandíbula de Fernanda cayó.

–¿Mi casa?

–Sí. Mi familia va a hacer una visita allí esta tarde. Tu hermano debería saberlo. Estaba en la habitación de al lado cuando me encontré a mi mamá. Al menos la tormenta de hoy lo protegerá del sol.

Fernanda se puso el vestido, haciendo bromas mientras Nena ajustaba los lazos con fuerza. Sonreían y se reían entre ellas. La calidez de su coqueteo era palpable.

–Eres tan diferente a tu hermano –comentó Carolina sin pensarlo.

–¿Porque yo soy divertida y graciosa, y él es un palo en la rueda?

Exacto, pero de una manera atractiva que Carolina descubrió que le gustaba bastante. Sabía que debía frenar y no dejar que sus sentimientos tomaran forma. No debía permitir que lo que fuera que

se despertaba dentro de ella cobrara vida, porque su situación nunca terminaría bien. Incluso si de alguna manera lograban revertir la maldición del vampiro, nunca podrían estar juntos. Eran tan diferentes. Y, de todos modos, estaba segura de que él no tenía intención de seguir con esta farsa de compromiso.

–¿Sabes trepar? –preguntó Carolina, señalando hacia la ventana.

Fernanda sonrió con picardía.

–He escapado de mi casa desde los catorce.

Carolina se impresionó aún más.

Se acercó a las persianas y al abrirlas de golpe, entrecerró los ojos contra la lluvia que le salpicaba la cara.

–Puedes bajar por las celosías –indicó–. Los establos no están lejos. La yegua con la que llegaste está en el segundo corral a la derecha. Hay un mozo de cuadra, Ramón. Te ayudará. Es muy discreto, te lo aseguro. Nos encontraremos contigo y tu hermano en tu casa en un par de horas.

La chica asintió, luego se puso una de las capas de montar de Nena.

Se preparó para salir, pero se detuvo cuando Carolina le preguntó:

–¿Por qué te has quedado a su lado? Él es...

–¿Un sediento? –Fernanda echó un vistazo por encima de su hombro hacia Carolina–. ¿Qué harías si el único familiar que te quedara en el mundo volviera un día maldito y completamente destrozado?

Sintió como si la atravesara un cuchillo en el estómago solo con imaginarlo. Su mirada se desvió hacia su prima. Nena era tan tonta y descontrolada. ¿Qué haría ella si la hubieran convertido en una criatura como Lalo?

La puerta de la habitación de Carolina se abrió de golpe y Luz Elena entró de un tirón.

–Aquí están. Estaban en la bodega, así que tuve que bajar todos esos malditos escalones. Pero tenía razón, quedarán preciosos con este vestido.

Carolina echó un vistazo rápido a la ventana, pero Fernanda ya se había ido.

–¿Señorita? –preguntó Luz Elena, levantando las cejas blancas en señal de interrogación–. ¿Dónde está el vestido?

–Noté un desgarro en las costuras –intervino Nena–. Lo llevé con Yolanda para que lo arreglara, pero no estará listo a tiempo. –Chasqueó la lengua–. Qué lástima, prima.

–Usaré uno de mis otros vestidos. De todas maneras, me gustan más.

Mientras Luz Elena hurgaba en su vestidor, Carolina miraba la lluvia. La pregunta de Fernanda seguía resonando en su mente. Supuso que debería haber preguntado ¿qué *no* harías si el único familiar que te quedara en el mundo volviera un día maldito y completamente destrozado? Desde la muerte del abuelo, lo único en lo que pensaba era en asegurar que nadie más tuviera que tomar una decisión como esa. Y ahora, tal vez, tendría la oportunidad de lograrlo.

# Del diario del fraile Alejandro Ibarra

***Dado que el amor, o la desesperación que genera, puede hacer que una persona vaya en contra de las leyes de la naturaleza e invoque a los dioses, es lo lógico que el poder de Tecuani esté dentro del corazón de estas abominaciones. Es el corazón físico, el órgano mismo, el medio por el cual los vampiros acceden a sus destrezas superhumanas. Pero ese corazón solo late gracias a Tecuani y solo continuará latiendo si lo alimentan con lo que más codicia: vida.***

***En mis conferencias con personas santas en Santemala, Sevilla y Paso Grande, he comprobado que estos errores lamentables han sucedido desde los albores del tiempo. Mientras haya esperanza, las personas lo intentarán.***

***Por desgracia, hay una falsa esperanza que lleva a la bestia a ganar al final. Una estaca de madera o una hoja de obsidiana a través del corazón parece el modo más simple de matar a los hijos de Tecuani, de recobrar la paz. Aunque supongo que no será sencillo en lo más mínimo.***



# CAPÍTULO 17
# Lalo

La malvada lo había empujado a una habitación que olía a pies. Se tapó la nariz y observó a su alrededor. Estaba en una especie de recibidor. Había botas alineadas en una pared. Todas llenas de barro. Los padres de Lalo siempre le habían inculcado la importancia de la limpieza. Su madre se aseguraba de que su ropa estuviera planchada y de que sus zapatos brillaran. La gente respetaba a un hombre que cuidaba su apariencia. Y Lalo se aseguraba de que él y su hermana siguieran viviendo de esa manera. Fernanda terminó sus cursos en la escuela de etiqueta sin ni un solo cabello fuera de lugar. Aunque todo lo demás en su vida se estaba derrumbando, él se enorgullecía de su imagen.

Herramientas y cubos aleatorios colgaban de las paredes. Abrigos polvorientos yacían esparcidos sobre sillas de montar desechadas. Una sola ventana arqueada al frente mostraba una escena sombría. La lluvia caía de las nubes con fuerza implacable.

Pero había una puerta que conducía fuera de la casa, y las nubes cubrían el sol, lo cual implicaba que no estaría atrapado en otro espacio reducido durante horas. Quizás su suerte estaba cambiando.

Despacio, Lalo forzó la puerta y asomó la cabeza a la lluvia torrencial. Respiró hondo, inhalando los olores familiares del barro y el aire fresco. Estuco mojado y pasto crujiente. Perro. Volvió a olfatear, bajó la mirada al suelo y encontró una bestia gigante que lo miraba fijo. Su labio superior temblaba sobre sus grandes dientes.

–Buen perrito –dijo en voz baja.

Si hacía un movimiento en falso, el perro podría alertar al mundo de su presencia. Pero no podía quedarse ahí parado, mirando a un perro que parecía tener sarna.

Lalo sonrió. No sabía por qué. Tal vez el perro lo encontraría amigable.

–Tranquilo, amigo –dijo con la mayor dulzura posible–. Solo necesito...

Dio un paso y las orejas del perro se echaron hacia atrás. Un gruñido bajo salió de su barriga. Cuatro perros más llegaron trotando bajo la lluvia. Su pelaje marrón se erizó en el lomo. Lalo dio marcha atrás, regresando al vestíbulo.

–Tranquilos. No soy un intruso. Me invitaron. Solo trato de irme.

¿Por qué les hablaba a esos perros como si lo entendieran?

–¿Qué estás haciendo? –preguntó una voz infantil.

Lalo dio un respingo y se dio vuelta. Un niño estaba en la puerta del pasillo, vestido con un gorro de pirata y sosteniendo un trapo lleno de huesos.

–¿Por qué estás en el cuarto del jardín? –El niño, que no tendría más de seis años, levantó una ceja. Claramente, era uno de los hermanos de Carolina. Tenía esa misma sonrisa molesta y encantadora.

–Yo... vine a ver a tu hermana, pero me dijeron que ella irá más tarde a tomar el té con mi hermana y conmigo. Así que mejor la veré allá.

El niño lo observó, para nada impresionado. Caminó en dirección a los perros monstruosos.

–Ten cuidado –advirtió Lalo, pero lo lamentó en cuanto las palabras salieron de su boca.

–Siéntense –ordenó el niño.

Las bestias obedecieron.

–Tienes que demostrarles que eres el jefe –explicó el niño por encima de su hombro.

Lalo entrecerró los ojos.

–Ya veo.

El niño lanzó los huesos al aire. Los perros los atraparon y los devoraron en segundos.

–¿Eres el hombre con el que Carolina fue vista besándose?

Los ojos de Lalo se abrieron de par en par.

–No estábamos... –Se aclaró la garganta. Habían hecho un trato. Ella lo ayudaría mientras él la ayudara a ella–. Seré su prometido. –Lalo se acercó al niño y los perros gruñeron. Igual extendió la mano–. Eduardo Montéz.

–Yo soy Adrián. –El niño puso su mano pegajosa en la de Lalo y le dio un apretón fuerte–. Mi primo dice que eres hombre muerto. Mi padre está furioso. Y cuando él se enfurece... –El niño silbó y negó con la cabeza–. Ten cuidado.

Lalo rio, pero lo disimuló rápido cuando vio la ira en los ojos del niño. El corazón de Lalo se ablandó un poco. Le gustaba una persona que defendiera a su familia.

–Ojalá, por mi bien, que tu primo esté equivocado.

Adrián asintió con solemnidad.

–Pues debería irme –agregó Lalo.

El niño lo observó con detenimiento.

–¿La amas?

–Em... Sí..., la amo.

–Entonces, no dejes que papá la envíe lejos. Rafa la llevará a la ciudad, y nunca más la veremos.

El estómago de Lalo cayó al suelo. Él también conocía lo que era el amor de una buena hermana.

–Haré lo mejor que pueda –fue su respuesta. Adrián asintió.

–Diles a los perros que vayan atrás y no te molestarán. Recuerda que debes demostrarles quién es el patrón. –El niño golpeó su pecho, lo que Lalo supuso que era una muestra de dominio. Por encima del hombro, gritó–: Buena suerte con mi papá. La necesitará, señor.

Lalo enderezó los hombros. Pensó en lo seguro de sí mismo que estaba Adrián, en lo poderosa e intimidante que era su hermana también. Él había temido a las personas, a los desastres y a las situaciones incómodas durante la mayor parte de su existencia. Había dejado que esos miedos ganaran. Ya no quería sentirse impotente. Quería ser el que estuviera al mando de su vida para variar.

Salió a la lluvia, y los perros comenzaron a gruñir.

–Atrás –ordenó, mostrando los colmillos. Y para su sorpresa, las bestias obedecieron. Encontró su salida de la hacienda y corrió en dirección a su nuevo hogar. El rancho de los Fuentes estaba en el lado opuesto del valle, cerca del centro del pueblo. El de Lalo estaba escondido en los bosques de pinos, lejos de la civilización. Algo poético, en realidad. Carolina Fuentes era la autoproclamada protectora de su gente, y él era un villano astuto. La atracción de los opuestos.

Con el poder de Tecuani en su médula, el mundo estaba más claro que nunca. Al oeste, se extendían colinas onduladas, con huertos bien cuidados y casitas de adobe dispersas. Incluso desde tan lejos, podía ver un mapache gordito rebuscando en la basura frente a la casa de alguien. Al noreste, se alzaba el borde del bosque y la pequeña cadena montañosa que lo rodeaba.

Un dolor agudo atravesó su vientre.

Apretó los dientes. En general, estos calambres solo duraban unos momentos, un pequeño aviso de que necesitaba alimentarse. Pero este no cesaba. Avanzó a trompicones y forzó a sus piernas a moverse. Tenía que llegar a casa para beber la sangre de cerdo que Fernanda había comprado en la carnicería.

Redujo el paso al entrar en la plaza principal. El pueblo estaba vacío. Los habitantes de Del Oro probablemente estaban dormidos o resguardándose de la lluvia. Caminó junto a una iglesia grande, cuyas paredes de estuco brillaban bajo el aguacero. El edificio a su lado parecía ser la escuela, con una cerca de patrones extraños hecha para mantener a los niños pequeños adentro y pintorescas pinturas colgadas en el interior de las ventanas. Al observar más de cerca, Lalo se dio cuenta de que la cerca parecía estar hecha de

raíces de árbol. Un ingenioso trabajo de carpintería si alguien quisiera mantener alejados a los vampiros descarriados. Un cartel de barbería oscilaba desde un edificio bajo a su derecha. No había reparado antes, pero parecía que todo lo que una persona podría necesitar estaba allí: una herboristería, la carnicería, una tienda de provisiones.

Las puertas de la cantina se abrían y cerraban mientras personas risueñas salían y entraban, llevando consigo la melodía alegre del piano. Según sus cálculos, ya se acercaban las siete de la mañana. O estas personas empezaban temprano o aún no terminaban la diversión de la noche anterior.

Lalo se detuvo, ignorando la lluvia que golpeaba su cabello y sus hombros. Los recuerdos de la última vez que estuvo en un lugar como ese inundaron su mente. Había hundido los dientes en tantas gargantas. Las vidas que había robado en la cantina de Maricela seguían apareciendo en su mente. Sus recuerdos, sus sueños, sus penas lo atormentaban incluso ahora.

Había matado a una persona de su edad esa noche. Mientras Lalo bebía la fuente vital del chico, vio los recuerdos del joven en su mente. Vio sus secretos más oscuros, sus deseos repugnantes. El chico también había matado antes. Por placer. Lalo había saboreado la felicidad impregnada en su sangre mientras el joven clavaba una daga en el estómago de otra persona.

Tuvo que intentar purgar el sabor amargo y los recuerdos tanto de su boca como de su mente. Pero aún permanecían allí. Cada acto feroz que ese joven había cometido estaba grabado a fuego en los recuerdos de Lalo. Todas las vidas que él había tomado esa noche tenían un sabor amargo desagradable. Sus almas eran viles y crueles.

Los humanos y los sedientos no eran tan diferentes como Carolina quería creer. Todos eran monstruos a su propia manera. Pero eso no significaba que Lalo deseara continuar siendo un asesino.

Vio a alguien de pie, helándose bajo la lluvia. Frunció el ceño. No fue la forma de pararse lo que captó su atención, sino la ausencia de un corazón latente.

–Hola, amor.

La voz era un susurro, pero Lalo la oyó clara como el día. Sintió escalofríos en la piel. Sabía que no era Maricela, no era su timbre de voz, pero había escuchado a esa persona la noche en que lo convirtieron. Era una de las hijas de Maricela. La mujer que había jalado de su camisa cuando él caminaba por la cantina. Ella había huido cuando la sed de sangre se apoderó de Lalo.

–Hemos estado buscándote –agregó con tono cantarín.

–Mierda. –El pulso de Lalo retumbaba en su pecho. Su adrenalina rugía–. Mierda. Mierda. Mierda.

La mujer flexionó las rodillas y salió disparada hacia él. Aterrizó con un golpe seco cerca de los pies de Lalo y el fango manchó sus pantalones. Lalo retrocedió tambaleante mientras ella adoptaba su altura total. Su cabello oscuro se aferraba a su rostro y tenía el vestido empapado. Apartó sus labios y expuso los colmillos.

–Madre está furiosa –siseó ella.

–¿M-Maricela? –balbuceó Lalo–. ¿Está aquí? –Pero ¿cómo? ¿Cómo lo había encontrado?

–Vendrás conmigo –ordenó la vampiresa.

Si caía en las garras de Maricela, la cantidad de torturas que le impondría serían indecibles. Irse con ese monstruo no era una opción.

*¿Qué haría Carolina?*

Él rio por dentro porque la respuesta era clara.

Lalo atacó. Con toda su fuerza, le dio un puñetazo con los nudillos a la nariz del vampiro. La cabeza de la criatura se fue hacia atrás en un ángulo imposible. Pero volvió a su lugar con la misma rapidez. Ella extendió los labios en una sonrisa diabólica. Líquido negro brotaba de su nariz y manchaba sus colmillos.

–Dioses santos –espetó él, con un grito ahogado.

Ella chilló y atacó, intentando derribarlo, pero él se mantuvo firme. Ella abría y cerraba la boca mientras intentaba llegar a su cuello, pero Lalo colocó su mano en el rostro de su oponente justo antes de que diera en el blanco.

*Pelea sucio*, había dicho Carolina. *Haz lo que sea necesario para sobrevivir.*

Lalo observó el pueblo desolado hasta que llegó la inspiración. La empujó y ella tropezó y cayó en un bebedero para caballos lleno de agua.

Él corrió hacia la escuela con la fuerza que le quedaba. Cuando llegó a la cerca que rodeaba la escuela, unas garras arañaron sus hombros. Lalo apretó los dientes y sacudió los brazos. Algo se rompió y él rugió mientras caía al suelo. Rodó sobre su espalda cuando la vampiresa atacó de nuevo.

Ella abrió sus brillantes ojos rojos de par en par cuando aterrizó sobre él. Su piel pálida se volvió cenicienta. Temblando, ella tocó su corazón donde una astilla grande de madera la había atravesado. Lalo la había conseguido al romper la cerca de la escuela.

La vampiresa tosió y la saliva negra cayó sobre su mentón.

–Pagarás caro por esto –susurró.

Un rayo apareció en el cielo mientras ella se desplomaba en el suelo.

Lalo permaneció quieto un instante, permitiendo que la lluvia limpiara su piel. Deseaba que esa lluvia pudiera borrar sus pecados. Que pudiera quitarle la tierra y la mugre que cubría su cuerpo y la culpa terrible que plagaba su alma. Había matado de nuevo. Aunque ella quería hacerle daño, se sentía muy mal. Pero ¿qué otra cosa podría haber hecho? Era su vida o la de él. Debía defenderse, ¿no? Era imposible detenerse ahora que Carolina y él tal vez podrían terminar con la maldición de la muerte.

El sonido de un corazón latente interrumpió sus pensamientos. Alzó la cabeza.

Un hombre del tamaño de un oso estaba fuera de la cantina con una escopeta en las manos.

–¿La mataste? –gritó.

Lalo miró el cadáver.

–Creo que sí.

–¿Estás herido?

Negó con la cabeza mientras se arrastraba para ponerse de pie. Tenía algunos rasguños, pero ya estaban sanando. De todos modos, sus prendas prestadas eran un caso perdido. Aunque sabía que Maricela probablemente estaba cerca, él estaba bien.

–Llamaré a la guardia para que recojan el cuerpo –dijo el hombre–. Buen trabajo, muchacho.

–Gracias. ¿Creo?

–¿Quieres un trago? –preguntó el hombre.

Lalo limpió la lluvia de sus ojos.

–Son las siete de la mañana, señor.

El hombre rio.

–Si le añades un poco de jugo al vaso, ya no cuenta como un trago.

Frunció el ceño. Eso no tenía sentido.

–Debería irme. –Tenía que reunirse con su prometida falsa y su familia. Y si ella iba a ayudarlo, tenía que mantener la farsa.

Pero Carolina había mencionado que la cantina contenía la mayoría de los documentos del pueblo. Si había algo nuevo que averiguar sobre Vidal y Alma Fuentes, encontraría allí dentro las respuestas. Maricela estaba aquí, lo cual implicaba que ya no contaba con la cantidad de días que creía. Debía hallar un modo de revertir la maldición antes de que ella lo lastimara a él o alguien más. Y aún era temprano. La familia de Carolina todavía no iría a casa de Lalo.

El hombre comenzó a volver hacia la puerta.

–¡Espere! –gritó Lalo. Se acercó trotando a la entrada. Un calambre le causó dolor. Se detuvo y posó las manos en las rodillas–. Creo que me vendría bien un trago –jadeó.

Sonriendo, el hombre respondió:

–Has venido al lugar indicado.



# CAPÍTULO 18
# Carolina

A LAS TRES MENOS CUARTO DE LA TARDE, LAS RUEDAS DE MADERA DEL CARRUAJE traquetearon por el sendero que llevaba al viejo hogar de los Alicante. Nadie se atrevía a vivir tan cerca del bosque desde que los sedientos habían asesinado a la familia Alicante unos veinte años atrás. Ahora, un grupo numeroso de guardias de papá iban a caballo flanqueando al alcalde para protegerlo de cualquier ataque repentino.

Mamá apartó la cortina y miró por la ventana.

–¿Por qué los Montéz escogerían quedarse aquí?

Papá alzó la vista del periódico. El artículo principal era sobre un grupo numeroso de cadáveres que encontraron en un bar en Los Campos. La fecha del artículo era de un mes atrás, pero recién había llegado a Del Oro hoy. Y él pensaba que enviar a Carolina a la ciudad capital sería más seguro para ella que permanecer en Del Oro. Ella puso los ojos en blanco. Sin importar donde fuera, habría villanos, aunque fueran de la variedad humana.

El carruaje se detuvo y la puerta se abrió. En vez del cochero, apareció Fernanda Montéz sosteniendo un paraguas.

–Bienvenidos –dijo la chica. Su maquillaje y su cabello lucían impecables. Les sonreía con calidez, pero había tensión en sus ojos. ¿Dónde estaba Lalo? Habían tomado el camino largo hasta allí. Papá quiso detenerse junto a unos guardias en las torres para ver cómo estaban sus hombres. Lalo tuvo tiempo de sobra para escabullirse fuera de su casa y llegar a tiempo para la visita de su familia.

–Ah, Fernanda. ¿Cómo estás en este día tan bonito? –preguntó papá al bajar del carruaje; su peso, o la falta de él, hizo que el vehículo se balanceara.

–Estoy bien. Me alegra mucho tener compañía. Este lugar se vuelve un poco aburrido.

–Sí, ya que lo mencionas. –Papa ayudó a mamá a bajar–. ¿Por qué escogieron esta casa para hospedarse? Creo que los González tienen la suya en alquiler y su hogar está muy cerca del centro del pueblo.

–Apá –gruñó Carolina–. No es asunto tuyo.

–¿Cómo que no? Son nuestra familia política en potencia, ¿no? –Papá posó las manos en las caderas y observó la casa en ruinas. Las gotas de lluvia rebotaban en su abrigo–. ¿Estás segura de que las finanzas de tu hermano están en orden?

–Luis –chilló mamá–. Una cosa a la vez.

–Está bien, señora Fuentes. –Fernanda sonrió con dulzura–. No me molesta. Lalo y yo no tenemos nada que ocultar.

Carolina resopló. Cuando sus padres la miraron con extrañeza, ella fingió reprimir un estornudo.

–Mi hermano es ahorrativo y además le gusta su privacidad. Los académicos adoran el silencio.

–Pero saben que es un gran riesgo hospedarse tan cerca del bosque, ¿no? –preguntó mamá.

La sonrisa de Fernanda no flaqueó cuando dijo:

–No lo sabíamos al llegar. Pero ahora sí.

Tanto hablar del bosque comenzaba a volverse peligrosamente incómodo. Un error de Fernanda haría que sus padres descubrieran la verdadera naturaleza de Lalo. Carolina no podía permitir que eso ocurriera.

–Estoy famélica –dijo Carolina. Le dio una palmadita a su estómago de modo tosco.

–Por favor, pasen –pidió Fernanda–. Esta mañana, preparé jamoncillo.

Carolina hizo una mueca por dentro. Su papá odiaba los dulces. Y el estómago de mamá no toleraba muy bien comidas con lácteos. Concluyó que tendría que comer por los tres. Lo cual no le molestaba dado que no había comido en todo el día.

Fernanda los hizo subir los escalones y entrar. La siguieron hasta una sala de estar pintoresca que olía a lavanda y romero.

–Siéntense. Traeré algo de beber.

–¿Dónde está tu hermano? –preguntó papá, aún de pie, con los brazos detrás de la espalda.

–Tenía unos asuntos más de los que ocuparse en el pueblo de al lado. Debería llegar en cualquier momento.

–El pueblo más cercano está a un día a caballo. ¿Volverá tan pronto? –insistió papá.

–Él… es… Mi hermano es un jinete talentoso, señor. –La joven hizo una reverencia–. Si me disculpan.

–¡Te ayudaré! –Carolina casi gritó–. Es decir… si quieres compañía.

–Por supuesto –dijo Fernanda–. ¿Preferiría té de rosas o de menta, señora Fuentes? Yo misma recogí las plantas. Entiendo que son buenas para las embarazadas.

Mamá se ruborizó.

–Eres muy considerada. El de rosas sería maravilloso.

Fernanda hizo una reverencia elegante. Una punzada de celos atravesó a Carolina. Ella jamás había hecho una inclinación tan llena de gracia, al menos no de forma natural. En general, ese tipo de gracia era algo que tenían que imponerle.

–¿Y usted, señor? Tenemos un muy buen oporto.

Papá ahora estaba frente a la ventana, que estaba un poco abierta pero cubierta de cortinas gruesas. Tenía el ceño fruncido.

–Suena perfecto. Gracias.

Juntas, Carolina y Fernanda fueron a la cocina, sus faldas de seda se movían al unísono.

–¿Dónde está? –susurró Carolina.

–No tengo idea. Pensé que ya habría llegado.

La casa Montéz había estado carente de decoraciones la primera vez que Carolina la visitó. Ahora, había algunos cuadros en las paredes. Detuvo el paso cuando posó los ojos en un retrato pequeño pero detallado. Un Lalo mucho más joven estaba junto a un hombre alto de facciones angulosas. Fernanda, que no podría haber tenido más de ocho años, estaba sentada en un banco junto a una mujer preciosa con amables ojos verdes.

–Son nuestros padres –explicó Fernanda.

–Se parecen a ellos.

Fernanda sonrió con tristeza.

–Pienso lo mismo. Mi hermano no soporta ver esta pintura, pero igual la colgué. No podía abandonarla. Siento que, si no veo sus rostros todos los días, me los olvidaré.

–Lo siento mucho.

–Mi hermano vio cómo nos los quitaron. –La chica tragó con dificultad–. No habla de la noche en que volvió a nuestro hogar después de la conversión, pero veo el dolor en sus ojos. Ha hecho atrocidades para asegurarse de que no quede sola en este mundo, y se lo agradezco. –Una lágrima rodó sobre la mejilla de Fernanda–. ¿Acaso eso también me convierte en un monstruo?

Carolina miró la versión más joven de Lalo. Pensó en ese chico educado y correcto y en cómo su vida entera debía haberse puesto de cabeza. Y, sin embargo, él igual luchaba con gran esfuerzo por mantener su vida y a su hermana a salvo. Fernanda no era un monstruo porque Lalo tampoco lo era.

La frustración respiraba dentro de Carolina. Ella solía ver el mundo en blanco y negro. Bien o mal. Monstruo o humano. ¿Por qué Lalo tuvo que añadir color donde no correspondía?

# Del diario de Jonathan Monroe de Santemala

***10 de junio de 1709***

***Me temo que mi amada hija está realmente perdida, porque el monstruo que yace en su cama es un extraño para mí. Día y noche exige sangre humana y sé que necesita consumirla. Con la compasión de un padre, le ofrecí mi muñeca y permití que bebiera. No se detenía. Sentía cómo la vida me abandonaba. Pensé que estaba condenado. Solo por la gracia de los santos me soltó, pero aún no me he recuperado de la situación. Y su sed solo crece.***

***Mi sobrina está en contacto con una mujer que hace brujería. Me ha dicho que yo podría curar mi cuerpo si consumía la sangre de mi hija. Después de todo, el poder de los dioses vive en su interior. Son inmortales. Sus cuerpos jamás se dañan o se deterioran. Y, por lo tanto, aquellos ligados a Tecuani son casi invencibles. Pero ¿cómo podría hacer algo semejante? ¿Cómo podría quitarle algo a mi niña cuando ella ya está sufriendo en agonía?***

***No. Sufriré igual que ella.***



# CAPÍTULO 19
# Lalo

La cantina era amplia y sorprendentemente limpia. Era tan diferente al hueco subterráneo donde se había escabullido la noche en que había descubierto el paradero de Maricela. La Guarida era el nombre que ella le había puesto a su cantina diminuta. Pero le faltaba el resto del título. Debería haberse llamado la Guarida de las Sanguijuelas. O la Guarida del Pecado. No, la Guarida de la Muerte. Bueno, cualquiera de esos funcionaría. Las personas, humanas o no, frecuentaban el sitio porque había rumores de actividades oscuras y peligrosas que ocurrían tras puertas cerradas y querían participar de la depravación.

Pero esa cantina en Del Oro era más bien un restaurante. Los paneles de madera tenían bonitas pinturas de los paisajes que rodeaban el pueblo. Una mostraba Punta Basilio, con un amanecer detrás de la Columna del Diablo. El río serpenteante que se entrelazaba por el bosque y atravesaba el valle. Incluso había una que parecía la hacienda Fuentes.

–Yo invito –le dijo el hombre que Lalo acababa de conocer al cantinero. Luego, le dijo a Lalo–: Iré a buscar al guardia más cercano para avisarle sobre el sediento muerto afuera.

Una mujer con un vestido escotado tocaba una melodía perturbadora en el piano. Cantaba una canción adecuada para el momento sobre la muerte llamando a la puerta.

Nunca había bebido más que una copa de *brandy*. No le gustaba el sabor del alcohol. Pero más que nada, la idea de la ebriedad absoluta le resultaba incómoda. Sus padres eran personas maravillosas, pero cuando el vino se apoderaba de ellos, no los soltaba por días. A Lalo le parecía extraño ese comportamiento de sus padres. Quería parecerse a ellos en muchos sentidos, pero también no quería parecerse a ellos en muchos otros.

Se sentó en la barra y tomó el vaso que le pusieron delante. El líquido era color ámbar y no olía demasiado fuerte. Sin pensarlo más, Lalo intentó tragar todo el contenido tal como había visto a tantas personas hacer una y otra vez. Le ardía la garganta y no podía tragar. El pánico lo invadió. Volteó la cabeza y escupió el líquido.

Un hombre bestial se paró delante de él. Gruñó mientras se limpiaba el alcohol de la cara.

–Dioses –exclamó Lalo–. Lo siento mucho. No lo vi.

–Estás muerto. –El hombre lo tomó del cuello y lo arrastró lejos de su asiento. Sostuvo a Lalo sobre el suelo con una mano como si fuera una muñeca de trapo–. ¿Últimas palabras? –gruñó y preparó el puño.

¿Qué había dicho Adrián, el hermanito de Carolina, en el recibidor? Debes mostrarles quién manda. Lalo lo había hecho y los perros habían obedecido. Quizás también funcionaría con brutos como ese.

Despejó el miedo de su garganta.

–No quiere hacer eso, señor. No quiero sonar arrogante, pero he peleado con enemigos mucho más grades, incluso esta misma mañana.

El hombre soltó una risa llena de incredulidad.

–¿No sabes quién soy? ¡Soy Roberto, el Toro!

Lalo golpeó su pecho con una mano.

–Y yo soy el patrón.

Roberto lo miró.

–¿Qué?

–Controlé cinco bestias despiadadas solo con mi voz. Maté un sediento solo con mis manos y un poco de madera. No deben meterse conmigo. Me han disparado, apuñalado y golpeado con una sartén y, sin embargo, aquí estoy. Pero si quieres probarme, déjame en el suelo y pelea conmigo como un hombre de verdad.

La mandíbula de Roberto tembló. Resopló. Sonrió y resopló de nuevo. Empezó a reír. Luego, el Toro inclinó la cabeza hacia atrás y rio a carcajadas. La habitación, que se había sumido en un silencio letal, se unió a la risa de Roberto. Con alegría, depositó a Lalo en el suelo. Le dio una palmada en la espalda mientras las lágrimas caían de sus ojos.

–¡Es el patrón! –El Toro apenas podía hablar–. ¡Dice que mató un sediento con sus propias manos! –Sujetó su estómago y se plegó hacia adelante, llorando de la risa sobre lo que sea que le pareciera gracioso.

Después de demasiado tiempo, Roberto, el Toro, secó sus lágrimas y se incorporó.

–Tienes huevos, muchacho. Te lo concedo. –Chasqueó los dedos–. Concha, ¡dale otro trago a este chico!

–De hecho, ya he bebido suficiente.

El comentario hizo reír de nuevo a Roberto.

–Dioses, con razón le gustas a Carolina. Eres muy gracioso.

–¿Conoces a Carolina?

–Claro. Luis y yo somos primos. –Eso tenía sentido absoluto. Roberto era del mismo tamaño que el señor Fuentes. Y también era intimidante.

–¿Y sin embargo amenazaste con matarme?

–Es parte del encanto de los Fuentes. Pronto conocerás bien nuestro temperamento. –Roberto sonrió–. ¿Quieres algo más? Mi hermana y yo somos los dueños de esta cantina. Lo que desees, es tuyo –afirmó.

Había estado a punto de darle una paliza en su propio negocio. Eso no era muy profesional, pero si quería concederle un deseo…

–De hecho, me han dicho que hay documentos antiguos en esta cantina. Verás, soy un académico y estoy investigando pueblos pequeños. ¿Podría ver lo que hay?

Roberto negó con la cabeza.

–Eres extraño.

El corazón de Lalo se detuvo. En general, ese era el momento en el que lo rechazaban. Se preparó para recoger los fragmentos de todas sus esperanzas en el suelo.

–Hay una trampilla en el centro de la oficina, al final del pasillo. Es un sitio húmedo y polvoriento, pero hay muchos documentos que podrían serte útiles.

–¿En serio? –De pronto, Lalo sintió el corazón liviano.

–Claro. Lo que sea por el patrón.



# CAPÍTULO 20
# Carolina

El viaje de vuelta a casa en carruaje había sido tenso. Carolina ni siquiera quería mirar en dirección a su padre por miedo a que la quemara la furia en sus ojos. Él odiaba perder tiempo y eso fue precisamente lo que había pasado en su tarde en casa de los Montéz. Lalo nunca llegó.

Carolina miraba con enfado por la ventana oscura. Con las nubes aún gruesas, no podía ver el sol poniente. Apretó las piernas para evitar que sus rodillas temblaran. La habían regañado tantas veces que sabía que no debía moverse frente a sus padres. En su lugar, mordió su labio con discreción. Lo mordisqueaba para calmar sus nervios.

Papá frotó el dedo y el pulgar contra su espeso bigote, lo que hacía siempre que se preparaba para decir algo que seguro la haría enfurecer.

–Eduardo Montéz no es el hombre para ti, mija.

Carolina enderezó la columna.

–Ni siquiera llegaste a hablar con él.

–No lo necesito. ¿Qué puede hacer un académico por mi hija? Necesitas un hombre de recursos, no de ideales.

–Convenientemente has olvidado que su familia posee un negocio rentable. Solo deseas que esté con alguien que haga y diga lo que tú quieras. Alguien que me lleve lejos de Del Oro, como Rafa.

–Del Oro no es seguro –intervino mamá–. Nunca lo fue. Rafael te protegerá de tales peligros y te tratará como a una reina.

–Las cosas malas pasan en todas partes, amá. Mira el periódico. –Hizo un gesto hacia el artículo sobre las personas que habían muerto en la ciudad–. Además, hay sedientos en las ciudades. ¿Sabías eso?

Papá y mamá se miraron sorprendidos.

–¿Quién te dijo semejante tontería? –preguntó papá–. Nunca ha habido avistamientos tan al sur.

–Mandarme lejos no solucionará nada, solo tu orgullo herido porque tu ahijado perdió en un duelo que tú mismo fomentaste. El mal siempre encuentra una manera de manifestarse. Si no son los sedientos, son las personas.

–Un poco de distancia te hará bien. Nunca has escuchado nada de lo que te he dicho u ordenado. Tal vez escucharás a Rafael –sentenció papá.

–¿Así que de eso se trata? ¿De tu control? Pero ¿y qué hay de mí? *Tú* tampoco has escuchado nada de lo que he dicho. Nunca has creído en mí ni en lo que puedo hacer. Puedo pelear, apá. Puedo montar tan bien y rápido como cualquiera de mis hermanos. Soy capaz. El abuelo lo apoyaba, ¿por qué tú no?

Si Lalo, un chico al que había intentado matar, un chico que apenas la conocía, podía confiar en ella, podía creer en sus habilidades para ayudar, ¿por qué no sus propios padres?

De pronto, el carruaje se detuvo.

–¡Señor! –gritó uno de los cocheros.

Se habían detenido fuera de las puertas de su hacienda. Todo estaba en silencio. Las lámparas que parpadeaban a cada lado de la entrada estaban apagadas, y los guardias que normalmente estaban allí habían desaparecido.

–¡Vengan rápido! –gritó el cochero.

Papá se movió al instante. Carolina se deslizó tras él.

–Quédate aquí –ordenó.

–Pero...

–Dije quédate, Carolina. –Luego, salió disparado del carruaje.

–Ven –dijo mamá, y apretó a Carolina a su lado. Levantó su brazo y sacó una pequeña pistola del forro del techo. La apuntó hacia la puerta.

–¿Deberías estar usando un arma en tu estado? –preguntó Carolina.

Mamá se burló.

–No hay nada más fuerte que una mujer con hijos a quienes proteger.

Carolina no iba a discutir. Una vez una gallina enfadada la había perseguido después de haber molestado en su nido. La gallina le dio picotazos en los tobillos hasta que ella trepó a un árbol.

Las mujeres esperaron en silencio hasta que escucharon pasos retumbando por la hierba alta. Mamá mantuvo su arma lista. La puerta se abrió, y la figura de papá llenó el espacio. Mamá suspiró, pero su alivio fue breve.

–¡Joaquín! –gritó papá–. ¡A la casa! ¡Rápido!

Las riendas tronaron, y su padre saltó a la carreta justo cuando esta arrancaba a gran velocidad.

–¿Qué pasa, Luis? –preguntó mamá, aferrándose al brazo de Carolina.

Papá se pasó una mano por la cara.

–Los guardias están... muertos.

–¿Muertos? –exclamó mamá horrorizada–. ¿Cómo?

A Carolina se le aceleró el pulso. El pavor gélido subió por su columna. Lalo estaba desaparecido. Había permitido que anduviera solo. Ella. *Por favor, no digas que fue un sediento. Por favor, no digas que fue un sediento. Por favor…*

–Fue… –Él negó con la cabeza–… otro ataque de un sediento. –Miró a Carolina–. Exactamente por esto quiero que te vayas.

–¿Pero mis hermanos, mis tíos y mis primos pueden quedarse?

–Sí –gruñó su padre–. Porque ellos siguen mis órdenes. Tú haces lo que quieres y debido a eso, las personas resultan heridas. O algo peor.

Carolina retrocedió, la culpa por el abuelito reapareció. No tenía energía para discutir. Sus músculos, sus huesos, su corazón se

habían paralizado de miedo al comprender.

Lalo había matado a los guardias.

*Dioses. ¡Dioses! ¡Sus hermanos!*

–¡Rápido, Joaquín! –gritó ella. Las lágrimas calientes ardían en sus ojos.

Antes de que la carreta se detuviera, Carolina y su padre salieron disparados y subieron los escalones hacia su casa; dejaron a mamá con los cocheros. *Por favor, que estén bien. Por favor, que estén bien.* Entraron de golpe por las puertas y se detuvieron en seco en cuanto entraron al vestíbulo.

Carolina dejó escapar un pequeño grito y se tapó la boca con la mano. Sus dos hermanos menores, Adrián y Marcos, estaban allí, luchando con espadas de madera.

Los gemelos se paralizaron. Sus caritas adorables estaban inmóviles por el *shock*. No se les permitía jugar a tales juegos dentro de la casa. En un día normal, papá los regañaría o los mandaría a los establos a limpiar estiércol. En lugar de eso, los levantó en sus grandes brazos y los apretó tan fuerte que dejaron caer sus espadas de madera.

–Están a salvo –dijo papá, sin aliento.

–Sí, señor –respondieron los dos chicos.

Papá los dejó con suavidad en el suelo.

–¿Dónde está todo el mundo?

–Nena fue a buscar dulces para nosotros por portarnos bien –respondió Marcos con una sonrisa–. Nuestros tíos y hermanos se fueron de prisa. –Carolina tenía tres tíos y quince primos hombres, todos habían sido autorizados a unirse a la guardia. Los gemelos eran los únicos chicos menores de quince años, así que se quedaron en casa con todas las mujeres de la familia, que no habían sido invitadas a la cacería.

Papá corrió hacia la cocina.

Ahora era el turno de Carolina de abrazar a sus hermanos con fuerza. Ellos chillaron y se quejaron. Olían a tierra y sudor, pero a ella no le importaba. Se acurrucó en su olor. En su calor. En sus cuerpos inquietos y vigorosos.

Sus decisiones podrían haberlos llevado a la muerte. El simple pensamiento hizo que las lágrimas corrieran por su rostro y cayeran en sus rizos negros. ¿Cómo pudo Lalo hacer esto? ¿Por qué perdió el control otra vez?

–Ay, Carolina –se quejó Marcos, empujando para alejarse–. Basta. ¿Qué les pasa a todos?

–Solo... –Se secó la cara–. Los extrañamos.

Los gemelos pusieron los ojos en blanco.

–¿No pasó nada raro mientras estuvimos fuera? –La mirada de Carolina se desplazó rápido. Desde allí podía ver a Luz Elena dormitando en una mecedora. Al respirar, su barriga empujaba hacia arriba y hacia abajo la manta para bebé que estaba tejiendo.

–No. Nada –respondió Adrián. Chasqueó los dedos–. Ah. Ya me acuerdo. Tu esposo estuvo aquí.

–¿Mi qué?

–El chico con el que papá te vio besuqueándote. –Movió las cejas y puso una cara de beso.

El corazón de Carolina latió más rápido.

–¿Mi *prometido* dijo algo más antes de irse? –*Como por ejemplo que estaba preparándose para matar a sus guardias.*

–Creo que no. Es un poco raro, ¿no?

–Es hombre muerto, eso te lo aseguro –masculló ella con la mandíbula apretada.

Los niños abrieron los ojos de par en par.

–Yo le advertí. Papá lo mató, ¿verdad? –preguntó Adrián.

–No. –Pero ella lo haría.

Toda la farsa era una idea horrible. ¿En qué estaba pensando? Ese era el problema. Que no lo hacía. Había estado tan centrada en demostrar su valía, en intentar evitar que su papá le diera su mano a alguien que no amaba, que había demostrado que su padre tenía razón. Las decisiones egoístas de Carolina lastimaban a la gente. Le había suplicado al abuelo que le enseñara a pelear y ¿dónde estaba él ahora? Había obligado a Lalo a fingir que estaba con ella y los guardias habían muerto por ello.

Las botas de papá resonaron en los cerámicos. El sudor cubría su frente.

–Todos están bien.

Mamá y los cocheros entraron a la casa junto con los cinco hermanos mayores de Carolina, sus primos y sus tíos. Hablaban todos a la vez, sus voces competían por quién contaba primero la historia.

–Mataron un sediento cerca de la escuela esta mañana –les contó Domingo, su tío mayor–. Acabábamos de quemar el cuerpo cuando oíamos disparos que venían de las puertas.

–Corrimos a investigar y encontramos a nuestros hombres muertos. Aún con las pistolas calientes en las manos –dijo su hermano Manuel.

–Algo salió corriendo a través de las puertas de la hacienda –añadió otro hermano, Sergio.

–La maldita cosa era más rápida que cualquier otra criatura que haya visto –aseguró su tío Vicente.

–La perseguimos, pero no pudimos seguir su ritmo, ni siquiera con nuestros caballos más veloces –comentó su tío Malaquías.

Carolina quería gritar. Había confiado en un vampiro en su propia casa, le había permitido caminar en la Tierra y eso había hecho.

Las campanadas de alarma sonaron desde el campanario al este, justo donde Lalo debería haber ido si es que estaba corriendo rumbo a su casa.

Carolina apretó los puños a los costados del cuerpo.

Nunca volvería a permitir que ese chico monstruoso se le escapara.

–Te mataré, Lalo Montéz.

# Del diario del fraile Alejandro Ibarra

***Si las tierras de uno son invadidas por vampiros, solo hay una cosa que se puede hacer. Encontrar a la pobre criatura que Tecuani arrastró fuera de la Tierra de los Muertos y destruir su corazón con la herramienta utilizada para invocar al dios. Esta herramienta suele ser una especie de cuchillo usado por el conjurador para llamar al dios tramposo. Si la bestia original es asesinada, los vampiros que creó también caerán.***

***Pero me pregunto: ¿cómo se encuentra la herramienta utilizada en primer lugar?***

***Debe ser un objeto que tuvo valor para el difunto cuando estaba vivo. El conjurador usará esa herramienta especial para cortarse la mano antes de colocar la palma abierta sobre la tumba del fallecido. La sangre es la esencia de la vida. Invoca al dios y alimenta a los muertos.***



# CAPÍTULO 21
# Lalo

Llevaba al menos unas horas en el sótano bajo la cantina. Sabía que necesitaba regresar a casa para continuar con la farsa de su compromiso, pero ¿cómo podía irse dejando atrás todos esos diarios y libros? Maricela merodeaba por el valle. Las respuestas para saber más sobre Vidal tal vez estaban allí. No podía irse hasta haberlas encontrado.

Sus ojos pasaban por las páginas, las palabras estaban escritas con una delicadeza que se notaba en el pergamino. La gente ya no escribía de esa manera. No se tomaban el tiempo para poner la cantidad perfecta de tinta en la pluma y curvar las letras como lo hacía este autor.

Lalo estaba leyendo el diario de una mujer escrito hacía unos doscientos años. Era una chismosa terrible. Esta persona no cuidaba bien de sus jardines porque estaba demasiado ocupada bebiendo en el granero. Había sido vista saliendo de las habitaciones de cierto sacerdote una noche. Qué curioso cómo tanto había cambiado el mundo y, al mismo tiempo, permanecía igual. Los humanos siempre serían humanos. Imperfectos. Críticos. No importaba el siglo.

Recordó a su padre refunfuñando sobre lo bien que habían estado las cosas una o dos generaciones atrás, tal vez para algunos. Para los privilegiados las cosas nunca fueron tan malas. Tenían tiempo para sentarse en sus salas de lectura o mecedoras y escribir sobre las pequeñas tonterías humanas, mientras que otros solo trataban de sobrevivir lo mejor que podían.

Sus ojos se detuvieron en un nombre en el diario. Alma.

*Hoy, la hija del patrón, Alma, por desgracia ha perdido a su esposo, Vidal. Y tienen el bebé más dulce. Le dije a mi querido Nacho que era una pena. Pero Nacho dijo que Vidal debería haber sabido que no tenía que salir a cazar ciervos tan tarde en la noche. El pobre hombre cayó directamente por la Columna del Diablo.*

Había otra entrada justo abajo.

*Hoy enterraron a Vidal en el cementerio de Orilla del Río. No pude ir por mis rodillas malas, y me alegro de no haberlo hecho. Nacho dijo que el funeral fue horrible. Alma estaba tan abatida por el dolor que no podía hablar, y llovió todo el tiempo.*

La siguiente entrada hablaba de las nuevas rosas que estaban floreciendo.

–¿Eso es todo? –les dijo Lalo a las arañas en sus telarañas sobre su cabeza.

Pero al menos la chismosa del pueblo le había dado una nueva pista. Vidal había sido enterrado en un lugar llamado Orilla del Río.

Dio un respingo cuando tuvo un pensamiento repentino.

Si Alma le había rezado al dios de los muertos, si ella le había suplicado que reviviera a Vidal, el cadáver de su esposo no estaría en su tumba. Podría demostrarle a Carolina que él tenía razón. Y de ser así, Lalo solo necesitaría encontrarlo, matarlo con lo que sea que Alma había usado para invocar a Tecuani, y el poder del dios que corría por las venas de sus vampiros, incluido Lalo, desaparecería.

Cuando lo pensaba así, la tarea parecía imposible.

Se puso de pie rápido y abandonó la caja sobre la que estaba y se estiró. Carolina lo mataría por haber faltado al té. Pero tal vez lo que había descubierto bastaría para anular un tiempo más el deseo de la chica de clavarle una estaca en el corazón. Sintió un dolor repentino en el cráneo. Sujetó su cabeza y gimió.

Tal vez podría escabullirse por la puerta trasera de la carnicería y beber un poco de sangre, ¿no?

*Necesitas sangre humana*, dijo una voz enferma en su interior. *Resistirse es inútil. Necesitas matar y devorar el alma de alguien.*

Lalo frunció el ceño.

–Nunca.

Su cuerpo se sentía lento y vacío mientras abría la trampilla, y el mundo a su alrededor gritaba lleno de caos.

Presionó las palmas sobre los oídos y subió el resto del camino fuera del sótano. Las campanas de alarma sonaban. Poco a poco, se tambaleó por el pasillo oscuro y entró en la sala principal de la cantina. Las ventanas estaban tapiadas. La puerta estaba sellada con un poste pesado.

La gente estaba agachada bajo las mesas, aferrándose a las sillas o sosteniendo sus pistolas.

El miedo revoloteó en el pecho de Lalo. Esas campanas sonaron la noche del ataque. Estaba demasiado aturdido en ese momento, pero las recordaba resonando a lo lejos.

–Sedientos –susurró. Dio un grito ahogado–. ¡Fernanda!

Comenzó a dirigirse hacia la puerta, pero alguien sujetó su brazo.

–No puedes salir. Esas campanas significan que los vampiros siguen sueltos.

Lalo miró al hombre a los ojos. Tenía una herida en la parte superior de la mejilla. Apenas estaba empezando a formarse la costra. La saliva inundó la boca de Lalo. Incluso por encima de las campanadas podía oír el pulso del hombre. Clavó los colmillos en su labio. Un gruñido grave brotó de su interior.

El hombre lo soltó como si estuviera en llamas y retrocedió.

–Como quieras, amigo. Pero será tu final.

Lalo alzó la barra que los encerraba y salió al aire nocturno. La lluvia había cesado, pero no había ni una estrella ni la luna a la vista. Una bruma ominosa había cubierto el cielo.

Cerraron la puerta rápido cuando salió a la calle cubierta de fango.

Maricela y sus hijos podrían atacarlo en cualquier momento, pero no podía dejar a su hermana defendiéndose sola en la casa.

Oyó los cascos de un caballo en el sendero a su derecha. La bruma se disipó como si le temiera al jinete. Y quizás el miedo de la bruma había estado justificado.

La capa del jinete flotaba a su alrededor. Tenía el rostro escondido en las sombras. Alzó una estaca y le apuntó directo a Lalo.

–¡Estás muerto!



# CAPÍTULO 22
# Carolina

CAROLINA SE ESCAPÓ DE SU CASA Y CABALGÓ A TODA VELOCIDAD HASTA EL HOGAR de Lalo. *Él* hizo esto. *Él* mató a los guardias. ¿Tal vez por eso no había ido a casa? ¿Porque había perdido la compostura y cedido ante sus gustos profanos?

Agitó las riendas y su corcel galopó más rápido.

–Debería haberlo matado.

Esto era culpa suya. Todo era su culpa.

De no haber sido tan imprudente y haber permitido que un sediento feroz la emboscara aquella noche, su abuelo aún estaría vivo. Si hubiera escuchado a su papá y no hubiera intentado ser una cazadora, si hubiera aceptado a casarse con Rafa, nunca habría hecho un pacto con el diablo. Pero lo hizo porque era testaruda y tonta. Y ahora había gente muerta.

Su padre y sus hombres corrieron hacia Boca de la Muerte, pero Carolina sabía con exactitud dónde estaba su vampiro. O al menos dónde podría encontrarlo cuando él volviera, y cabalgar directo a través del pueblo era el camino más veloz hacia casa de Lalo.

Una figura solitaria salió de la cantina.

Carolina reconoció de inmediato la silueta delgada. La furia se apoderó de ella.

–¡Estás muerto! –bramó.

Lalo apenas tuvo un segundo para actuar antes de que ella se lanzara de su caballo contra él. Cayeron y rodaron en el fango en una maraña de extremidades e insultos. Carolina daba puñetazos y uno le dio con fuerza en la mejilla a Lalo.

Chocaron contra un abrevadero. Pero ella no perdió tiempo. Subió sobre él y alzó la estaca en su mano.

–Debería haber hecho esto en cuanto te conocí.

–¿¡Todo porque no asistí al té!? –chilló él.

Su indiferencia la enfureció más. Sujetó el cuello de la camisa de Lalo y jaló para estar cara a cara cuando atravesara su corazón.

–Mataste a nuestros hombres.

Él la miró boquiabierto.

–¡No lo hice!

–¡Mentiroso!

La punta de la estaca se clavó en su piel.

Lalo siseó.

–Por favor. Lo que sea que pienses que hice, te aseguro que no es cierto.

Observó los ojos de Lalo; no brillaban rojos como los de los sedientos que había visto antes. Tenía la piel cenicienta. Los labios estaban azulados en las comisuras. Estaba débil en sus brazos. De haberse alimentado recientemente, estaría más fuerte y luciría más saludable.

–¿Dónde estabas? –Retorció los dedos en la camisa del chico–. ¿Dónde estuviste?

–En la cantina. Pregúntale a Roberto. ¡Él te lo dirá!

Carolina entrecerró los ojos.

–¡De verdad! Estuve en el sótano debajo de la cantina, investigando. Dijiste que había un tesoro de libros antiguos, ¿no? Así que, en realidad, tú eres la culpable de mi ausencia.

Las fosas nasales de Carolina se dilataron.

–Encontré algo –agregó–. Una pista. Si me liberas y te disculpas por lanzarme en el barro, compartiré lo que he descubierto.

–Tenemos asuntos más urgentes en este momento.

Se apartó de él y se levantó. Lalo alzó la mano como si esperara que ella lo ayudara a ponerse de pie. Ella le dio un manotazo en la palma y dio un paso atrás.

Lalo apretó los labios mientras se incorporaba, tambaleándose.

Un grito atravesó el aire. Carolina giró en la dirección de donde provenía y se estremeció. Dos monstruos con trajes elegantes corrían hacia ellos.

–Esos deben ser las sanguijuelas que mataron a nuestros guardias –dijo Carolina.

Lalo se tambaleó un poco. Y su piel perdió todo color, como si estuviera viendo fantasmas, como si reconociera a esos hombres.

Ella introdujo los dedos en su bota.

–Toma –le dijo, ofreciéndole una pistola pequeña.

Él levantó las cejas.

–¿No recuerdas el duelo en tu rancho? –replicó.

–Te dije que lucharía contra cualquier monstruo que encontrara. Prepárate.

Ella levantó la estaca y sacó la reata de su cinturón; luego corrió al encuentro de las criaturas.

Los ojos brillantes de los vampiros resaltaban en la niebla circundante. No eran nada parecidos a Lalo. No podía ver ni una pizca de humanidad en ellos.

Y estaban a punto de morir.

Carolina se agazapó cuando el primer sediento alzó las garras en el aire. Se deslizó por el fango y hundió el arma en el muslo de la criatura. La bestia chilló de furia mientras caía al suelo sobre sus manos y rodillas.

–¡A tu izquierda! –gritó Lalo.

Ella dio una voltereta y esquivó un golpe fatal del segundo vampiro. Luego, se puso de pie y tomó una daga de obsidiana del estuche en su pecho. La lanzó volando directo hacia el segundo vampiro. Al igual que el abuelo le había enseñado. El cuchillo dio en el blanco, cortó tendones, huesos y se clavó en aquel corazón putrefacto. La bestia gritó mientras su cuerpo comenzaba a

convulsionar. El brillo rojo de sus ojos desapareció y cayó tieso al fango.

–¡Mátalo! –ordenó, señalando al otro vampiro que se arrastraba hacia Lalo.

La pistola en la mano de Lalo temblaba como una hoja en un árbol. Ella se acercó y le arrebató el arma. Sin mirar, le apuntó a la bestia que había atacado primero y disparó la bala de madera.

Lalo y ella permanecieron allí, jadeando, mirándose con intensidad a los ojos.

–¿Por qué dudaste? –siseó ella.

–Lo siento. Quería disparar, pero era como ver el infierno que será mi destino. Me perturbó.

El rostro de Lalo empalideció aun más. Se balanceó un instante antes de que sus rodillas cedieran por completo. Carolina lo atrapó en brazos.

–¿Qué te pasa? –preguntó ella.

–Nada. Estoy bien.

–Lalo. –Su tono era severo, como el que usaba su madre cuando ella o sus hermanos habían cruzado un límite.

–Necesito alimentarme, eso es todo.

–Bueno. La carnicería…

Él negó con la cabeza.

–Puede esperar. Necesito asegurarme de que Fernanda está a salvo.

–Tu hermana estará bien. Mi papá y sus hombres están cazando en el bosque. Se asegurarán de que no haya monstruos cerca de tu casa. Pero tú no podrás moverte siquiera si no te alimentas pronto.

Él fulminó con la mirada a los vampiros muertos.

–No hay tiempo. Debemos ir a Orilla del Río –dijo.

–¿Por qué?

–Llévame al cementerio y te lo explicaré.

Carolina parpadeó ante aquel pedido peculiar, pero ¿qué no era extraño en su mundo esos días?

–Te llevaré *después* de que te consigamos un poco de sangre.

Ella avanzó hacia su caballo, pero se detuvo cuando él añadió:

–También necesitaremos un par de palas.



*A menudo confundo el amor y la pérdida. Son hermanas gemelas.*
*Tomadas de la mano, corren rápido. Burlándose de mí con su malvada belleza. Ambas me hacen sentir que mi mundo es grande y pequeño. Me recuerdan que debería estar agradecido, pero también aterrorizado.*

*–Pío Parra,*
*Antología de los Salmos del Corazón 1:1*



# CAPÍTULO 23
# Lalo

Se encontraba frente a un vasto cementerio. Las lápidas cubiertas de musgo, talladas en granito y mármol, hablaban de la antigüedad del lugar. La luna por fin había atravesado las nubes, e iluminaba el bosque oscuro al norte y el valle al sur. Orilla del Río se había ubicado justo al este del río que fluía desde el bosque y atravesaba Del Oro. A la luz del día, Lalo imaginaba que las pequeñas cascadas debían ser hermosas. Y hacía siglos, el cementerio probablemente era un lugar de descanso encantador.

Las campanadas seguían sonando a lo lejos. ¿Estaba Maricela ahí afuera? ¿Estaba buscándolo a él o a otro de sus hijos? Aún no entendía cómo lo habían encontrado.

Él y Carolina habían robado un pequeño recipiente de sangre de la carnicería, que es probable que guardaban fresco bajo tierra para hacer salchichas. Lalo bebió y bebió, pero no lograba satisfacer por completo la sed. Su cuerpo, sin embargo, no se sentía tan miserable.

Al mirar a Carolina dio un brinco. Ella lo miraba fijo, furiosa.

–Esto debe ser una broma –espetó, con una pala empuñada como un arma en sus manos–. No podemos profanar la tumba de mi tataratataratatarabuelo.

–Es la única manera de saber si Alma le pidió a Tecuani que lo trajera de vuelta de la Tierra de los Muertos.

Los dedos de la chica se clavaron en el mango de madera.

–¿Me trajiste hasta aquí para manchar el buen nombre de mi familia?

–No. Te traje hasta aquí para ayudar a confirmar que Vidal es el sediento original. Contrario a lo que puedas creer, no todo gira en torno a ti o a tu familia.

–Literalmente estamos parados frente al mausoleo de *mi* familia.

Tenía un punto, pero esto no era una venganza personal contra los Fuentes.

–Los Fuentes han protegido al pueblo de Del Oro durante siglos. Así que, sí, esto tiene que ver con nosotros porque estás tratando de decir que las mismas personas que juraron proteger este valle son las responsables de causar esta maldición en primer lugar –añadió ella.

El caballo de Carolina relinchó. Ambos se quedaron en silencio, esperando que alguien saliera de las sombras. Pero luego el corcel comenzó a mordisquear los arbustos con tranquilidad.

–Sea cual sea el caso –comenzó Lalo–, debemos encontrar al sediento original. Destruirlo es la única manera de arreglar todo.

–Sí, no dejas de repetirlo.

Se giró hacia ella. Aunque su rostro estaba iluminado por la luna, no necesitaba luz para ver lo deslumbrante que era. Cómo sus labios siempre se curvaban en una sonrisa burlona. Cómo su piel parecía suave. Cómo sus ojos brillaban con ferocidad. Maldita sea, se sentía tan atraído por ella. A pesar de que lo frustraba cuán testaruda era, no podía evitar acercarse más a ella. Lo hizo, solo para ver cómo reaccionaba su propio cuerpo.

El pulso de Carolina se aceleró.

¿Ella sentía la misma atracción?

*Claro que no*, se recordó. Era una cazadora de vampiros. Y él, por desgracia, era todo un vampiro. Y aunque no lo fuera, ella era Carolina Victoria Fuentes: fuerte, astuta y tan hermosa como el amanecer. Estaba rodeada de una familia inmensa y ruidosa que se preocupaba por ella; no habría espacio para él. Solo era un chico

lector querido solo por su hermana, o más bien tolerado, la mayoría de los días.

Él despejó su garganta y retrocedió.

–He leído artículos, diarios, libros y escrituras sobre monstruos como este de todas partes del mundo. –Señaló la lápida con el mentón. El granito estaba pulido y gastado por el viento y los años, pero el nombre de Vidal permanecía allí–. Si el cuerpo de Vidal no está dentro de esta tumba, Alma vino aquí angustiada e hizo un trato con el dios de la muerte.

Carolina frunció el ceño mientras observaba el césped.

–No sé si debería rogar que Vidal esté dentro o no.

La sorpresa apareció dentro de Lalo. Ella no discutió. No dijo que estaba equivocado y lo desestimó. Carolina comprobaría sus ideas con él. La emoción apretó la garganta de Lalo. Sin contar a Fernanda, hacía mucho tiempo que no había tenido un aliado.

–Por mi bien –dijo Lalo–, esperemos que no esté ahí.

–¿Y si es él?

Lalo suspiró.

–Entonces, encontraré la herramienta que Alma usó para invocar a Tecuani, localizaré a Vidal y lo mataré antes de que me pierda en la sed. –Antes de que Maricela lo encontrara también estaría bien.

Carolina soltó una risa entrecortada, su aliento empañó el aire a su alrededor.

–¿Eso es todo?

–¿Debería haber más?

–Es una broma, Lalo. –Negó con la cabeza, una sonrisa jalaba de sus labios, y clavó su pala en la tierra blanda.

Él tomó la pala que estaba cerca de sus pies y se unió a ella.

–¿Puedo preguntarte algo, Carolina? –Un escalofrío recorrió su cuerpo. Creía que era la primera vez que decía su nombre de pila en voz alta. Se sintió íntimo, especialmente bajo las estrellas.

–Solo si no me enfurece.

–No puedo garantizar eso. Pareces vivir en un estado constante de exasperación.

–Mi propia maldición por soportar.

Lalo contuvo su sonrisa.

–Tengo curiosidad por saber cómo los vampiros superan las barreras de Del Oro. Debería ser casi imposible.

–Por lo general es por error humano. Una puerta que quedó abierta. Un guardia que se queda dormido. A veces, las sanguijuelas se ponen creativas y atraviesan las estructuras más débiles en los bordes exteriores. Ahora me pregunto si no les queda un poco de su alma humana dentro y por eso saben todos los caminos de acceso ocultos. Tal vez no están completamente perdidos en la sed de sangre, y algunos solo intentan encontrar su camino de regreso a casa. –Hizo una pausa–. Solía pensar que el alma de cada sediento se iba en el momento en que se convertían. Que eran criaturas cuyo único propósito era matar. Pero tú has cambiado mi forma de pensar al respecto. Quiero decir, mírate. ¿Cómo lo haces?

–No soy especial, si eso es lo que estás diciendo.

–No dije eso.

Lalo soltó una risa.

–Bueno, por si acaso lo pensabas, te diré esto. Apenas me convirtieron, no pensaba en nada más que en alimentarme. Mi cuerpo dolía físicamente por dentro cuando no lo hacía. Pero la gente en la cantina en la que estaba tenía pensamientos y recuerdos horribles, y sentí más asco que otra cosa. Esos recuerdos siguen reproduciéndose en mi mente. Imagino, sin embargo, que, si las personas de las que bebí hubieran sido felices o agradables, tal vez nunca me habría despertado de ese sueño febril. Entiendo cómo podría ser algo abrumador y adictivo si esas vidas fueran buenas.

–Interesante.

Trabajaron en silencio. Levantaron la tierra húmeda sobre sus hombros, gruñendo por el esfuerzo.

Al cabo de un rato, Carolina preguntó:

–¿Cuál fue la cita que le dijiste a mi apá la noche en que nos atraparon en su biblioteca?

–Qué bonito recuerdo para traer a colación mientras estamos hasta las rodillas en un cementerio.

–¿Te recuerdo que esta fue tu idea?

–Era de un soneto. –Lalo aclaró su garganta–. "¿Y qué son unos instantes cuando nuestras almas se han conocido desde el comienzo

del tiempo?". Fue escrito por…

–Pío Parra –terminó ella–. Sí, lo sé. Pero la dijiste mal.

Lalo dejó de cavar.

–¿Perdón?

–Así no dice el poema.

–¿Y cómo lo sabes?

Aunque no la miraba de frente, podía percibir que ella puso los ojos en blanco.

–He leído todas sus obras –respondió.

Quedó boquiabierto.

–¿Todas? Pero son...

–Cincuenta y siete libros. Cincuenta y nueve, contando sus antologías. He leído a la mayoría de los grandes. Reyes, Espinoza, Jiménez, Torres.

–Es... Eres...

–¿Exagerada? –lo desafió ella.

–No, eso no era lo que iba a decir en absoluto.

Hizo una pausa en su excavación y lo miró.

–¿Qué ibas a decir?

–Iba a decir que *eres* asombrosa.

–Ah. –Carolina sonrió con timidez–. Gracias.

–¿Tienes un favorito? –preguntó él. Nunca había conocido a alguien que hubiera leído más que él de esa manera. Se sentía eufórico, a pesar de sus circunstancias.

–A decir verdad, ese mismo soneto y esa línea exacta son mis favoritas. Lo he leído al menos mil veces porque me encanta. –La joven comenzó a cavar de nuevo–. Por eso sé que lo dijiste mal.

–Imposible. Esa también es mi línea favorita, y yo *también* la he leído mil veces.

–Entonces, deberías haber sabido que no es "¿Y qué son unos instantes cuando nuestras almas se han *conocido* desde el comienzo del tiempo?", sino "¿Y qué son unos instantes cuando nuestras almas se han *amado* desde el comienzo del tiempo?". Arruinaste la mejor parte.

El cerebro de Lalo les dio vueltas a esas palabras. Por las estrellas, tenía razón. ¿Cómo pudo haber cometido ese error?

Le echó un vistazo furtivo a Carolina. Su cabello se había soltado de la trenza. Su piel morena estaba cubierta de tierra. Y, sin embargo, parecía más que satisfecha. Le gustaba esa sonrisa burlona en su rostro. Su confianza era inexplicablemente tan encantadora como irritante. Un enigma, sin duda.

Sus ojos se encontraron con los suyos.

–¿Qué? –susurró ella.

–Tienes tierra en la mejilla –respondió. No sabía por qué. Entró en pánico.

Ella alzó una ceja.

–Tú también.

Él se echó hacia atrás.

–No es cierto.

Carolina extendió la mano y Lalo sintió algo frío contra su mejilla.

–Ahora sí lo es –dijo ella.

Lalo dejó escapar un suspiro.

Ella rio mientras retiraba su mano sucia.

–Ah, eres un demonio –la reprendió él. Pero se encontró sonriendo. Tomó una aglomeración de tierra y lo lanzó hacia ella. Carolina rio y se protegió con una mano levantada.

Negando con la cabeza, Lalo clavó la pala de nuevo en el suelo. Esta vez, la hoja chocó contra algo duro. Ambos se paralizaron.

–El ataúd de Vidal –murmuró Carolina. No se apartó.

–Así es. –Lalo tragó el nudo que se formó en su garganta. Llegó la hora. Descubriría si estaba un paso más cerca o si debía volver a empezar de cero.

–¿Estás listo?

–La verdad, no.

–¿Quieres que lo haga yo? –Los ojos de la chica buscaron los de él. Y por un momento, Lalo quedó atónito por lo empática que era su mirada.

–¿Juntos? –preguntó él.

Ella asintió y se agachó. Él hizo lo mismo. Estiró la mano, listo para hundirla en la tierra de la tumba. Los dedos de ambos se rozaron, y una corriente de calor recorrió la piel de Lalo. Carolina retrocedió.

Recuperándose del momento, comenzaron a apartar la tierra con la pala.

Juntos, cavaron hacia el centro.

El corazón de Lalo dio un vuelco ante al primer vistazo de la madera astillada.

–Por los infiernos –susurró Carolina.

Continuaron cavando y no encontraron más que fragmentos rotos hasta que los nudillos de Lalo chocaron contra el fondo del ataúd.

–No hay nada aquí –señaló Carolina.

–Sigue buscando. Debemos estar seguros.

Sus dedos rozaron algo frío y duro. Retrocedió con brusquedad.

–¿Qué es? –preguntó Carolina.

–Hay algo ahí. –*Por favor, que no sea un hueso. Por favor, que no sea un hueso.*

Carolina metió su brazo en el agujero que él había hecho. Frunció el ceño y luego sacó algo despacio.

El pulso de Lalo se aceleró.

Ella levantó algo que, en cuanto al grosor, cabía en la palma de su mano. La longitud no era mayor que su antebrazo.

La chica quitó el barro seco hasta que vieron la empuñadura oxidada con bordes curvados.

–Una daga –susurró, y sacudió el resto de tierra.

Suspiró aliviado y luego se desplomó, con el mentón hundido en su pecho.

–La tumba está vacía –murmuró. Miró a Carolina, que observaba los fragmentos rotos bajo sus pies.

–Esto no puede ser real –susurró ella–. No está aquí. ¿Quizá cometimos un error? ¿Y si profanamos el lugar equivocado? Puede que estuviera mal marcado. O tal vez un ladrón de tumbas vino y... –Se aferró a la daga sucia como si eso le ofreciera alguna pista.

–Si un ladrón saqueó esta tumba, ¿no habrían tomado también esa daga tan valiosa? –preguntó Lalo.

–Un Fuentes nunca... Nosotros estamos aquí para proteger a nuestra gente. No para hacer... –hizo un gesto con la mano hacia su alrededor–, lo que sea que haya pasado aquí.

–¿Alguna vez has estado enamorada, Carolina?

Los ojos marrones de la joven brillaron en la oscuridad.

–¿Por qué preguntas algo así?

–No puedo decir que sea un experto. –Nunca había sostenido la mano de una mujer, salvo la de su madre y hermana, hasta que Carolina tomó la suya antes del duelo–. Pero has leído los mismos sonetos sobre el amor y el desamor que yo. Seguro sabes el poder que contiene el amor verdadero.

Ella señaló la tumba vacía.

–Esto es destrucción. No hay nada poderoso en ir a los dioses y pedirles que rasguen el velo entre este mundo y el siguiente. Esto es egoísmo.

–Entonces, yo también soy egoísta –admitió–. Después de que mataron a mi madre y padre, rogué a los dioses que los trajeran de vuelta. Pero, al final, Fernanda y yo estamos solos en este mundo.

–No estás solo –señaló ella con suavidad. Si no fuera por su oído agudo, potenciado por el poder de Tecuani, quizás no habría captado esas tres hermosas palabras–. Yo hice lo mismo cuando se llevaron al abuelo. Rogué a los dioses cada noche durante semanas. Pensaba que, si suplicaba lo suficiente, me despertaría y descubriría que todo había sido una pesadilla. –Su barbilla tembló–. ¿Será porque no lloré lo suficiente? ¿Porque no amé con la profundidad suficiente? ¿Los dioses solo escuchan si les ofreces algo a cambio como hizo Alma? ¿Qué tipo de dioses son esos?

–No lo sé –admitió–. Pero lo siento.

–Lo extraño tanto. –Carolina se tapó la boca con la mano, como si fuera la primera vez que confesaba algo así. Las lágrimas cayeron sobre sus dedos. Y luego comenzó a sollozar. No era un llanto común. Era profundo y feroz.

Lalo entendía ese dolor. Llegaba de repente y con ferocidad. La angustia, la ira, el dolor. No importaba cuánto intentara una persona esconder esos sentimientos, el duelo llegaba y se iba cuando quería.

Él había deseado que lo abrazaran mientras lloraba por sus padres. Pero él era el que debía ser fuerte para su hermana mientras su mundo se desplomaba. No le había importado. Fernanda se había convertido en su todo en menos de un minuto. Le ofreció a su

hermana todo el consuelo que pudo. Y si Carolina lo permitía, haría lo mismo por ella.

Poco a poco, como si se acercara a un oso, deslizó sus brazos alrededor de los hombros de Carolina y presionó su cuerpo contra el suyo.

–Lo siento –susurró él en su cabello–. Lo siento tanto.

–Lo extraño tanto que quiero gritar.

Ella tomó la parte de atrás de la camisa de Lalo, aferrándose a él como si fuera su salvación.

–Él era el único, además de Nena, que creía en mí. Y ahora ya no está.

–Yo también creo en ti –señaló Lalo. Esperaba no haberla invadido demasiado, o que ella se burlara y le dijera que no le importaba, pero en lugar de eso, Carolina susurró:

–Gracias. Yo también creo en ti.

Lalo se quedó inmóvil mientras esa declaración se asentaba en su ser.

–Lo siento por tus padres también –agregó ella con calma.

Su visión se volvió borrosa. Parpadeó, y una lágrima rodó por su mejilla. Lalo la limpió rápido. Sus ojos quedaron fijos en la humedad oscura que manchaba sus dedos. Su mandíbula se abrió de par en par.

Sangre. Había llorado sangre.

Desesperado, frotó el líquido para quitarlo. No podía dejar que ella lo viera así. No podía ser un recordatorio de las mismas bestias que le habían quitado a su querido abuelo.

Carolina comenzó a apartarse, pero él la mantuvo apretada contra el pecho.

–¿Lalo? –murmuró contra su camisa.

No la soltó hasta que creyó haber limpiado el desastre. Cuando ella se separó de él, inmediatamente echó de menos la sensación de su cuerpo cerca del suyo.

Ella rio con timidez y pasó la mano por las lágrimas secándose en su rostro.

–Me siento bastante tonta.

–No lo hagas. Nunca te avergüences de nada cuando se trata de mí.

Carolina sonrió con picardía.

–Lo recordaré.

Un gallo cantó a lo lejos. Su mirada se dirigió hacia el cielo.

–Deberíamos irnos –dijo ella–. El amanecer está cerca y las nubes se han ido.

–Te acompañaré a casa.



# CAPÍTULO 24
# Carolina

La mente de Carolina daba vueltas cada vez con más y más preguntas durante todo el camino de regreso desde Orilla del Río. ¿Qué había hecho Alma? Y aún más importante, ¿cuáles fueron las condiciones exactas del trato que hizo con Tecuani?

Su mente repasaba todo lo que sabía sobre el día en que encontraron el cuerpo de Alma. La familia Fuentes había sido la encargada de liderar la expedición al bosque. La encontraron en un sendero que habían cruzado unos días antes. Su piel estaba pálida como un fantasma. Sus ojos se habían vuelto blancos. Parecía demacrada.

La cubrieron con velos y flores, como era la tradición de aquel entonces. Pero al segundo día de luto, Alma despertó. Sus ojos eran rojos como la sangre y tenía colmillos y garras. Un diablo había tomado su lugar, o al menos eso pensaron.

Lalo dijo que Tecuani era un embaucador. Tal vez devolverle a su amado solo para que él la matara había sido la cruel broma del dios.

–Mierda –dijo, negando con la cabeza.

Su tataratataratatatarabuela había creado por accidente al primer vampiro de Abundancia.

El sol subía sobre Punta Basilio. No debería haber permanecido tanto tiempo cerca de la tumba. Pero ella y Lalo tuvieron que enterrar de nuevo el ataúd. Ella le había dicho que corriera de vuelta a casa para ver a Fernanda en cuanto Carolina consideró que estaban a salvo.

Presionó al caballo entre sus piernas, instándole a avanzar más rápido. Su familia estaría demasiado ocupada cazando sedientos para preocuparse por ella. Pero Luz Elena siempre estaba husmeando.

Giró en la esquina de granito que marcaba que se acercaba a casa. Necesitaba atravesar los terrenos del ganado sin ser vista y luego podría colarse por la parte trasera de la hacienda.

Algo inmenso cruzó justo frente a ella. Guapo levantó las patas delanteras de modo tan repentino que Carolina no tuvo tiempo de corregir su posición. Su sujeción sobre las riendas flaqueó, y salió disparada por los aires. Cayó con violencia sobre su trasero, la tierra y los arbustos puntiagudos rasguñaron sus palmas.

Ignorando el escozor en sus manos, Carolina desenfundó la primera arma que pudo tomar, la daga de la tumba, y se puso de pie. Pero ya había una espada esperándola. La punta tocó su hombro.

–¿Qué. Estás. Haciendo?

El estómago de Carolina cayó hasta sus rodillas. La voz cargada de furia le pertenecía a su papá. Él tenía los ojos hinchados e inyectados en sangre.

–¿Dónde has estado? ¿Dónde? ¿Dónde, mija?

–Pues… –No podía contarle la verdad. Al menos, no toda–. Fui a cazar al sediento que mató a nuestros hombres.

–¿Pensaste en enfrentarte a una bestia que podría succionarte la vida? ¿Sin siquiera una persona que te asista? –La saliva volaba de la boca de su padre–. Dame eso. –Papá señaló la daga oxidada en mano de Carolina.

Ella la apretó contra el pecho.

–Pero…

–¡Ahora!

Con los dedos temblorosos, ella le ofreció el mango. Él se la arrebató de la mano y la metió en su cinturón.

–Pensé que estabas muerta –espetó él, con la voz quebrada. Nuevas lágrimas llenaron sus ojos–. He estado buscándote desde que encontramos a los sedientos caídos en el pueblo. Estaba tan asustado. Yo… –La atrajo hacia su cuerpo masivo y la apretó con fuerza en sus brazos–. Nunca me hagas esto otra vez.

Incluso ahora, él no creía que ella pudiera sobrevivir por sí sola. Ella había sido la que mató a los monstruos, pero él nunca lo creería. O usaría eso como la gota que rebalsó el vaso y realmente la enviaría lejos para siempre. Sí, sabía que la amaba con todo su corazón. Pero ¿por qué no podía amarla tal como era? ¿Por qué podía valorarla como mujer, pero no como luchadora?

El sonido de cascos retumbó desde detrás de las rocas. Papá giró, jalando a Carolina detrás de él, y sacó su espada. Su tensión se relajó cuando dos guardias aparecieron montados a caballo.

–¡Señor! –gritó uno de ellos–. Creemos haber encontrado algo. Huellas que van hacia el bosque, hacia la casa de los Alicante.

–Ahí es donde se queda Lalo –dijo Carolina de repente.

–¿Y crees que eran inhumanas? –preguntó su papá.

–No podemos decirlo con certeza, pero las zancadas son más largas. Más ligeras. Algo increíblemente rápido pasó por ahí. Y no hacía mucho.

¿Podrían haber sido las huellas de Lalo?

–¿Creen que fue un sediento solitario? –preguntó ella, ignorando la mirad fulminante de su papá.

–Parece un grupo.

Carolina había matado dos vampiros anoche. Bien podría haber más. Si iban hacia Lalo, podría estar en peligro.

Sujetó el brazo de su papá.

–Tenemos que ir, papá. ¡Ahora!

–Muéstrenme –les ordenó su padre a sus hombres. Miró a Carolina–. Ve a casa. No quiero siquiera pensar que estás fuera de las puertas. ¿Entiendes?

–Pero…

Papá entrecerró los ojos con otra oleada de furia.

–De acuerdo. –No perdería tiempo discutiendo con él, no si Lalo y Fernanda estaba en peligro–. Por favor, apresúrate –pidió Carolina.

Él corrió hasta su caballo y subió a la montura. Papá y sus hombres partieron galopando en la dirección en la que ella había venido.

Carolina suspiró y sus hombros se encorvaron. Frotó su trasero, que le dolía por haber caído de Guapo. Estaba cansada de sus desaventuras. Y estaba muy confundida.

Chasqueó la lengua y su caballo dejó de masticar el césped seco. Trotó hasta ella y rozó la espalda de Carolina con su hocico.

–No intentes disculparte ahora –gruñó–. Me lanzaste al suelo.

Guapo suspiró en el cabello de Carolina y se acercó más. Sonriendo, acarició la mandíbula y la nariz del animal.

–Está bien. Te perdono. Pero a mi apá no.

# Del diario del fraile Alejandro Ibarra

***Tecuani no puede salir del Bosque de las Almas a menos que lo invoquen. Y por eso, aquellos afectados por su maldición de muerte no pueden entrar en una residencia sin permiso.***

***Es fácil imaginar cuán rápido podría desaparecer el mundo tal como lo conocemos si estas abominaciones no estuvieran debilitadas por las leyes de los dioses. A menudo me despierto en la noche sudando frío, preguntándome qué pasaría si dichas leyes no existieran. ¿Qué haría si alguien afectado por la maldición de la muerte irrumpiera en mi puerta?***

***La respuesta es nada. No podría hacer nada para luchar contra algo tan poderoso.***

***Y por eso estoy agradecido de que los dioses nos concedan estas pequeñas misericordias. Doy gracias a los santos de que haya una barrera entre nosotros, los meros mortales, los cazados, y la furia del cazador.***



# CAPÍTULO 25
# Lalo

ACABABA DE CAMBIARSE LA ROPA SUCIA CUANDO ALGO SE ESTRELLÓ EN EL PRIMER PISO. Voces gritaron.

–¿Qué diablos? –Lalo corrió por la habitación.

–¡Lalo! –gritó una voz grave–. ¡Fernanda!

Abrió la puerta de su habitación y asomó la cabeza para ver curiosamente al señor Fuentes subiendo a toda prisa por las escaleras. Parecía furioso. Sus masivas manos se aferraban a la barandilla con una fuerza que podía triturar huesos; una espada colgaba de su cadera. Lalo retrocedió de golpe. ¿Sabía el señor Fuentes sobre él? ¿Estaba allí para matar a la bestia residente?

Buscó un lugar adecuado para esconderse. Pero su cerebro había dejado de funcionar. Iba a morir. Aquí. En esta casa con corrientes de aire. Sin una sola oportunidad de escapar. Se preparó para lo que fuera a venir, apretando los ojos como si eso pudiera protegerlo de su destino inminente.

Los pasos pesados del señor Fuentes retumbaron en su habitación.

–¿Lalo?

Lalo abrió un ojo solo. La confusión plagaba el rostro del señor Fuentes, y luego algo similar al alivio relajó sus facciones. El hombre soltó un suspiro largo.

–Estás bien.

–¿Lo estoy? –preguntó Lalo.

–¿*No* lo estás? –El señor Fuentes inclinó la cabeza, evaluándolo como si fuera uno de sus valiosos toros.

Una puntada dolorosa atravesó el cerebro de Lalo e hizo una mueca. Sujetó el puente de su nariz.

–Si considera que sentir que mi cabeza está a punto de estallar y que acaban de entrar a mi casa por la fuerza es estar bien, entonces, lo estoy.

El hombre sacudió su bigote.

–Discúlpanos por romper la puerta principal. Pensamos… –Hizo una pausa–. Nos preocupamos por su seguridad. Hubo un incidente. –Apretó los dientes–. Anoche mataron a mis hombres. Encontramos tres sedientos muertos, pero creemos que hay más.

El corazón de Lalo latió acelerado en su pecho. ¿Acaso el señor Fuentes pensaba que era él? El hombre sin duda mataría a Lalo, justo cuando había logrado poner a Carolina de su lado. Cuando iban a arreglarlo todo.

–Señor, respecto al ataque…

–Lo sé, es una tragedia. Pero no temas, encontraremos a las sanguijuelas responsables y las mataremos.

Lalo parpadeó. ¿Había oído bien? ¿El señor Fuentes no estaba allí para vengar a las víctimas?

–Si me permite el atrevimiento –comenzó Lalo con valentía–, ¿por qué está aquí?

–Ven conmigo –ordenó el señor Fuentes.

Siguió al hombre por las escaleras y hasta la biblioteca, asegurándose de darle un margen amplio a los haces de luz que se filtraban a través de las ventanas y la puerta abierta en el vestíbulo. No había mucho en cuanto a comida para ofrecerle, pero había un buen oporto que su hermana guardaba escondido detrás de una pila de revistas románticas. Y el señor Fuentes parecía necesitar algo para relajarse.

–Sé que es temprano, pero ¿le gustaría un trago? –preguntó Lalo.

–Sería agradable.

Mientras Lalo se dirigía hacia la pila de libros apoyada junto al gran sillón que su hermana había reclamado como propio, los ojos del hombre recorrían cada ventana dentro del estudio. Estaban cubiertas con cortinas gruesas. El lugar era una tumba en todo momento para que Lalo pudiera sentarse con su hermana.

–¿Por qué están tan cerradas las cortinas? –inquirió el señor Fuentes.

–Soy propenso a los dolores de cabeza. –No era mentira–. Los días más luminosos los empeoran.

Le entregó al señor Fuentes un vaso lleno. El hombre lo bebió de un solo trago, con la mirada fija en Lalo.

–¿Hay algo más, señor? –preguntó Lalo.

El señor Fuentes dejó el vaso vacío sobre la pequeña mesa a su lado. Tomó asiento en el sofá de cuero y se reclinó como si fuera el dueño de la casa.

–Estamos acostumbrados a los ataques aleatorios de sedientos. Mi guardia siempre está preparada, pero los monstruos se han vuelto más audaces últimamente. Nunca, en todos mis años, habíamos tenido tantos ataques contra el pueblo en una sola semana. –Tensó la mandíbula.

Se preparó para la acusación que sin duda vendría. *Tú los trajiste aquí y ahora morirás.*

–Los hombres de mi familia tienen un deber que cumplir. Y ese deber empieza asegurándonos de que las mujeres a las que estamos unidos permanezcan a salvo. ¿Cómo protegerás a mi Carolina si se casan?

Lalo no estaba preparado para esa pregunta, y rio ante lo absurdo de la situación. Intentó cubrir la risa con una tos cuando el señor Fuentes lo fulminó con la mirada llena de indignación paterna.

–¿Algo te parece gracioso?

–No, señor Fuentes. Es solo que por lo que conozco a su hija, ella herviría de furia si lo escuchara decir algo semejante. Es más que capaz de cuidarse sola, ¿no? Ella mató los vampiros en el pueblo anoche.

–¿¡Ella!?

*Mierda.* Quizás debería evitar el tema por completo.

–Una de las muchas razones por las que me enamoré de Carolina es porque es una defensora feroz de las personas que ama. Haría cualquier cosa para proteger a su familia.

–¿Crees que entiendes a mi hija mejor que yo? –El hombre se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre sus muslos.

–Por supuesto que no. Pero creo en ella más que usted.

El señor Fuentes se levantó de un salto, con los puños apretados a los lados. No iba a dejar que ese hombre, ni nadie, lo intimidara más.

–Veo lo fuerte, resiliente y valiente que es su hija. –Ella lo había confrontado en el bosque cuando pensaba que era solo un demonio y no había dudado en intentar matarlo. Lo había enfrentado una y otra vez, y también a esos vampiros en el pueblo–. Carolina no tiene miedo de luchar, señor. Y es muy buena en ello.

–Sí, pero es imprudente y terca. No escucha.

–Me pregunto si su padre alguna vez dijo lo mismo de usted.

El señor Fuentes miró a Lalo con furia, pero luego suavizó sus rasgos. Resopló.

–De hecho, lo decía con frecuencia.

–Es un buen padre, señor Fuentes. Sé que tiene miedo por ella porque este mundo es aterrador, pero no la aparte. No aleje a Carolina de sus sueños solo porque *usted* tiene miedo.

Sabía que debía seguir su propio consejo. Se había estado aislando toda la vida.

El hombre adoptó una expresión seria. Sujetó con fuerza el hombro de Lalo.

–Ya entiendo por qué le gustas tanto, mijo.

Mijo. Mi *hijo*. La palabra le clavó una punzada en el pecho a Lalo. No había escuchado esa muestra de cariño dirigida a él desde que su padre murió.

Fernanda irrumpió en la biblioteca con su bata de noche, su rostro se tornó pálido al ver al señor Fuentes.

–¿Alguien me puede decir por qué está rota la cerradura de nuestra puerta? –preguntó, sin aliento.

–Parece que algunas bestias han estado merodeando por los alrededores –respondió Lalo–. El señor Fuentes vino a ver si estábamos a salvo.

Ella levantó una ceja.

–¿Qué tipo de bestias?

–Las peores, me temo –dijo el señor Fuentes–. Mis hombres encontraron huellas esparcidas por esta propiedad. Creemos que pertenecen a sedientos.

Los ojos de Fernanda se fijaron en los de Lalo. Vio el miedo de su hermana. Su preocupación. Podía escuchar cómo su pulso se aceleraba y la sangre corría por sus venas. Y debía temer. Maricela los había encontrado.

–No saldría fuera de su casa por la noche –continuó el señor Fuentes–. De hecho, no les sugiero que abran las puertas o ventanas una vez que el sol se ponga. Me gustaría dejar a algunos de mis guardias aquí como precaución.

–No. –Esa palabra, tan solo un susurro, salió de los labios de Lalo, pero fue lo suficientemente fuerte para que todos la escucharan. Lalo se acercó al hombre–. Esos monstruos ya mataron a algunos de sus hombres. ¿Qué los detendría de hacer lo mismo otra vez? Y estamos tan lejos del pueblo. ¿No cree que sería más seguro si...? – *¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué estaba hablando?* Lalo sabía por qué. Para mantener a Fernanda protegida. Para estar más cerca de Carolina. Si estuvieran bajo el mismo techo, podrían tener más tiempo para planear su siguiente movimiento, para intentar encontrar a Vidal y terminar con esta pesadilla–. ¿Podemos quedarnos con usted, señor Fuentes? –Hizo un esfuerzo por hacer la pregunta.

El hombre alzó sus cejas gruesas.

–Quizás esto sea poco convencional –agregó Lalo. Quizás también fuera cobarde. Pero si Maricela y sus secuaces los encontraban, no podría defender a Fernanda ni a sí mismo–. Cuando se ponga el sol, ¿quién sabe con exactitud qué podrían hacer esos monstruos?

Los sedientos no podían entrar en su casa, pero eso no significaba que no pudieran obligarlo a salir. Él y Fernanda serían blancos fáciles. Mejor estar detrás de los muros de adobe de la hacienda de

los Fuentes. Si Maricela tuviera la oportunidad de hundir sus colmillos en él, vería los recuerdos de Lalo. Entendería lo que él y Carolina estaban planeando hacer, y estaría tan muerta como él. No podía arriesgarse. Carolina era una tirana, pero era tan inteligente, tan llena de vida y...

–¿Qué estás diciendo? –susurró Fernanda, interrumpiendo sus pensamientos.

La ironía de que Lalo buscara refugio en una casa llena de personas que con gusto lo matarían no pasó desapercibida. Esta idea era más que irracional. Tendría que evitar que lo expusieran al sol. Y además estaba el asunto de conseguir sangre.

El señor Fuentes jugueteó con su bigote.

–No queremos que les pase nada a ninguno de ustedes. Ya son prácticamente familia.

–¿Lo somos?

–Por supuesto. Eres el amado de Carolina y un joven inteligente, valiente y práctico. Sabes que nunca podrías defenderte a ti mismo ni a tu hermana aquí fuera, y me has pedido ayuda.

Debido a su conversación sincera, Lalo lo aceptó como un cumplido.

–Ustedes dos se quedarán con nosotros –ordenó el señor Fuentes–. Al menos hasta que hayamos cazado a los bastardos que se llevaron a mis hombres. También hablaremos mejor sobre el compromiso y sobre dónde vivirán después de casarse.

El corazón de Lalo dio un salto extraño dentro de su pecho.

El hombre dio una palmada, el sonido retumbó como un trueno dentro del cráneo de Lalo.

–Está decidido. Empaquen sus cosas. Este es mi sobrino Jorge, conociste a su hermana, Antonina, la noche en que nos presentaron. Él seguirá su carruaje a caballo. Yo tengo algunos otros asuntos que atender.

Con eso, marchó hacia la puerta.

Jorge era un joven delgado con piel oscura y una sonrisa burlona. Rio.

–Lo siento por ti, amigo.

–¿Por mí? –Lalo señaló hacia sí mismo–. ¿Por qué?

–Estoy acostumbrado a mi familia extravagante. Pero tú... Tú te casarás con ella. Tienes mucho que aprender.

Él se quedó allí, con los brazos colgando a los lados, mientras Jorge se alejaba con paso tranquilo. Esto no era lo que había imaginado para su día, pero era mucho mejor que morir a manos de los sedientos.

Miró la puerta por la que el señor Fuentes y Jorge habían salido. Luego giró hacia su hermana.

–¿Esto significa que tengo su bendición?

–Creo que tienes problemas más grandes. –Levantó la barbilla hacia la luz dorada que se filtraba por la puerta principal.

Lalo hizo una mueca. Su piel se ampollaría y herviría en cuestión de momentos.

–No había pensado en eso.

Fernanda sonrió con picardía.

–Por supuesto que no, estabas demasiado ocupado tratando de colarte en la casa de Carolina.

–Lo hago por ti.

La chica puso los ojos en blanco.

–Vamos, donjuán –dijo mientras comenzaba a andar–. Necesitamos encontrar una solución. Rápido.



# CAPÍTULO 26
# Carolina

UN SOLO JINETE GALOPABA POR EL CAMINO MIENTRAS CAROLINA SE SUBÍA A LA MONTURA. Podía ver sus anchos hombros y su sonrisa a través de la tormenta de polvo que levantaban las pezuñas de su caballo. Carolina gimió.

Rafa detuvo su corcel.

–Gracias a los cielos que estás a salvo –jadeó el joven.

–¿Qué haces aquí afuera? ¿No te atravesó un cuerno de toro en el trasero?

Él apretó los labios.

–El cuerno rozó mi costado. Y estoy luchando contra el dolor para buscarte.

–Te agradezco que te unieras al esfuerzo. Como puedes ver, estoy viva y bien.

Rafa se quitó el sombrero y limpió el sudor de sus ojos.

–¿Por qué parece que hubieras estado rodando por el suelo? No estabas *con* alguien, ¿verdad? –preguntó mientras alzaba una ceja.

Ella apretó las riendas con más fuerza.

–Estoy comprometida, Rafa. Puedo hacer lo que quiera.

–Entonces, ¿tu padre ha dado su aprobación?

–Lalo tiene mi aprobación, y eso es lo que debería importarte.

–Hay algo peculiar en ese hombre, si es que se le puede llamar así. Es más bien un niño, con esos brazos flacos que tiene. –Flexionó los suyos–. ¿Sabes qué me parece extraño?

–Estoy segura de que estás a punto de decírmelo.

–Que tú, de todos los seres, puedas enamorarte tan profundamente de alguien tan distinto a ti. Eres tan...

Lo miró con furia, esperando que terminara.

–Eres tan exigente –ofreció él.

–Es el destino, supongo.

–¿No te parece raro que él haya aparecido de la nada y te haya propuesto matrimonio después de minutos de conocerte? ¿O que haya logrado ganar la confianza de tu familia?

–¿Y tú qué? Apareces de la nada y haces una oferta por mi mano, aunque no hemos hablado en años.

–*Nosotros* no hemos hablado. Pero tu padre y yo sí. Después de todo, es mi padrino. Qué egoísta de tu parte ir en contra de él por un niño cuya cabeza está en los libros. Juntos podríamos construir un imperio.

Ella posó las manos en sus caderas.

–Parece que necesitas un socio comercial, no una esposa.

Él sonrió con suficiencia.

–¿Por qué no puedo tener ambos?

–Estoy segura de que encontrarás una. En otro lado. Yo solo me casaré con alguien que considere atractivo e interesante. Alguien a quien ame.

Él rio con arrogancia.

–Soy tres veces más atractivo que ese junco de hombre.

–No, tu ego es tres veces más grande –rectificó, haciendo un chasquido con la lengua, lo que animó a su caballo a seguir adelante.

Rafa extendió la mano y detuvo a Guapo sujetando sus riendas.

–Recuerda mis palabras, Carolina, no confío en él. Y descubriré por qué. Ya he enviado un halcón mensajero a un amigo en Puerto Blanco. Y cuando descubra quién es en realidad Eduardo Montéz, tu

compromiso quedará anulado y serás mía. Dejaremos este pozo de pueblo y no regresaremos jamás.

Cuando no rio de forma maniaca como un loco sacado de sus historias góticas, Carolina se inclinó hacia adelante, fulminando con la mirada al chico que una vez comió cucarachas solo para hacer gritar a las chicas del pueblo.

–Si el cielo cayera a la tierra y la civilización dependiera de casarme contigo, no lo haría. Dejaría que el mundo se desmoronara. –Le arrancó las riendas de la mano al joven–. Te deseo buen día, Rafael.

–Sería un poco más amable conmigo, señorita. Quedan varias horas entre ahora y la fiesta de esta noche, y estoy seguro de que descubriré todo lo que hay que saber sobre este Eduardo Montéz.

El estómago de Carolina se llenó de nudos. Había olvidado la fiesta. Los comerciantes del Gran Norte vendrían a comprar ganado. Hizo una mueca. Su mamá ya estaría levantada, preparándose frenéticamente para la llegada de los invitados. Sacudió el cabello y levantó la barbilla.

–No puedo esperar.

Empezó a galopar a un ritmo peligroso. Necesitaba cabalgar. Deseaba que el viento se llevara también sus problemas.

Rafa era tan irritante. Iba a arruinarlo todo. Podría descubrir quién era en verdad Lalo. ¿Y luego qué? Tendría que explicarle a su familia que había atraído a un vampiro a su hogar y, en lugar de matarlo, lo había obligado a ser su prometido. Peor aún, ¡se había encariñado con sus rarezas! Su familia no podía saber lo que Lalo era. No podía perderlo.

Especialmente no cuando ella y Lalo estaban camino a librar al mundo de los sedientos. De un solo golpe, podría proteger a sus seres queridos y asegurarles a sus padres que estaba a salvo en Del Oro.

Apretó los dientes contra el sol cálido de la mañana. Tomó la ruta más corta a casa, cruzando las tierras áridas que aún no se habían convertido en huertos de cítricos, como su padre había planeado. Cuando la hacienda apareció a la vista, vio una carroza negra levantando polvo en el camino. Un par de baúles estaban atados a la

parte superior y trasera. Las cortinas estaban cerradas, por lo que no podía ver quién estaba adentro.

–¡Más rápido, chico! –le ordenó a Guapo.

Tan pronto como él estuvo en su establo y le dieron agua y grano, Carolina se deslizó hacia el costado de la casa, trepó por el enrejado que conducía al segundo piso y entró por la ventana a su habitación.

Nena estaba tendida sobre la cama. Movía las piernas con alegría mientras hojeaba una antigua revista de moda. Ni siquiera le echó un vistazo cuando Carolina entró sin hacer ruido a su habitación compartida.

–¿Tuviste una buena noche? –preguntó Nena.

Carolina fue rápido hacia la tabla de piso rota y comenzó a guardar sus armas.

–¿Por qué no estás buscándome como los demás?

Su prima dio vuelta otra página.

–Porque sé que puedes defenderte sola.

–¿No vas a preguntar dónde he estado?

Nena sonrió y por fin vio el aspecto desprolijo de Carolina.

–Parece que te has estado divirtiendo.

–Si crees que profanar una tumba es un buen entretenimiento, entonces, sí, fue un espectáculo.

–Qué escandaloso. –Cerró la revista y se levantó de la cama–. ¿Cómo es besar a un vampiro?

–Saca la cabeza de la letrina, prima. –Carolina colocó la tabla del piso en su lugar y se puso de pie–. No estuve toda la noche besando a nadie, *literalmente* estaba profanando tumbas.

–Ah. –Nena tuvo la osadía de parecer decepcionada.

Se quitó la ropa cubierta de tierra y se puso un respetable vestido negro y zapatillas con tacón.

–¿Para qué te estás preparando? ¿Para la golpiza que seguro te va a dar tu mamá cuando te vea?

–Mierda –susurró Carolina.

–No te preocupes. Cambié su té habitual por raíz de valeriana. Durmió como un bebé casi toda la noche. No tiene ni idea de que te fuiste.

Carolina se secó el sudor que caía de su frente. Al menos no necesitaba ponerse rubor, pues sus mejillas estaban rojizas por el sol.

–Vi una carreta cargada de baúles cuando llegué. Creo que los comerciantes llegaron temprano.

–Ya veo. –Nena se puso detrás de Carolina y comenzó a peinarle el cabello en dos trenzas.

–¿Eso es todo lo que tienes que decir? Tú, que cuentas los días hasta que lleguen los comerciantes para coquetear con ellos.

La chica se encogió de hombros.

–La gente cambia, Carolina. –Levantó la barbilla–. Tal vez yo sea una de ellas.

–¿Será por una cierta joven de ojos verdes con un cierto hermano vampiro?

Una sonrisa apareció en los labios de Nena.

–No sé de quién hablas.

Roció un poco del perfume que le regalaron en su decimoctavo cumpleaños. Luego, sujetó la mano de Nena.

–Vamos. Deberíamos darles la bienvenida a nuestros invitados antes de que mi mamá se enoje.

Se apresuraron a través de la casa. Su mamá y sus hermanos menores ya estaban allí, hablando con… Lalo. Carolina quedó boquiabierta.

Al menos lo que papá había rastreado cerca de su casa lo había dejado en paz.

Lalo vestía un abrigo grande, guantes, bufanda y sombrero. Un atuendo absolutamente ridículo, considerando que el cielo estaba de un azul brillante. Pero lo protegía de los rayos del sol. Se veía tan incómodo. No dejaba de jalar de la bufanda que tenía demasiado apretada alrededor del cuello. La sonrisa en su rostro era forzada.

Inclinó la cabeza y encontró la mirada de Carolina. El corazón de la joven dio un salto en su pecho. Algo cálido se acumuló en su estómago.

Él la había sostenido en sus brazos solo unas horas antes. La había consolado cuando a nadie más se lo había permitido. Nena y mamá lo intentaron, pero ella no pudo dejar que lo hicieran, no

cuando había sido ella la razón por la que su abuelo había sido asesinado. El abuelo había estado allí para darle un regalo de cumpleaños, para entrenarla en secreto como ella le había pedido. Ella había bajado la guardia y su sangre había atraído a más monstruos. Aparte de su sediento, nadie más entendía la carga pesada de esa culpa.

Lalo sabía cómo atravesar el pantano implacable de la tristeza.

Nunca le dijo que todo estaría bien. Ni mintió diciendo que ella no tenía culpa. Lalo solo dijo que lo sentía y la dejó llorar en su camisa. Eso fue suficiente.

Apartó la mirada de él. El calor subió por su cuello. El primer joven que la había sostenido tan íntimamente había sido el mismo tipo de criatura que mató a su abuelo. Aunque ella había llegado a ver que, a diferencia de su primo Lorenzo, su humanidad seguía intacta.

Volvió a mirar a Lalo. Su estómago se estremeció una vez más. No era por el hecho de que él estuviera en su casa ni por el momento que habían compartido bajo las estrellas. El temblor de sorpresa que recorría su cuerpo provenía del hecho de que Lalo Montéz, en ese mismo momento, se veía absolutamente adorable.

# Del diario de Jonathan Monroe de Santemala

***18 de junio de 1709***

***Intenté llevar a mi preciosa hija a una bruja en Sololá. La envolví en cuerdas hechas con cuentas de madera y cubrí nuestro carruaje para protegerla del sol. Viajamos hacia el este durante la mitad de la noche hasta que comenzó a gritar como si la estuvieran desgarrando. No pude seguir avanzando con el carruaje por temor a perderla.***

***Le envié un mensaje a la bruja, y esta fue su respuesta:***

***"No me dijiste que habías hecho un trato con un dios embaucador. No hay nada que pueda hacer. Tampoco puedes traer esa cosa aquí. Aquellos a quienes Tecuani les da una nueva vida no pueden alejarse mucho de sus tumbas como parte de su maldición. Quemaré incienso y rezaré a Xipil, diosa de la comprensión, por ti, pero temo que solo una estaca en el corazón pondrá fin al sufrimiento de tu hija".***



# CAPÍTULO 27
# Lalo

El aroma del agua de rosas fue lo primero que percibió. Luego llegaron los suaves olores de vainilla, lavanda, cuero y crin de caballo, una mezcla única y propia de ella. No pudo evitar inhalar más profundo.

Antonina se inclinó hacia ella y susurró en su oído. Se cubrió con su mano para ocultar lo que decía, pero Lalo lo oyó con claridad.

–Parece que está preparado para una tormenta invernal –dijo, Carolina soltó una risita–. La cara del pobre hombre se pone más roja con cada segundo. –Las dos rieron.

Estrellas, qué hermosa era. Solo la había visto de noche o cuando las nubes cubrían el cielo. Pero aquí, con la luz del día resaltando sus mejillas sonrosadas, era como una diosa caminando entre ellos.

–Estás mirando fijo –susurró Fernanda.

La cabeza de Lalo giró rápido hacia su hermana.

–No es cierto. –En realidad sí lo era. Pero a veces esas cosas no se podían evitar. Carolina era como un eclipse solar.

Carolina bajó las escaleras y ofreció una reverencia rápida.

–Lalo, Fernanda, ¿a qué debemos el placer?

Fue la madre de Carolina quien respondió.

–Los Montéz se quedarán con nosotros por el momento. Parece que la bestia que mató a nuestros hombres se acercó demasiado a su casa para el gusto de cualquiera.

–Ya veo. –Carolina asintió.

–¿Lalo? –La madre de Carolina observó su ropa–. ¿Te gustaría que Luz Elena tomara tu abrigo? –Señaló hacia una mujer mayor con trenzas blancas como perlas.

*Santos, sí que le gustaría.* Pronto estaría ahogándose en su propio sudor debido a la cantidad de capas que llevaba, pero no podía arriesgarse a que su piel entrara en contacto con ninguna de las docenas de ventanas que lo miraban desde arriba en la casa. Afortunadamente, su sudor parecía algo normal, a diferencia de las lágrimas negras que había derramado en el cementerio.

–En realidad, no me siento muy bien. Mi madre siempre me decía que debía sudar la enfermedad. De ahí este atuendo absurdo –dijo, riendo y señalándose–. ¿Puedo retirarme a la habitación donde me quedaré?

–Pobrecito. –La mano de la señora Fuentes fue hacia la parte superior de su pecho, justo debajo de la clavícula. Una pequeña vena palpitaba en el costado de su cuello. La boca de Lalo se llenó de saliva. La sed le mordió los intestinos y los retorció en nudos. De repente, todos los olores de la habitación eran abrumadores. Los latidos de los corazones, la sangre… Sus esencias prácticamente rogaban que las devore.

La señora Fuentes se volvió hacia la mujer a su lado.

–Luz Elena, por favor, acompaña a Lalo a la habitación de la tía Morena de inmediato.

–¡Lo haré yo! –exclamó Carolina.

Antonina soltó una risita.

La señora Fuentes alzó una ceja.

–Mija, no creo que eso sea apropiado.

–Papá hizo todo lo posible para asegurarse de que Lalo y Fernanda estuvieran a salvo, lo que significa que debe preocuparse por su seguridad. Eso también significa que debe aprobar a Lalo. Y, además, ¿no estamos básicamente comprometidos?

La mujer no parecía convencida. Lalo deseaba que lo estuviera, y pronto. Su pulso retumbaba contra su cráneo. Estaba tan sediento y caluroso. Si no se quitaba ese abrigo y bebía algo de la sangre que Fernanda había empacado en su bolsa, podría perder el control.

Su hermana, siempre astuta, intervino.

–Señora Fuentes, noté una pintura maravillosa en el salón de baile la última vez que estuvimos aquí. He estado deseando preguntarle sobre esa obra desde entonces.

El rostro de la dueña de casa se iluminó.

–¿Me creerías si te dijera que la pinté yo?

Fernanda soltó un grito.

–¿Está bromeando?

–Tienes que enseñársela, tía –intervino Antonina–. Eres tan talentosa.

–Por eso eres mi sobrina favorita –dijo la señora Fuentes con una cálida sonrisa.

Antonina rio mientras tomaba el brazo de su tía y el de Fernanda.

–Vamos a llevarla a tu sala de arte.

–¡Sí, por favor! –exclamó Fernanda.

Mientras los demás se marchaban detrás de las mujeres parlanchinas, Carolina señaló hacia el ala oeste de la casa.

–Por aquí, Lalo.

Luz Elena caminó tras ellos.

–Está bien, Luz –dijo Carolina con el tono impaciente pero amoroso que siempre usaba con su niñera. Aunque Lalo no era un experto en esa dinámica: habían tenido niñera solo seis meses de su infancia. Ella había renunciado diciendo que Lalo era demasiado quisquilloso con la comida y que Fernanda era terrible. No podía culpar a la niñera por el último comentario; Fernanda *había sido* un demonio. Aún lo era. Sin embargo, Lalo había sido un niño de lo más agradable, así que no sabía por qué se quejaba de él.

Luz Elena negó con la cabeza.

–Estar a solas no es adecuado.

Carolina entrelazó el brazo en el codo de Lalo. Él se sorprendió ante el contacto repentino. Y su apetito triplico su ferocidad. Cerró la mano libre en un puño apretado.

*Piensa en impuestos*, se dijo. *Piensa en ecuaciones matemáticas. En lo que sea, menos en Carolina tocándote.*

–Puedo caminar sin compañía junto con mi prometido –aseguró la joven.

La vieja alzó el mentón.

–El compromiso no es oficial.

Lalo intentó liberarse, la cercanía de Carolina era demasiado, pero ella lo sujetó más fuerte y lo acercó más hacia su cuerpo suave. El aroma de la chica le daban deseos de hacer las cosas más inapropiadas. Como deslizar los dedos por su cabello oscuro. O hundirle los colmillos en la piel.

*¿Qué te sucede?*, se reprendió. Era una asesina de sedientos, una que con gusto le clavaría una estaca en el corazón en cuanto no lo necesitara.

–Nuestro compromiso es real –le dijo Carolina a Luz Elena–. Así que puedo acompañar a mi futuro esposo sin que nos acompañen.

Carolina arrastró a Lalo, no tan suavemente, hacia adelante antes de que Luz Elena pudiera argumentar más. Se movieron como uno solo en silencio, caminando a un paso rápido por el largo pasillo lleno de retratos de personas que suponía que eran parientes. La gran familia Fuentes tenía el mismo aire severo pero arrogante. No había duda de que formaban parte del mismo linaje.

¿Estaba Alma en la galería? ¿Y Vidal?

Carolina se acercó más a Lalo y susurró:

–¿Todavía nos está mirando?

Lalo forzó una mirada por encima de su hombro. La niñera estaba sosteniendo un rosario y murmurando algo, observándolo con intensidad.

–Sí. Creo que está rezando.

La chica soltó una risita.

–Por tu alma, lo más probable. Es una mujer devota.

–Me gustaría que lo hiciera, de hecho –murmuró.

Lo dijo en broma, pero la verdad era que le vendría bien alguien que rezara a los dioses por él. Había matado a esas personas en la cantina sórdida de Maricela en Los Campos. Independientemente de sus propios pecados, ¿cómo podría esperar entrar a las puertas del

cielo después de algo así? ¿Había misericordia para alguien cuyas manos estaban manchadas de sangre? ¿Su remordimiento hacía alguna diferencia? ¿Podría salvar su alma matando a una última persona, Vidal?

Sus miradas se cruzaron de nuevo. Ella tenía las pestañas más largas y los labios más hermosos de todos. ¿Cómo podía una persona ser tan perfecta y hermosa? Y su aroma era tan tentador. Se metía en su núcleo. Su estómago rugió con ferocidad.

–Tienes hambre –señaló ella.

Lalo frunció el ceño al mirar las baldosas bajo sus botas.

–Siempre tengo hambre.

–¿Cómo la controlas? La sed de sangre.

–Trato de pensar en cualquier otra cosa en el mundo. En cualquier cosa. Impuestos. Libros de contabilidad. Libros. Pero sobre todo recuerdo cómo se sintió quitarle la vida a una persona.

Ella no lo había soltado, a pesar de que caminaban por el pasillo sin nadie más que sus ancestros observándolos desde arriba. ¿Qué pensarían de su bisnieta en brazos de un monstruo?

–Por eso debemos encontrar a Vidal –continuó–. No puedo vivir así mucho más tiempo, siempre sediento, tratando todo el tiempo de no ceder… Y necesito garantizar la seguridad de mi hermana.

Carolina apretó su bíceps y le ofreció una sonrisa amable.

–Eres un buen hermano, Lalo.

Una emoción cálida le obstruyó la garganta. No siempre había sido el hermano más comprensivo o paciente, pero no pasaba un día sin que tuviera en mente el bienestar de Fernanda. Le importaba profundamente su pequeña hermana, y era casi sanador escuchar que Carolina se había dado cuenta de ello. Si las cosas iban mal y cedía a la sed, al menos habría una persona que le recordara a Fernanda que su hermano la había amado.

Caminaron en silencio hasta llegar a una puerta. Carolina apartó su brazo del codo de Lalo. Con el contacto interrumpido, Lalo soltó el aire que había estado reteniendo. No podía decidir si le gustaba este lado amable de Carolina. Le hacía sentir cosas. Confusas. Al menos, cuando ella intentaba matarlo, sabía las reglas. Pero ahora, cuando

se tocaban, juraba que era como si el mundo a su alrededor se expandiera y se derrumbara al mismo tiempo.

Ella estaba de espaldas a él mientras abría la puerta. Lalo aprovechó ese momento para frotar su rostro con las manos enguantadas.

–Espera aquí –ordenó Carolina.

Luego, entró rápido en la habitación y cerró las persianas que colgaban a ambos lados de las ventanas. Incluso con la luz escasa, Lalo podía ver que cada centímetro cuadrado del espacio estaba cubierto de muebles llamativos.

–¿Mejor? –preguntó.

–Sin duda.

–Bien. –Sonrió–. Ahora puedes quitarte ese atuendo ridículo.

–¿No te gustan mis elecciones de moda? –Hizo un gesto hacia sí mismo. La bufanda, el abrigo grande, el sombrero.

Ella soltó una risita.

–En lo más mínimo.

–Fue lo mejor que pude hacer con tan poco tiempo.

–¿Qué dijo mi papá para que llegaras aquí? –preguntó de brazos cruzados.

–Fue idea mía. Pensé que sería más seguro y... –*Y tú estás aquí*–… que hará que nuestra búsqueda sea más fácil, ¿no crees?

Ella asintió.

Carolina se dejó caer sobre la cama. La misma en la que él iba a descansar en algún momento. ¿Pero cómo podría hacerlo con su aroma ahora impregnado en las sábanas?

Tomó la silla de madera que estaba metida en un escritorio y la señaló.

–¿Te molestaría sentarte aquí?

Ella levantó las cejas.

–¿Hay algún problema?

–Es solo que... no necesito...

–¿Te estoy incomodando, Lalo?

–No me gusta la suciedad en mis cosas.

Ella resopló.

–¿Te han dicho alguna vez que eres todo un aguafiestas?

–Señorita, esa frase no tiene sentido para mí, así que realmente no me importa.

–Te lo han dicho demasiadas veces como para contarlas, ¿verdad? –Puso los ojos en blanco, pero se levantó. Él contuvo la respiración mientras ella pasaba a su lado y se sentaba como la elegante dama que la hija del alcalde debía ser–. ¿Contento?

–Tan contento como puede estar uno en este tipo de situación.

Carolina hizo una pausa.

–¿Alguna vez fuiste feliz, Lalo? Quiero decir, ¿feliz de verdad? ¿Feliz como al bailar y reír bajo las estrellas?

–¿Te he dado la impresión de que alguna de esas cosas me traería alegría?

Una sonrisa astuta apareció en el rostro de Carolina.

–¿Por qué sonríes así? –preguntó él.

–Estaba pensando en qué tipo de compañero de baile serías.

–Eso es algo que nunca verá de mi parte, señorita. –Pero ¿cómo se sentiría tenerla en sus brazos y moverse como uno solo?

*No pierdas la concentración*, pensó, refunfuñando.

Necesitaban averiguar dónde podría estar el sediento original, no hablar de baile y felicidad.

–¿Hay un registro que enumere los ataques al pueblo?

–Creo que mi papá tiene uno. Debería estar en nuestra biblioteca.

–Deberíamos ir allí. Quizá podamos rastrear la ubicación de Vidal de esa manera. Si de alguna forma logramos descubrir un patrón en estos ataques...

–Son completamente aleatorios. La única coincidencia es que ocurren dentro del bosque y el valle. Eso es todo.

–¿No en la Columna del Diablo? –preguntó él. Sus pensamientos lo llevaron de vuelta al día en que se vio forzado a beber la sangre de Maricela. El pico más al sur, Punta Basilio, era el único detalle claro de su vida que pudo extraer de sus recuerdos. ¿Cómo no notar una formación rocosa con tales crestas extrañas?

–Bueno, seguro que sí, pero ¿cómo lo sabríamos? Está a unos días de viaje arduo desde aquí. Si hubo un ataque, ¿quién sobreviviría para contarnos?

–¿Conoces a alguien que haya viajado alguna vez a las montañas?

Carolina frunció los labios mientras pensaba.

Lalo apartó su atención. No necesitaba pensar en la boca de Carolina en ese momento. Arrodillándose, abrió su baúl y buscó la botella escondida entre sus cosas.

Giró la tapa y la acercó a sus labios, pero se detuvo cuando vio que ella lo observaba.

–¿Te importa? Esto no es una experiencia agradable para mí, y preferiría tener algo de privacidad.

Con un suspiro de exasperación, ella se movió en su asiento hasta que le dio la espalda.

–¿Qué pasa cuando encontremos a Vidal? –preguntó ella por encima de su hombro–. ¿Esperas que entremos sin problema a su guarida oculta y derrotemos a un vampiro de siglos de antigüedad?

–De hecho, sí... Después de encontrar la herramienta que se usó para crearlo.

Bebió un largo trago. La sangre fría de jabalí bajó en trozos gelatinosos por su garganta. Se atragantó, estuvo a punto de escupir todo, pero se obligó a tragar.

–Realmente odias el sabor de la sangre.

–Sin ninguna duda.

Los calambres que le aquejaban el estómago desaparecieron de inmediato, pero nunca sería tan fuerte como lo había sido después de esa noche en la cantina.

Tomó otro largo sorbo y luego cerró la tapa. Debió haberle parecido tan repulsivo en ese momento. Exhaló y dejó caer la barbilla sobre su pecho.

Manos que eran tanto callosas como suaves rozaron las suyas.

–Lalo –dijo Carolina suavemente. Estaba en el suelo a su lado. Tan cerca que su falda lo rozaba–. Lalo, mírame –ordenó.

Despacio, con dolor, lo hizo. *Santos, ¿por qué esta chica tenía que ser tan desconcertante?*

–Esta colaboración no funcionará si no somos honestos el uno con el otro –continuó–. ¿Puedo ser honesta contigo ahora?

Su pulso se aceleró mientras ella se acercaba a él.

Él asintió.

Carolina sonrió con suficiencia.

–Te ves horrible.

Lalo quedó atónito.

–¿Perdón?

–Y tal vez hayas aprendido a golpear y a pelear, pero no sabes usar un arma ni un poquito.

Lalo frunció el ceño, pero una sonrisa se asomó en sus labios.

–¿Te estás burlando de mí?

Ella rio.

–Lo siento. Tal vez fue grosero. Pero necesitaba sacarte de ese lugar tan triste al que iba tu mente. Ya no hay tiempo para lamentarse. ¿Cómo enfrentaremos al mal absoluto si no estás preparado para defenderte?

–Yo... –Tragó saliva–. No había pensado en eso.

–Bueno, deberías. Sé que tu cerebro te llevará a las respuestas que necesitas. Pero ¿qué pasa con el resto? Vidal no será fácil de matar.

Un respingo escapó de ella.

–¡Se me acaba de ocurrir una idea brillante!

Él soltó una risa.

–Eres tan humilde como siempre.

–Tienes razón. No debo subestimarme. Mi idea es *más* que brillante. –Sonrió radiante y lo levantó de un tirón–. Andando. Si vamos a matar a mi antepasado, necesitarás al menos saber lo básico para empuñar una espada.

Tomó el sombrero colgado de la cama y se lo puso a Lalo.

–¿Debería temer? –preguntó él con sinceridad.

Ella le dio una palmada en la mano y lo llevó hacia la puerta.

–Solo un poco.



# CAPÍTULO 28
# Carolina

Carolina y Lalo llegaron al establo vacío. Los hombres de papá habían utilizado toda la flota para buscar a los sedientos desaparecidos. Este era el lugar perfecto para entrenar.

–Abuelito solía enseñarme en esta misma habitación en los días en que la lluvia no dejaba de caer –le contó, con el corazón apretado al pensar en ello. No había tenido el valor de entrar al establo desde el fallecimiento del abuelo–. ¿Ves eso? –Señaló una abolladura en la pared. Nadie notaría que estaba ahí, pero ella lo sabía–. Abuelito y yo estábamos practicando combate cuerpo a cuerpo. Evité un golpe que venía hacia mí, y él dio con sus nudillos justo en la madera.

Lalo miró la pequeña grieta.

–¿Acaso quería hacerte daño?

Ella sonrió con melancolía.

–Por supuesto.

Soltó la mano de Lalo y corrió hacia una tabla que yacía en el suelo. Los cocheros solían tumbarse en ella mientras trabajaban en las ruedas rotas. Con un gruñido, levantó la madera y la apoyó en un poste.

Unas mil marcas de cortes marcaban la tabla gruesa. Pasó su dedo por una de ellas.

–No puedo decirte cuántas veces mi abuelo me hizo practicar lanzando mis cuchillos en esto –dijo, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Sorbió su nariz–. Me atormentaba.

–Y ahora me tocará a mí ser el objeto de tus tormentos.

Un estallido de risa salió de los labios de Carolina. Sus mejillas se encendieron. Odiaba lo fácil que él lograba hacerla reír. Lo fácil que lograba hacerla sonreír.

Controlando sus gestos, caminó hacia la gran caja de herramientas en la que su abuelo escondía sus cuchillos arrojadizos. Abrió el cajón más grande y levantó el fondo falso. Las hojas relucían ante ella. Su corazón se hinchó. Sintió a su abuelo allí, en ese momento, mirándola con la misma sonrisa orgullosa con la que siempre lo hacía.

–Te he echado de menos –susurró mientras tomaba las dagas.

Cuando se dio vuelta, vio a Lalo mirándola.

–¿Comenzamos? –preguntó, lanzando el cuchillo al aire y atrapándolo con facilidad.

Él se quitó el abrigo, se sacó los guantes y se subió las mangas. El estómago de Carolina dio un vuelco al recordar la noche en que le habían disparado a Lalo en el duelo. Ella, Nena y Fernanda lo habían desnudado para eliminar las pruebas. Carolina había intentado no mirarlo en ese entonces. Había intentado no apreciar los músculos debajo de su figura delgada, pero no había podido evitarlo. Y ahora no podía evitar desear verlos otra vez.

Respiró hondo y exhaló.

–Primero lo primero. Debemos asegurarnos de que el área esté libre de gente. No queremos apuñalar a alguien por accidente.

–No hay nadie –respondió Lalo, seguro.

–¿Cómo lo sabes con certeza?

Señaló hacia sí mismo.

–Vampiro, ¿recuerdas?

–Qué tonta soy por olvidarlo. –Ella dio un paso a su lado–. Ahora que sabemos que estamos a salvo, enfoquémonos en tu postura. ¿Escribes con la mano izquierda o la derecha?

–Con la derecha.

–Perfecto. Entonces, comenzarás con la pierna izquierda.

Lalo adelantó el pie. Pero su cuerpo estaba demasiado rígido. Sus manos, demasiado tensas.

–Relájate –ordenó.

–Esto *soy* relajado.

Carolina sonrió. Colocó sus manos sobre los hombros de Lalo. Los ojos del chico se abrieron de par en par. Antes de que pudiera decir algo, ella lo sacudió con fuerza.

–¿Qué...?

Ella rio.

–Estoy tratando de aflojarte. –Tomó su cintura y giró sus caderas–. Estás rígido como esa tabla. –Lo movió de un lado a otro hasta que Lalo también sonrió. Y, estrellas, qué sonrisa tenía.

–Creo que ya estoy bastante suelto.

Sintiéndose un poco orgullosa, Carolina puso la primera daga en su mano. Estas hojas estaban forjadas en acero, no en obsidiana, por lo que él podía manejarlas con facilidad.

–Lanza esto al centro de la tabla.

Lalo suspiró.

–"No soy un hombre hecho para pelear, sino para el amor".

Carolina se burló.

–Esa es la peor línea que Pío Parra jamás haya escrito.

Lalo alzó las cejas.

–¿Lo piensas en serio?

–Lo sé. Amar es pelear. Tienes que luchar por el amor todos los días. ¿No estás de acuerdo?

Él frunció los labios.

–Supongo que tienes razón.

Ella se llevó la mano a la oreja.

–Dilo de nuevo.

Lalo resopló.

–No creo que tu ego necesite más aliento.

Levantó la daga y la lanzó hacia el tablero. La daga golpeó la madera y rebotó en la tierra.

–Ya veo el problema –Colocó otra daga en su mano. Cuando él la agarró, ella envolvió sus dedos alrededor de su muñeca y presionó su cuerpo contra el de él–. Cuando llegues hasta aquí... –movió su brazo paralelo al nivel de sus ojos– suelta la daga. No muevas la muñeca. Solo abre la mano y deja que la daga haga el resto.

–Parece fácil.

–No lo es. Pero si practicas un millón de veces más, tal vez por fin aciertes.

Él rio.

–No estoy tan seguro de que tengamos tanto tiempo.

–Tal vez no. Pero tienes la velocidad y fuerza de un dios corriendo por tus venas. Seguro eso te da una pequeña ventaja. Concéntrate en cómo se siente tu cuerpo. Usa esos instintos... sobrenaturales.

Carolina soltó su muñeca y se alejó.

–Intenta ahora.

Lalo hizo lo que le dijo. Dejó que la fuerza que intentaba controlar fluyera a través de él. Liberó la daga. Esta se clavó en la parte superior del tablero. No fue un tiro directo al centro, pero al menos se quedó allí.

Ella aplaudió.

–Bien hecho. Ahora hazlo de nuevo.

–¡Carolina! –gritó uno de los gemelos a lo lejos.

–¡Carolina, necesitas venir a ayudar con la decoración! –agregó el otro.

Resopló.

–Tengo que irme. –Le dio una palmadita en el brazo–. Sigue practicando. Le diré a mi mamá que te excuse del almuerzo porque te sientes mal. Regresaré tan pronto como pueda. Hay mucho de qué hablar antes de la fiesta de esta noche.

Él asintió atónito, luego se detuvo.

–¿La qué?

# Del diario de la señora Llanos (rumores del pueblo)

***Los Fuentes son una familia piadosa e íntegra. Sería el deleite de cualquier madre ver a su hija casarse con alguien de esa familia. De hecho, mi querida sobrina espera una propuesta de matrimonio en cualquier momento por parte del hijo de Rufino. Sin duda, formarían una pareja muy hermosa.***

***Pero un día le dije a mi Nacho: "Nacho, incluso las mejores familias tienen secretos que desearían que quedaran enterrados".***



# CAPÍTULO 29
# Lalo

Practicó el lanzamiento de dagas hasta que escuchó los cascos y el crujir de las ruedas de madera. Dado que no quería dejar la tabla y las cuchillas expuestas, las puso de nuevo en el mismo lugar donde había visto que Carolina las encontró. Tomó su abrigo, se lo echó sobre los hombros y se dirigió hacia la puerta más alejada del sitio donde percibía que los carruajes estaban entrando.

El sol ya había comenzado su descenso. Pero el dulce alivio de no tener que preocuparse por quemarse vivo sería breve. Pronto tendría que soportar otra vez una reunión social. Suspiró ante la noche que le esperaba. La gente se agolpaba por los terrenos de la hacienda. Habían colgado papeles coloridos, cortados para parecer encaje, desde los árboles hasta los edificios exteriores. Los hombres estaban reunidos alrededor de un cazo, revolviendo algo en un recipiente de aceite burbujeante. Las puertas del granero estaban abiertas de par en par, y había gente barriendo el suelo de tierra y llevando mesas y sillas.

–Por los santos del cielo, ¿por qué alguien haría una fiesta en un momento como este? –se preguntó Lalo en voz alta. La idea era absurda. Claro, los guardias del señor Fuentes estaban afuera

cazando, pero ¿y si un sediento se colaba a través de su vigilancia? Un sediento como Maricela.

Aunque, supuso que, con tanto ajetreo, Lalo podría colarse a la biblioteca sin ser visto. Necesitaba ese registro que el padre de Carolina había hecho.

Metió los brazos en su abrigo y se deslizó hacia la casa principal. Entró por el recibidor. Había aprendido a controlar a los perros enormes que vigilaban los corrales de gallinas cercanos. El acto había sido bastante sencillo gracias a los consejos de Adrián. "Tienes que mostrarles quién es el patrón", le había dicho el chico. Y Lalo lo había hecho.

–¡Sentados! –les ordenó a los perros con su voz más autoritaria. Y los perros, para su deleite, le obedecieron.

Poco a poco, abrió la puerta que conectaba el recibidor con el pasillo principal de la casa. Oía risas y charlas alegres provenientes de la cocina. Sentía el aroma de cebollas y nopales fritos en las sartenes. Si aún tuviera algún anhelo de comida, sabía que su boca estaría llenándose de saliva en ese preciso momento.

Encontró rápido el camino hacia la biblioteca. Cerró la puerta tras de sí y comenzó a buscar entre todos los textos. Era asombroso que una hacienda tan alejada de la ciudad tuviera tantos libros increíbles. El aroma de Carolina permanecía en cada rincón de la habitación. Ella había tocado cada maldito libro. Una sonrisa asomó en su rostro al pensar en ella sentada en la silla de cuero, leyendo sobre el amor y la pérdida, cerca de la ventana.

Qué mujer tan extraña y brillante que era.

Lalo frunció el ceño. No tenía sentido pensar en ella de ninguna manera. Incluso si encontraban a Vidal, no había garantía de que Lalo saldría vivo de ese enfrentamiento. Vidal era viejo, y seguramente difícil de erradicar. Y cuando cortaran el lazo con el poder de Tecuani, la conexión de Lalo con este mundo podría romperse y eso lo mataría en el proceso. Morir de forma definitiva valdría la pena al final, porque sabría que su hermana estaría a salvo de Maricela y de toda la raza de vampiros. Y Carolina también.

El aroma a tinta fresca le llegó a la nariz. Siguió el olor. Podría no ser nada, pero no estaba logrando mucho solo mirando los libros

bien cuidados.

Su nariz lo llevó al gran escritorio en la parte trasera de la biblioteca. Los papeles estaban apilados de manera organizada. Había recibos de facturas y cartas de los pueblos cercanos. Pero nada importante en lo que a Lalo respectaba.

Echó un vistazo rápido a la puerta. Nadie venía. No escuchaba latidos. Y su corazón latía con tanta debilidad que apenas podía contarlo.

Abrió el primer cajón. Solo pergamino en blanco y herramientas para escribir. Abrió el segundo y encontró billetes y monedas. Ver tanto dinero tirado por ahí lo hizo pensar en el negocio de su propio padre. Había dejado una nota al abogado de su padre antes de que él y Fernanda huyeran. Esperaba que hubiera hecho lo que le había pedido y que hubiera ocultado su herencia compartida en una cuenta con un nuevo nombre.

Cerró el cajón y fue por el tercero. Estaba cerrado. Movió el pomo, pero no se abrió.

Romper el mecanismo no serviría. En primer lugar, no era correcto destruir la propiedad de alguien. En segundo lugar, en el momento en que el señor Fuentes viera que estaba dañado, deduciría que alguien había estado allí.

Lalo abrió el primer cajón y tomó unas tijeras y una delgada tira de metal que se usaba para revolver tinta. De rodillas, se puso a trabajar intentando desbloquear la cerradura. No era un experto, pero Fernanda había dejado encerradas sus llaves dentro del joyero algunas veces.

Escuchó pasos en el pasillo. El golpeteo familiar de los latidos resonó en sus oídos, seguido de voces.

Los ojos de Lalo se agrandaron. El señor Fuentes se acercaba.

Metió las tijeras en la parte inferior de la cerradura, luego insertó la varilla delgada. Presionó ligeramente la tira metálica sobre los dientes que mantenían la cerradura en su lugar.

El señor Fuentes estaba cerca de la biblioteca. Los dedos de Lalo comenzaron a temblar. Dejó caer su herramienta y maldijo. La recogió del suelo y empezó de nuevo.

–Ah, sí –dijo el señor Fuentes–, nuestras vacas son las mejores de Abundancia.

–¿Pero está dispuesto a ofrecer los mejores precios, señor? –preguntó una voz con acento.

El señor Fuentes soltó una risa.

–Querrán pagarme el doble cuando vean el cuero que producimos.

Los dos rieron con ganas.

–Vamos, vamos –susurró Lalo, intentando hacer lo mejor posible para encontrar la técnica correcta.

Con un suave *clic*, la cerradura cedió. Giró las tijeras y el cajón se deslizó. El aroma a tinta fresca llegó a sus sentidos. Un libro grueso con los bordes ennegrecidos reposaba solo dentro del cajón. Un intrincado escudo con una calavera de toro y flores estaba pintado sobre el cuero.

Tomó el libro justo cuando giraba el picaporte de la puerta de la biblioteca.

Cerró los cajones lo más silenciosamente posible y se metió debajo del escritorio lo máximo que pudo.

La puerta se abrió, y los dos hombres entraron.

–Estaba pensando en esa birria que nos cocinó tu esposa la última vez que los visitamos –dijo el otro hombre–. No he probado nada tan sabroso en todos mis viajes.

–Ni lo probarás. Pero espera a que pruebes las carnitas que mis hombres están preparando ahora mismo.

Lalo apretó los ojos mientras el señor Fuentes se acercaba. ¿Qué diría si lo atrapaban?

*Camino sonámbulo.* ¿Y robo propiedades ajenas durante ese tiempo? No, eso no funcionaría.

*Entré aquí a leer y vi este libro en el suelo.* Y... ¿me tropecé bajo el escritorio? Patético.

–Aquí está –exclamó el señor Fuentes. Lalo escuchó un papel rasgarse–. La lista de tarifas para nuestras vacas y bueyes.

La habitación quedó en silencio. *Deben ser unas tarifas importantes.*

–¿Qué tal si discutimos esto con unas cervezas? ¿Bebes, Jocobo?

–Tal vez empiece después de ver este documento.

Un rugido de risa brotó del señor Fuentes.

–Vamos, tengo mezcal listo con el hielo que trajiste.

Las voces de los hombres lentamente se apagaron mientras se alejaban.

Lalo dejó escapar un profundo suspiro y se desplomó. Eso había estado demasiado cerca. Despacio, salió de debajo del escritorio. Abrió el libro y un trozo de papel doblado cayó al suelo. Se agachó, lo levantó y abrió el papel, extendiéndolo sobre el escritorio. Sus ojos se agrandaron. El árbol genealógico de la familia Fuentes estaba dibujado con tinta negra y parecía remontarse cuatro o cinco generaciones atrás. Pero eso no fue lo que le quitó el aire. Fueron las pequeñas X al lado de tantos de sus nombres.



# CAPÍTULO 30
# Carolina

ALGO QUE LALO LE HABÍA DICHO ANTERIORMENTE RONDABA SUS PENSAMIENTOS mientras barría el granero polvoriento en preparación para la fiesta de esa noche.

Él le había preguntado sobre la Columna del Diablo.

Su primo Lorenzo siempre había estado obsesionado con la cima de la montaña. Quería ser sanador cuando creciera y pensaba que quizás en los bosques de allí habría flores y hierbas con propiedades beneficiosas. Cuando vio a Lorenzo de nuevo la noche en que mataron al abuelo, se veía demacrado. Sus piernas y pies estaban destrozados, como si hubiera caminado a través de zarzas y terrenos ásperos. ¿Podría ser que hubiera estado intentando regresar a casa después de su conversión en algún lugar lejano?

Carolina observó a su mamá, que estaba sentada en una silla acolchonada fuera de las puertas del granero, dando órdenes a cualquiera que no tuviera ya una tarea asignada. Con tanto revuelo, sin duda mamá no notaría que Carolina se ausentara unos instantes. Barría de un lado a otro, dando pasos lentos hacia el otro extremo del granero. Y cuando su madre giró la cabeza para gritarles a los gemelos, aprovechó para escapar.

Tía Sofía era la madre de Lorenzo y la hermana menor del abuelo. Ella y su esposo, Javier, vivían en una de las casitas dentro de la hacienda. Antes de que Lorenzo desapareciera, la casa siempre estaba llena de risas y relatos. Carolina no había tenido el valor de visitar a su tía, no desde que ella y su abuelo habían sido los encargados de matarlo. Pero ahora no tenía más opción.

Si Lorenzo realmente se había dirigido hacia la Columna del Diablo, podría significar que lo habían transformado en esa área. Lo que podría implicar que el refugio de Vidal estuviera allí. Esa idea era una probabilidad remota, pero también lo era la de un sediento desesperado viajando hacia el norte en busca de una manera de revertir una antigua maldición y encontrándose con una horda de cazadores de vampiros.

Se detuvo en seco al ver a tía Sofía sentada en un pequeño banco cerca de una fuente burbujeante. La mujer parecía mucho más pequeña ahora. Como si el dolor por la pérdida hubiera drenado su esencia. Llevaba una manta sobre los hombros, aunque la temperatura era especialmente cálida para ser otoño.

Tragando saliva, Carolina se obligó a acercarse.

–Tía Sofía –dijo con suavidad.

Los ojos grises de su tía se encontraron con los suyos. El cuerpo de Carolina se tensó. ¿Iba su tía a gritarle? ¿Iba a decirle que la muerte del abuelo era su culpa? ¿Iba a culparla de alguna manera por la muerte de Lorenzo también?

–Carolina –susurró la tía Sofía. Le ofreció una sonrisa triste y palmeó el banco a su lado.

Despacio, Carolina se sentó. Frunció el ceño. ¿Cuándo había pasado su tía de tener el cabello negro y espeso a tener una cabellera plateada?

–Lamento no haber ido a hablar contigo desde aquella noche tan terrible, mija –agregó la mujer.

Carolina alzó las cejas, sorprendida.

–Perdiste a tu hermano y a tu hijo. Soy yo quien debería disculparse por no haber venido antes.

–El dolor era demasiado crudo para las dos. Nunca más juzgaré a una persona por la forma en que llora a sus seres queridos.

–Ni yo –concordó Carolina. Y era cierto. Lo que sea que alguien hiciera para sobrevivir a una pérdida insoportable, al menos en el primer golpe inicial, era exactamente lo que necesitaban hacer.

–Hasta que mi Lorenzo apareció en la hacienda como un vampiro, yo mantenía la esperanza. –Su tía se envolvió la manta más fuerte sobre los hombros–. La esperanza es algo extraño, ¿no crees? Puede sacarte de tus pensamientos más oscuros, pero también dejarte destruido si no lleva a nada.

Los ojos de Carolina se llenaron de lágrimas.

–Ahí es cuando debemos apoyarnos en las personas que más nos quieren –continuó–. Ellos nos mantienen firmes y hacen el trabajo de conservar la esperanza por nosotros cuando ya no podemos hacerlo. –Apretó la mano de Carolina.

*También podrían intentar asegurarse de que nadie más se sintiera así*, pensó Carolina. Y estaba más decidida que nunca a encontrar a Vidal. Y terminar con esta maldición abominable.

–¿Puedes contarme sobre los últimos días de Lorenzo? ¿Sabes a dónde iba cuando desapareció?

Tía Sofía frotó el borde deshilachado de su manta.

–Esta era de Lorenzo. Dormía con esta misma cobija todas las noches. Mi hijo era el chico más dulce, lo sabes.

–Lo sé.

–Me escuchaba quejarme de mis huesos doloridos. Javier y yo lo tuvimos ya tarde en la vida, y sé que él se preocupaba por nosotros. Me dijo que hay hierbas sanadoras que crecen en la cresta de la Columna del Diablo.

Apretó con más fuerza la mano de su tía. Así que su primo iba rumbo a la Columna del Diablo. *Infierno bendito.* ¿Habrá tenido contacto con Vidal? Relajó su agarre y controló sus expresiones antes de que la mujer lo notara.

El mentón de su tía tembló.

–Fue allí por mí.

–Debes saber que su muerte no fue tu culpa, tía.

–Lo sé. Mi hijo arriesgó todo para aliviar mis cargas, y *eso* es lo que recordaré. –Su tía suspiró–. No dejes pasar ni un momento sin

amar a las personas que te importan con todas tus fuerzas. Ama con ferocidad, mija.

Las lágrimas cayeron por las mejillas de Carolina.

–Lo haré, tía.

Su tía le dio una palmada en la rodilla.

–Ahora, ve. Prepárate para la noche. Baila con el chico que te robó el corazón.



Carolina mordió el interior de su mejilla mientras pensaba en la conversación con su tía. Su encuentro la había dejado vulnerable y con el corazón roto de nuevo, pero también le había dado una nueva pista. Lorenzo había ido hacia la Columna del Diablo.

Sus ojos recorrieron el granero que ya se estaba llenando de gente. Papá se alzaba por encima de un grupo de invitados, hablando animadamente sobre un toro de raza. El grupo que lo rodeaba llevaba túnicas gruesas forradas de piel, típicas del Gran Norte. Venían dos veces al año a la costa occidental de Abundancia y solo una vez al año a Del Oro, para comerciar con los rancheros. Cuando lo hacían, papá vaciaba su granero más grande y organizaba una fiesta extravagante con un baile. El baile solía durar hasta bien entrada la madrugada.

Giró y comenzó a caminar hacia la casa principal en busca de su vampiro, pero se detuvo justo antes de chocar con una mujer que llevaba un vestido color ciruela.

Carolina se llevó las manos al pecho y, sin aliento, se disculpó.

–Perdón, no la vi.

La mujer sacudió su largo cabello rojo hacia un lado. Llevaba un sombrero de ala ancha que cubría la mayor parte de su rostro, pero Carolina pudo ver su hermosa sonrisa.

–No te preocupes, querida. Me dicen que soy bastante silenciosa.

La voz de la mujer era suave y cálida. O tal vez seductora sería una mejor palabra para describirla.

Algo en ella erizó los vellos de la nuca de Carolina. Pero si era una de las esposas o hermanas de los comerciantes, no podía ser grosera.

–Soy Carolina Fuentes –se presentó, inclinando la cabeza–. Bienvenida a nuestra casa.

–Gracias, Carolina –respondió la mujer, extendiendo una mano enguantada–. Soy Maricela.

Carolina rodeó con sus dedos el encaje negro y le estrechó la mano.

–Un placer conocerla.

–Créeme cuando te digo que el placer es mío –dijo Maricela, mientras una sonrisa lenta curvaba sus labios hacia arriba.

Había algo en Maricela, algo en la forma en que movía la mandíbula, que le resultaba extrañamente familiar.

–¿Nos hemos conocido antes? –preguntó Carolina.

–No. Al menos no cara a cara. Pero estoy segura de que pronto nos conoceremos muy bien.

–¿Sí?

Un pequeño grupo de jóvenes pasó corriendo. Fabiola, siempre la más ruidosa del grupo, reía mientras hablaba de un chico guapo. Los ojos de Carolina las siguieron hasta la entrada. La multitud abrió paso y en el centro estaba un joven alto con un charro color vino.

Quedó boquiabierta. Había visto a Lalo con sus trajes oscuros, que eran la moda de la ciudad, pero nunca lo había visto en algo tan perfectamente ajustado a su figura. Lucía... Era... Tragó saliva. Lalo era más que atractivo.

Recordó sus modales y regresó su atención a Maricela, pero la mujer ya se había ido.

–Qué persona tan extraña.

Las jóvenes del pueblo rodeaban a Lalo. Una de ellas pasó su mano sobre el delicado bordado del abrigo del muchacho. Su garganta subía y bajaba. Su columna estaba tensa, recta como una vara. Había tantos aromas a su alrededor, que debía estar muriendo por dentro.

Antes de que pudiera intervenir y salvarlo, Fernanda y Nena lo sacaron de la multitud. Lalo rio por algo que Nena, siempre tan coqueta, le estaba diciendo. Probablemente le estaba contando alguna anécdota vergonzosa de la infancia de Carolina. Solo podía imaginar cuál de todas. Había hecho tantas cosas humillantes. Como aquella vez que intentó montar a Rey, su viejo y gruñón macho cabrío, a través de los huertos. Él la tiró de un golpe, y ella cayó de cara en el lodazal. O cuando intentó treparse por la muralla del corral y su vestido se atascó en unas estacas de hierro. Tuvo que correr a casa vestida solo con sus enaguas. Era un misterio cómo había logrado evitar el escándalo.

Lalo reía, y el estómago de Carolina dio un vuelco. Se sorprendió al darse cuenta de que estaba... celosa. Quería ser *ella* quien lo hiciera reír.

Los pies de Carolina comenzaron a moverse antes de que siquiera se diera cuenta. Caminaba tan rápido, con los ojos centrados en intentar leer los labios de Nena, que no vio a Rafa interponerse en su camino. El rostro de Carolina chocó de lleno contra su pecho.

–Cuidado –dijo Rafa–. Casi me tumbas.

Carolina se frotó la cara.

–Lo dudo mucho.

Recordó sus modales y ofreció una pequeña reverencia.

–¿Cómo estás, Rafael?

–Mucho mejor ahora. –Su sonrisa era grande y amplia–. ¿Te gustaría saber algo?

Ella resopló.

–No en verdad.

–Esta noticia te resultará bastante fascinante.

Puso los ojos en blanco y trató de rodear al joven.

–No creo que lo que tengas que decirme me interese en lo más mínimo.

–Es sobre ese chico con el que insistes en casarte.

Carolina respiró hondo, pero su cuerpo zumbaba de tensión de pies a cabeza.

–Lalo no es quien tú crees –aseguró Rafa, con aire de suficiencia.

Ella lo miró fijo.

–Sé todo lo que necesito saber sobre él.

–Nadie ha oído siquiera el nombre de Eduardo Montéz en Puerto Blanco. Ni una sola persona. Lo que me hizo preguntarme, ¿por qué será?

–¿Será que el tipo de personas con las que hablas no se mueven en los mismos círculos sociales que él?

Rafa hizo una mueca.

–Es poco probable. Luego hablé con un socio de negocios en la capital. Dijo que un hermano y una hermana adinerados con los mismos nombres que tus nuevos amigos, pero con el apellido Villalobos, de repente huyeron de la ciudad, y dejaron atrás el próspero negocio de su padre.

–Basta, Rafa.

–Todos hablan de eso. Los hermanos dijeron que irían al este, pero bien podrían haber venido aquí. Esos dos están huyendo de algo. Lo siento en mis huesos.

–Basta. Perdiste el duelo. Sé que no estás acostumbrado a perder, pero debes seguir adelante. No necesitas inventar rumores ridículos solo porque no conseguiste lo que querías.

–No te dejes engañar, Carolina.

Se puso tensa y dijo:

–Lalo te ha superado en todos los aspectos. Es más inteligente que tú, más amable y mucho más guapo. Así que aléjate.

Carolina dio media vuelta y se detuvo.

Allí, de pie frente a ella, estaba Lalo. Las mejillas de Carolina se sonrojaron. Por la intensidad de su mirada, seguramente había escuchado toda la conversación.

–¿Este hombre te está molestando? –preguntó Lalo–. ¿Acaso no ha aceptado aún que tu corazón me pertenece?

Las rodillas de Carolina se debilitaron. No había escuchado a Lalo hablar con tanta seguridad. Le gustaba. Mucho.

–Esto es absurdo –gruñó Rafa.

–Lo absurdo, señor, es que no parece entender cuando una mujer ya ha terminado de hablar con usted. Le sugiero que se dé la vuelta antes de hacer el ridículo aún más de lo que ya lo ha hecho.

La mandíbula de Carolina cayó. ¿Acaso esa voz firme había salido de Lalo, el mismo Lalo que entraba en pánico si sus pantalones se ensuciaban? Rafa apretó los puños a los costados, pero hizo lo que le pidió. Sin embargo, cuando pasó, su hombro chocó con el de Lalo.

Carolina esbozó una sonrisa amplia.

–Eso fue brillante.

Lalo frotó su nuca.

–Me temo que mi nuevo talento para lanzar dagas me ha vuelto arrogante.

Un resoplido de risa escapó de Carolina.

Pero mientras miraba los ojos de Lalo, tuvo que recordarse que esto, *todo* esto, era solo una alianza de conveniencia. A él en realidad no le importaba.

Entonces, ¿por qué su corazón de repente se sentía mil veces más grande? ¿Por qué quería tomar su mano y bailar con él durante el resto de la noche, como había sugerido su tía Sofía?

–¿Carolina? –Su voz era suave como la lluvia de verano.

Su estómago se anudó, su cuerpo la traicionaba una vez más.

Ella despejó su garganta.

–¿Sí?

–¿Bailas conmigo?

–Pues... –Carolina tragó saliva. Sus axilas comenzaron a sudar. Tenía las palmas pegajosas. Sentía cosquilleos por todo el cuerpo. Era la sensación más extraña que jamás había experimentado.

Negó con la cabeza.

–Creo que necesito aire.

Pasó junto a Lalo y salió corriendo del granero, ignorando las miradas fijas de todos en su espalda. Vio a la mujer de sombrero de ala ancha escondida en las sombras. Incluso desde esa distancia, Carolina pudo ver la sonrisa maliciosa que parecía preferir doña Maricela.

Los brazos de Carolina se movieron más rápido. Corría sin dirección, solo quería poner distancia con ese chico.

Cuando estuvo bastante lejos, se detuvo y descansó las manos sobre las caderas.

–¿Qué me pasa? –jadeó.

–Iba a hacerte la misma pregunta.

Carolina dio un brinco. Se dio vuelta, su espalda golpeó una vieja cerca de madera.

–¿Lalo? –jadeó.

Él la había seguido.

–¿Qué pasó? –preguntó él–. Pensé que estábamos dando un gran espectáculo.

A Carolina le dolía el corazón. Un *espectáculo*. Sí. Claro. Eso era todo lo que esto era. Había cosas más grandes en juego. Ella y Lalo iban a erradicar a los vampiros. Ella mantendría a sus seres queridos a salvo *y* podría quedarse en Del Oro.

Sus sentimientos por Lalo no deberían ser un problema.

*Estúpido cerebro*, se reprendió a sí misma. *Estúpido cuerpo.*

Se apartó de la cerca.

–Perdón por haberme ido corriendo. Me sentí mal de repente. Pensé que iba a vomitar.

Los ojos de Lalo se abrieron de par en par.

–¿Necesitas algo?

Dio un paso más cerca de ella.

–¡No! –Bajó la voz–. Quiero decir... Estoy bien. Trotar me hizo bien.

–Ya veo. –Lalo inclinó la cabeza hacia atrás y suspiró–. De todos modos, prefiero estar aquí fuera. Toda esa gente apiñada, bailando y sudando, estaba volviéndose abrumadora. La verdad es que nunca me gustaron las reuniones de ese tipo, ni siquiera antes de ser... ya sabes.

–¿En serio? –Ella esbozó una sonrisita–. Jamás lo habría imaginado.

–Sé que es difícil de creer que no era la joya de la alta sociedad, pero es cierto. Nunca me he sentido cómodo entre la gente. Y cuando lo estoy, mi boca hace lo que quiere. No te imaginas cuántas veces me fui de una fiesta temprano porque me humillé en una conversación. No he... –Se detuvo–. Olvídalo... ¿Te sientes mejor?

–¿No has qué, Lalo?

–Nada. Probablemente solo te reirías de mí.

Una sonrisa jugó en los labios de Carolina.

–Ahora tengo que saber.

Él volteó la cabeza hacia el granero. Incluso desde esa distancia, se oía la música lenta.

Lalo tragó saliva.

–Nunca le he pedido a nadie que baile conmigo.

Estaba a punto de burlarse de él, pero la pura mortificación en su rostro la hizo controlar sus expresiones.

–¿Por qué no? Estoy segura de que todas las jóvenes en esas fiestas deseaban que les pidieras bailar.

–Supongo que temía parecer tonto o que se rieran de mí. Pero sobre todo porque... no me gusta la gente.

Una risa sincera escapó de ella.

–Tú y yo somos mucho más parecidos de lo que pensaba al principio.

Él soltó una pequeña risa, y su cuerpo se relajó. Carolina se preguntó qué más podría decir para sacar ese lado divertido de Lalo.

*Ya basta*, se reprendió. Su cortejo no era real.

Carolina cambió de tema.

–¿De qué hablaban tú y Nena antes de que quedara como una tonta?

Él movió la bota por la tierra.

–Ella me recordaba lo especial que eres. Me dijo que cualquier hombre sería afortunado de tenerte, aunque a veces seas un tormento.

–¿Y qué le respondiste? –Sus ojos miraron a Lalo. Con la luz de las velas del granero y las antorchas que parpadeaban en la brisa detrás de él, parecía hecho de la misma noche. Le gustaba mirarlo en cualquier luz, pero allí, alejada de la multitud, con solo las estrellas y la luna como testigos, Carolina pensaba que Lalo era la persona más hermosa de todo el mundo.

–Estuve de acuerdo con ella –dijo él, moviéndose despacio hacia ella–. Eres excepcional.

Carolina sostuvo su mirada. Era buena para huir de sus emociones o de lo que la hacía sentir vulnerable. Pero después de hablar con su tía, después de sentirse tan expuesta pero a la vez poderosa, se dio cuenta de que no quería esconderse de él.

–Lalo, me dijiste que nunca le habías pedido a nadie salir a bailar, ¿cierto?

Él alzó las cejas.

–Bueno –prosiguió–. No es cierto. Le *has pedido* a alguien bailar. –Se señaló a sí misma–. A mí.

–Sí. Pero no recuerdo haber recibido respuesta.



*Baila con tu amor. Baila hasta que tus rodillas duelan y tus huesos se vuelvan frágiles. Hasta que tu cabello se vuelva blanco. Y cuando encuentres a tu amor en el cielo, baila aún más.*

–Pío Parra, *Lamentaciones del corazón*



# CAPÍTULO 31
# Lalo

–Sí –DIJO ELLA.

Él tragó saliva.

–¿Sí?

Carolina puso los ojos en blanco. Se adelantó y colocó una mano sobre el pecho de Lalo. El cuerpo del chico tembló ante el contacto.

–Mi respuesta es sí. Bailaré contigo.

–¿Aquí? –preguntó él, señalando a su alrededor. Estaban solos, salvo por las gallinas que dormían en sus perchas en el gallinero cercano. Y los perros. Esos malditos perros siempre parecían estar cerca.

–¿Por qué no? Aún podemos escuchar la música. Y todos creen que estamos enamorados.

Maldita sea, él también creería que estaban enamorados, si fuera un espectador, solo por la forma en que ella le sonreía.

–Podríamos hacer el papel de amantes –continuó–. Bailar juntos será divertido.

–¿Divertido? Ahora que lo pienso...

Ella le sujetó las manos.

–Vas a bailar, Lalo, o verás.

–Realmente eres un tormento.

Ella hizo una pequeña reverencia.

–Gracias.

Antes de que pudiera decir algo más, ella lo hizo moverse al ritmo de la música. No era una canción lenta y elegante, sino rápida y vibrante. Sus botas se deslizaban y movían sobre la tierra, levantando polvo que le hacía cosquillas en la nariz. Ella giraba, sujetando su falda de manera que mostraba una hermosa gama de colores. Pisoteaba, aplaudía y reía.

Se encontró haciendo lo mismo. No levantando faldas, claro, pero sí riendo. Reía con todo el pecho. No sabía si alguna vez había hecho algo así.

–Tienes talento natural –aseguró ella entre vueltas.

–Es fácil aprender con alguien como tú.

Ella puso las manos sobre los hombros de Lalo, él las puso en la cadera de Carolina, y juntos recorrieron el amplio espacio. La sonrisa que brillaba en el rostro de la chica era tan impresionante como el cielo nocturno. Era vasta, interminable y llena de misterios que él sabía que podría pasar su vida investigando. La inclinó hacia atrás y sintió cómo su propio rostro se curvaba en una sonrisa.

Pero luego, la música se fue suavizando y eventualmente se detuvo.

Y fue lo más miserable que le había ocurrido. Si pudiera, obligaría a los mariachis a nunca parar.

Se quedaron allí un momento, mirándose el uno al otro, balanceándose al compás de la melodía fantasma que aún flotaba en el aire.

–¿En qué piensas? –quiso saber ella.

–Me preguntaba por qué he esperado tanto para bailar. Tuve que convertirme en un monstruo para entender lo que me estaba perdiendo. Y eso que me perdía era mi propia vida.

–¡Carolina! –llamó la señora Fuentes desde el granero.

–¡Un segundo, amá!

–Ahora, hija.

Carolina hizo una mueca.

–Creo que voy a meterme en problemas por esa escena con Rafa.

–¿Quieres que te acompañe? Fue en parte mi culpa.

–No –dijo ella y le sonrió–. Pero gracias.

Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

Un estallido de fuego puro recorrió el cuerpo de Lalo. Le sorprendió no haberse incendiado en ese momento. Su mano fue directo a su cara, al lugar donde sus labios habían dejado su marca ardiente.

–¿Por qué fue eso? –preguntó él.

–Por el baile. –Miró por encima del hombro mientras su madre la llamaba de nuevo–. Te buscaré en cuanto mamá termine de regañarme.

Y con eso, salió corriendo. Él la observó irse. Ella rio y esquivó a una mujer delgada que estaba en las sombras, pidiendo disculpas antes de desaparecer en el granero.

Solo, confundido y, por alguna razón inexplicable, un poco triste, se dirigió hacia su habitación. Necesitaba alimentarse de nuevo para calmar el ardor de la sed que le rasgaba la garganta.

Acababa de entrar a la casa cuando una voz retumbó por el pasillo.

–¡Ahí estás! –exclamó el señor Fuentes.

Lalo giró. Tres hombres estaban detrás del padre de Carolina. Reconoció a Jorge del viaje. Había un hombre mayor que tenía una versión más curtida del rostro de Jorge. Lalo supuso que era su padre. Y luego estaba Rafa, que lo miraba con desprecio suficiente para llenar el valle entero.

Tragó saliva.

–Ven –agregó el hombre–. Si quieres ser parte de esta gran familia, debes saber lo que hacemos.

–¿Cuidar el ganado? –preguntó Lalo, rezando a todos los santos que el señor Fuentes se refiriera a eso. Pero por la risa profunda que provenía de los otros hombres, sabía que no era así.

–El ganado es importante, por supuesto –dijo el señor Fuentes, asintiendo–. Pero hay cosas más valiosas que ganar dinero.

Se acercó más a Lalo, sus ojos oscuros se volvieron serios.

–Como proteger a las personas que amamos. Este pueblo y todos los que viven en él.

–¿Sabes montar a caballo? –preguntó Rafael, con el mentón tan alto que estaba seguro de que tendría dolor de cuello al día siguiente.

–Sí, sé. –Él levantó el mentón también, más alto que el de Rafael por al menos un centímetro–. He ganado muchas carreras en mis tiempos.

No sabía por qué había dicho eso, odiaba los caballos y las carreras, pero descubrió que deseaba superar a Rafael en todo.

–¿Sabes disparar, Lalo? –preguntó Jorge, su mano descansaba sobre la pistola colgada del cinturón.

Rafa soltó una carcajada.

–Todos sabemos que no puede.

Lalo alzó una ceja.

–Y, sin embargo, gané nuestro duelo.

–¿Y combate cuerpo a cuerpo? –preguntó el padre de Jorge.

–¿Contaría pelear con Carolina?

Esto provocó una risa estruendosa de parte del señor Fuentes y su familia. Si tan solo supieran que Lalo no estaba bromeando.

–¿Qué es lo que vamos a hacer exactamente? –preguntó Lalo, mirando al señor Fuentes.

Rafael sonrió y le dio un codazo a Jorge en el costado.

*Por favor, que esto no tenga nada que ver con los sedientos. Por favor, que no sea sobre sedientos. Por favor...*

–Vamos, mijo. Esta noche será una aventura que no olvidarás pronto.



# CAPÍTULO 32
# Carolina

–¿Lo han llevado dónde? –quedó paralizada en la entrada de la habitación de sus padres.

Después de la reprimenda que le dieron por armar un escándalo (bueno, varios escándalos, en realidad), Carolina había acompañado a su mamá para que descansara los pies. Su último parto había sido difícil. Los gemelos habían sido testarudos, incluso en el vientre. Fue el momento más aterrador de la vida de Carolina. Bueno, antes de que los sedientos mataran a su abuelo.

Mamá se acomodó en la cama y dijo:

–Fue idea de Rafael. Ese chico astuto pensó que Lalo necesitaba entender un poco mejor nuestro mundo.

La mente de Carolina gritó ante la idea de que Lalo estuviera en manos de Rafa y los hombres de su familia.

Giró rápido. Necesitaba llegar antes de que Rafa dijera algo comprometedor, pero se detuvo cuando la voz de su mamá la llamó:

–Ni se te ocurra, Carolina Fuentes.

–No sé de qué hablas, amá –respondió, pestañeando con dulzura.

–No te hagas la inocente conmigo. Puedo ver la travesura en tus ojos desde mil pasos de distancia. Te quedarás aquí, en esta casa, o

juro que... –Mamá hizo una mueca y se sujetó el vientre.

Carolina estuvo a su lado en un suspiro.

–¿Qué pasa? ¿Ya viene el bebé? –preguntó, alarmada.

La mujer negó con la cabeza, su rostro aún retorcido de dolor.

–Solo una patadita –respondió, mientras tomaba la mano de Carolina y la ponía sobre el costado de su barriga redonda–. ¿Lo sientes?

Carolina entrecerró los ojos, esperando. Y luego... dio un grito ahogado.

–¡Ah! Eso no es solo una patadita. ¡Mi hermanito es fuerte! –exclamó.

–Sí, lo es –Los ojos de su madre brillaron. Respondió, apretando la mano de Carolina–. Por favor, escucha esta vez. Quédate aquí. Cuida a tus hermanitos. Lee. Duerme. Vuelve al granero y baila a gusto. Haz lo que quieras. Solo no salgas de los muros de la hacienda.

Una preocupación brotó en el pecho de Carolina por Lalo. Buscó en el rostro de su mamá alguna señal de que algo no estaba bien.

–¿Estará Lalo a salvo? –preguntó, intranquila.

–Por supuesto, Carolina. Lalo estará bien. –La mujer le apartó un mechón de cabello rebelde de la cara–. Eres tú de quien me preocupo. Eres tan testaruda como tu papá, y me encanta eso de ustedes dos, pero va a ser mi perdición. Tengo que quedarme aquí, preocupada por él cada noche. Cada vez que sale de esta habitación. –Lloriqueó–. Tendré que ocuparme de tus hermanos. Y de este bebé. No puedo preocuparme también por ti ahora mismo. Es simplemente demasiado. ¿Me oyes, mija?

Limpió las lágrimas de su mamá. Se sentía mal por hacerla sentir incómoda y entendía el temor. También lo sentía cada vez que su papá, hermanos y tíos se iban. Pero ¿por qué ella tenía que ser la que se quedara atrás? ¿Por haber nacido mujer?

Mamá rara vez se veía tan cansada. Por lo general, estaba lista para discutir con Carolina hasta que cediera. O hacía como si no se diera cuenta cuando Carolina estaba haciendo algo. Como la vez que la vio metiendo una serpiente de tierra en la casa para curarla después de que un gallo picoteara al pobre animal. Mamá había aguantado una sonrisa y se había dado la vuelta cuando Carolina

había pasado corriendo. Esto era diferente. No había peleas ni miradas hacia otro lado. Mamá le pedía que la escuchara, por una vez.

El bebé dio otra patada fuerte y la mujer hizo una mueca.

–Haré lo que pides –dijo Carolina, frotando el vientre de su mamá.

–Gracias, mijita.

Un objeto en la mesa de noche llamó la atención de Carolina.

–¿Qué es eso?

Las pestañas de su madre ya comenzaban a cerrarse por el cansancio.

–¿Hmm?

Carolina tomó la daga familiar. El mango era curvo y tenía una sola piedra esmeralda incrustada en la punta.

–La encontré entre las cosas de tu papá. La limpié para él. Es bastante bonita, ¿no?

La hoja brillaba a la luz de las velas.

–Es preciosa.

–Creo que es una daga de los amantes. –Su voz era lenta, como si estuviera sumida en el sueño–. Por lo general vienen en pares. Las dagas se entregan a la novia y al novio como símbolo de suerte. Es muy raro encontrar una tan intrincada. Más raro aún encontrar el par.

Esta había sido la daga que estaba dentro de la tumba vacía de Vidal. Carolina se había preguntado dónde la había puesto su padre cuando se la quitó. Entrecerró los ojos. ¿Dónde había visto una daga similar? Se paralizó.

–¿Puedo...? –Carolina se detuvo. Los ojos de su mamá se habían cerrado, y estaba profundamente dormida.

Se levantó de la cama sin hacer ruido.

–Solo voy a tomar prestada esta daga –susurró–. Espero que no te moleste.

Tan pronto como cerró la puerta del cuarto de sus padres, corrió hacia el último lugar donde había visto una daga similar. Subió las escaleras que conducían al cuarto de su abuelo de a dos escalones por vez. Su pecho se agitaba, luchando contra el corsé que la obligaban a usar.

Irrumpió en la habitación del abuelo y abrió de golpe el armario. Empujando las cosas del hombre, Carolina metió la mano profundamente en los rincones del mueble y encontró el paquete de tela. Con el corazón latiendo desbocado, colocó la daga reluciente sobre la cama de su abuelo y desenrolló el paquete.

Un suspiro escapó de sus labios. Eran casi idénticas. Una daga era solo un poco más grande. Una tenía un rubí en el mango, mientras que la otra tenía una esmeralda. Pero aparte de eso, eran iguales. El metal con el que estaban hechas era tan plateado que casi parecía blanco, y había lirios silvestres grabados en los lomos de ambas hojas. Eran hermosas por sí solas, pero juntas parecían casi mágicas.

–Infierno bendito –susurró. Estas debían haber sido de Vidal y Alma. Sus dagas de amantes.

Las colocó sobre la cama, una al lado de la otra, y las observó en la penumbra. ¿Era esta la herramienta que Alma usó para invocar al dios de la muerte? Lalo había dicho que el arma usada para llamar a Tecuani, para ayudar a crear al primer sediento, sería la única capaz de romper la maldición.

Allí, sobre las sábanas de algodón, podría estar la misma cosa que trajo destrucción y muerte a Del Oro.

–¿Sabías qué eran, abuelito? –preguntó en voz alta.

Frunció el ceño.

Los Fuentes eran más que honorables. Eran pilares de su pequeña comunidad. Faros de integridad y orgullo. Su abuelo y su padre no guardarían estas dagas sabiendo que podrían destruir a los monstruos contra los que se empeñaban en luchar para proteger el valle. ¿Cierto?

Corrió hacia el armario de su abuelo. Seguro tendría que haber algo más oculto allí dentro. Una pista sobre lo que él sabía. Sobre por qué tenía la daga en su armario en lugar de en el almacén con tantos otros objetos familiares.

Sus dedos rozaron la madera que recubría las paredes del mueble. Presionó hacia la derecha y hacia la izquierda, pero nada cedió como lo hacían los compartimentos ocultos donde solían esconder sus armas de entrenamiento. Carolina colocó la palma sobre el panel

trasero. Empujó. Sus ojos se agrandaron cuando sintió que se abría apenas un poco, y aparecía una pequeña rendija.

La ropa de su abuelo bloqueaba el panel para que no se abriera por completo. Desesperada, arrancó sus camisas y chaquetas y las lanzó detrás de ella.

Cuando todo estuvo despejado, metió los dedos en la rendija y forzó el panel hasta abrirlo por completo. Un montón de papeles y lienzos cayeron al suelo. Temblorosa, Carolina tomó primero el lienzo desgastado. Le dio vuelta y se tapó la boca con la mano.

La joven de la pintura tenía los mismos ojos redondos de Carolina, los mismos labios voluptuosos y la barbilla terca. Incluso su cabello era del mismo tono negro. Si Carolina no estuviera completamente segura de que no era ella, habría creído que estaba mirando un retrato de sí misma. Pero lo que captó su atención fue lo que descansaba en el regazo de la mujer: la daga de los amantes, adornada con un rubí.

–Alma –susurró.

Pasó un dedo sobre la pintura.

Cuando era niña, Carolina había aprendido que Alma fue la primera víctima, el alma perdida condenada por algún monstruo maligno que se cruzó por sus tierras. Pero Alma había sido el monstruo. Ella había rechazado el cielo y había hecho un trato que desataría un infierno sobre Del Oro.

Dejó el retrato y comenzó a revisar el pergamino cubierto con la caligrafía de su abuelo. Al parecer, la daga fue encontrada con el cuerpo de Alma. Junto con una sola nota. Un escalofrío recorrió la piel de Carolina.

*Por favor, perdónenme por lo que he hecho.*

*Tomé mi daga y me hice un corte profundo en la palma. Vertí mi sangre en la tumba de Vidal e invoqué a Tecuani. ¡Estaba furiosa! No sabía lo que hacía. Estaba tan desesperada. Tan vacía y perdida sin mi Vidal, muerto por una cacería.*

*El dios de las almas oyó mi llanto y apareció cuando la luna estaba llena. Me ofreció un trato. Dijo que, si aceptaba, me devolvería a mi amado.*

*Debería haber dicho que no y huido. Debería haber vuelto a casa con mi bebé, Inigo. Pero qué era la vida sin mi Vidal?*

*Acepté el trato de Tecuani. Días después, Vidal se levantó de la tumba, pero estaba diferente. Su piel carecía de color. Era mi amado, pero no lo era. Vidal dijo que debía alimentarse. Dijo que lo único que le daría fuerza era la sangre usada para revivirlo. Mi sangre.*

*Intenté saciar su sed por semanas ofreciéndole gotas en la lengua cada tanto. Su sed solo aumentó.*

*Si estás leyendo esto, me temo que el monstruo dentro de él por fin ganó. Y, sin embargo, mientras escribo, no encuentro en mi alma la fuerza para clavar la daga en el corazón de Vidal. Incluso aunque me suplica que termine con su tormento.*

*Soy egoísta y codiciosa, y lo lamento mucho. Mis pecados contra la naturaleza han traído a la muerte a nuestra casa. He desatado la oscuridad. Ofrecí lo que nunca fue mío para dar y nos he maldecido a todos.*

*Tomen esta daga y hagan lo que yo no pude. Es el único modo de terminar con la maldición de la muerte.*

El papel cayó de la mano de Carolina. Flotó hasta la cama y aterrizó junto a un trozo de pergamino que tenía algo escrito en la caligrafía de su abuelo. Con el corazón acelerado, leyó la nota.

Vidal debe haberla convertido. No sé si fue a propósito o si solo intentaba revivir a su esposa después de haber bebido demasiada de su sangre. De cualquier modo, un Fuentes tuvo la culpa de la creación de los sedientos.

Se le aflojaron las rodillas y cayó al suelo.

El abuelo había sabido la verdad. Tenía esa información, pero la había mantenido oculta. ¿Había sabido que podía erradicar a los vampiros matando a Vidal? Sin duda que no, sino lo habría matado. O al menos habría pasado cada minuto buscando al hombre. ¿Cierto?

Alzó la vista hacia el retrato colgado en el cuarto en el que aparecía él con la abuela.

Por primera vez en la vida, Carolina se preguntó si lo había conocido de verdad.

–¿Por qué guardarías un secreto así, abuelito? –susurró. Pensó en su muerte, en la de los guardias y en las otras infinitas que había

experimentado en su breve vida–. El silencio de mis ancestros nos ha convertido a todos en asesinos.

**13 de septiembre de 1830**

# LA ALTA SOCIEDAD DE LOS CAMPOS

**Por doña Larissa Córdova**

*Una cantina sospechosa, comprensiblemente llamada La Guarida, ha sido consumida por las llamas. Se necesitaron tres brigadas de bomberos para evitar que el fuego se extendiera a los edificios cercanos. Fuentes confiables me han informado que hubo muchas víctimas. Dos de ellas eran figuras notables de la alta sociedad.*

*No puedo dar nombres, por supuesto, pero cabe señalar que un cierto tesorero del condado y su secretaria ya no están entre nosotros. La verdadera pregunta es: ¿por qué estaban en un lugar tan pecaminoso? No se ha podido encontrar al dueño del establecimiento para interrogarlo.*



# CAPÍTULO 33
# Lalo

Se disculpó con los hombres y corrió de vuelta a su habitación para cambiarse y alimentarse en secreto. La sangre en el frasco estaba asquerosamente tibia, pero se tragó el resto del contenido, solo ahogándose un par de veces, antes de correr para encontrarse con el señor Fuentes y su familia en los establos. Ya se habían marchado, pero un peón le indicó a dónde debía ir.

Le habían dado un pony. Un *pony*, de todas las cosas. Lalo intentó ignorarlo. Intentó hacer como si la broma fuera solo por diversión. Pero ¡un maldito pony! Y la bestia diminuta era tan maleducada como un demonio. Lo mordisqueaba sin parar. La criatura le destrozó los pantalones con sus pequeños dientes planos.

Apretó al monstruo entre las piernas. El pony se sacudía, pero avanzó. Resopló, quejándose durante todo el recorrido colina arriba para encontrarse con los otros hombres, quienes ya habían partido antes de que Lalo siquiera pudiera montar.

El señor Fuentes parpadeó confundido al ver a Lalo trotar colina arriba. Rafael, *el desgraciado*, rio tan fuerte que espantó a los coyotes en el huerto lejano.

–¿Qué tal te parece Rita? –gritó Rafael.

El pony tiraba contra las riendas, luchando contra el control de Lalo en cada instante.

–Es genial –respondió, tan calmado como pudo–. Rita y yo nos llevamos muy bien.

Los ojos del señor Fuentes se oscurecieron. Volteó hacia Rafael.

–¿Tú le diste ese caballo? Tenemos docenas de caballos, ¿y desperdicias nuestro tiempo ofreciéndole este? Tenemos una pista razonable, dejé a los comerciantes antes de que firmaran sus contratos, ¿y tú haces esto? –La sonrisa del joven se marchitó–. Mis hombres fueron asesinados, Rafael. Sus familias los perdieron, ¿y tú sigues haciendo bromas?

–Yo... Solo fue...

–Cambia de caballo –ordenó el señor Fuentes.

–¿Qué? –preguntó Rafael–. Pero...

–Convertiste esta cacería en una burla. Ahora yo te convertiré en una. Cambia de caballo.

–Señor, está bien –intervino Lalo–. Estoy seguro de que Rita y yo podemos seguir el ritmo.

–No, no lo harás. Ese pony era de Carolina cuando era niña. No está hecho para este tipo de cosas. Además, mi hija nos mataría si supiera que trajimos a Rita hasta aquí. –Miró a Rafael con furia–. Tú lo sabías.

Poco a poco, los dos hombres desmontaron y cambiaron las riendas. Lalo pudo oler la animosidad que salía de la piel de Rafael. De verdad, lo odiaba con fervor. Supuso que él también se odiaría a sí mismo si la situación fuera a la inversa. Carolina era una mujer atractiva. Y, sin duda, había preferido a Lalo en vez de a Rafael.

–Sé quién eres –susurró el joven cuando se acercaron.

Lalo se tambaleó, pero se obligó a continuar avanzando.

–Te expondré esta noche. Le diré al señor que tu apellido no es…

–Lleva a Rita de nuevo al establo –le ordenó el señor Fuentes–. Si quieres acompañarnos, iremos al oeste. Si no vienes, no te lo reprocharé.

–Pero señor…

–Tomaste una mala decisión, Rafa. Tienes que repararlo.

–Pero…

–Ya has perdido demasiado tiempo. Se lo contaré a tu padre. Vete.

Rafael bajó el mentón.

–Sí, señor.

–¡Ándale! –El señor Fuentes apretó los talones sobre su corcel, y el animal partió a una velocidad sorprendente. Jorge y su padre hicieron lo mismo. Lalo fue el último en darle impulso a su caballo, aferrándose con fuerza a las riendas de cuero mientras corría tras los Fuentes.

Fijó la mirada al frente. Los hombres en su compañía no le habían explicado con exactitud qué harían, pero no le costó mucho descifrarlo. El señor Fuentes había recibido noticias de huellas frescas. Y ahora estaban cazando lo que sea que hubiera matado a los guardias.

Sintió un escalofrío en la columna. Carolina había matado a dos vampiros en la plaza. Y él había matado un sediento cerca de la escuela. Había esperado que ya hubieran erradicado al grupo de culpables. Pero después de la aparición de huellas frescas, Lalo no estaba seguro. Maricela u otro de sus hijos podían ser la bestia que necesitaban matar.

Un grito atravesó la noche. Los pájaros salieron volando del bosque.

–¡Vámonos! –gritó el señor Fuentes y cabalgaron como si los persiguiera el diablo.

Los caballos galopaban sobre agujas de pino y tierra. El olor a miedo y sangre derramada invadió los sentidos de Lalo. Apretó las riendas, luchando contra su instinto sobrenatural. Sus colmillos atravesaron su labio inferior y se le hizo agua la boca mientras el hambre surgía en su interior. Por todos los santos, estaba famélico de sangre humana, de su esencia. Si tan solo pudiera saborearla. Solo una gota.

–¡Ahí! –exclamó Jorge. Los tres jinetes delante de Lalo alzaron las pistolas al unísono. Recordó que Carolina le dijo en el duelo que no se preocupara porque las balas no eran de madera. Pero tal vez las de esas armas sí lo eran.

Lalo no podía ver porque los cuerpos le bloqueaban la vista, pero no necesitaba hacerlo para saber qué esperaba delante. Lo

saboreaba en el aire. Carne, muerte y sangre. Tanta sangre.

–¡Es Fabiola! –gritó Jorge.

Había oído ese nombre. Era una de las jóvenes que coqueteó con él cuando entró al granero.

–¡Bastardo! –bramó Jorge. Apuntó.

Lalo movió su caballo y vio la escena cruel. Fabiola colgaba inerte en los brazos de un hombre robusto. Incluso bajo la luna, el tono ceniciento de la piel de la chica era evidente. La sangre brotaba de las mordeduras en su cuello y en las muñecas. Y lo que quedaba, la sangre que el sediento no pudo beber, caía a sus pies.

Un estallido sonó cuando Jorge jaló del gatillo. El humo invadió el aire. En el segundo en que tardó en disiparse, el sediento había desaparecido y la mujer quedó desplomada en el suelo. Jorge y su caballo se fueron al bosque detrás del vampiro. Su padre, Vicente, y su corcel los siguieron.

–¡Revisa a la chica! –le ordenó el señor Fuentes a Lalo antes de desaparecer en el bosque.

–¿Qué? ¡No! Iré con ustedes. –Pero Lalo ya había sido abandonado.

Logró detener a su caballo. Movía los ojos de izquierda a derecha, buscando cualquier rastro de un sediento. Todo estaba en calma. Desmontó y corrió hacia la pobre chica, cubriéndose la nariz y la boca con un pañuelo para mantener lejos el aroma. Sin embargo, su estómago gruñía. Su cuerpo vibraba de sed.

Si tan solo pudiera beber una gota. Una ínfima gota.

Negó con la cabeza.

–¿Por qué me puso a cargo de esto? –balbuceó detrás de la tela.

Lalo ni siquiera debería estar allí. Debería haberse negado. Debería haber dicho que seguía enfermo. *Lo que sea.* Pero no. Quería competir con el machismo de Rafael. Y a eso lo había llevado.

Se agazapó haciendo todo su esfuerzo por no respirar.

–¿Señorita? –Tragó con dificultad–. ¿Fabiola?

Movió la cabeza de la chica usando un solo dedo para verla bien. Retrocedió y cayó sobre su trasero. Ella tenía los ojos blancos como la luna. La boca abierta en *shock*. Había mordidas múltiples que

magullaban su piel, pero nada más. Ni un rastro de vida. Ni un atisbo de alma.

–Maldito seas –maldijo al monstruo cruel que hizo esto–. ¡Maldito seas!

–Pero ya estamos malditos –susurró una voz seductora detrás de él.

Lalo se puso de pie de un salto y volteó. Reconoció esa voz de inmediato. ¡Cómo podría olvidarla alguna vez?

–Maricela –gruñó, apretando los puños.

–¿No querrás decir madre? –La bestia que acechaba en sus pesadillas sonrió y mostró sus colmillos manchados de rojo.

Más rápido de lo que Lalo podía pensar, Maricela se lanzó sobre él y lo empujó contra un roble. Él gimió de dolor.

–Mataste a tus hermanos, luego arruinaste mi negocio –enumeró la sedienta, su aliento manchado de recuerdos de una vida que terminó demasiado rápido–. Durante semanas te rastreé. Pero no perdí el tiempo. –Clavó una de sus uñas largas en su mejilla–. Cada minuto de mi viaje, pensé en las maneras más deliciosas de matarte.

–¿Cómo me encontraste? –jadeó.

–No eres tan astuto como crees. Bebí tus recuerdos. Lo sé todo. Cuando regresé a mi cantina la noche después a que masacraras a mis hijos y sus invitados, busqué en cada recuerdo que había consumido. Vi lo que leíste en tus libros y tus anotaciones sobre este valle. Sabía que nunca harías lo inteligente, huir. Aunque tu mente es racional, tu corazón es demasiado puro. Está demasiado involucrado con las personas que te importan. Sabía que harías lo que fuera necesario para salvar a tu hermana. Debería agradecerte por traerme de nuevo a este sitio.

–Es un valle de cazadores. Te matarán, Maricela.

–Sin embargo, ya he caminado entre ellos. He hablado con ellos. –La sedienta rio–. Creo que iré primero con mi nueva amiga, Carolina. Luego, te quitaré a tu hermana y le destrozaré la garganta. Solo por diversión.

La furia rugía dentro de Lalo. Luchó contra Maricela, pero ella solo lo aplastó más contra la corteza.

–Dime, ¿Carolina sabe tan bien como huele?

Lalo gruñó, un sonido grave y digno de un depredador. Ella les había quitado a sus padres, le había arruinado la vida.

–No volverás a tocar ni un pelo de la gente que amo.

–¿Amor? –Maricela alzó una ceja–. Esto hace que sea mucho más entretenido.

Usando lo que había aprendido de Carolina, le dio un rodillazo a la sedienta en la entrepierna. Gimió, sorprendida, y Lalo atacó. Saltó sobre la vampiresa. Los dos rodaron por el suelo. Ambos sisearon, mordieron y se arañaron mutuamente. Pero ella era demasiado fuerte. Se había alimentado de sangre humana toda la vida; su cuerpo vibraba lleno de poder por el botín de esencias. Atrapó a Lalo contra el suelo y él gritó cuando las garras se clavaron en su torso. Sintió cómo su piel se desgarraba. Sintió que se le quebraba una costilla. La sedienta quería su corazón. Y la agonía era insoportable.

–Hora de reparar mi error. Tu amada y tu hermana morirán sabiendo que el monstruo que querían sufrió una muerte dolo…

Maricela dejó de hablar en mitad de la oración. Abrió los ojos de par en par antes de mirar su propio pecho. Había una estaca de madera sobresaliendo de él. La vampiresa sujetó el arma ensangrentada, jadeando como un pez fuera del mar. Unas manos sujetaron sus hombros y la apartaron de Lalo.

El rostro de Rafael apareció. Fulminó con la mirada a Lalo, su cuerpo temblaba de indignación mientras veía el torso expuesto de Lalo.

–Eres uno de ellos.

–Déjame explicar.

–¿Tú los trajiste aquí?

–No… Sí… Espera.

Le apuntó a Lalo en la cabeza con su pistola.

–Sabía que algo andaba mal contigo. Carolina nunca escogería a otro que no fuera yo. La hechizaste. ¿Con qué objetivo?

–Vine para erradicar a los sedientos. Ella me ayudará.

Una risa amarga brotó de Rafa.

–¿Esperas que te crea, sanguijuela?

Un tercer sediento salió de entre los arbustos y saltó sobre Rafael. Una chispa de luz centelleó en el aire. Pero Rafael había fallado. El

vampiro lo atrapó y lo sacudió como si estuviera hecho de plumas. El cuerpo del joven golpeó un árbol y rebotó en el suelo. No se movía. No intentó levantarse.

–¡No! –Lalo se incorporó. Aferrándose a su pecho, corrió hasta Rafael, pero el poderoso sediento fue más rápido. Llegó a Rafael y alzó su puño de garras para darle el golpe letal. Lalo vio la pistola en el suelo, la recogió y apuntó.

–Santos, guíenme.

La bala salió con un estallido ensordecedor. Todo lo demás quedó en silencio debido al zumbido en sus oídos. El humo desapareció.

El sediento tocó el agujero en su pecho antes de desplomarse en el suelo. Lalo soltó la pistola como si estuviera en llamas y corrió hacia Rafael. El hombre estaba frío, pero su pulso aún latía. Su cabeza debía haber recibido la peor parte del golpe.

Las ramas se movieron detrás de ellos. Lalo se preparó. Suspiró de alivio cuando apareció el señor Fuentes seguido de Jorge, cojeando con ayuda de Vicente.

–¿Qué pasó? –preguntó el señor Fuentes, sin aliento.

–Nos atacaron un par de… –Lalo se sobresaltó. Clavó la vista donde había estado el cuerpo de Maricela. Había desaparecido–. No –susurró. ¿Había oído ella lo que le dijo a Rafael? ¿Acaso sabía lo que él y Carolina planeaban?–. No. No. No.

–¿Qué pasa, mijo?

–Había dos sedientos. Pero solo hay uno aquí.

–Mierda. –El hombre deslizó una mano sobre su rostro–. No debería haberte dejado. Carolina me habría matado si te hubieran hecho daño.

–Necesitamos encontrar al último vampiro –insistió Lalo–. Ahora mismo.

Las vidas de Carolina y Fernanda estaban en peligro.

–Tendremos que esperar a mañana.

–Pero ¿y si mata de nuevo?

El señor Fuentes lo miró a los ojos y en ellos, Lalo vio miedo.

–No lo sé. Pero solo puedo controlar lo que está frente a mí en este instante. Y eso es Rafa y mi sobrino. Los llevaremos a casa. Y protegeremos lo nuestro hasta tener un plan mejor. Ya casi es de

día. El sediento tendrá que esconderse. Estaremos a salvo por un rato.

Lalo miró el cielo. Aún estaba oscuro, pero sabía que el sol saldría pronto. No podía hacer nada. Él mismo necesitaba esconderse.

–Lo hiciste bien –le dijo con amabilidad el señor Fuentes. Sujetó el hombro de Lalo–. Gracias por salvar a Rafa.

–No es nada, señor.

Ahora, Rafa sabía lo que Lalo era. En cuanto despertara, alertaría a todos de lo que había sucedido y luego Lalo estaría más muerto de lo que ya estaba.



# CAPÍTULO 34
# Carolina

Las campanas de la iglesia sonaron a lo lejos. Corrió hacia las ventanas y abrió las persianas. El alba comenzaba a asomar sobre el bosque, y aún no había recibido noticias de Lalo.

Mordió su labio y comenzó a caminar de un lado a otro. Algo debía haberle pasado. Debería ir, ensillar su caballo y salir a buscar a su familia. ¿Qué le harían si descubrieran lo que realmente era? Su padre se pondría furioso. Lo más probable es que le enfadaría más haber quedado como un tonto por tener un vampiro en su propia casa.

Carolina se detuvo en seco.

¿Había sido esa la razón por la que se mantuvo oculta la evidencia de lo que Alma hizo? ¿Para mantener las apariencias? Ella era una Fuentes. Ellos gobernaban el valle. Si se enteraba el pueblo de que uno de los suyos había hecho esto, ¿qué harían sus vecinos? ¿Se pondrían en su contra? ¿Los exiliarían?

El sonido de los cascos de los caballos retumbó a través de las puertas. Oyó la voz de alguien pidiendo ayuda por el patio. Levantó su falda y salió corriendo de la habitación de su abuelo. Flexionó los

muslos mientras corría lo más rápido que podía por el pasillo y las escaleras.

La puerta principal se abrió de golpe justo cuando ella entraba en el vestíbulo. Lalo entró corriendo, luciendo más desarreglado que nunca. Su camisa estaba abierta, manchada de sangre que se pegaba a su pecho. Sus manos estaban cubiertas de hollín. Parecía atormentado. Asustado.

El dolor retorció sus rasgos cuando sus ojos se encontraron con los de ella.

Corrió hacia él. Sujetó los brazos de Lalo.

–¿Es mi papá?

–No. –Lalo negó con la cabeza–. Él está bien. Tu familia está a salvo.

–Gracias a las estrellas. –No pudo evitarlo; el alivio de verlo, de saber que habían vuelto a casa sanos y salvos, la abrumó. Sabía que no debería, pero encontró sus brazos rodeando el torso de Lalo. Presionó la mejilla contra su pecho desnudo, aunque parecía que hubiera pasado por una batalla. Podía ver los restos de heridas que habían sanado.

–No estaba segura de si te volvería a ver –susurró Carolina.

Despacio, él la abrazó y apretó sus cuerpos el uno contra el otro.

–Yo tampoco sabía si te vería de nuevo.

Su pecho subió y bajó por un momento. Luego, todo comenzó a temblar y sacudirse.

Ella se apartó, lo suficiente como para ver su rostro. Lágrimas de sangre rodaban por las mejillas cubiertas de tierra de Lalo. Carolina dejó escapar un suspiro ahogado.

Tomó la mano del chico y lo arrastró hacia su habitación antes de que alguien lo notara. Cuando cerró la puerta, preguntó:

–¿Qué demonios pasó allá afuera?

Lalo tragó con dificultad antes de responder.

–Mi creadora me encontró. Ella está aquí. Sabe de ti.

–¿De mí?

Él asintió.

–Ella… te olió en mí.

El calor subió por la garganta de Carolina.

–¿Dónde está tu creadora ahora?

–Rafael le clavó una estaca, pero escapó. –Lalo se desplomó–. Creo que escuchó lo que él y yo estábamos hablando antes de desaparecer. Maricela conoce nuestro plan.

Carolina se sobresaltó.

–¿Maricela?

Él alzó la vista.

–¿La conoces?

–Ella estuvo aquí. En el granero, anoche. –Se detuvo, sorprendida–. Nos estaba observando. Esa maldita nos vio bailar bajo las estrellas. Casi me encuentro con ella cuando mamá me llamó.

Él apretó el puente de su nariz.

–Te he puesto a ti y a tu familia en grave peligro –susurró.

–Estás equivocado.

Lalo parpadeó, confundido.

–Mi familia es la razón por la que los sedientos siquiera existen. Si no fuera por mis ancestros, nunca habrías tenido que experimentar tanto dolor. El hecho de que mi familia haya arruinado la vida de un hombre tan increíble me hace querer gritar.

–¿Crees que soy increíble?

–Ahora no es momento, Lalo.

Una sonrisa se dibujó en los labios del chico.

–Creo que esa es mi línea.

Carolina puso los ojos en blanco.

–No es gracioso.

–No –dijo él con seriedad–. Ninguna de estas cosas tiene gracia, al igual que nada de esto es tu culpa. A veces cargamos con el peso de las acciones de nuestros antepasados, y no hay nada que se pueda hacer al respecto. Pero tú y yo podemos aliviar esa carga. Podemos arreglar esto. Aunque ya no hay más tiempo. Debemos encontrar la daga que creó a Vidal. Si Rafael despierta...

–¿Si él qué?

–Rafael me salvo, pero también vio lo que soy.

Carolina abrió los ojos de par en par.

–¿Qué le hiciste?

–Nada. Otro sediento lo lanzó contra un árbol y se golpeó la cabeza. Seguro estará bien, pero…

–Él lo sabe todo –terminó la oración.

–Sí.

–Te matará. –Ella lo sabía en su interior. Rafa había estado esperando un motivo para librarse de Lalo. Y allí estaba, servido en una bandeja de plata con la forma de un sediento.

–No tengo dudas. Deberíamos hablar con tu padre. Explicarle lo que sabemos y…

–Mi padre te matará en cuanto le digamos lo que eres. Te ejecutará y hará preguntas después.

Lalo se sobresaltó.

–Pero me conoce. Ha hablado conmigo.

–Yo también. Y quizás, si hubiera sido una mejor cazadora, te habría matado esa primera noche.

Él abrió los ojos de par en par. Ella le tocó el brazo.

–Pero me alegra no haberlo hecho. Estaré siempre agradecida por haberte conocido, Lalo. Porque me has mostrado algo que nunca hubiera visto por mi propia cuenta.

–¿Qué?

–La verdad. Mi familia escondió todo conocimiento de lo que Alma hizo bajo la alfombra, probablemente porque temían que sus acciones mancharan nuestro apellido. Es probable que no intentaran averiguar cómo acabar con los monstruos, cómo encontrar a Vidal, cómo salvar su propio linaje porque eran demasiado orgullosos.

El orgullo había sido lo que la impulsaba en la vida. La arrogancia. La necesidad de ser la mejor en todo. Por eso presionó a su abuelo para que la entrenara, por eso hizo todo lo contrario a lo que sus padres querían, para poder demostrar su punto. No se arrepentía de su tiempo compartido con el abuelo, pero sí del modo en que había abordado las cosas. La manera en que nunca cedió. Tan solo avanzaba a toda velocidad en la vida hasta conseguir lo que quería. Su orgullo había sido un escudo en muchos aspectos, pero también había evitado que dejara que otros se acercaran. Ya no quería hacer las cosas por su cuenta; ya no quería ser como todos los Fuentes pensaban que debían ser.

–Encontré la daga que Alma usó –confesó–. No tengo miedo a enfrentarme a Vidal, pero necesito tu ayuda para rastrearlo.

–¿Encontraste la daga de Alma? –Lalo corrió hacia su baúl. Sacó un libro encuadernado en cuero, se acercó a su lado, lo puso sobre el escritorio y lo abrió en la última página.

–Eso es de mi padre –señaló.

–Sí. Y estoy seguro de que cada persona que dejó registros en este libro son los patriarcas de tu familia. Contiene registros detallados de los ataques en Del Oro o en los alrededores; las fechas datan de cientos de años atrás. –Señaló los nombres de las víctimas más recientes y la ubicación de sus muertes–. No hay patrones en los asesinatos. En general, dejan los cuerpos atrás para que se pudran. A veces, las víctimas desaparecen. Pero un detalle llamó mi atención: varios testigos aseguran que se han llevado víctimas a Columna del Diablo o que han oído a personas en su lecho de muerte pronunciar el nombre de ese sitio.

–Creemos que Lorenzo desapareció después de aventurarse en las montañas.

–Entonces, Vidal debe estar allí. Todos los vampiros que llegan a Del Oro y se llevan a tu gente lo hacen para su creador. Para alimentar a la bestia.

Lalo agarró otro libro, lo abrió y señaló un dibujo de Punta Basilio. La cadena montañosa en su conjunto era común. Parecía cualquier otra formación, excepto por cinco picos irregulares que sobresalían del suelo alrededor de la Columna del Diablo. La vista siempre hacía que Carolina se estremeciera. No por miedo, sino por una curiosidad que se sentía deliciosamente peligrosa.

–Allí es donde tenemos que ir –aseguró Lalo–. Preferiblemente antes de que Maricela encuentre a Vidal y le avise de nuestros planes. Si él es su creador, hará lo que sea para detenernos. –Pasó una mano por su cabello enmarañado–. También deberíamos ir antes de que Rafael despierte y trate de matarme.

–Con el factor sorpresa, tendríamos la ventaja –dijo Carolina, observando la topografía peligrosa detallada en el dibujo–. Esto no será sencillo. La Columna del Diablo está al menos a dos días a caballo desde aquí. A través del bosque, claro. Y las tierras allí son

traicioneras por sí solas. Hay arenas movedizas hirvientes, zarzas venenosas y cosas por el estilo. Sin contar que el sol ya ha salido. ¿Cómo vamos a sacarte de la hacienda sin que nadie lo note?

–¿Puedes robar un carruaje?

–Los cocheros podrían considerarlo sospechoso, pero me las arreglaré. –Comenzó a caminar hacia la puerta. Se detuvo de repente–. Quédate aquí, límpiate y escribe una carta a Fernanda.

Lalo abrió los ojos, llenos de sorpresa.

–¿Por qué?

–Deberías despedirte. Tal vez nunca volvamos.

La luz dentro de él se apagó. Bajó la cabeza, dejando caer el mentón sobre su pecho.

–Lo siento –agregó, y lo dijo con sinceridad. Alguien tan gentil, tan amable y tan inteligente no debería tener que soportar cosas tan horribles. ¿Por qué tenía que pagar él por los pecados de sus ancestros?–. Si te sirve de consuelo, sé que mi familia cuidará de ella. Pero tú eres su hermano, y ella necesitará un cierre. Si quieres que viva una vida larga y plena, sin preguntas sin respuesta, esto es lo que debes hacer.

Una sola lágrima negra cayó por la mejilla de Lalo.

Cuando los ojos de Carolina comenzaron a arder, despejó su garganta.

–Iré a conseguir provisiones antes de escribir mis propias cartas. ¿Estás preparado para esto? No será fácil.

–Estoy tan listo como cualquier hombre que camina hacia su propia tumba.

–Esa es la actitud, prometido –respondió ella, esbozando la mejor de sus sonrisas–. Te veré aquí en veinte minutos.

Carolina empujó la puerta, se asomó a izquierda y derecha para asegurarse de que no hubiera nadie cerca y, con rapidez, salió. Había cosas que necesitaba para este viaje si al menos querían sobrevivir al trayecto. Armas, comida, sangre, las dagas. El bosque siempre había estado lleno de monstruos, pero cuanto más se acercaran a la montaña, más dificultades encontrarían. Si es que llegaban tan lejos.

*Debido al terreno hostil que rodea y se encuentra dentro de Punta Basilio, no se sabe mucho sobre esta pequeña cadena montañosa. El bosque espeso que flanquea la cresta sur de la Columna del Diablo está marcado por pantanos profundos, zarzas espinosas y tierras rotas. Vastísimas extensiones de desierto en la ladera occidental hacen que las condiciones de vida sean prácticamente imposibles. Las temperaturas, que superan los puntos de ebullición, pueden ser peligrosas para los humanos.*

**Sánchez. (1825). *Alta California, Abundancia: pueblos, ciudades y topografía.* Primera edición.**



# CAPÍTULO 35
# Lalo

TOMÓ UN TROZO DE PERGAMINO EN BLANCO Y UN LÁPIZ Y SE SENTÓ EN EL escritorio de la habitación de la tía Morena de Carolina. Suspiró, mirando fijo la página vacía. ¿Cómo se escribía una carta de despedida?

Carolina tenía razón. Lo más probable era que no regresara de la Columna del Diablo. Una vez que cortaran los lazos con Tecuani, el poder dentro de él se desvanecería. El alma de Lalo ya no podría permanecer en el reino de los vivos porque él había muerto. Maricela lo había matado semanas atrás.

El rostro de Fernanda apareció en su mente. Ella siempre había sido tan molesta con él en la infancia. Fernanda vivía. Reía. Se divertía. Él la odiaba por eso después del asesinato de sus padres. Nunca entendió su comportamiento relajado cuando había cuentas que pagar y un negocio que administrar. ¿Cómo encontraba tiempo para amigos y amantes cuando debía terminar la escuela?

Pero ahora, frente al final, deseaba poseer una pizca de su espíritu. Deseaba haber reído más. Bailado más. Por los infiernos, nunca siquiera había besado a alguien. En vez de mirar mal a su hermana, debería haber aprendido de ella.

Pero ya era demasiado tarde.
Se preparó y comenzó a escribir.

Estoy orgulloso de ti, querida hermana. Orgulloso de que nunca hayas apagado tu brillo. Lamento si alguna vez traté de convencerte de que fueras alguien más que tú misma. Porque eres perfecta. Inteligente, ingeniosa, divertida.

Por nacimiento, yo soy el hermano mayor, pero te admiro. Por favor, no dejes que lo que sea que pase conmigo apague el espíritu brillante que llevas dentro. Recuérdame, por supuesto, con cariño y no con tristeza. Tal vez me di cuenta demasiado tarde de que no he vivido la vida al máximo. Al menos pude verte vivir la tuya.

Te quiero, Fernanda. Debes saber que todo lo que he hecho, lo he hecho por mi amor por ti.

Secó las lágrimas que caían de sus ojos. Nunca había sido del tipo de persona que llora, pero parecía que, ante la muerte, era difícil contenerlas.

Gracias a Carolina, su hermana entendería los sentimientos que no pudo expresar en voz alta. No podía evitar sonreír cada vez que pensaba en su "prometida". Carolina era terca, irritante, brillante y graciosa. Y la forma en que se había sentido en sus brazos, el besito en la mejilla que le dio después de bailar, le causaba un nudo en la garganta. Solo podía rezar para que ella sobreviviera este viaje, porque el mundo sería más oscuro sin ella en él.

Colocó otro trozo de pergamino sobre el escritorio y comenzó a escribir una segunda carta.

Cuando firmó su nombre, dejó caer el lápiz de carbón y miró todo lo que había escrito, satisfecho.

Un ruido vino del pasillo. Metió las cartas en el cajón del escritorio y se puso de pie, preparado para esconderse. Entonces captó el aroma de la joven. Su corazón latía rápido.

La puerta se abrió de golpe, y Carolina irrumpió en la habitación.

–¡Apúrate! –jadeó–. ¡Ponte el abrigo y el sombrero!

Hizo lo que le ordenó.

–¿Has empacado? –preguntó ella.

–Sí. –Señaló una pequeña bolsa.

Carolina la tomó y la colgó sobre su hombro.

–¿Qué pasa? –preguntó él.

–Rafa ha despertado. El mensajero dijo que tuvieron que inmovilizarlo. Mi papá está corriendo a ver a los curanderos ahora mismo.

Lalo maldijo.

Ella le tendió la mano. Él la tomó, ignorando cómo su piel suave pero áspera se sentía en la suya.

Lalo se detuvo.

–¡Las dagas!

–Ya las tengo. Vámonos.



# CAPÍTULO 36
# Carolina

JALÓ DE LALO POR EL PASILLO TAN RÁPIDO COMO PUDO SIN LEVANTAR SOSPECHAS. Sus tacones resonaban fuerte contra la cerámica como si las suelas de sus botas hubieran sido reemplazadas por herraduras. Aunque Lalo estaba cubierto de varias capas de ropa, en cuanto salieron al patio abierto de la casa, sintió que el cuerpo del chico se puso tenso. El sol matutino era particularmente brillante para un día otoñal.

–Guarda las manos en los bolsillos. –Había olvidado llevarle guantes.

Él obedeció en silencio. Lalo no necesitaba hablar para que ella entendiera sus preocupaciones. Si no partían antes de que Rafa contara la verdad, su familia lo mataría antes de que él y Carolina tuvieran la oportunidad de huir hacia las montañas.

Entrelazó su brazo con el de él. Necesitaban parecer dos enamorados pasando tiempo juntos. Necesitaban aparentar que nada andaba mal. Pero por dentro era un nido de nervios.

Lalo se inclinó hacia ella, su sombrero proyectaba sombra sobre su rostro.

–Tu corazón está retumbando.

–Solo concéntrate en lo que tenemos que hacer –respondió Carolina, con un tono más brusco del que pretendía. No quería sonar tan áspera, pero sus emociones desbordadas la hacían sentir como si estuviera perdiendo el control–. La carroza está justo afuera. El conductor cree que nos lleva a visitar a Jorge, pero tengo otros planes.

Su mamá apareció en el umbral de la entrada; venía de los jardines.

–Ah, ahí están –dijo la mujer, sus mejillas sonrosadas por la caminata, con las manos descansando sobre su espalda.

–Amá –saludó Carolina, sin aliento–. Se supone que debes estar descansando.

Mamá le restó importancia con un gesto de la mano.

–¿Cómo voy a descansar con tanto alboroto? Lo único bueno es que Rafa ha despertado.

–¿Has oído algo de los curanderos? ¿Cómo está? –Las palabras de Carolina salieron apresuradas. Necesitaba calmarse, respirar profundo antes de que mamá comenzara a sospechar.

–Aún no, pero espero noticias en cualquier momento.

Lalo se puso tenso. Carolina le dio un pequeño empujón, pero él no se movió. Ambos estaban fallando estrepitosamente.

Su madre levantó una ceja.

–¿Estás bien, Lalo? Sé que la noche fue difícil.

Ella siempre se preocupaba. Si Carolina no lograba regresar, si por alguna razón la mataban en el camino, mamá sería la que se quedaría atrás para asegurarse de que todos estuvieran bien, aunque nunca fuera la misma después de eso. Era así de buena y pura. Quizás Carolina no la había apreciado lo suficiente. Tendría que haber amado más a su mamá. Mejor. Debería haberle dicho más seguido que hacía un gran trabajo. Criar niños era un desafío. En especial hijas con tanto carácter como Carolina.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Ay, Carolina. No llores –le pidió su mamá–. Lalo está bien. Tan guapo y raro como siempre. –Le guiñó un ojo y le pellizcó la capa. Lalo aclaró su garganta.

–Quiero agradecerle, señora Fuentes, por criar a la mujer más valiente que he conocido.

–Ah –susurró mamá–. Qué dulce es lo que dices.

–Lo digo en serio. Usted y el señor Fuentes deberían estar muy orgullosos.

El mentón de la mujer tembló.

–Lo estamos.

Carolina apartó la mirada de su mamá y se secó la mejilla.

–Realmente deberíamos irnos –dijo antes de que la vida se pusiera más complicada de lo que ya era–. Le vamos a llevar tequila a Jorge. Tal vez después vayamos por paletas. Así que no regresaremos por un rato.

Pretender que su mundo no se estaba desmoronando era agotador. ¿Y si nunca volvía a ver la cara de su mamá? Carolina intentó memorizar cada ángulo y cada lunar. Cada línea de risa en las esquinas de los ojos de mamá.

La mujer suspiró.

–Quién pudiera ser joven y estar enamorada otra vez. –Sonrió y les hizo un gesto con la mano–. Váyanse.

Mamá besó a Carolina y se fue, llevándose el corazón roto de su hija con ella.

*Te amo*, quiso decirle Carolina. *Incluso cuando estaba molesta o metiéndome en problemas o teniendo que hacer un millón de tareas. No hubo ni un momento en que no te amara, amá.*

–¿Cómo hacemos esto? –susurró Lalo–. ¿Cómo dejamos a nuestros seres queridos atrás?

–No te juzgaré si te quedas aquí –aseguró ella en voz baja. Ya había dejado de juzgar. Ahí estaba, odiando a Lalo con una ferocidad incomparable porque él era algo que ella creía que odiaba. Cuando todo el tiempo él debería haber odiado a su familia por maldecirlo–. Puedo seguir sin ti. Esta es una deuda que mi familia debe saldar.

–¿Crees que mis habilidades de combate son tan malas? –Lalo elevó una ceja.

–Solo logramos tener una sesión de entrenamiento.

–Dos, en realidad. Aunque es probable que esa primera lección en el cuarto de tu abuelo no cuente. Pasaste la mayor parte del tiempo

golpeándome hasta dejarme fuera de combate. –Sonrió–. De todos modos, no te dejaré sola.

Esta vez, Lalo tomó el control. Bajó la cabeza mientras salían del vestíbulo, caminaron hacia afuera y los rayos del sol los envolvieron.

Abrió la puerta del carruaje, tomó la mano de Carolina y la guio para que subiera primero, aunque el sol debía estar cubriéndole los hombros. Cuando ella se sentó, él se quitó el sombrero y se metió en el carruaje, colocándose lo más lejos posible de cualquier filtración de luz.

–Espera –pidió Carolina, moviéndose a su lado para bloquear la mayor parte del sol–. ¿Está mejor así?

Lalo asintió brevemente.

–Mucho mejor. Gracias.

El carruaje dio un tirón hacia adelante y comenzaron a recorrer el camino empedrado.

–¿Dónde están las provisiones que reuniste? –preguntó él.

–Bajo el carruaje –respondió con una sonrisa traviesa–. Y escondidas en mi falda. Vamos a parar primero en la casa de Jorge. Él vive con su esposa justo fuera de la plaza principal. Tiene un cobertizo en la parte de atrás con armas de sobra. Nadie notará si tomo uno o dos revólveres.

La garganta de Lalo se movió al tragar.

–¿Estás nervioso? –Ella se acercó más. Él se puso aún más tenso.

–Excesivamente.

–Cuando estoy nerviosa, me gusta aprender a hacer algo. –Ella extendió la mano, levantó su falda y tomó una de las dagas de los amantes, la misma herramienta que Alma había usado para invocar a Tecuani de la Tierra de los Muertos. Tomó la mano de Lalo y colocó la empuñadora en su palma–. Para matar a Vidal, puedes cortar. –Movió la mano para mostrarle–. O apuñalar. –Movió la mano hacia adelante–. Pero este… –Tomó la mano de Lalo y acercó la daga a su pecho, al espacio que había justo entre las costillas donde su corazón latía como los cascos de los caballos–. Este es el lugar letal para los de tu tipo. Y supongo que también para los míos.

Lalo estaba quieto. Mantuvo los ojos centrados en el punto donde la daga tocaba la piel expuesta de Carolina justo sobre su corsé.

–Si no puedo matarlo –agregó–, debes apuntar aquí mismo.

–¿Y si fallo? –La voz de Lalo era áspera, como si nunca hubiera hablado en la vida.

–No lo harás.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque la vida de tu hermana depende de ello. –Ella soltó su mano. Él retrocedió de inmediato y el cuchillo cayó al suelo. Carolina se agachó para recogerlo justo cuando el carruaje atravesaba un bache en el camino. Cayó sobre él, con las palmas extendidas sobre su pecho.

Sus labios estaban tan cerca de los suyos. Su mirada se desvió hacia la boca de Lalo y luego volvió a sus ojos, que estaban muy abiertos y llenos de pánico.

Ella frunció el ceño.

–¿Por qué te ves tan aterrorizado?

–Porque... –Tragó saliva–. Porque me muero por besarte.

El corazón de Carolina dio un vuelco.

–¿Por qué no lo haces? –preguntó, sin aliento.

–Tengo miedo –confesó–. Nunca... No he... –Negó con la cabeza–. Quiero besarte, Carolina. Pero temo que, si lo hago, puede que nunca pare.

*Maldita sea.* ¿Por qué este chico era tan... perfecto?

–Bésame de todos modos –dijo ella. Y lo dijo en serio.

–¿Sientes algo entre nosotros, de verdad? ¿Sin fingir? –quiso saber él, con toda la esperanza del mundo reflejada en su mirada.

–Bésame, Lalo Montéz, y te lo demostraré.

Él hizo una mueca.

–Mi verdadero nombre es Lalo Villalobos.

Carolina soltó una risita. Rafa tenía razón.

–Entonces, quiero que Lalo Villalobos me bese también.

Las manos de Lalo le rodearon la espalda y la atrajeron hacia él. Dudó.

–¿Y si pierdo el control?

Ella sonrió.

–Tengo cuchillos atados a ambos muslos.

Los dedos de Carolina se movieron desde su pecho hasta el cuello de su camisa. Apretó la tela y se acercó a él hasta que sus labios estuvieron casi tocándose. Lalo cerró los ojos, esperando. Carolina sonrió ante su inocencia. Luego cerró los ojos también.

Una energía pura chisporroteó por su cuerpo cuando sus labios se encontraron. La sensación fue como si el mundo dentro de Carolina explotara en miles de estrellas. Ella retrocedió de golpe: sus labios, su cuerpo, todo su ser cosquilleaba.

–Guau –susurró Lalo.

Había estado pensando lo mismo.

Y ahora deseaba más.

Lo besó de nuevo, pero no era suficiente. Subió al regazo de Lalo. Quería sentir cada parte de él contra ella. Y cuando él la acercó más, el mundo desapareció. Solo existía la caricia de los labios suaves de Lalo, su silueta ágil. Su sabor. Los gemidos susurrados que él hacía cuando sus lenguas se tocaban.

Enterró los dedos en el cabello de Lalo. Jaló de su cabeza hacia atrás para besar la piel sensible en su cuello. Él gruñó, aferrándose a la tela de la falda de Carolina.

El cochero le dio una orden a los caballos y el carruaje se detuvo de pronto. Lalo apartó a Carolina al otro extremo del asiento. Estaba sonrojado. Tenía los labios hinchados. Los ojos desenfocados y brillantes.

–Lo… Lo siento –jadeó. Y cuando habló, Carolina vio la punta de los colmillos. Él cubrió su boca con su mano–. No debería… –balbuceó–. No deberíamos haber…

El dolor ardió dentro de Carolina y luego la furia. Cruzó los brazos.

–Nadie debería lucir tan aterrado después de un beso como ese.

Lalo abrió los ojos de par en par.

–Ese beso fue un error.

La puerta se abrió y… Carolina estaba boquiabierta. Nena asomó la cabeza.

–Hola, tortolitos –saludó con alegría.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Carolina.

La repentina luminosidad del día llenó el carruaje. Solo podía esperar que Lalo estuviera demasiado ocupado sufriendo por la luz

solar como para notar el rubor que tenía en sus mejillas.

–Vengo a ver cómo está Jorge. ¿Qué más? –Los ojos de Nena pasaron rápido entre los dos–. ¿Interrumpo algo? –Movió las cejas de manera sugerente.

–¡No! –exclamó Lalo.

–¡Sí! –respondió Carolina al mismo tiempo.

Ella fulminó a Lalo con la mirada, el miserable tonto que pensaba que podría arrepentirse de sus besos, antes de ir hacia la puerta.

–Vinimos a ver cómo está tu hermano –le dijo Carolina a su prima.

Nena movió la mano.

–No te molestes. Jorge está bien y descansando. El sediento le dio un buen golpe en el pecho, pero su herida sanará. Le han pasado cosas peores. ¿Recuerdas la vez que le lanzó una piedra a aquel panal de avispas?

–¿Cómo olvidarlo? Estaba de pie a su lado. Mis ojos estuvieron hinchados durante una semana por las picaduras de las malditas avispas.

–¡Ah, sí! Nunca estuviste tan guapa como esa vez –bromeó Nena.

–Qué graciosa. –Carolina se acercó a la puerta, pero Nena no se movió. ¿Cómo iba a colarse al cobertizo y tomar armas extra con su prima entrometida bloqueándole el paso? Llevaban diez minutos en su plan de escape, y las cosas ya estaban yendo mal.

La cabeza de Fernanda apareció a continuación. Entrecerró los ojos.

–¿Mi hermano te está matando de aburrimiento?

–Creo que es lo contrario –dijo Nena. Fernanda sonrió con picardía.

–Qué escandaloso.

–Muévete –ordenó Nena.

–¿Qué? –Carolina tensó la espalda–. ¿Por qué?

–Porque hace calor, estoy cansada y quiero irme a casa.

Carolina no se movió. Si su prima se sentaba en el asiento, sabía que nunca se iría del pueblo. Nena conocía todas las señales de Carolina. Notaría enseguida que algo no estaba bien. La última vez que trató de esconder una bolsa de dulces de Nena, ella descubrió sus mentiras en segundos. Nena decía que podía saberlo por la

manera en que Carolina actuaba. Estaba *demasiado* animada y supuestamente parpadeaba dos veces más de lo normal.

–No vamos a casa –confesó Carolina.

La mirada de Fernanda siguió fijándose en su hermano, que estaba encorvado en la esquina para evitar el sol. Miraba al vacío, golpeteando sus labios con los dedos.

–¿Pasa algo? –preguntó Fernanda. Era evidente que ella también conocía las señales de su hermano. Carolina tenía que escapar de estas mujeres tan astutas.

–Tu hermano y yo... nos besamos –admitió.

Nena y Fernanda dieron un grito ahogado. Carolina permitió que su mentón temblara.

–Y ahora él siente que fue un error.

Ellas volvieron a reaccionar igual.

–¿Porque es un sediento? –preguntó Nena.

Carolina negó con la cabeza. Fingió secarse los ojos llenos de lágrimas.

–¿Porque nunca ha besado a nadie? –preguntó Fernanda.

Carolina interrumpió su actuación.

–¿En serio?

–Sí. Tal vez besar a alguien fue...

–Estoy aquí –señaló Lalo con tono inerte–. Por favor, no hablen de mí como si no existiera.

–Creo que Lalo y yo tenemos algunos problemas que resolver. No les molesta caminar a la casa por su cuenta para que podamos tener algo de privacidad, ¿verdad?

–Por supuesto que no. En especial si termina con un apasionado beso de reconciliación –respondió su prima, haciendo un mohín y agitando las pestañas.

–Qué asco –dijo Fernanda, pero las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa.

–Nos vemos luego. –Nena movió los dedos a modo de despedida.

–No esperen que regresemos pronto –respondió Carolina.

Fernanda y Nena chillaron de alegría.

–Qué bueno ver que por fin vives, hermano –dijo Fernanda, guiñándole un ojo antes de cerrar la puerta tras de sí y dejar a

Carolina y Lalo a solas otra vez.

Carolina se desplomó. Esa podría haber sido la última vez que veía a su prima, y había terminado el encuentro con medias verdades picantes y lágrimas falsas.

Golpeó la pared lateral y gritó:

–¡A lo del señor Leaños, Joaquín! –El carruaje comenzó a avanzar.

La pequeña paletería, que estaba enterrada en la tierra, era el edificio más cercano a Del Oro que se encontraba cerca del bosque. Una vez que el señor Leaños comenzó a añadir otros sabores a su mezcla cremosa helada hecha de huevos, leche y agave, todos en Del Oro comenzaron a disfrutar de sus dulces helados. La paleta de lima y chile era para morirse.

–¿Cuál es el plan? –preguntó Lalo.

Ella levantó la nariz.

–Preferiría no hablar con personas que piensan que besarme es un error.

–¿Te ha pasado antes?

–No he recibido ninguna queja hasta ahora. –No es que hubiera besado a muchos chicos. Solo a dos, y uno de ellos era un sediento insoportablemente atractivo. La mayoría en el pueblo ni se atrevía a intentarlo por miedo a su papá.

El carruaje se sacudió, pero esta vez no cayó en brazos de Lalo. Se estaban acercando a la paletería. El bache en la calle, a dos tiendas de la casa del señor Leaños, llevaba tres años ahí.

Se detuvieron despacio.

–Haz como si estuvieras enfermo –ordenó.

–¿Perdón?

–Actúa como si estuvieras enfermo.

La puerta se abrió de golpe y la gran figura de Joaquín bloqueó el sol.

–Carolina, estamos...

Lalo gimió y se agarró el estómago, encorvándose contra la pared.

–¿Te sientes mal, Lalo? –preguntó el cochero.

–Todo este movimiento le ha dado mareos a mi pobre enamorado. Ya has visto que es propenso a los mareos.

Le dio una palmadita en el muslo, tratando de parecer comprensiva.

–Estoy segura de que estará bien después de que se recupere. ¿Te importaría hacer la fila por nosotros? Sé lo largo que puede ser el tiempo de espera.

–Por supuesto. –Joaquín echó un último vistazo a Lalo antes de cerrar la puerta.

Contó hasta veinte, dándole tiempo a Joaquín para desaparecer en la multitud de clientes.

Se movió hacia la puerta, pero Lalo le sujetó la muñeca.

–¿Qué estamos haciendo?

Ella sacó la mano de un tirón.

–*Nosotros* no estamos haciendo nada. *Yo* sí.

Un destello de dolor cruzó el rostro del chico, como si él no fuera el que la había rechazado.

–Si esto es por el beso, yo...

–Lo sientes mucho. Lo entiendo a la perfección. Es evidente en tu molesto rostro. Y no te preocupes, no volverá a ocurrir.

Él la miraba boquiabierto.

*Bien*, pensó ella. Esperaba que sus palabras le picaran más que una ortiga.

–Quédate aquí y sujétate bien, porque voy a robar este carruaje.



*Corté mi piel y me recosté en el suelo, suplicándole a Tecuani que oiga mi llanto. Él se alzó de la tierra envuelto en una neblina serpenteante. No podía ver su rostro, pero oí su voz imponente. Era el sonido del trueno, de un jaguar listo para atacar.*
*–¿Quién perturba mi paz? –gruñó.*
*Alcé las manos y supliqué:*
*–Perdóneme, señor, pero necesito de su ayuda.*
*El gran dios de las almas rio. Y mis huesos temblaron con su resonancia.*
*–Te ayudaré, hija mía, pero mi benevolencia tiene un precio.*

–Xóchitl *18:9*



# CAPÍTULO 37
# Lalo

El carruaje avanzó con fuerza. Lalo cayó hacia atrás y se golpeó contra la madera de la pared.

Una vez más, presionó sus labios con la yema de sus dedos.

Apartó el cabello de sus ojos, los rizos que Carolina había desordenado hacía instantes.

–¿Qué haces? –susurró para sí mismo–. Ahora no es momento para esto.

Pero si iba a enfrentar al sediento original pronto y posiblemente morir de verdad esta vez, ¿no debería tener permitido besar a la chica de quien estaba enamorándose?

–Maldita sea –murmuró–. Te has enamorado de Carolina Victoria Fuentes. –Dejó caer la cabeza–. Y la perderás antes de que siquiera sea tuya.

El sonido de los cascos de los caballos sobre la tierra y el traqueteo de las ruedas de madera llenaron el silencio infinito. No debería haber dicho que su beso fue un error. Nunca se arrepentiría de algo tan… Sintió cómo el calor subía a sus mejillas. Ese beso fue perfecto en todo sentido. Debería decírselo a Carolina.

–No.

Confesar su amor solo sería una distracción.

Se sobresaltó. *¿La amaba?*

–Por todos los santos –protestó.

Se hundió en el asiento. Deseaba poder hablar con Fernanda en ese instante. Era una experta en amor. Según los cálculos de Lalo, ella se había enamorado al menos una docena de veces.

Pero ¿qué importaba cuando la Columna del Diablo se acercaba cada vez más?

–¡Estamos entrando al bosque! –gritó Carolina–. Tomaré un camino oculto. Será movido.



Pasó aproximadamente una hora. No podía saberlo con certeza. Le dolía el trasero por los golpes bruscos recibidos por el movimiento del carruaje.

–¡Sujétate a algo! –gritó Carolina.

Antes de que siquiera pudiera estabilizarse, todo el lado derecho del carruaje se hundió. Un crujido horrible brotó de uno de los ejes antes de que el vehículo se detuviera por completo.

–¿Carolina? –llamó. Ella no dijo nada. El pánico se apoderó de él. Empezó a ir hacia la salida–. ¡Carolina!

Abrió despacio la puerta y el rostro de Carolina apareció en la oscuridad.

–¿Estás herida? –preguntó al notar la palidez en la piel de la chica.

Ella negó con la cabeza.

–Estoy bien. Solo… avergonzada. Choqué el carruaje. Pensé que era un bache pequeño. Me equivoqué. El eje está destrozado. –Alzó el rostro hacia el sol. Su cabello bailaba en la brisa–. Esto no será fácil.

A Lalo se le secó la boca.

–¿No hay árboles que nos protejan?

–Tomé un sendero que nadie se atrevería a usar. Si mi papá viene a buscarnos, jamás sería tan estúpido de venir por aquí.

–¿Por qué es tan peligroso este camino?

Ella se mordió el labio. Él quería besarla.

–Es imposible atravesar el sendero con un carruaje. Y…

–¿Y qué?

–Hay lobos sueltos por aquí.

–¿Por qué en el cielo escogerías este camino?

–Es el más rápido a Columna del Diablo. Y con tanto viento feroz, nuestras huellas desaparecerán en cuestión de segundos. Nadie podría rastrearnos.

–Y ahora estamos atascados.

–El carruaje sin duda lo está. –Ella miró a su alrededor, observando lo que parecía un paisaje desolador. Los pocos árboles que Lalo podía distinguir a lo lejos eran delgados y demasiado grandes, pero no tenían hojas, como si hasta ellas supieran que debían mantenerse alejadas.

–¿Cuáles son nuestras opciones?

–Nos quedamos aquí y esperamos. El sol se pondrá en unas pocas horas.

Él negó con la cabeza.

–Cualquier sediento en la zona nos encontrará en cuanto caiga la noche.

–Entonces, tendrás que confiar en que te llevaré al otro lado de este valle –respondió ella, esbozando una sonrisa débil–. Cubriré cualquier parte de tu piel expuesta y cabalgaremos como si no hubiera un mañana.

–No soy muy bueno a caballo –admitió él. *O en un pony*, pensó. Decidió no mencionar ese detalle.

–Tendrás mi guía. Puedes confiar en mí.

Sus miradas se cruzaron. El calor se extendió por el cuerpo de Lalo como si ya estuviera en llamas. Si pudiera, olvidaría todo y la besaría hasta que el mundo se desvaneciera.

La quería tanto. Y podía ver en sus ojos que ella sentía lo mismo. Estaba en el sonido de su corazón. En la suavidad de su cuerpo. Sin embargo, tenía que ponerle fin a lo que sea que fuera esto. Ya iba a

destruir a su hermana si moría; no quería hacerle daño a Carolina también. Tal vez fuera cobarde, pero saber que le causaría dolor era demasiado para soportarlo.

–Carolina. –Despejó su garganta–. Sobre ese beso.

El corazón de ella comenzó a latir más rápido.

*Dile la verdad*, le urgieron su mente y su cuerpo. *Olvida lo seguro. Dile que la amas. Que no deseas nada más que vivir y estar con ella.*

Pero no lo haría. No podía. Era mejor que lo odiara a pasar el resto de sus días pensando en lo que pudo haber sido.

–Fue egoísta de mi parte desear algo así de ti. Aunque las circunstancias fueran diferentes, esto nunca funcionaría.

La piel de Carolina perdió el último resto de su bronceado.

–Tienes razón. Qué tonta fui. –Observó cómo ella levantaba una barrera entre ellos, ladrillo por ladrillo. Asintió una vez, como si estuviera de acuerdo consigo misma–. Prepararé los caballos.

Se movió para detenerla, para atraerla de nuevo a la sombra fresca del carruaje y decirle que mentía, decirle que no quería morir, que quería estar con ella siempre, pero se detuvo. Y la dejó ir.



# CAPÍTULO 38
# Carolina

Liberó a los caballos de la carroza y ató todo lo que sabía que necesitarían alrededor de sus cuellos. Empacó armas. Un poco de comida para sí misma. Algo de sangre de jabalí para el mocoso.

Ajustó un nudo con un gruñido. Lalo le estaba mintiendo. Él tal vez creía que ella era la que mostraba sus emociones en el rostro, pero debería mirarse al espejo alguna vez.

–Ese sapo. Ese desgraciado. Ese... –No pudo pensar en nada más y gruñó de frustración.

Él quería hacer el papel de caballero. El papel de mártir. Pues no se lo pondría fácil. No, señor. Sabía lo que debía hacer. Sabía que cruzar la Columna del Diablo y matar a Vidal sería lo más difícil que jamás habría hecho, pero eso no significaba que debieran mentirse el uno al otro. No cuando ninguno de los dos sabía si regresarían.

–Cobarde –escupió–. Montón de estiércol egoísta.

Excremento o no, Carolina necesitaba encontrar algo para cubrir por completo el rostro de Lalo. El sombrero no funcionaría del todo. No había llevado ropa extra. Había creído que no sería necesario. Tendría que haberlo previsto.

Levantó la primera capa de su falda y desgarró las costuras.

–¿Qué estás haciendo? –La voz de Lalo era una octava más alta.

–No tengo nada más con qué cubrirte. Esto tendrá que bastar.

–Veo… Veo lo que hay debajo.

Ella resopló mientras continuaba rasgando su falda. Nada inapropiado estaba a la vista. Tenía puestos pantalones. Por el modo en que Lalo abría y cerraba la boca como un pez, uno creería que ella iba como el día en que nació.

Le lanzó un trozo de tela rota.

–Cubre tu rostro y ponte el sombrero por encima para mantener la tela fija.

Lalo no se movió, tenía los ojos pegados a su silueta. Ella mantuvo la sonrisa. Si su beso había sido un error, ¿por qué la miraba con tanta lujuria febril en los ojos?

–Perro mentiroso –susurró.

–¿Disculpa?

–Dije: ¿estás listo?

–¿Tengo otra opción?

El viaje entre los árboles no sería fácil. No había nada que lo protegiera del sol durante al menos un kilómetro y medio.

–He amarrado juntos nuestros caballos. Nos guiaré por el bosque. Tú solo necesitas mantenerte lejos del sol lo mejor que puedas y no caerte.

–No prometo nada.

Lalo envolvió su cuello y su rostro con las tiras de la falda floreada y bordada de Carolina. Era una pena cubrir algo tan perfecto, pero era mejor que observarlo sufrir mientras se llenaba de ampollas hasta ser irreconocible.

Cuando cada parte de la piel de Lalo estuvo cubierta, Carolina subió al carruaje y le tomó la solapa del abrigo.

–Hora de irse. Sujétate a la parte posterior de mi corsé –ordenó y luego tomó uno de los puños cubiertos de Lalo y lo colocó sobre su cintura. Carolina deseaba haber tenido tiempo para hacerle una máscara adecuada para que él pudiera ver, pero tendría que ser los ojos del chico–. Te llevaré hasta tu caballo y luego cabalgaremos como si fuéramos unos malditos bandidos.

Él no dijo nada.

–¿No vas a reprenderme por mi lenguaje inapropiado? –preguntó.

–Tal vez luego. –El tono de Lalo era tenso–. Si es que tendremos algún futuro.

–No seas tan dramático. Te llevaré al otro lado del valle. –*Esperaba lograrlo.*

Apartó el pensamiento, lo guardó detrás de su necesidad de castigarlo por querer apartarla de él. Se aseguraría de que Lalo sobreviviera, solo para poder hacer que se arrepienta de lo que le había dicho.

Su beso fue lo opuesto a un error.

Fue algo hermoso y abrumador que debería celebrarse. Que debería repetirse una y otra y otra vez. Cuando lograran atravesar el valle, Carolina se aseguraría de aclararlo.

–Te sacaré del carruaje. No me sueltes.

Él hundió los dedos en el material grueso. Con un tono tan suave como la bruma, dijo:

–Nunca.

Los escalofríos invadieron la piel de Carolina. Su corazón dio volteretas dolorosas. Esa era una promesa demasiado solemne.

Suspirando, salió del carruaje con Lalo hacia el calor abrasador. El viento soplaba alrededor. Enmarañaba su cabello y las prendas que cubrían el cuerpo de Lalo. Él siseó.

–¿Necesitamos volver? –exclamó ella por encima del viento.

–No. Estoy bien. ¡Nunca he estado mejor!

–¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres horrible mintiendo?

–Una o dos veces.

Ella sonrió ante el viento.

–Tenían razón.

Despacio, llegaron a los caballos, luchando contra las ráfagas decididas a destruir la defensa de Lalo.

Carolina posó las manos de Lalo sobre el lomo del caballo.

–No tenemos monturas. ¿Puedes cabalgar sin una?

–No tengo la menor idea.

Resopló y lo ayudó a subir. Fue una situación incómoda y vergonzosa en la que él le golpeó la cara accidentalmente con la bota, pero luego logró montar.

Rápido, ella corrió a su propio caballo que estaba amarrado al de Lalo y montó sobre el bello animal.

–Sujétate, Lalo.

Carolina chasqueó la lengua y los caballos comenzaron a moverse. Al principio, despacio, pero ganaron velocidad cuando supo que él no se caería. Antes de avanzar más, necesitaba asegurarse de que los vendajes de Lalo resistirían cuando comenzaran a galopar a toda velocidad.

Empezaron a trotar, y una punta de la tela se soltó y la piel cálida del cuello de Lalo quedó expuesta. Él gritó, sorprendido.

–¿Deberíamos parar? –aulló ella.

–¡No! Continúa. Cuanto más rápido entremos al bosque, mejor.

Él se sostuvo la crin del caballo con una mano y con la otra intentó acomodar los vendajes, temblando, pero la tela se aflojó aún más. Lalo soltó una sucesión de groserías. Palabras que ni siquiera Carolina había usado.

Clavó la vista en el horizonte, en el bosque que se aproximaba poco a poco.

–¿Hueles eso? –preguntó Lalo–. ¿Es azufre?

Los ojos de Carolina se movieron rápido de un lado a otro. Una nube de polvo apareció a su izquierda donde el cañón los encerraba. Rocas caían por la pared de granito desde lo alto. Miró el lugar de donde habían venido. El horror invadió su estómago y dio un grito ahogado.

–¡Mierda! –Sacudió las riendas–. ¡Tenemos que ir más rápido! ¡Sujétate!

Carolina clavó los talones en el costado del caballo y salieron a toda velocidad. Su mirada no dejaba de ir hacia las paredes del cañón, y su corazón retumbaba dentro de su pecho. Al menos seis lobos descendían por las rocas. ¡Seis! Pero cuando entrecerró los ojos, vio que había algo diferente en ellos. Algo sobrenatural. Monstruoso.

Y bajaban rápido por el acantilado.

Lalo maldijo de nuevo. Su cobertura se estaba desmoronando. Incluso con los cascos de los caballos golpeando la tierra y el viento

mordiendo sus rostros, ella podía escuchar el perturbador silbido de su carne ardiendo.

Pero no podían detenerse ahora. Los lobos los atraparían con facilidad ahí. Al menos en el bosque no tendría que preocuparse por que la piel de Lalo se derritiera.

Un aullido agudo de una de las bestias interrumpió sus pensamientos. Era más fuerte que cualquier lobo que hubiera oído antes y tan profundo que lo sintió en los huesos.

Volvió la vista hacia atrás. Los monstruos se estaban acercando. Sus caballos iban a toda velocidad, pero no lograban dejar atrás a los lobos.

–Vamos –instó a su caballo–. Solo un poco más.

Lalo se atrevió a mirar atrás y dio un grito ahogado:

–¡Chupasangres!

–¿Qué diablos son esos? –preguntó a gritos.

Tiró de las riendas con más fuerza, rezando para que los caballos de carruaje pudieran moverse más rápido.

–Cada vez que el velo entre la Tierra de los Muertos y la Tierra de los Vivos es atravesado, estas criaturas se cuelan. ¡Esto es una excelente noticia!

–Tenemos conceptos muy distintos de qué se considera una excelente noticia.

Lalo gruñó de dolor.

–Significa que estamos en el camino correcto. Los chupasangres cazan lo que no pertenece a este reino.

–¿Como un sediento?

–Sí –jadeó Lalo.

–¿Como tú?

Él maldijo.

Los árboles estaban adelante. Podían lograrlo. Tenían que lograrlo.

El caballo de Lalo relinchó mientras una masa oscura se deslizaba junto a él. El cuerpo de la criatura era largo y encorvado. Donde debería haber pelaje, había gruesas escamas negras, como la piel de un cocodrilo.

–¡Carolina! –gritó horrorizado cuando el chupasangre lo atacó a él y a su caballo–. ¡Ayuda!

Ella metió las manos en la bolsa que había atado a su caballo y sacó tres dagas de obsidiana relucientes. Lanzó la primera. Rebotó contra la piel reptiliana del chupasangre.

–No puede ser –gruñó ella.

Inhalando profundo, como siempre le había enseñado su abuelo, dejó volar la segunda daga. Esta dio una voltereta en el aire justo cuando el monstruo se impulsaba con las patas traseras y se lanzaba hacia Lalo. La hoja se hundió profundamente en el pecho expuesto de la bestia. El chupasangre se estrelló contra el suelo y explotó en una nube de humo oscuro.

–¡Carolina! –La mitad de su rostro estaba expuesta. Los forúnculos brotaban y estallaban en sus mejillas y cuello–. ¡Detrás de ti!

Ella volteó. Lanzó la daga. Observó cómo el cuchillo encontraba su blanco y otra bestia explotaba y desaparecía en el éter. Pero no había motivo de celebración: más monstruos se avecinaban.

–¡Nunca lo lograremos! –gritó ella–. Son demasiado veloces.

–¡Detén los caballos! –exclamó Lalo.

–¿Qué? ¿Te has vuelto loco?

–¡Detenlos ya!

# Del diario del fraile Alejandro Ibarra

***Los sabuesos de los dioses, también conocidos como chupasangres al oeste de Abundancia, tienen un propósito: cazar y destruir lo que sea que interfiera en el balance entre los reinos de los vivos y los muertos.***

***Los humanos no tienen nada que temer a estas criaturas elusivas. A menos que hayan entrado a la Tierra de los Muertos, claro. O que tal vez no sean tan humanos como parecen.***



# CAPÍTULO 39
# Lalo

Su piel chisporroteaba. Se retorcía de agonía. El dolor no era como nada que hubiera experimentado. Estaba viviendo un incendio descontrolado. No podía respirar. No podía pensar. El tormento era demasiado grande. Pero lucharía hasta el fin del mundo para mantener a Carolina a salvo. Ella los había llevado lo bastante lejos como para que él pudiera tomar el control.

La cobertura se volvió a desplazar cuando ella tiró de las riendas y los caballos se detuvieron de golpe. El rostro y cuello de Lalo quedaron expuestos al sol abrasador. Una explosión de calor atravesó todo su ser, cortó hasta la misma mecha de su alma. Aullando, Lalo saltó de su caballo. Acercó la cabeza hacia sus propios hombros y corrió hacia Carolina, quien estaba lista para enfrentarse a los chupasangres.

Lalo no perdió tiempo explicándose. La levantó en sus brazos, la sostuvo fuerte contra su cuerpo y salió corriendo hacia los árboles.

–¿Qué estás haciendo?! –gritó ella.

–¿¡No es obvio!? –Apretó los dientes y mantuvo los ojos en las ramas esqueléticas al frente. Sentía el poder de Tecuani latiendo en sus venas y fortaleciendo sus muslos.

–¡Mierda, eres rápido!

Carolina apretó el cuerpo de Lalo con sus brazos y piernas, para facilitarle las maniobras y para protegerlo, aunque fuera en parte, de los rayos agonizantes del sol. Una de las manos de Lalo apretaba su corsé como si su vida dependiera de ello mientras que movía la otra lo más rápido posible. Todo le dolía. La piel, los ojos, el cuero cabelludo. Los rayos de sol eran como tejones mordisqueando su carne.

–Ya casi llegamos –susurró ella en su oído. Y el sonido fue como saltar al agua fría.

Lalo sentía los músculos cansados. La luz diurna lo destrozaba. No aguantaría mucho más.

Pero luego, olió los pinos y la tierra húmeda. La tortura disminuyó mientras sus pies avanzaban por la boca del bosque. Lalo no se detuvo. Oía los chupasangres aún corriendo hacia ellos.

Algo se agitó en su pecho. Sus pulmones cedieron y le resultó difícil respirar. Su bota tropezó contra una rama caída y cayeron hacia adelante. Carolina salió disparada y se desplomaron en el suelo del bosque. Lalo intentó incorporarse, pero perdió el resto de energía y el dolor que había estado reprimiendo estalló en su interior.

Ella se acercó a él y dio un grito ahogado. Las heridas de Lalo eran extensas. Sin duda eso parecía.

–Tenemos que continuar, Lalo –jadeó–. Esas bestias aún nos persiguen y la mayoría de mis armas quedaron con los caballos. ¿Puedes ponerte de pie?

Lalo apenas podía abrir la boca para responder.

Un chupasangre aulló peligrosamente cerca.

–Mierda –dijo Carolina–. Mierda. Mierda. Mierda.

–Vete –murmuró Lalo–. Déjame.

–No iré a ninguna parte sin ti.

Su confesión atravesó el corazón de Lalo.

Ella permaneció en silencio un instante.

–Los sedientos los atraen, ¿cierto?

–Sí –susurró Lalo–. No ven, pero tienen un olfato extraordinario. Huelen muerte en los sedientos. Saben que no pertenecemos a este

reino.

Otro aullido resonó entre los árboles. Fuerte y cerca.

–Entonces, solo hay una cosa que hacer.

Colocó su cuerpo sobre el de Lalo, hasta que cada parte de ella estaba en contacto con cada parte de él.

Lalo abrió los ojos de par en par.

–¿Estás intentando que nos maten a los dos?

–Estoy escondiendo tu aroma de ellos. –El rostro de Carolina flotaba muy cerca del de Lalo. Tenía los labios demasiado cerca. Todo de *ella* estaba cerca.

Una ramita se quebró.

–No te muevas –ordenó ella sin emitir sonido, solo moviendo los labios.

Despacio, Carolina tomó una de las dagas de los amantes de su funda y la preparó.

Tres chupasangres salieron de entre los arbustos. Lalo escuchaba el pulso acelerado de la joven mientras las patas pesadas de las bestias aplastaban las ramas caídas y las hojas secas. Ella le sostuvo la mirada. Y tal vez por primera vez desde que la conoció, vio miedo real en los ojos de Carolina.

Dos de los chupasangres se acercaron despacio a ellos. Uno olfateó el aire; exhaló profundo, lo que hizo que el cabello de Carolina cayera sobre su rostro.

Un gruñido grave y hambriento brotó del chupasangre. Sus ancas sobresalían como púas de su columna. El sabueso mostró los dientes filosos como cuchillos. Se agazapó como si se estuviera preparando para saltar.

Carolina tomó la daga, hizo un corte en uno de sus brazos y luego en el otro. El chupasangre inclinó la cabeza cuando la sangre de ella cubrió el cuerpo de Lalo. La bestia relajó ínfimamente los hombros.

Lalo apretó los dientes y contuvo el aliento. La sangre de Carolina era tan cálida. Olía a ella. A fuego.

Un aullido sonó a lo lejos y los tres chupasangres alzaron la cabeza. Dos se marcharon de inmediato entre los arbustos, pero uno permaneció allí. Movía el hocico mientras olía una vez más el aire

alrededor de Carolina y Lalo. La bestia dio un paso más hacia ellos, pero se detuvo cuando hubo un segundo aullido.

Movió las orejas hacia el sonido y resopló antes de voltear hacia el oeste y desaparecer entre los árboles.

Carolina exhaló y se relajó sobre el pecho de Lalo. El dolor repentino sacudió los huesos del muchacho. Empezó a ver borroso.

–Me voy a desmayar –murmuró.



# CAPÍTULO 40
# Carolina

Se apartó de él. El rostro de Lalo había comenzado a sanar despacio, pero ella no había tenido tiempo de revisarlo más. Poco a poco, apartó las capas de tela que aún envolvían su cuello. Dio un grito ahogado. Las ampollas ardientes supuraban y cubrían toda su piel en carne viva.

–¿Cómo siquiera sigues funcionando? –logró decir ella.

Lalo gruñó algo ininteligible.

–No estás sanando rápido como deberías.

De pronto, Carolina entendió. Lo más probable es que estuviera famélico. Apenas había bebido unos sorbos de sangre de jabalí antes de partir.

Maldijo.

El bolso con todo el sustento de Lalo había desaparecido junto con los caballos. Al igual que los vendajes que había empacado para ella misma en caso de heridas.

Necesitaba conseguirle alimento a Lalo y rápido. Lucía horrible y, además, de verdad necesitaban seguir avanzando. Estaban más adentro del bosque de lo que nunca había estado. Podría haber más monstruos al acecho. Y si Maricela o Vidal los encontraban ahora, no tendrían ninguna oportunidad de defenderse.

Él se movió y gimió. Realmente estaba en su peor estado.

Ella mordió su labio, centrada en los pensamientos que pasaban por su mente. Solo había una opción. Tendría que ofrecerse a él. Solo un poco. Lo suficiente para ayudarlo a salir adelante. Pero eso significaría que algunos de los años de su vida quedarían perdidos. Miró a Lalo, que todavía chisporroteaba en la hierba. Unos pocos años de su propia existencia eran un pequeño sacrificio si pensaba en todo lo que Lalo había soportado. Además, no había garantía de que ella pudiera salir de la Columna del Diablo.

Despacio, lo ayudó a incorporarse. Ignoró su gemido de dolor y lo sentó contra el amplio tronco de un pino, asegurándose de evitar que la corteza dañara su piel. Tomó una de las dagas de los amantes de su funda y la posó sobre la piel suave justo entre su índice y su pulgar.

–¿Qué estás haciendo? –La voz de Lalo era áspera.

–No estás sanando. Necesito que vuelvas a estar de pie.

Lalo abrió un solo ojo, inyectado en sangre y húmedo.

–Tú tampoco luces demasiado bien –dijo él. Ella sonrió.

–¿Desde cuando eres tan bromista?

–Siempre he sido gracioso. –Hizo una mueca de dolor al moverse–. Solo lo mantuve en secreto.

Rio y se acercó más a él. Lalo negó con la cabeza.

–No. No puedo. No lo haré.

–Puedes y lo harás.

–Beber tu esencia acortará tu vida.

–Si permanecemos aquí, moriré de todos modos, así que bebe, maldita sea.

–Siempre tirana. –Él rio y gimió de dolor.

Carolina cortó de nuevo su piel para darle un rastro de sangre fresca. Ardía, pero se sentía apenas mayor que un corte con papel, en especial cuando miraba las heridas de Lalo.

–Toma. –Le ofreció la mano, la sangre ya goteaba sobre su palma.

Lalo apartó la cabeza.

–Tal vez solo sean días o semanas las que te quitaré, pero no voy a hacerlo.

–Cuidado, Lalo. Si sigues actuando como si te importara, podría empezar a creer que ese beso no fue un error.

Él tragó con dificultad.

Se acercó más, sintiéndose más atraída por él que nunca.

–Bebe. Si no nos movemos, los dos estaremos muertos.

Los ojos miel de Lalo encontraron los de ella. Había hambre ahí. Sin embargo, él no se movió.

–No me obligues a hacerlo por la fuerza –advirtió Carolina. Él lamió sus labios agrietados.

–¿Y si pierdo el control?

–Puedo arreglármelas.

Sostuvieron la mirada mientras ella acercaba la palma a la boca de Lalo. Los colmillos de él crecieron. Suspiró como si mantener los colmillos retraídos hubiera sido incómodo.

–¿Cómo es? –preguntó ella–. ¿Cómo se siente?

–Asqueroso. Soy una criatura que drena el alma de alguien para alimentarse.

Carolina abrió y cerró la palma, mojó sus dedos en su propia sangre. ¿Qué vería Lalo dentro del entramado de su esencia? ¿Qué recuerdos encontraría dentro? Sorprendentemente, no le preocupaba. Lalo podría burlarse de ella, pero no juzgaría sus errores. Presionó un dedo sobre los labios de él, observó mientras la saliva de Lalo y su fuerza vital se mezclaban.

–Pero ¿cómo se siente *de verdad*?

Lalo pestañeó.

–Como si el cielo hubiera estallado y una lluvia de estrellas me cubriera.

Ella rio.

–Un poeta, incluso en medio de la agonía.

Temblando, él le sujetó la muñeca.

–¿Estás segura?

Carolina asintió. Aún quedaban horas de día, pero la noche llegaría pronto. Tenían que encontrar a Vidal antes que cualquier otra cosa los encontrara a ellos.

–Hazlo.

Lalo no vaciló esta vez. Cubrió la piel de Carolina con su boca. Deslizó la lengua sobre el corte y el ardor desapareció. Lalo tenía la otra mano cerrada y apretada en su regazo. Carolina abrió los ojos de par en par al ver que las ampollas en su piel comenzaban a reducir su tamaño casi de inmediato.

–Está funcionando.

Un gemido de placer brotó de la garganta de Lalo. El sonido hizo vibrar el cuerpo de Carolina. Quería oírlo producir ese sonido una y otra y otra vez.



*Si alguna vez te pierdes, simplemente busca en mi corazón y allí estarás.*

–Pío Parra, *Lamentaciones del corazón*



# CAPÍTULO 41
# Lalo

NO HABÍA MODO ADECUADO DE EXPLICAR CÓMO SE SENTÍA EN ESE INSTANTE. Estaba en llamas y sumergiéndose en una piscina de hielo a la vez.

Ella tenía sabor a la vida misma. Como la tierra después de la lluvia. Como las mañanas de verano cuando la temperatura era perfecta. Sabía a otoño y risas. A miel en su lengua.

Fragmentos de la vida de Carolina revoloteaban a través de la magia en la que él estaba atrapado. Vio a Carolina y Nena riendo en un campo de amapolas. La vio discutiendo con su papá por no permitirle montar como sus hermanos. Bailando con Luz Elena en su cuarto y obligando a la mujer a moverse y reír.

Lalo la sujetó más fuerte, gimiendo de puro placer mientras bebía más de ella.

A lo lejos, creyó haberla escuchado dar un grito ahogado.

Pero luego, otros recuerdos lo envolvieron en una neblina brillante.

Su primer encuentro en la oscuridad. Ella estaba sobre él y Lalo vio su propio rostro. Ella pensaba que él era atractivo. Muy atractivo. Los vio a los dos en la tumba vacía, abrazados. Vio su beso en el carruaje. Sentía el deseo latiendo a través del cuerpo de Carolina. Sentía el anhelo.

Dioses, la deseaba con tanta desesperación.

Le rodeó el cuerpo con su brazo. Quería apretarla contra sí mismo. Contra cada parte de sí.

–Lalo –la oyó decir. Sonaba distante. Un eco en el fondo de su mente–. Lalo, me estás lastimando.



# CAPÍTULO 42
# Carolina

Intentó apartarse, pero la mano de Lalo parecía un grillete en su muñeca.

La otra mano del chico estaba en el costado del cuerpo de Carolina, apretando su cintura, manteniéndola en su sitio.

–Lalo –susurró. Él clavó las uñas en la piel de la chica–. Lalo, me estás lastimando. –La irritación despertó en ella y logró liberar su mano–. Maldita sea, Lalo –jadeó.

Llevó el brazo contra el pecho y fulminó con la mirada al hombre del que se había enamorado, pero él ya no estaba ahí. El Lalo amable que se había ganado su corazón había desaparecido. El Lalo que cuidaba a su hermana, incluso cuando su propio mundo estaba hecho pedazos.

Él tenía los ojos abiertos de par en par, rojos incandescentes como el día del duelo. Tenía los labios manchados de su sangre. Y un sonido casi parecido a un ronroneo brotaba de su garganta.

–Lalo Villalobos –susurró y extendió su mano sana. Rozó la mejilla de Lalo y le dio un beso en sus labios manchados–. ¿Me escuchas?

Despacio, él suavizó la expresión y el muchacho volvió. Centró la atención en la mano de Carolina.

–Lo siento tanto.

La sangre brotaba de su palma y manchaba su corsé.

–¿Por qué? Estoy bien. Todo está bien.

Él negó con la cabeza.

–No es cierto. En lo más mínimo. Te lastimé. Podría haber perdido el control por completo.

Le mostró la daga detrás de su espalda.

–Habría estado lista si te hubiera sucedido. Confío en ti, Lalo, pero no en la bestia en tu interior.

Esas palabras parecieron destrozarlo un poco, pero ¿qué más podía decirle? Había visto al monstruo cara a cara.

Él agachó la cabeza.

–Estuviste bien, Lalo. Ni siquiera intentaste morderme la garganta.

–Pero lo pensé. Créeme, quería todo de ti en ese momento.

La calidez invadió el estómago de Carolina.

–¿*Todo* de mí?

La miró a los ojos.

–Sí. –Ella sintió la mirada de Lalo viajando sobre su cuello, por el pecho, hasta detenerse en su mano–. Estás sangrando.

¿A quién le importaba eso? Quería escuchar cuánto la deseaba.

–Necesitas sanar. Cualquier sediento en este bosque te olerá a un kilómetro de distancia –agregó.

Ella miró los cortes que manchaban su piel.

–Supongo que tienes razón.

Ahora, casi completamente sano, Lalo se puso de pie. Lucía avergonzado.

–Esto se volverá bastante extraño.

–¿Por qué?

–La sangre de un sediento cura heridas, pero… solo cuando la ingieres.

Ella retrocedió.

–¿Quieres que beba tu sangre?

–Me temo que debo insistir.

Carolina solo parpadeó.

–Hay más –dijo él.

Una risita diminuta y de pánico brotó de ella.

–Entiendo que la sensación de sanar es bastante dolorosa. –Lalo despejó la garganta–. Pero, como sabes, nuestra saliva tiene propiedades anestésicas. Necesitaré…

–¿Tendrás que lamerme? –Sus palabras estaban cargadas de incredulidad.

–Es la única manera. Créeme, lo sé. He investigado todo lo que hay sobre vampirismo. Pero debo insistir en actuar antes de que supure.

Y aun tenían por delante una noche de escalada en la montaña.

Lalo mordió su propia muñeca como si fuera una manzana. Le ofreció su brazo a Carolina.

Con cautela, ella le rodeó la piel con los dedos y acercó los labios a la herida. Pestañeó. Vio el mundo de Lalo. Vio su casa cerca del centro de la vivaz ciudad de Los Campos. Lo vio sentado en su encantador escritorio leyendo libros. Lo vio matar, llorar y huir. Lo vio mirándola con esperanza desesperada en el corazón.

–Ya es suficiente –susurró él.

Retrocedió, sin aliento y mareada por todo lo que había presenciado.

Él la amaba. Lo había visto. La amaba y eso lo aterraba. Ella también lo amaba, pero ese amor no la asustaba. Es más, el amor de Lalo la hacía sentir más valiente que nunca. Porque si él podía verla así, ver sus partes más reales e íntimas, y aún la amaba, entonces, ese amor era algo por lo que valía la pena enfrentar a mil monstruos.

Un calor gélido comenzó a cosquillearle en los labios, luego llegó a su garganta, su estómago. El dolor que Lalo había mencionado empezaba. Enderezó la columna, sin mirarlo a los ojos.

–Haz lo tuyo.

Primero tomó la mano de Carolina y deslizó la lengua sobre la palma. La mente de la chica se adormeció por completo y el dolor se redujo de inmediato. Luego, los suaves dedos de Lalo le apartaron el cabello del hombro. La sensación de su piel sobre la de ella era como un relámpago. Chispas invisibles chisporroteaban en las zonas donde sus dedos la tocaban con mucha dulzura. Carolina no pudo evitar suspirar.

–No hagas eso. –La voz de Lalo era severa y tensa.

–¿Qué? ¿Respirar? –preguntó ella.

–Sí. No. –Él negó con la cabeza–. No lo sé. Solo… quédate lo más quieta posible. Por favor.

Ella sonrió con picardía.

–¿Por qué, sediento?

–No me obligues a decirlo –susurró.

–Dímelo.

–Debes saber lo que me haces –murmuró.

Antes de que pudiera responder, él se inclinó y deslizó la lengua sobre sus cortes. Carolina tuvo que morderse el labio para evitar gemir. Todo en su interior cobraba vida gracias al tacto de Lalo. A su magia dulce. Extendió los dedos y apretó la camisa del muchacho.

Lo deseaba. Sus besos. Sus manos. Solo deseaba estar con él. Y antes de que partieran rumbo a su última aventura, lo tendría.

Hundió las manos en el cabello de Lalo y lo obligó a subir la mirada, de modo que quedaron nariz con nariz.

–Bésame –susurró ella.

–Ya te dije lo que pasaría si lo hago. Dije que tal vez nunca querría parar.

–Entonces, no pares.

Cerró los ojos como si las palabras de Carolina le causaran dolor.

–Tenemos este momento, Lalo. Finjamos que es nuestro para siempre.

Él colocó la mano en la mejilla de Carolina.

–Eres tan hermosa.

La besó, pero no había suavidad en ese roce de labios. No había vacilación.

Un estallido de necesidad ardía en Carolina. No soportaba más el deseo, necesitaba explorarlo.

Le abrió la camisa. Lalo abrió los ojos de par en par, sorprendido.

–¿Fue demasiado? –preguntó ella. Él rio.

–Nada de lo que me hagas será jamás demasiado.

El tono ronco de su voz la enloquecía. Antes de notar lo que estaba haciendo, extendió los dedos sobre el pecho cálido del joven y los deslizó por su abdomen.

Él jadeó.

–¿Esto está bien? –susurró ella.

Él asintió.

Bajó más las manos. Sus callos rozaron cada uno de los músculos rígidos de Lalo.

–¿Y esto?

Sujetó la muñeca de Carolina y la detuvo antes de que fuera demasiado lejos.

–¿Qué estás haciendo? –jadeó él.

–Estamos a punto de emprender un viaje del que ninguno de los dos sabe si volverá. No quiero abandonar este reino sin saber cómo se siente que te toque la persona que deseas.

–¿Y yo soy esa persona?

Ella rio.

–No veo a nadie más aquí.

–¿Y las precauciones?

–He bebido hierbas desde que empecé con mi período.

Apartó un rizo del rostro de Carolina y la observó. El modo en que la miraba en ese instante la hizo sentir como si fuera la persona más hermosa del mundo.

–Si no supiera que esto es real, pensaría que es todo un sueño –susurró.

Carolina casi se derritió ante su dulzura.

Despacio, Lalo se acercó y la besó. Sus lenguas se encontraron. Gimiendo, él sujetó el trasero de Carolina en sus brazos y la alzó. Ella gimió en la boca de Lalo. Luego rio cuando la depositó despacio en la hierba.

Rodeó el torso de Lalo con las piernas y acercó su cuerpo al suyo. La sensación de tenerlo tan cerca estremeció todo su ser. El beso se profundizó y su necesidad de él se convirtió en algo que ya no podía contener. Despacio, suavemente, se volvieron uno. Carolina no sabía si su mundo estaba terminando o empezando, pero sabía, en ese instante, que nunca más sería la misma.

*Pocos exploradores han regresado de la pequeña cadena montañosa de Punta Basilio. Aún menos de su pico más austral, la Columna del Diablo. Los locales creen que el paisaje hostil está maldito por deidades furiosas. Se desconoce la razón de la supuesta maldición.*

**Juárez. I. (1766). *Compendium* (Volumen 3, p. 501).**



# CAPÍTULO 43
# Lalo

SIGUIÓ MIRANDO CON DISIMULO A CAROLINA, QUIEN ESTABA OCUPADA INSPECCIONANDO a los caballos. Con su sangre corriendo por sus venas, los sentidos de Lalo estaban agudizados a su máxima capacidad. Había olido a la distancia a los caballos atrapados entre las zarzas.

Carolina había estado extasiada al encontrarlos porque había amarrado una bolsa con suministros al cuello del caballo más grande, pero ahora su expresión era seria. Su corazón se retorció en su pecho. Apenas podía creer la última hora que habían compartido juntos. Habían luchado como demonios para sobrevivir y, después, por primera vez, quizás en toda su vida, sintió que había vivido de verdad. Pero ahora se dirigían hacia su perdición definitiva.

¿Sabía ella que era probable que él no sobreviviera a esa noche? ¿Y si había estado con él solo por lástima? No. No iba a empañar su primera y tal vez última vez con tal pensamiento.

Se concentró en su tarea de nuevo, que era leer los documentos que ella había encontrado en el cuarto de su abuelo y que había guardado en la bolsa para asegurarse de que el camino que tomaban los llevaría a Vidal.

Pero su mente seguía volviendo a ella. Su cuerpo aún vibraba por haber bebido su sangre. Carolina sabía a lo que él imaginaba que sabría el fuego. Su fuerza vital ardía con la misma brillantez de cualquier llama. Pero no era algo que pudiera ser contenido en una chimenea. Era un incendio forestal. Uno solo podía sentarse y verla arder.

Y cada parte del corazón no muerto de Lalo ardía por ella.

Nunca había anhelado la pasión. Sus padres habían tenido un matrimonio poco romántico la mayoría de los días y parecían contentos. Lalo pensaba que era seguro mantener a tu pareja a cierta distancia. Pero con Carolina, imaginaba una eternidad de pasión. Cada emoción que ella tenía era inmensa.

Pensó en sus besos. En cómo ella liberó algo que él pensaba que nunca había deseado. Risa. Alegría. Amistad. Deseo. Lo que no haría por tener más tiempo con ella. Montar hacia el valle solo para ver salir el sol. Besarla siempre. Abrazarla y ver cómo su cabello se volvía gris.

Cuando bebió la fuerza vital de Carolina, vio el mundo a través de sus ojos. Era tan colorido. Tan emocionante y hermoso.

Se le formó un nudo en la garganta. No estaba seguro de qué le sucedería a un sediento cuando pasara a la Tierra de los Muertos. ¿Y si su alma estaba condenada? ¿Y si nunca encontraba a Carolina en el cielo porque no lo dejarían entrar?

Se frotó la cara con la mano. ¿Qué importaba? Si Vidal se había ido, y todos los sedientos morían con él, el mundo sería un lugar más seguro. Fernanda y Carolina estarían a salvo. No fallaría en su misión, sin importar las consecuencias que tuviera para él mismo.

Carolina se dejó caer a su lado y maldijo.

–El caballo moteado no puede cargar peso. Uno de sus tobillos está hinchado.

–¿Qué vamos a hacer?

–Tendremos que montar juntos. Espero que no te moleste.

Lalo se encogió de hombros.

–Lo soportaré si es necesario.

–Eres un santo. Toma. –En sus manos había dos montones de barro que olían a muerte.

–¿Qué esperas que haga con eso?

–Necesitamos cubrir nuestro olor. Ya cubrí a nuestro caballo con esto, aunque debería estar bien de todos modos; los animales son parte natural del bosque. Pero nosotros… Creo que los chupasangres son prueba suficiente de que apestas.

Lalo soltó una risa.

–Me encanta cuando hablas sucio. –Sus fosas nasales se abrieron ante el olor nauseabundo–. Hablando de sucio, ¿dónde encontraste ese barro?

–En ese pantano de allá. Es horrible, ¿no?

–Eso es quedarse corto. –Curvó el labio–. ¿De verdad quieres que me ponga eso?

Ella alzó una sola ceja.

–Ahora no es momento para ser pretencioso.

Él la miró boquiabierto.

–*¿Pretencioso?*

–Sí. Engreído. Superior. Lo que prefieras. Te pondrás esto o ya verás.

–¿O qué? –preguntó él, moviendo las cejas.

Carolina rio y puso los ojos en blanco.

–Eres hermosa cuando te enfadas –la provocó–. Recuerdo la primera vez que te vi. Incluso mientras gruñías, pensé que eras la mujer más hermosa que había visto.

–¿Y seguías pensando eso incluso después de todas las veces que traté de matarte?

Él sonrió.

–No dije que me agradaras mucho, pero sí.

Y, vaya, todavía pensaba lo mismo. El cabello de Carolina era un desastre de rizos enmarcando su rostro. Imaginaba que así se vería por la mañana al despertar. Excepto por la suciedad en su rostro y su ropa. Qué no daría por despertar junto a ella a diario, ver el sol matutino besar sus mejillas mientras se acurrucaban.

Se acercó para robarle un beso, pero se detuvo cuando una lechuza aleteó a lo lejos, ululando como si la hubieran asustado.

Lalo salió del trance y despejó su garganta.

–Deberíamos partir, ¿no crees?

–Ponte esto primero. –Depositó fango en su regazo.

Él dio un grito ahogado ante el dolor repentino que sintió en sus partes íntimas.

–Eres terrible –gimió.

–Lo sé –dijo ella mientras pintaba su propia piel con el fango.

–Por el amor del cielo –protestó, pero comenzó a esparcir la mezcla asquerosa.

Cuando los dos quedaron cubiertos de verde con el fango que olía a moho, Carolina se incorporó y le ofreció la mano.

–Hora de que empiece la diversión –dijo ella.

Él se puso de pie y la abrazó.

–Creo que prefiero quedarme aquí y disfrutar de tus besos.

La lechuza ululó de nuevo. Ella miró hacia el bosque frondoso.

–Me temo que tendremos que esperar. Será mejor apresurarnos.

Él le entregó los papeles, y ella los guardó en la bolsa atada al caballo. Montó y le dio una palmada en el trasero al animal.

–Sube.

Lalo lo hizo, no con tanta torpeza como otras veces, pero tampoco de modo menos vergonzoso. Cuando se acomodó detrás de ella, tuvo que apretar los dientes. ¿Cómo demonios iban a manejar esto ahora que su relación había entrado en territorio desconocido?

–Sujétate a mi cintura.

*Por las estrellas.*

Él posó una palma liviana sobre la curvatura suave de su cuerpo. Ella resopló.

–¿Acaso quieres caerte del caballo? –Tomó una de las manos de Lalo y la colocó alrededor de su cuerpo, apretándolo contra su espalda.

*Impuestos. Chupasangres. Maricela. Árboles con ojos.* Intentaba mantener la mente despejada, pero, maldición, Carolina encajaba a la perfección con él. Todo su cuerpo anhelaba el de ella. No estaba bien que una persona pudiera desarmar a otra desde adentro.

Algo se movió a lo lejos. Lalo oía el revoloteo de un grupo de alas causado por pájaros que volaban de repente.

–Carolina.

Sintió que ella asentía y percibió que el pulso de la chica empezaba a latir a un ritmo atemorizante.

–También lo escuché.

Apretó los brazos alrededor de ella y susurró:

–Vamos.



# CAPÍTULO 44
# Carolina

AVANZARON POR EL BOSQUE A PASO RÁPIDO Y FIRME. CADA SONIDO LA PONÍA TENSA. No estaban solos. Lo sentía en los huesos.

–Cuando lleguemos a la cima... –comenzó Lalo, pero ella lo calló.

–Acércate si tienes algo que decir –susurró. Escuchar su voz, sentir su cuerpo vibrar contra el suyo, calmaba la mente de Carolina. Lalo se acercó más a ella. Estaban casi mejilla con mejilla.

–¿Así? –preguntó en un susurro. Un escalofrío recorrió la piel de Carolina. Los vellos de sus brazos y cuello se erizaron.

–Así está bien –dijo ella, recostándose en el calor del joven.

–Cuando lleguemos a la cima, lo primero que necesitaremos hacer es construir un círculo de protección. Los vampiros no pueden atravesar una línea de obsidiana. Haremos un círculo y usaremos tu sangre para atraerlo. Luego, tomaremos la daga de los amantes que pertenecía a Vidal y lo atacaremos. Mientras tenga la guardia baja, usarás la daga de Alma para matarlo.

–Estaré lista.

–No tengo duda de eso, pero mi principal preocupación es protegerte a toda costa.

El nudo en el estómago de Carolina creció. Negó con la cabeza.

–Y yo te juzgaba por ser un monstruo, cuando fue mi familia la que empezó todo este lío.

–Pero serás tú quien lo solucione.

–No, *nosotros* lo solucionaremos.

Cuando era más joven, solo le importaba ser la mejor cazadora en Del Oro para demostrar que su papá se equivocaba. Mostrar que era digna, que él estaba equivocado por no creer en ella. Realmente no le importaba ayudar a nada más que a su propio orgullo. No fue hasta que asesinaron a su abuelo que comprendió la inevitabilidad de la pérdida. Pero incluso entonces solo quería matar a los sedientos para sentirse mejor, más segura, y para demostrar que era una luchadora. Tal vez papá había tenido razón al querer detenerla. No estaba lista para unirse a la guardia porque era egoísta. Y arrogante. Y terca. ¿Cómo podría proteger a alguien cuando su corazón estaba en el lugar equivocado?

Su abuelo había intentado decírselo cuando le dio la reata por su cumpleaños. Quería recordarle que fuera humilde. Ella no quería escucharlo en ese momento. Pero Lalo había aparecido en su vida y le había mostrado lo que era la bondad verdadera, lo que era el altruismo real. Desde el primer día, él había estado tratando de revertir la maldición para que su hermana no viviera con miedo a esa mujer monstruosa llamada Maricela. Ahora Carolina sabía que él lo estaba haciendo también por ella y su familia.

Y lo amaba por eso.

El caballo subió por un sendero irregular. Según el mapa que ella había robado de la oficina de su padre, ese era el camino hacia la Columna del Diablo.

Un chisporroteo extraño provenía desde más adelante. Entrecerró los ojos y miró la oscuridad. El caballo relinchó y de pronto retrocedió.

–¡Sujétate! –gritó Carolina. Pero Lalo no la sostenía tan fuerte y cayó del caballo. Recobró el control del animal con dificultad, pero vio un atisbo de lo que había asustado al corcel. El sendero de tierra en el que estaban se movía más adelante. Ondeaba como un lago pequeño. Algo subió a la superficie y una burbuja estalló con un chisporroteo.

–Por todos los santos, ¿qué es? –preguntó Lalo mientras limpiaba el polvo de su trasero.

–El lago de fuego –respondió–. Arena movediza ardiente.

–¡Por supuesto! –La voz de Lalo era más aguda–. ¿Qué más encontraremos? ¿Hongos malvados? ¿¡Serpientes de tres cabezas!?

–Lalo, baja la voz –advirtió.

–¿O qué? –Él alzó las manos–. ¿Qué más puede salir mal? Si avanzamos y cometemos un error, nos ahogaremos en arena ardiente. Pero no podemos volver porque unos lobos del tamaño de una carreta desean devorarme. Oh, y también está Maricela. Y Vidal. Y… –Se detuvo cuando su voz se quebró.

–¿Y? ¿Y qué, Lalo?

El mentón del chico temblaba.

–He luchado por respirar desde el instante en que mataron a mis padres. Y cada vez que me acerco a la superficie, cada vez que pienso que quizás por fin lo logre, algo aún más terrible aparece. Me han convertido en lo que más odio. Me han cazado y me han disparado. ¡Incluso maté! Día y noche, sueño con las vidas que tomé. Tengo pesadillas en las que dejo a mi hermana menor arreglándoselas sola. Y ahora también estás tú. –Negó con la cabeza–. No puedo hacerlo. No puedo dar otro paso. Es demasiado. No puedo perderte, Carolina. No cuando recién acabamos de encontrarnos.

Carolina inhaló profundo.

–No nos perderemos el uno al otro, Lalo. Superaremos esto.

–No lo entiendes. No regresaré contigo.

–¿Qué? –El caballo se movió debajo de ella cuando se puso tensa–. ¿De qué hablas?

El rostro de Lalo se contorsionó de angustia.

–Cuando cortemos el lazo entre Vidal y Tecuani, eso no solo matará a Vidal y terminará con la maldición. Cualquier sediento nacido de su sangre también caerá. Sin él, no habrá nada ya que nos ate a este reino.

Dioses santos, ella le había preguntado al respecto cuando le contó su plan por primera vez, pero él había parecido tan relajado

que había asumido que era porque no le preocupaba que algo fuera a ocurrirle.

–¿Hace cuánto lo sabes?

–Siempre tuve la esperanza de que no fuera así, pero cada diario y libro que he leído sobre aquellos que tienen una nueva vida gracias a Tecuani llega a la misma conclusión. Matar al sediento original matará a los demás.

–Y, sin embargo, te esforzaste mucho por encontrar a Vidal y las dagas que lo matarían. ¿Por qué? ¿Por qué vendrías hasta aquí solo para morir?

–Porque quiero que Fernanda esté a salvo. Maté a los hijos de Maricela. Viajar aquí era el único modo en que podía garantizar que mi hermana nunca tuviera que mirar de nuevo por encima de su hombro.

–Entonces, continúa por ella. Y por mí. Pero no te rindas, Lalo. No renuncies a tu vida. Porque yo… –Ella llevó una palma al pecho cuando entendió la dimensión de su corazón roto. Él había soportado torturas innumerables por el bien de su hermana. Pero ya no tendría que hacerlo. Al menos, no solo–. Te amo, Lalo. Y te necesito aquí. Tu hermana y yo te necesitamos aquí. ¿Lo entiendes? Debe haber un modo de que sobrevivas a esto. Encontraré la manera, y no te rendirás porque no puedo enfrentar a este mundo sin ti.

–Lina –susurró.

Un sollozo brotó de ella. Su abuelo había sido el único que la llamaba así, pero sonaba tan sencillo en los labios de Lalo.

–Tal vez es egoísta de mi parte suplicar que no te rindas cuando has soportado tanto –reconoció–. Pero la vida no es algo fácil. La vida es una batalla constante. Cada momento de paz, cada sonrisa, cada beso que vale algo hay que ganárselo. Así que pelea conmigo, Lalo. Y si estás demasiado cansado por todo lo que ya has vivido, entonces, alzaré los puños y pelearé por los dos.

Lalo sostuvo la mirada de Carolina mientras las lágrimas negras rodaban por sus mejillas. Las limpió rápido.

–Me compadezco de quien te enfrente.

Carolina rio a través de la angustia.

–Yo también.

–Y yo me compadezco de mí misma por haber tenido que pasar los últimos cinco minutos escuchándolos –dijo una voz seductora.

Lalo abrió los ojos de par en par antes de que su cuerpo saliera disparado hacia atrás y desapareciera entre las sombras. La sorpresa invadió cada célula en el cuerpo de Carolina. Clavó los talones en el caballo y cabalgó detrás de su amado.

–¡Lalo!

Oía los insultos del chico. Oía el pánico en su voz.

–¡Resiste! –exclamó.

Algo impactó contra el cuerpo de Carolina con violencia. Sus manos perdieron las riendas y cayó del caballo sobre la tierra rígida. El aire en sus pulmones abandonó su cuerpo. Su espalda se raspó contra la piedra y los arbustos espinosos y apretó los dientes para reprimir un grito.

Una sedienta con largo cabello rojo y ojos brillantes se colocó sobre su cuerpo. Maricela, la mujer de la fiesta de comerciantes. La creadora de Lalo. Sujetó las muñecas de Carolina y las sostuvo sobre su cabeza contra el suelo.

–Qué gusto verte de nuevo, Carolina. –Maricela sonrió.

Intentó liberarse, pero la mujer tenía una fuerza sobrenatural que bien podría romperle los huesos.

–Diría lo mismo, pero no es cierto. De hecho, bien podría decirte con exactitud lo que pienso de ti, bestia cruel y horrible.

Maricela chasqueó la lengua.

–No seas ridícula, amor. Soy todo menos horrible. –Posó la mirada en alguna parte más allá de la periferia visual de Carolina–. En realidad, debería agradecerte por haberme traído de nuevo a Del Oro, Eduardo. Hacía mucho tiempo que no había venido a mi hogar y casi había olvidado cuán delicioso es en realidad.

*¿Hogar?* ¿De qué estaba hablando?

–¡Déjala ir, Maricela! –gritó Lalo–. Tu pelea es conmigo. Yo maté a tus hijos en la cantina. Yo. Carolina no tiene nada que ver.

–En eso te equivocas. –La mujer clavó la mirada en Carolina–. Ella tiene la sangre pura y sagrada de Fuentes, la misma que nuestra madre y nuestro padre. –Sonrió y movió la cabeza hacia Lalo–. Tal vez por esa razón crees que te has enamorado tanto de ella. Pero no

es Carolina a quien quieres. Lo que te llama es la fuerza vital que late en sus venas.

–No sabes nada del amor –replicó Lalo.

–El amor es una maldición. Solo mira lo que le ha pasado a los Fuentes por ello. –Clavó más fuerte las garras en las muñecas de Carolina–. El amor de Alma maldijo a todo su linaje. Todos están malditos. Le dio a Tecuani las almas de sus descendientes como pago por su amado. Las puertas doradas del cielo no se abrirán para un Fuentes. Ellos están confinados al Bosque de las Almas, haciendo para toda la eternidad la voluntad de Tecuani. Solo por la gracia y el cariño de Vidal un Fuentes puede sobrevivir. Él convierte a los dignos. Mantiene sus almas en este reino.

¿Eso significaba que el alma del abuelo no había encontrado la paz? Él estaba atrapado en el bosque de Tecuani, al servicio del cazador de corazones en vez de estar junto a la abuela en el cielo.

–Ahora. –De pronto, los ojos de Maricela ardían como brasas–. Veamos cómo sabe la niña. Tengo tanta sed.

Carolina se retorció debajo de ella. Pateó y sacudió los hombros, pero la vampiresa la sostenía con fuerza inquebrantable.

–No me ganarás, Carolina Fuentes. Conozco tus trucos. Te he estado observando desde que llegué. Esperando mi oportunidad para atacar.

–Hazlo de una vez, entonces –gruñó. Maricela rio.

–Sin duda, tienes la arrogancia de los Fuentes. –La sedienta reveló sus filosos colmillos.

–¡No! –rugió Lalo–. No la lastimes. ¡Por favor! ¡Por favor!

–¡Cállalo! –le ordenó Maricela al sediento que lo sostenía.

Los gritos amortiguados de Lalo resonaron por la noche. Carolina luchó por liberarse, pero no podía apartar a su atacante. Un gemido bajo brotó de sus labios cuando Maricela le hundió los dientes en la garganta.

El terror la atravesó. Intentó gritar, pero todo, desde la cabeza a los pies, se había entumecido. Apretando los dientes, les ordenó a sus extremidades que se movieran, que hicieran algo, pero no obedecían.

Su vida no podía terminar así. No podía estar tan cerca de librar al mundo de esos bastardos solo para que la matara el monstruo que había convertido a Lalo. No era justo. Él ya había visto cómo masacraban a sus padres. Carolina no permitiría que también la viera morir.

Algo chisporroteó a su derecha. Centró la atención en el suelo. La arena ardiente estaba a pocos centímetros de distancia. Si tan solo pudiera quitarse a la sedienta de encima. Si tan solo…

Un chupasangre aulló a lo lejos, atravesando la noche. La vampiresa alzó la vista. Sus ojos brillantes miraron el bosque. Carolina aprovechó la oportunidad. Obligó a su cuerpo a moverse.

Colocó los pies entumecidos debajo de sí misma y usó los músculos de sus piernas para alzar a la sedienta. El impulso sacudió a Maricela. Soltó la muñeca de Carolina para evitar perder el equilibrio. Con los brazos libres, Carolina rodeó la cintura de la vampiresa y usó su fuerza para derribarla. En una postura mejor, clavó el codo en el brazo de la sedienta. Maricela se tambaleó y Carolina la empujó hacia el lago de fuego.

Un chisporroteo burbujeante apareció y luego un estallido flameante explotó en la arena movediza. Maricela gritó cuando hundió el pie en el agujero ardiente. Intentó quitar su pierna de allí, pero el lago de fuego solo la engulló más.

Trató de arrastrarse lejos de ella, pero Maricela la atrapó por el tobillo. Dio patadas, clavó la bota en el rostro de Maricela, pero las dos mujeres continuaban acercándose al lago. Carolina ya sentía el calor ardiente que emanaba. Extendió la mano y se aferró a lo que pudo. Sus dedos arañaron la tierra y la piedra y las hojas secas hasta que llegaron a exponer las raíces.

–¡Lalo! –gritó ella.

–¡Ya voy! –rugió él. Atacó al vampiro que lo tenía cautivo. Las garras de Lalo atravesaron el aire. Clavó los colmillos en la piel de su oponente. Pero el vampiro triplicaba su tamaño.

Maricela gritó. Ahora, la mitad de su torso estaba dentro de la arena movediza. Los dedos de Carolina soltaron la raíz y comenzó a retroceder.

–¡Lalo!

El sediento contra el que el chico batallaba cayó al suelo. Lalo arrancó una de las dagas de los amantes del pecho del vampiro muerto y avanzó con odio brillando en sus ojos. Alzó el brazo y lanzó la daga. El cuchillo atravesó el cuello de Maricela.

La cabeza de Maricela cayó hacia atrás y soltó el tobillo de Carolina. Con un grito de alivio, Carolina se arrastró lejos de ella.

Lalo corrió hacia el lago de fuego.

–¿Qué estás haciendo? –gritó Carolina.

Lalo se detuvo en el borde de la arena movediza y extendió la mano. Sus dedos sujetaron la empuñadura de la daga y jalaron. Tropezó hacia atrás y aterrizó en el suelo junto a Carolina mientras la arena devoraba la cabeza y el cabello rojo de Maricela.

–Mierda –jadeó. Miró a Carolina–. La maté. Maté a la bestia que asesinó a mis padres.

Tomó la mano de Lalo, ignorando los gritos de dolor que atravesaban todo su cuerpo.

El joven negó con la cabeza.

–Creí que… que me sentiría aliviado. Pero mis padres siguen muertos. La muerte de Maricela no cambia eso.

–No. Pero ahora hay un vampiro menos intentando cazarnos antes de que lleguemos a Vidal. Dos, si cuentas al idiota que también mataste. Además, Maricela era una perra.

Lalo rio.

–Nunca han dicho palabras tan ciertas.

Un aullido grave atravesó el aire. Los pájaros que habían estado en los árboles sobre ellos alzaron vuelo.

–Los chupasangres vienen. –Lalo asintió.

–Y quién sabe qué otros sedientos están dirigiéndose aquí.

Despacio, se pusieron de pie. Ella comenzó a avanzar, pero sus rodillas fallaron. La mano de Lalo la sostuvo.

–¿Qué pasa? ¿Es tu tobillo?

Ella negó con la cabeza.

–La mordida –respondió apretando los dientes–. Arde.

–Santos –susurró él. Rozó con el pulgar la herida de Carolina.

Ella siseó. Sentía que clavaban miles de cuchillos en su piel.

Lalo se acercó y lamió su piel ardiente. Deslizó la lengua cálida sobre ella. Pero no llegó el alivio.

–No está funcionando –se lamentó Lalo.

Lo intentó de nuevo.

–No estás sanando.

Carolina sentía que sus venas estaban en llamas.

–¿Qué me está pasando?

Lalo dio un grito ahogado.

–Bebiste mi sangre.

Ella se aferró a los brazos de Lalo con todas sus fuerzas, pero fue apenas un pellizco.

–¿Qué quieres decir?

–Estás… –La miró a los ojos, llenos de tristeza infinita–. Estás convirtiéndote.

–¿Qué? No. No puede ser. –Su pecho, su hombro, su brazo ardían como si la mordida fuera lava que goteaba sobre su cuerpo. Apretó los dientes–. ¿Cuánto tiempo hasta que me vuelva un sediento?

–Depende de la persona. Es más rápido cuando el cuerpo ya está muerto, pero el poder de Tecuani liberado a través de la mordida detendrá tu corazón en algún momento. El proceso puede llevar una semana. O días. –Se puso pálido–. Podrían ser horas.

Escucharon otro aullido. Esta vez, demasiado cerca.

–Debemos irnos –susurró ella–. Veo un camino adelante que atraviesa el lago de fuego.

Carolina intentó ponerse de pie, pero el dolor estalló en su cuerpo.

–Ven. –La rodeó con los brazos y la ayudó a incorporarse, sosteniéndola contra él mismo.

Ella gritó en agonía.

–Lo sé –susurró–. Lo siento.

Los arbustos se movieron a lo lejos. Una voz rugió de furia.

–¡Carolina!

Ambos dieron un grito ahogado. Su padre los había encontrado.

# Del diario de María Rosario
# (madre de Alma Rosario Fuentes)

***Cubrimos su cuerpo con sus flores favoritas: lirios silvestres. Mi amada hija era tan hermosa como las flores blanco perla que tanto adoraba, pero ahora se ha ido. Cuando la trajeron de vuelta a Del Oro, apenas podía reconocerla. Su piel estaba tan pálida. Y parecía una cáscara vacía de sí misma. Los hombres que llevaron su cuerpo a la iglesia dijeron que había sangre en sus labios y marcas de perforación en su garganta. No sabemos qué sucedió en el bosque ni por qué fue allí. Solo puedo rezar para que mi Alma no haya sufrido mucho. Mi único consuelo es que pronto estará con su amado Vidal en el cielo.***



# CAPÍTULO 45
# Lalo

SUBIERON LA MONTAÑA TAN RÁPIDO COMO EL CABALLO PODÍA CON DOS JINETES aferrándose a su lomo y las raíces de los árboles creciendo cada vez más gruesas bajo sus cascos como telarañas furiosas. Los troncos y ramas de los robles inmensos se torcían y se estiraban en ángulos extraños, por lo que encontrar un camino claro era imposible.

Lalo instó al caballo a avanzar a izquierda y derecha. Se aferró a Carolina con todas sus fuerzas, observando horrorizado cómo se retorcía de dolor.

–¿Cuánto falta? –preguntó ella entre dientes apretados.

No estaba seguro. Sabía que necesitaban llegar a la cima de la Columna del Diablo, pero esa era toda la información que tenía.

Un pequeño racimo de flores rosadas y blancas llamó su atención, un contraste contra el verde profundo del musgo y los troncos negros.

–Lirios silvestres.

Su mente repasó todo lo que había leído. El cuerpo de Alma había sido encontrado en un campo de lirios silvestres. Y las dagas de los amantes tenían grabados lirios silvestres en las hojas.

¿Era una coincidencia? ¿El destino? Un pequeño dolor resonó en el pecho de Lalo. ¿Acaso Vidal había plantado flores frescas allí? ¿Podría el sediento original aún tener algo de su humanidad?

Una sombra pasó rápido entre los árboles. Luego otra.

–Tenemos compañía –dijo Lalo.

–Toma. –Carolina tomó su revólver de la funda–. No quería usar esto porque no quería alertar a nadie de nuestra ubicación, pero creo que ya hemos pasado ese punto.

Lalo lo aceptó.

–Recuerda que...

–Lo sé, Carolina. Ya lo he hecho antes.

–No te pongas arrogante ahora.

La esperanza llenó el pecho de Lalo. Si ella podía bromear, significaba que no estaba completamente perdida en el veneno que devoraba su fuerza vital.

–¿Puedes sostenerte sola de la crin del caballo?

Las manos de la chica se adelantaron y se aferraron al pelo áspero.

Un chupasangre saltó al sendero detrás de ellos. Sus ojos brillantes se clavaron en ellos. La espuma brotaba de su hocico. La bestia se acercó y saltó hacia adelante. Lalo apuntó al pecho del monstruo y disparó. El chupasangre explotó en una nube de humo.

–¡Hay una bifurcación entre los árboles adelante! –gritó Carolina.

Centró la atención al frente de inmediato. A la izquierda parecía mucho menos ominoso. Podía ver un poco de luz de luna filtrándose a través de la espesura. La vegetación era más dispersa y menos propensa a destruirlos. A la derecha, la bifurcación era más oscura y mucho más angosta. Las ramas desnudas se estiraban como dedos de bruja, listas para desmembrarlos.

Sería imposible obligar al caballo a entrar. Pero los lirios brotaban en la boca de la bifurcación a la derecha.

–¡A la derecha! –exclamó–. ¡Tenemos que desmontar y correr allí!

–¡Carolina! –La voz del señor Fuentes bramó a su alrededor.

¿Qué haría el hombre si viera que habían mordido a su hija? ¿La mataría sin pensar?

Algo estalló detrás de ellos. Una bala silbó junto a la oreja de Lalo.

–¡Están disparándonos!

–Es una advertencia –aseguró ella–. Si quisieran darnos, ya estaríamos llenos de agujeros.

El caballo se detuvo justo antes de que el camino se bifurcara en dos. Lalo desmontó y la ayudó a bajar. La posó contra un árbol y comenzó a desatar los nudos que sostenían la bolsa con sus provisiones al animal.

Otra bala gritó en el aire. Esta vez, se hundió en el hombro de Lalo.

Dio un grito ahogado ante el ardor repentino que se expandía por su músculo.

–¡No! –gritó Carolina. Se apartó del tronco y cojeó hacia él; sujetó su hombro.

Él aulló.

–¡Mierda, Carolina!

–¡Lo siento! –Ella presionó las manos sobre el cuerpo de Lalo, buscando la herida–. Pensé que te habían dado en el corazón.

–Mi hombro. Es solo mi hombro.

Ella suspiró, aliviada.

–Gracias a los dioses.

–¿Gracias a los dioses? –preguntó con incredulidad–. ¡Me dispararon! ¡De nuevo!

–Y a mí me acaba de morder un maldito vampiro. Los dos sobreviviremos, ¿recuerdas? Tú y yo continuaremos peleando.

Abrió la boca para responder, pero su atención fue hacia el bosque detrás de ellos. Oía voces entre los arbustos. Más disparos aparecieron.

Lalo y Carolina se agazaparon. Pero las balas no iban en dirección a ellos.

–Deben estar disparándoles a los chupasangres que intentan atraparme –jadeó Lalo.

–Ahora es nuestra oportunidad de huir –señaló–. ¿Puedes moverte?

–Sí –gimió. La sangre que había bebido de ella aún hacía su magia en él. Sentía que la herida se cerraba al instante. Pero la bala estaba

en su hueso y los fragmentos de madera evitaban que el poder en su interior funcionara con toda su potencia.

Colocó el brazo de Carolina por encima de su hombro sano. Juntos, avanzaron hacia el bosque oscuro que parecía una pesadilla que había cobrado vida.



# CAPÍTULO 46
# Carolina

A MEDIDA QUE SUBÍAN POR EL SENDERO, LAS RAÍCES BAJO SUS PIES DESAPARECIERON. Sus botas crujieron sobre algo que se movió bajo su peso. No podía ver nada sin la luz de la luna para guiarla.

–¿Sobre qué estamos pisando? –preguntó ella.

–No quieres saberlo.

Un escalofrío subió por su columna como arañas pequeñas.

–Dímelo, Lalo.

–Son huesos, Carolina. Estamos pisando huesos humanos.

Ella tragó con dificultad.

–Debe haber cientos de restos aquí.

–Ha sido un sediento por generaciones.

–Por culpa de mi familia. Nosotros somos los verdaderos monstruos.

–Todos somos monstruos de una forma u otra. Tal vez los vampiros sean una representación física de eso, pero los humanos pueden ser igual de feos por dentro. Tus antepasados no eran malvados por actuar motivados por el amor.

–Pero Alma...

–Alma solo era una mujer que estaba de luto.

–Ella arruinó generaciones de vidas, Lalo.

–Supongo que sí. Pero creo que no puedo juzgarla porque, ahora que he amado románticamente, no sé qué haría si te perdiera.

Las lágrimas comenzaron a nublar los ojos de Carolina.

Deseó poder besar a Lalo en ese momento. Deseó poder abrazarlo tan fuerte que el mundo desapareciera, llevándose también sus tristezas. Pero su mirada se posó en la luz de luna azul filtrándose frente a ellos.

–Ya casi llegamos a un claro.

–Con todo el alboroto que hemos causado, Vidal debe saber que estamos cerca –dijo Lalo–. Puede que nos esté esperando al final de este túnel.

–Entonces, estaremos listos para él.

Con los dedos temblorosos, ella levantó la daga adornada con rubíes que pertenecía a Alma.

Lalo alzó la daga que habían encontrado en la tumba de Vidal.

Iban a enfrentarse al vampiro original y poner fin a esta miseria de una vez por todas. Pero, ¿y Lalo? Carolina no había tenido tiempo de pensar en formas de salvarlo y ahora ya era demasiado tarde.

Ella dejó de avanzar.

–¿Qué pasa? –susurró él.

–La sangre es algo poderoso, ¿no?

–Creía que eso ya había quedado claro.

Ella puso los ojos en blanco.

–Dame la palma de tu mano.

–¿Qué?

–Solo hazlo.

Extendió la mano en la oscuridad hasta que encontró la de Lalo. Tomó la daga y cortó la piel del chico. Lalo siseó.

–¿Acaso no he sufrido suficiente abuso hoy?

–Cállate. –Ella le ofreció su mano–. Ahora, hazme lo mismo.

–Carolina... En serio...

–Hay poder en la sangre y en los votos –lo interrumpió–. Haremos una promesa aquí y ahora de que nos encontraremos de nuevo. Pase lo que pase, tú volverás a mí. Hemos creído lo suficiente el uno en el otro para llegar hasta aquí, no vamos a detenernos ahora.

Sin decir más, Lalo cortó su palma.

Carolina tomó su mano con la suya.

–Estamos destinados a estar juntos, Lalo Villalobos.

–Para siempre.

Ella sonrió y entrelazó sus dedos.

–Me gusta cómo suena eso.

–Aunque deberíamos hablar de tu tendencia a mandar.

–¿Yo? ¿Mandona?

Comenzaron a caminar hacia el claro. Estaban doloridos y cansados, pero al menos tenían esperanza.

Lalo empezó a hablar.

–Cuando lleguemos a...

De pronto, el suelo debajo de ellos se movió. Lalo empujó a Carolina hacia atrás antes de caer en un enorme pozo.

Ella se arrastró sobre sus manos y rodillas y gritó el nombre de su amado. Su voz resonó en la inmensidad. Se inclinó hacia adelante esperando que él gritara por ella, pero solo le llegó el eco de su propia voz.

–¡Lalo! –gritó de nuevo–. ¡Lalo!

No oyó nada.

La luz de las antorchas brilló sobre las zarzas detrás de ella. Carolina se dio vuelta y dio un grito. Su padre y sus hombres por fin los habían alcanzado.

# Del diario de Jonathan Monroe de Santemala

***Un vampiro bien alimentado es algo terrible de contemplar.***



# CAPÍTULO 47
# Lalo

Los huesos y las rocas se desmoronaron sobre su cuerpo mientras caía en la tierra dura, que lo encerró en una tumba polvorienta.

–Carolina. –Su voz era ronca, el sonido era menos que un susurro.

Ella nunca lo escucharía. No desde debajo de tantos escombros.

Empujó las piedras que lo aplastaban. Empujó, cavó y rasguñó para abrirse camino hacia afuera. Cuando apartó la última roca de su pecho, evaluó la escena frente a él.

Estaba en una caverna enorme. Las paredes de piedra caliza se curvaban hacia arriba, y había diversos huecos como por el que había caído. La luz de la luna se filtraba desde lo alto. Si su cuerpo no estuviera gritando de dolor, podría escalar las piedras.

–¡No! –escuchó gritar a Carolina–. ¡Déjame en paz!

Los gritos de ira de su padre resonaron en las paredes.

–¡No me toques! –gritó la joven.

Lalo apretó los dientes e intentó levantarse. Tenía que llegar hasta ella. Tenía que explicarle al padre de Carolina lo que estaba sucediendo. Si lograba explicarle al señor Fuentes lo que él era, si le mostraba que había una forma de acabar con los vampiros de una vez por todas, entonces, seguramente vería las increíbles hazañas

que su hija había realizado para salvarlos a todos y querría ayudarla en lugar de controlarla.

Abrió la boca, listo para llamar al señor Fuentes y su familia cuando una voz rasposa flotó en la oscuridad.

–¿Qué tenemos aquí?

Lalo se paralizó.

Unos ojos brillantes atravesaron la oscuridad. Una figura esbelta apareció a la vista. Llevaba pantalones y una camisa simple, pero nada más. Su cabello negro estaba recogido y atado en la nuca. Si no fuera por sus iris rojos como la sangre, hubiera parecido solo un joven no mucho mayor que Lalo.

El vampiro se puso de rodillas junto a él. Olfateó.

–¿Por qué uno de los hijos de Maricela ha venido a mi guarida?

La sorpresa lo atravesó.

–¿Conoces a mi creadora?

El sediento rio.

–Soy su señor. El tuyo también, muchacho.

Así que este era Vidal. En la mente de Lalo, siempre había imaginado a algún ser monstruoso con una mandíbula feroz. Pero este hombre parecía tan humano como Maricela. Y era evidente que estaba bien alimentado. Lalo no podía ni imaginar cuántas almas había tomado y descartado a lo largo de los siglos.

Debía morir.

Lalo metió la mano en el bolsillo. Su estómago se desplomó cuando se dio cuenta de que había perdido la daga. Debió habérsele caído durante la caída.

Las voces resonaban arriba, pero eran cada vez más tenues.

Vidal giró la cabeza hacia el cielo. Sus colmillos brillaban en la oscuridad.

–Veo que me has traído ofrendas. Maricela suele ser generosa con sus regalos. Siempre ha sido una niña muy querida para mí.

Un ronroneo casi alegre brotó de su garganta. Despacio, Vidal se puso de pie y sus uñas se extendieron hasta convertirse en garras. Iba a cazar a Carolina y a su familia. Lalo no podía permitirlo. No sin advertírselos.

–¡Espera! –gritó.

El monstruo se detuvo.

–¿Cómo te atreves a hablarle a tu creador con tanta insolencia? Tengo cientos de años, niño. Puedo quebrarte el cuello en el tiempo que tu lastimoso corazón late una sola vez.

–No te temo, Vidal –espetó. Y para su sorpresa, creía cada palabra. No le temía a ese monstruo. O a lo que pudiera hacerle. Lo que realmente le aterraba a Lalo, más que nada, era dejar ese mundo hermoso peor de lo que lo había conocido, dejar a Carolina y a su familia sin una oportunidad de defenderse. Si moriría esa noche, al menos lo haría ayudando a la chica que amaba.

–Te mataré como a Maricela –dijo Lalo.

Un gruñido brotó del sediento original.

–¿Qué dijiste?

–Maté a tu hija. Hundí mi daga en su garganta.

Vidal volteó todo el cuerpo en su dirección.

Cualquier rastro de humanidad desapareció. Ahora, solo había un vampiro frente a Lalo. Un asesino letal listo para atacar a su presa. *Bien*, pensó Lalo, *que mantenga la atención aquí y lejos de Carolina*. Quizás ella tendría la oportunidad de preparar a su familia para lo que vendría.

–Maricela se lo merecía –lo provocó, viendo la furia feroz en los ojos de Vidal–. Y tú tendrás un destino similar.

Rápido como una víbora, Vidal atacó. Hundió los colmillos en el hombro de Lalo y bebió su sangre. Apretó la mandíbula, clavó sus garras en Vidal, pero el sediento no cedió, estaba buscando a Maricela en sus recuerdos. No tendría que ir lejos.

Vidal apartó con brusquedad los colmillos de la piel de Lalo.

–¡La mataste! –siseó, la saliva y la sangre de Lalo caían de su boca.

–¡Y lo haría de nuevo! –replicó.

Vidal alzó los brazos y rugió. Lalo sentía que su cráneo estallaría.

*Vengan*, oyó en el fondo de su mente. *Vengan, hijos míos. Mataron a su hermana.*

Llamaba a sus sedientos.

Lalo debía cortar la invocación de su creador antes de que cada maldito sediento en Abundancia oyera la orden. Hundió las garras y

los colmillos en el vampiro. Mientras los dos sedientos combatían llenos de furia, tres palabras brotaron de los labios de Lalo.

–¡Vidal está aquí!



# CAPÍTULO 48
# Carolina

–¡SUÉLTAME! –LE GRITÓ A LA ESPALDA DE SU PAPÁ MIENTRAS SUS HOMBRES LA arrastraban hacia los caballos–. ¡Dije que me sueltes, traidor!

Su padre se dio la vuelta, la furia feroz temblaba en su rostro.

–¿Cómo te atreves?

–¿¡Cómo *me* atrevo!? –replicó.

–¡Sí! –rugió su padre–. ¡Tuve que enterarme por Rafael que trajiste a un demonio a mi casa! ¡Lo recibiste con tus hermanitos, con tu mamá embarazada, tus tías y tíos que no podían defenderse! ¡Pusiste a nuestra familia en peligro! ¡Pretendiste ser su amante! ¿Para qué? ¿¡Para qué, mija!? ¿Para herirme?

–¡No! –Ella negó con la cabeza–. Quería mantener a nuestro pueblo a salvo de los sedientos. Quería demostrar que soy una buena cazadora, pero tantas cosas se interpusieron en el camino.

No podía negar lo egoísta que había sido, pero él también lo había sido. Todos los Fuentes lo habían sido.

–Me equivoqué al hacerlo a escondidas, apá. Y lo siento. Pero estoy agradecida de haberlo hecho, porque descubrí la verdad.

Su padre parpadeó, confundido.

–Los sedientos no son el único enemigo aquí. No son los únicos monstruos a los que nos enfrentamos.

–¿De qué estás hablando, Carolina?

–Alma Rosario Fuentes, *nuestra* ancestro, es responsable de los vampiros que plagan nuestras tierras. Ella llamó al dios de las almas a este mundo y le suplicó que le devolviera a su esposo, tu bisabuelo. Fue en contra de las leyes de la naturaleza e hizo un trato con Tecuani. Él trajo a Vidal de vuelta desde la Tierra de las Almas, pero Vidal ya no era el hombre que ella amaba. Ya no era un Fuentes. Era un monstruo.

Su tío Domingo frunció el ceño, lleno de confusión.

–Los dioses no intervienen en los asuntos humanos.

–Pero lo harán si ese humano les ofrece algo a cambio.

El tío Domingo se volvió hacia su padre.

–¿De qué está hablando?

La ira recorrió a Carolina. ¿Por qué mirar a su padre cuando ella estaba aquí, explicando todo? ¿Nunca le creerían?

–Vidal fue creado con el poder de Tecuani y la sangre de Alma –explicó ella–. ¿Por qué creen que los ataques son más frecuentes aquí que en cualquier otro lugar de Abundancia? Porque ella nos maldijo, por desesperación. Le prometió a Tecuani las almas de sus descendientes. O nos convertimos en vampiros o quedamos atrapados en el purgatorio, sin poder salir del bosque de Tecuani. El abuelo no está en el cielo. Está atrapado en el Bosque de las Almas.

–Carolina, ¡basta! –ordenó su padre, pero ella continuó.

Un dolor feroz recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies. La herida en su cuerpo latía. Pero no podía permitir que la agonía la distrajera de lo que necesitaba decir.

–Nuestros ancestros sabían lo que ella hizo, pero lo mantuvieron en secreto. Todo este tiempo podríamos haber buscado un modo de erradicar estos monstruos, pero fallamos porque nuestros ancestros prefirieron dejar que otros mueran en vez de exponer los pecados sucios de nuestra familia.

–No es tan simple como crees, mija, no sabíamos a qué nos enfrentábamos.

Ella abrió los ojos de par en par.

–Entonces, ¿lo sabías?

–Lo que sabía es que tenía que proteger a los míos.

–Sin embargo, muchos murieron. No viste cómo estaba el primo Lorenzo. Había perdido su humanidad como vampiro. Lalo y yo hemos venido aquí para terminar con lo que los otros Fuentes no pudieron. –Carolina tenía la boca seca. Su garganta estaba desesperada por beber–. Debemos terminar con esto, apá. –Alzó la cabeza hacia atrás y les mostró las marcas de la mordida en su piel–. O yo también moriré.

Nunca olvidaría la agonía absoluta que contorsionó las facciones de su papá.

–No –susurró él–. Por favor, santos, no. –Las lágrimas inundaron sus ojos–. No tú. No mi niña.

–Lalo y yo podemos solucionar esto. Si me ayudan a llegar a él, podemos explicarles todo. Podemos…

Un rugido brotó de la caverna donde Lalo había caído. Carolina dio un grito ahogado.

–¡Lalo! –Empujó a los hombres que la detenían y comenzó a correr hacia la bifurcación del bosque, pero su papá la atrapó.

Las lágrimas rodaban por las mejillas del hombre. Su mentón temblaba.

–Mija… –Él observó el rostro de la chica–. No puedo perderte.

–Apá, tenemos que ayudarlo.

A lo lejos, oyó a Lalo gritar.

–¡Suéltame, apá! ¡Por favor!

Un estruendo brotó de las profundidades del bosque. Los árboles se quebraron. Las ramas cayeron como rocas al suelo. Los caballos relinchaban y retrocedían, asustados.

–¡Armas listas! –ordenó su padre. La soltó y retrocedió con su amada escopeta lista–. Ponte detrás de mí, Carolina.

Su familia alzó las espadas.

–Déjame luchar contigo, apá.

–¡Dije que te pongas detrás de mí!

Quería discutir, pero ahora no era momento de hacerlo. Además, ¿por qué debería hacerlo? Carolina sabía lo que podía hacer. Ya no tenía que demostrarle su valor a su padre.

La reata que el abuelo le había dado se había perdido en algún momento mientras huían de los chupasangres, pero la cuerda era solo un objeto, una *cosa*; ella tenía una vida de recuerdos junto a su abuelo que durarían para siempre. Recordó lo que él le había dicho antes de que lo perdiera: "No es el tipo de arma lo que nos lleva a la victoria, Lina. Sino la ferocidad con que la persona la blande. Creer en ti misma y en lo que eres capaz de hacer a veces alcanza".

Él había tenido razón.

Era una luchadora. Y no fallaría. Sin importar lo que su papá creyera.

Carolina aún tenía la daga de Alma en la mano. La sostuvo delante de ella, aunque su cuello y su hombro gritaban en llamas.

Una docena de figuras salieron de los arbustos. Vampiros vestidos con ropa de tiempos pasados se lanzaron sobre Carolina y su familia con los colmillos y las garras expuestas. El sonido de sus gruñidos invadió los oídos de la chica y le caló hasta los huesos.

–¡Por Maricela! –rugió uno de ellos.

Las dagas de obsidiana creadas por la familia Fuentes colisionaron con los monstruos sedientos de su sangre. Cortaron, pelearon y patearon, matando y destruyendo lo que fuera que se interpusiera ante ellos. Las balas volaban. Los gritos atravesaban el cielo.

Uno de los sedientos corrió hacia el papá de Carolina, que estaba demasiado ocupado combatiendo dos sedientos más para notar al tercero. Ella avanzó a toda velocidad, moviendo los brazos con todas sus fuerzas. No se atrevía a lanzar la daga de los amantes; no quería arriesgarse a perderla. Así que se lanzó hacia la bestia y la derribó por las rodillas.

Las garras recorrieron su piel. Gritó, pero no se atrevía a soltarla.

Un disparo y el cuerpo del vampiro cayó inerte.

Vio el rostro de su papá. Carecía de color y el sudor cubría su sien.

–Me salvaste –dijo él, apenas oía su voz por encima del caos.

–Por supuesto. Eres mi padre.

Se agazapó y la ayudó a incorporarse.

Observó el cadáver.

–Si no hubieras estado allí, esa bestia me habría derribado. –Miró a Carolina–. Lo… Lo siento, mija. Lo…

Ella negó con la cabeza. No necesitaba las disculpas de su papá. Lo que se merecía era su respeto.

–¡Vienen más! –gritó el tío Vicente.

–Pelearemos juntos –le dijo a su padre; él parpadeó, luego asintió. Desenfundó su espada corta y se la ofreció. Carolina la aceptó con una sonrisa.

Ella y su papá se pusieron espalda contra espalda. Prepararon las armas, protegiéndose el uno al otro en batalla por primera vez. Eso había sido lo único que ella siempre había querido, pero nunca había esperado que fuera así. Nunca había esperado tener tanto miedo, tanto cansancio, tanta preocupación por el alma del chico que amaba.

Un gruñido furioso resonó entre los árboles. Uno de sus primos gritó antes de que su voz desapareciera.

–¡Martín! –bramó el tío Malaquías.

Otro primo gritó frente a ella. Luego cayó de rodillas, sujetando su estómago.

–¿Qué es? –gritó papá–. ¿Ves algo?

–No. –Fuera lo que fuera, entraba y salía del bosque con velocidad inhumana.

El terror se apoderó de Carolina.

Solo un sediento era tan poderoso para moverse en un parpadeo. Habían encontrado a Vidal.

O quizás él los había encontrado a ellos.

–¡Ayúdenme! –gritó el tío Domingo cuando más sedientos salieron del bosque.

Algo aterrizó en el centro de la batalla. Un cuerpo grande, agazapado y amenazante como un depredador, como un jaguar. Como el dios que lo había creado.

–Vidal –susurró Carolina.

Cuando Vidal se incorporó, era más alto que su padre.

Papá alzó el arma y jaló el gatillo. Pero el sediento era demasiado rápido. Desapareció en un instante; la bala dio en un árbol cercano. Un segundo después, el vampiro estaba frente al padre de Carolina. Las manos llenas de venas de la bestia apretaron la garganta del hombre y lo alzaron por encima de su cabeza.

–¡No! –gritó Carolina.

Alzó el brazo y clavó la daga de los amantes en la espalda de Vidal. El arma atravesó músculo y tejido, pero no le dio en el corazón. Ella deslizó la daga. Vidal chilló. La mano sobre su padre perdió fuerza. Vidal movió el brazo hacia atrás, golpeó fuerte la mejilla de Carolina y la apartó como si fuera un insecto.

La joven rodó sobre la tierra. Los gritos de sus seres queridos moribundos ardían en sus oídos.

Se incorporó y gritó mientras su padre y su familia luchaban por sobrevivir contra su ancestro y su linaje sobrenatural.

Unas manos sujetaron sus hombros. Ella giró. Tenía la daga lista.

–¡Soy yo!

El llanto brotó de Carolina. Lalo tenía la ropa rota y hecha jirones. Pero estaba vivo.

Lo abrazó fuerte.

–¿Dónde has estado?

–Peleando por regresar contigo. –La apretó una vez y luego se apartó un poco para mirarla–. Perdí esto cuando caí en ese agujero. –Alzó la daga adornada con una esmeralda–. Pero ya la tengo. Es hora.

Papá se tambaleó, cayó con brusquedad al suelo, sacudiendo su espada en el aire para defenderse de Vidal. La sangre cubría el costado del rostro de su padre. Tenía unos cortes profundos en la mejilla y el mentón. Habían matado a su tío, que yacía junto a él. Mientras tanto, los monstruos parecían multiplicarse minuto a minuto.

–Nos superan demasiado en número. ¿Y si todos morimos aquí?

Lalo encontró su mirada.

–No permitiré que nadie te vuelva a hacer daño.

Su padre gimió de dolor. Un gruñido grave brotó de Lalo. Sus uñas crecieron y se convirtieron en garras.

–Matemos a esta bestia de una vez por todas. –Lalo avanzó a toda velocidad.

Saltó y trepó a la espalda de Vidal justo antes de que la bestia pudiera darle un golpe letal al hombre. Desde atrás, clavó las garras en el rostro de Vidal. El sediento original sujetó el cuello de la

camisa de Lalo. Lo lanzó con fuerza sobre su cabeza. El chico cayó al suelo junto al padre de Carolina.

Vidal fulminó con la mirada al hombre.

–Mi linaje Fuentes ha venido a hacerme daño. –Su voz burbujeaba, como si hubiera bebido ácido. Clavó su mirada furiosa en Lalo–. Los erradicaré de la existencia por esto. Mi única duda es ¿cuál de los dos morirá primero?

Lalo intentó ponerse de pie, pero un hueso sobresalía de su brazo. Vidal puso los ojos en él.

Avanzó hacia Lalo.

–¡No! –gritó Carolina. Se interpuso entre ellos. No permitiría que Vidal le arrebatara a su amado.

La espalda de Carolina golpeó la tierra. Algo rígido e inmutable aplastó su estómago cuando el cuerpo de Vidal colisionó con el de ella. Gimió, sus pulmones expulsaron el aire que le quedaba.

Los dientes de Vidal brillaban con sangre. Pero sus ojos resplandecientes eran lo único en lo que ella podía enfocarse.

En ese instante, Carolina sentía que podría destruir mundos enteros para salvar a Lalo. Haría ese reino añicos para tenerlo cerca.

Ese tipo de amor era peligroso, lo consumía todo. Si los sedientos eran monstruos, era solo porque el amor de Alma por Vidal era más monstruoso que cualquier cosa en la Tierra. No existía el bien o el mal definitivo. Solo existía el amor y sus consecuencias.

–Entiendo –susurró Carolina. Era lo único que podía pronunciar, un suspiro ínfimo–. Lamento lo que Alma y tú perdieron.

Vidal parpadeó. Algo similar a la sorpresa apareció en sus facciones.

–Se amaban tanto, pero su historia de amor fue interrumpida. Lamento que les hayan robado tiempo.

Y lo decía en serio. El tiempo era la fuerza más poderosa y aterradora porque no podía controlarse. Alma pedía más tiempo. Carolina ya no podía culparla por ello porque ella quería lo mismo con Lalo.

–Ella te amaba con todo su ser.

La agonía que apareció en el rostro de Vidal casi la hizo llorar.

Algo en movimiento detrás de Vidal captó la atención de la chica. Ella mantuvo el rostro inexpresivo mientras Lalo alzaba la daga brillante sobre la espalda del sediento.

–Hora de encontrarte de nuevo con tu amada –susurró ella.

Mientras Lalo clavaba una de las dagas de los amantes, Carolina usó lo que le quedaba de fuerza para clavar la otra daga en lo profundo del corazón de Vidal. No falló.

Su ancestro dio un respingo. La luz en sus ojos brillantes ardía tanto que Carolina entrecerró los ojos. Pero con la misma rapidez que brilló, se extinguió, y solo quedó el color oscuro e infinito de sus irises. Él exhaló profundamente antes de desplomarse sobre ella.

El calor ardiente recorrió el cuerpo de Carolina mientras sentía que el poder de Tecuani dentro de su sangre comenzaba a desaparecer. Apretó los dientes para reprimir sus gritos, pero no pudo contenerlos. Gritó hasta que su garganta no soportó más. Pero estaba entera. Estaba viva. La mordida de Maricela no se había apoderado por completo de ella y aún no había sucumbido a la sed.

Los gritos atravesaron el cielo. Los sedientos a su alrededor cayeron uno a uno. Morían. ¡Los vampiros estaban muriendo!

Carolina se sobresaltó.

¿Dónde estaba Lalo?

Con un sollozo, apartó el cadáver de Vidal a un lado. Sobre sus manos y rodillas, se arrastró hacia el chico que amaba. Él se retorcía y aullaba.

Temblando, lo sujetó y apretó su cuerpo contra el suyo.

–Carolina –logró decir Lalo–. Duele.

Papá se acercó a su hija.

–¿Qué está pasando? ¿Por qué se mueren?

–Las dagas de los amantes. Era el único modo de destruir a Vidal, pero ahora que el poder de Tecuani abandona sus cuerpos, ellos también mueren. –Carolina lloraba desconsoladamente–. Quédate conmigo, Lalo. Por favor. Recuerda nuestra promesa.

Él hizo una mueca. Su cuerpo se retorcía entre las manos de Carolina.

–Te amo –susurró él.

Y ella sabía que esa tal vez sería la última vez que se vieran en esta vida.

Lo abrazó más fuerte. Apenas un mes atrás, había perdido a su abuelo. Lo había abrazado igual. Y ahora, su Lalo también la abandonaba.

Deslizó el pulgar sobre la hermosa mejilla de Lalo.

–Encuéntrame cuando vaya al otro lado.

Las lágrimas rodaban sobre la sien de Lalo.

–No descansaré hasta hacerlo.



*Ella es el sol.*

–Pío Parra, *Una canción para mi amor*



# CAPÍTULO 49
# Lalo

–BÉSAME ANTES DE QUE ME VAYA –SUSURRÓ.

–No –sollozó Carolina–. No puedes dejarme.

El corazón de Lalo se rompía. Se hacía añicos por todo lo que había perdido. Pero no pudo evitar también sentir alivio. Ya no tendría que quitarle la vida a alguien para alimentar la propia. Ya no tendría que devorar y matar solo para sobrevivir.

Y todos estarían a salvo. Todos estarían bien.

Se aferró a ese hecho. Se aferró a eso con todo su ser.

Lalo se acercó a Carolina, ignorando el fuego que recorría sus venas. Selló los gritos de la chica con su propia boca.

Una explosión de luz y energía apareció entre los dos. Lalo hubiera jurado que era el sol, incluso aunque estaban en medio de la noche. Cómo extrañaba sentirlo así sobre la piel. Cálido, y no como la causa de ampollas agonizantes. Abrió los ojos y sonrió mientras el calor lo golpeaba. Luego, todo se sumió en la oscuridad.



# CAPÍTULO 50
# Carolina

El mundo estalló en una luz abrasadora. Miles de gritos atravesaron el aire, perforaron sus oídos del peor modo. Gritó por la mera fuerza de los alaridos. Por el tormento de tener la sangre de Lalo aún caliente en sus manos, pero no lo soltaría.

Tan rápido como llegó, la luz incandescente desapareció y dejó el mundo a su alrededor cubierto de una oscuridad silenciosa.

El cuerpo de Lalo estaba inerte en sus brazos. Lo apretó contra su pecho y aulló llena de angustia.

Lo habían logrado. El deseo de Lalo de salvar a su hermana, de librar al mundo de los vampiros como él, el sueño de Carolina de querer mantener a salvo a su pueblo, se había vuelto realidad. Pero ahora, la hermosa alma de Lalo se había ido.

Parte de ella deseaba levantar la tierra con las manos. Arañarla hasta abrirse paso al inframundo y encontrar al chico que le había robado el corazón. Podría hacerlo. Podía usar su sangre y la daga de los amantes para traerlo de vuelta. Podía llamar a Tecuani y hacer otro trato. Lalo nunca sería como Vidal. Pero no, él no querría eso. Y ella nunca querría que sufriera de nuevo.

Papá rodeó sus hombros con un brazo y ella lloró en sus brazos.

–¿Por qué tuvo que ser él? ¿Por qué Lalo?

Encendieron una antorcha. Vio el rostro de su padre. No había resentimiento en sus ojos como Carolina había esperado, solo angustia. Su familia cojeó hacia ella, aferrándose entre sí. Pero no había sedientos vivos que los atacaran. Todos habían muerto. Sus ojos se habían vuelto blancos. Su piel había perdido color. Sus cuerpos estaban prácticamente marchitos.

Carolina miró a Lalo y sostuvo su mejilla.

–Lo logramos.

Ella se sobresaltó.

–Aún está tibio y su piel es morena. ¿Qué significa? –le preguntó a su papá.

–No lo sé –admitió el hombre. Era la primera vez que él no tenía una respuesta que darle.

¿Acaso aún había una posibilidad? ¿Quizás porque no había sido un sediento demasiado tiempo? A ella la habían mordido y seguía allí. ¿Tal vez Lalo no había robado la cantidad suficiente de vidas?

Lo abrazó más fuerte.

–Lalo –susurró–. Vuelve conmigo.

La furia brotó en su interior. No podían ofrecerle aquella chispa de esperanza solo para que la destruyeran de nuevo.

–Vuelve, ¿me oyes? Vuelve o nunca te perdonaré.



*UNA PLEGARIA PARA LOS MUERTOS*

*Sé amable, Tecuani.*
*Danos paso a través del Bosque de las Almas.*
*Sé amable, Atzin.*
*Danos un viaje seguro a través del Río de las Angustias.*
*Ten piedad, Itzmin.*
*Danos un paso firme en el Valle de los Recuerdos.*
*Ten gracia, Tlali.*
*Danos velocidad para avanzar por el Desierto de las Injusticias.*
*Cuídanos, Chipahua.*
*Danos fuerza para escalar la Montaña de las Retribuciones.*
*Sé comprensivo, Xipil.*
*Danos permiso de entrar a las puertas del cielo.*



# CAPÍTULO 51
# Lalo

La muerte no era lo que esperaba. No había almas torturadas gritando. No había condena eterna. El mundo a su alrededor era silencioso, pacífico y olía bastante a perro.

Lalo estaba recostado en el suelo. La hierba rozaba sus brazos. Algo olfateó fuerte a su lado. Un hocico cálido empujó su hombro. Cuando abrió los ojos, se estremeció. Un chupasangre estaba sobre su cuerpo.

Se puso de pie con torpeza. La bestia simplemente inclinó la cabeza a un lado, como un cachorro común. Estaban en medio de un bosque frondoso, uno muy similar al que había atravesado con Carolina apenas unas horas atrás.

–El chupasangre sabe que no perteneces aquí –dijo una voz entre los árboles.

Lalo volteó, pero no vio a nadie.

–¿Aquí? –gritó–. ¿Dónde estoy?

–Ahora estás en territorio de Tecuani. Los sabuesos protegen la Tierra de los Muertos de los vivos. Es su deber asegurarse de que solo los fallecidos reales entren.

–Pero *estoy* muerto.

–La sangre de ella late en tu interior. Su amor no te deja ir.

–¿La de Carolina? –Tragó con dificultad–. ¿Significa que…?

Un hombre y una mujer tomados de la mano salieron de entre las ramas largas. Los reconoció de inmediato. Alma Rosario Fuentes, casi idéntica a su tataratataratataranieta, y Vidal Fuentes, más humano de lo que Lalo creía posible. Una luz dorada rodeaba los cuerpos de los amantes.

Una brisa fresca susurró sobre la piel de Lalo mientras cientos de hombres y mujeres salían de entre los árboles. Había visto muchos de esos rostros en los retratos colgados en la casa Fuentes. Estaba entre los ancestros de Carolina.

Los escalofríos recorrieron su piel cuando una mujer de cabello rojo avanzó entre la multitud. Tenía un sencillo vestido de lino negro, algo que había visto que la gente usaba en el pueblo hacía décadas.

–¿M-Maricela? ¿Qué haces aquí?

–Perdí el rumbo. Había tantas voces, tantos pensamientos de las vidas que robé en mi mente que había olvidado quién era. Quién era mi familia. Lo siento, Lalo… –Negó con la cabeza.

–Eres una Fuentes –susurró al notar el parecido entre los parientes.

Ella miró sus propias manos y asintió.

Lalo observó los rostros a su alrededor y vio mucho de Carolina en ellos. Le dolía el corazón por su cazadora de vampiros.

Él se cruzó de brazos.

–¿Qué significa esto?

–Que depende de ti –respondió Alma–. Puedes cortar los lazos que te unen a Carolina. Tu corazón se detendrá y el chupasangre te llevará ante el trono de Tecuani. Él decidirá si puedes o no entrar a la Tierra de los Muertos, donde finalmente encontrarás las puertas del cielo. Allí solo habrá paz y consuelo.

Él se movió en su sitio. Sus padres estarían allí. Encontraría la paz y serenidad que siempre había querido. Pero eso había sido antes de conocer a Carolina Victoria Fuentes.

–O puedes atravesar el velo y realmente vivir –intervino Vidal.

Lalo miró el suelo. La grieta entre ese mundo y el de los vivos era poco más que una vena brillante en la tierra.

–Debes apresurarte –añadió Alma–. Decide antes de que Tecuani sepa que has venido y que sea demasiado tarde. Quédate aquí y encuentra la armonía que una vez anhelabas o vuelve y ten una vida llena de peligros y alegría.

Una voz distante resonó en el bosque.

–Lalo. Vuelve conmigo.

El corazón de Lalo latió acelerado contra su pecho. Presionó sus costillas con una mano.

–Vuelve, ¿me oyes? Vuelve o nunca te lo perdonaré. Haré un infierno de tu vida en el otro lado. Si no despiertas, ya verás, escupiré tus amados libros.

Rio y miró a Alma y Vidal.

–Creo que sé la respuesta.

Los amantes sonrieron al unísono.

–¿Qué pasará con ustedes cuando Tecuani los encuentre? –preguntó. Tenía que saber si sus almas tendrían paz incluso después de lo que habían hecho.

–Ya he estado aquí mucho tiempo, esperando en el bosque silencioso con los míos, haciendo lo que Tecuani pidiera, hasta que alguien pudo liberarnos –respondió Alma–. Hay cientos de pecados que expiar. Dolores terribles que causé. Pero la maldición de la muerte se ha roto. Gracias a ti y a mi tataratatataratataranieta, las almas de mis descendientes y todos los convertidos por fin pueden seguir adelante.

Vidal miró a su esposa, la mujer que atravesó mundos solo para estar con él.

–Ahora estamos juntos. Enfrentaremos lo que venga como uno.

Alma sonrió con tristeza y abrazó el cuerpo de su amado.

–Vete ya –dijo Vidal–. Ten una vida plena por nosotros.

Lalo asintió.

–¡Espera! –Un hombre alto con cabello gris y un bigote frondoso corrió hacia Lalo. Se parecía tanto al señor Fuentes que Lalo supo que solo podía ser una persona.

–¿Abuelo? –preguntó, casi con timidez por usar ese título. El hombre sonrió.

–Sí. Y tú eres el chico que ha capturado el corazón de mi nieta.

Lalo rio.

–Supongo que lo soy. Pero no creo que ella permita que nadie lo capture. Más bien me lo ofreció y amenazó con hacerme daño físico si lo soltaba.

El hombre rio con sinceridad.

–Esa es mi Lina. –Secó una lágrima solitaria de su ojo–. Dile a Lina que su abuelito está bien. Dile que estaré pronto con su abuelita. Gracias a su testarudez, y a la tuya también, claro, ahora puedo cruzar las puertas del cielo. Dile que ella siempre será mi niña especial y que continúe haciendo temblar al mundo.

Lalo sonrió.

–Lo haré, señor.

–Mejor apresúrate antes de que se enfade más.

–Sí, señor.

Se puso de rodillas y comenzó a cavar con las manos. Llegaría a ella. Encontraría a la chica que amaba.



Una luz brillante estalló detrás de los párpados de Lalo. Gruñó y movió el brazo para protegerse de los rayos intensos.

Algo chilló y cayó en el suelo rígido. Unas manos lo sujetaron.

–¿Lalo?

Intentó abrir los párpados, pero pesaban y todo brillaba demasiado.

–¡Lalo!

Una mano le dio una bofetada en la mejilla. Dolió. La verdad, le dolió como el infierno.

–¡Despierta, maldito idiota!

Eso hizo que por fin abriera los ojos. Parpadeó rápido.

–El sol –graznó–. Cierra las cortinas, Fernanda, o me matará.

–No, no lo hará, pero yo sin duda tengo ganas de asesinarte.

¿Qué estaba pasando? Lo último que recordaba era el beso de despedida con Carolina y luego… Se incorporó. Su cabeza dio vueltas. Vio puntos negros. Pero luego, todo era claridad. Allí, a su lado, en la habitación llamativa de la tía Morena, estaba Fernanda sentada.

Ella llevó una mano al pecho.

–Ay, gracias a las estrellas.

Le dio un golpe fuerte en el hombro a Lalo.

–Ay. –Frotó su brazo–. Me dolió. –Se detuvo. Sonrió–. Me *dolió*.

Llevó los dedos a la yugular, buscando el pulso. Allí estaba. Fuerte y resiliente como siempre.

Sonrió tanto que le dolían las mejillas.

–¡Estoy vivo!

–Debería matarte aquí mismo por haberme hecho pasar por esto. –Su hermana estaba furiosa. Tenía las manos listas para golpearlo de nuevo–. ¿En qué pensabas?

–No quería vivir el resto de mis días como un sediento. Quería protegerte.

–Entonces, ¿decidiste ponerte en peligro mortal? –Lo golpeó de nuevo. Y él se lo permitió con gusto.

–Santos, se siente de maravilla. –Rio con todo el pecho y esquivó otro golpe.

–¿Cómo es posible que seas humano de nuevo? Nada tiene sentido.

Era la verdad, de hecho. Pero ese era el mundo en el que él vivía. Era raro, misterioso y confuso. Desastroso y ruidoso. Y siempre lo disfrutaría. Porque estaba vivo. Y estaba enamorado.

Apartó las mantas de su cuerpo y salió de la cama.

–¿Dónde está ella? –le preguntó a su hermana.

Fernanda dio un grito ahogado y cubrió sus ojos.

–No puedes salir sin pantalones.

Lalo solo tenía puesto un camisón largo con ositos. Un poco humillante, pero ¿a quién le importaba?

–Claro que puedo. ¿No sabes relajarte y vivir un poco? –Le dio un beso en la frente a su hermana–. ¿Dónde está?

La sonrisa de Fernanda era la más grande y alegre que él había visto en meses.

–En el jardín.

–Gracias.

Y con eso, Lalo partió.

Corrió por el pasillo. Su corazón latía fuerte en su pecho. Pasó junto a cientos de retratos. Los ancestros Fuentes podían mirar su trasero *humano* todo lo que quisieran, pero él tenía la sensación de que estaban demasiado ocupados yendo al cielo.

Tomó una escalera que lo llevaría con Carolina. Hizo una inhalación profunda y completamente humana y luego sonrió.

–Hora de encontrar a mi amor.



# CAPÍTULO 52
# Carolina

Él estaría bien. Lo sabía. Ella y su familia regresaron cabalgando a toda velocidad tan pronto como sintió un solo latido de su pulso. No había chupasangres o indicio de sedientos en el bosque. No tenía más que hacer que hablarle durante todo el viaje de regreso a casa.

–Más te vale volver conmigo, Lalo, o haré un infierno de tu vida en el otro lado. Si no despiertas, ya verás, escupiré tus amados libros.

No sabía cómo hablar con dulzura, y tenía la sensación de que él no la reconocería si lo hiciera. Así que siguió amenazándolo hasta que lo recostaron en la cama. Durante un día y una noche, ella y Fernanda se turnaron para quedarse a su lado. Leyó esa ridícula nota que le había dejado en el escritorio.

Carolina, creo que me gustaría besarte, decía.

No. Realmente quiero besarte. No te rías de mí por esto. Me pareces encantadora en todo sentido posible. De haber tenido más tiempo juntos, creo que hubieras llegado a amarme tanto como me temo que yo te amo.

Sé que es repentino, pero… ¿qué son unos instantes cuando nuestras almas se han conocido desde el comienzo del tiempo?

Ella sonrió. Él había citado mal el soneto de nuevo.

Carolina había reído y llorado con la nota. Ahora, la tenía en mano mientras caminaba por el jardín. Su energía aumentaba, su furia también. ¿Y si él no regresaba con ella? No, ni siquiera permitiría que ese pensamiento creciera en su mente. Continuaría conservando la esperanza.

Necesitaba concentrarse en otra cosa. Abrió y cerró el puño. Aún le dolía de la noche anterior. Rafa había entrado al cuarto de Lalo mientras Carolina estaba allí. Solo ver el rostro de Rafa hizo florecer su molestia. Se lanzó sobre él y le dio un golpe en la nariz.

–Esto es por intentar que Lalo montara mi pony –había dicho.

Carolina le dio otro puñetazo.

–Esto por ser un tormento para el hombre que amo –había añadido.

Rafa cubrió su rostro con una mano. Extendió la otra en señal de rendición.

–¡Perdón! –dijo entre los dedos–. ¡Vine a pedir perdón!

Una partecita ínfima de su furia cedió.

–¿Por qué?

–Fui un idiota egoísta. Pensé que podía convertirme en tu esposo siendo un desagradable y no estuvo bien. Lo siento, Carolina. De verdad. –Clavó los ojos en la silueta inerte de Lalo–. Oí que los dos arriesgaron todo en la montaña. Y… vine aquí a felicitarte por ser más valiente de lo que seremos cualquiera de nosotros.

Cuando Rafa se fue, Carolina había llorado un poco más. Lalo había sido el valiente. Era el mejor de todos.

Ahora, ella pateó una roca y la vio volar.

–Cuidado. No querrás lastimarte el dedo del pie. He oído que es muy doloroso.

Carolina se paralizó. Esa voz. Era la voz *de él*.

Volteó y dio un grito ahogado.

Allí, de pie vestido solo con un camisón infantil, estaba *su* Lalo.

–¿Eres real? –susurró ella.

Él sonrió. Y vaya, qué hermosa sonrisa.

–¿Por qué no vienes a comprobarlo?

Emitió un sonido que era una mezcla de grito y llanto y corrió hacia él. Saltó y rodeó el cuello del chico con los brazos. Las piernas delgadas de Lalo cedieron y cayeron al césped.

Él protestó, aplastado por la fuerza y el peso de Carolina.

–Veo que intentas matarme –gimió, aún sonriendo.

–Estás… Estás…

–Estoy aquí. Y estoy más que vivo. Gracias a ti.

El llanto brotó de Carolina.

–¡Cumpliste con tu promesa! ¡Volviste conmigo!

–Tenía demasiado miedo de no hacerlo.

–Muy inteligente de tu parte.

–La verdad que sí.

Ella notó que estaban en el césped donde cualquiera podría verlos. Pero le importaba un carajo el decoro.

–Te besaré, Lalo Villalobos.

–Con una condición.

–Lo que sea. Cualquier cosa.

–Cásate conmigo. Aquí, bajo el sol, con los que amamos y con los que perdimos mirándonos.

–¿Que me case contigo?

–Sí. He fingido cortejarte el tiempo suficiente. Quiero que sea real.

–Eres adicto a los castigos.

–Cuando se trata de ti, supongo que lo soy. Dime que sí. Y luego haremos lo que desees. Incluso aprenderé a montar bien a caballo.

Ella entrecerró los ojos.

–Te has vuelto mandón ahora que eres humano de nuevo.

–Y tú aún eres una tirana.

–Qué atrevido eres hablándome de ese modo después de lo que acabas de hacerme pasar. –Ella alzó la cabeza–. ¿Sabes qué? Creo que ya no necesito ese beso. –Sonriendo con picardía, Carolina comenzó a alejarse.

Lalo abrió la boca, sorprendido.

–Pero…

Interrumpió sus palabras cubriendo los labios de Lalo con los de ella.

Él la abrazó fuerte, sellando su amor con el abrazo más cálido de todos.

Despacio, ella se apartó. Quería verlo de cerca, quería notar el sol brillando sobre sus ojos color miel.

Lalo sonrió.

–¿En qué estás pensando ahora mismo?

–En lo maravilloso que es estar viva.

Él rio.

–Yo también.

*Por las estrellas*, amaba a ese hombre.

–Entonces, ¿te casarás conmigo? –preguntó él; la esperanza brillaba en su mirada–. ¿Experimentarás conmigo lo que sea que el mundo tenga para ofrecer, Carolina Victoria Fuentes? ¿Bailarás siempre conmigo? ¿Ahora y cuando seamos viejos y canosos y después, cuando nos reencontremos en el cielo?

Rozó la mejilla cálida de Lalo con los labios mientras sentía las mariposas revoloteando en su estómago.

–No hay nada que desee más que eso. Mi respuesta es un sí rotundo.

Carolina lo besó de nuevo.

Fue un beso perfecto.

Uno que duraría toda una vida.

Y hasta la eternidad.

# AGRADECIMIENTOS

Recuerdo haber estado sollozando mientras escribía los agradecimientos de mi primera novela, *La isla de las pecadoras*. No pude contener mis emociones al pensar en cuánta gente me ayudó a convertir mis sueños en realidad. Encontrar personas que de verdad creen en ti es algo hermoso y que cambia la vida. Definitivamente, es algo por lo que vale la pena llorar.

Trabajar en los agradecimientos de *Una sed cruel*, mi segundo libro, ha sido una experiencia muy diferente. Sigo estando agradecida, por supuesto. Pero ahora, en lugar de lágrimas, estoy llena de sonrisas. Estoy saltando, bailando y sintiéndome orgullosa para siempre.

Escribir un libro fue difícil. Escribir un segundo libro se sintió imposible la mayoría de los días.

Pero lo logré.

Con el apoyo de mis editores, mi agente, mi familia, amigos y mi comunidad de escritores, lo logré.

Y eso es motivo de celebración.

*Una sed cruel* no sería el libro que es hoy sin mi editora, Bria Ragin. Bria, me encanta lo feroz que eres. Si tengo confianza en mis palabras, es solo porque sé que tú las has leído y las apruebas. Eres competitiva, apasionada y honesta, y te amo por eso. El cielo ni siquiera es el límite para ti porque no hay límite.

Nicola y David Yoon, ¡gracias por confiar en mí para escribir un segundo libro! Sus ideas y aportes siempre son acertados. No solo son genios, sino que también tienen corazones de oro. También me encanta que puedo presumir de conocerlos.

Nada de esto habría sido posible sin mi maravillosa agente, Larissa Melo Pienkowski. Larissa, te adoro. Valoro tu pasión por los libros y tu lealtad inquebrantable hacia tus clientes. No podría pedir una mejor defensora.

A todo el equipo de Random House que ayudó a dar vida al libro. Wendy Loggia, Beverly Horowitz, Ken Crossland, Colleen Fellingham, Tracy Heydweiller, Tamar Schwartz: gracias.

También me gustaría agradecer a mi diseñadora de portada, Trisha Previte: eres una verdadera visionaria. Y a mi ilustrador de portada, Eevien Tan, ¡eres puro talento!

No puedo seguir sin agradecer a mi familia. Armando, Alicia y Adrián, los amo. Gracias por dejarme en paz para que pudiera trabajar. Solo lo digo en broma a medias. Gracias por creer en mí y por siempre animarme. Y por solo sentir un poco de vergüenza cuando ven mis publicaciones en redes sociales. Quisiera tomarme un momento para ofrecer mi más alto elogio a Joseph Montoya y Steven Montoya. La última vez que escribí agradecimientos no mencioné a mis hermanos por su nombre, y ambos lloraron por eso. Pero en serio, siempre estaré orgullosa de mis hermanos mayores y de todo lo que han logrado en la vida. Mis hermanas, Tara, Kelsey y Sophia, también son bastante increíbles si soy honesta. Y también lo son todas sus parejas. Así como mis cuatro sobrinas y dos sobrinos. Al resto de mi familia, los Montoya, De León, Sevilla y los Miller, gracias por ser algunas de las mejores personas del planeta.

Tengo que dar las gracias a mi amiga Melanie Schmubert, que no solo me dio la idea de escribir sobre un chico vampiro que era un desastre siendo vampiro, sino que también me obligó a escribir la historia luchando contra mí en una "competencia de borradores". Por cierto, gané, pero tengo la sensación de que ese era su plan desde el principio. Gracias por hacer que esta montaña rusa fuera divertida y terapéutica. Gracias por unirte a mí cada semana en nuestro podcast y recordarme que todavía hay magia en este mundo.

Hablando del podcast, quiero dedicar un agradecimiento especial a todos los oyentes de *Of the Publishing Persuasion*. Son los mejores y tienen un excelente gusto en podcasts. A los amigos del chat grupal de pub persuasion, ¡gracias por ayudarme a idear títulos para este libro! Todos son muy creativos.

Gracias a todos mis amigos que leyeron *Una sed cruel* cuando aún era caótico y no tenía sentido. Gracias por hacerme el favor de leerlo y ayudarme a cavar en la tierra para encontrar oro: Megan LaCroix,

Marlee Bonnette, Jenny Marie, Sandra Proudman, Marve Michael Anson, Melanie Schubert, Kelsie Gonzalez, Megan Curtis, Rachel Lesiw, Alyssia Vasquez, Alexis Maragni, Syd Burciaga, Mevia Mastropietro, Kim Chance, Jackie Morera, Tara Miller, Louise Rowe, Monique Marsten, Aleera Anaya Ceres, Kate Martin, Dahlia De La Vega y Carolina Gómez. Dato curioso: Carolina Gómez fue una gran defensora de *La isla de las pecadoras* y la que inspiró el nombre de la protagonista. Si hay alguien que no mencioné, pero leyó para mí, por favor, sepan que es porque sus críticas fueron tan increíbles que todavía estoy sorprendida por ellas y no tengo palabras.

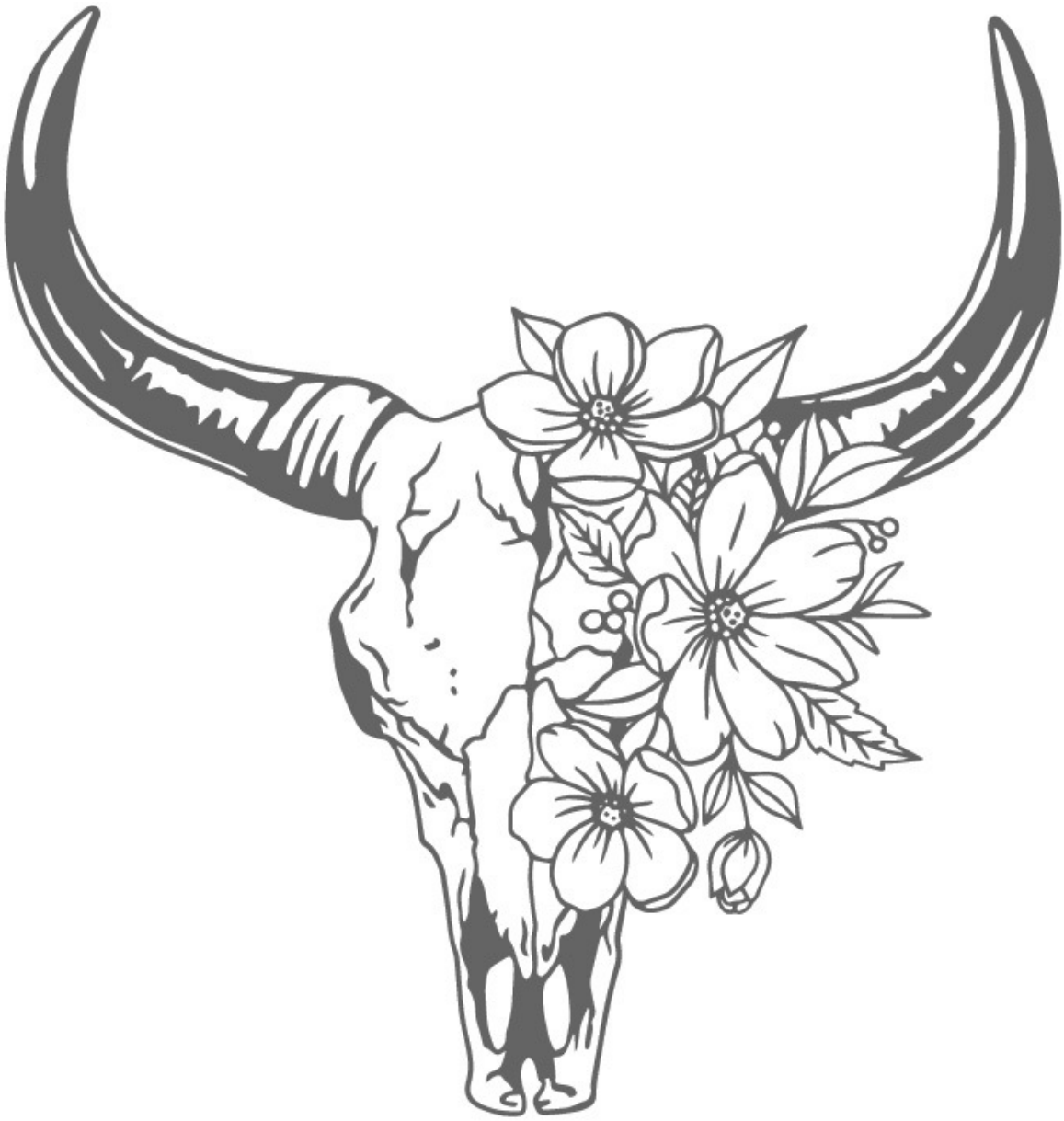
Mucho amor a Jessica Parra, Courtney Kae, Davona Mapp, Inés Lozano, Kate Martin, Katya de Becerra y Jill Tew por siempre gritar por mí en los DMs. Gracias a mis ídolos, J. Elle, Rebecca Ross, Zoraida Córdova, Amparo Ortiz e Isabel Ibañez. Me inspiran todos los días. A Margie Fuston, estoy segura de que sabes cuánto te admiro. Gabriel Torres, espero que todo el mundo escuche tu increíble podcast *Try reading.*

Gracias a Las musas por siempre apoyar y dar impulso. Gracias al Latinx Kidlit Book Festival por compartir tantas historias increíbles. A los booktokers, booktubers, instagrammers e influencers latinxs literarios, los veo y los aprecio. Sigan luchando por lo que es justo. Y a todos los autores que se han comunicado conmigo solo para ofrecer palabras de aliento o intercambiar memes, gracias.

Por último (pero solo porque he estado evitando esta parte porque no quería llorar), quiero agradecer a cualquiera que haya leído *La isla de las pecadoras* y/o *Una sed cruel*. Sé que el tiempo es un bien valioso y no lo tomo a la ligera. Que tomen cualquier parte de su día para leer mis palabras es un honor absoluto.

Si alguna vez me han enviado un DM o un correo electrónico con sus palabras amables o su entusiasmo por mis libros, GRACIAS. Su apoyo significa todo para mí. Me han hecho sentir que he encontrado mi vocación. Me han hecho sentir que he encontrado mi "porqué".

Gracias.



# Índice

Capítulo 1. Lalo
Capítulo 2. Carolina
Capítulo 3. Lalo
Capítulo 4. Carolina
Capítulo 5. Lalo
Capítulo 6. Carolina
Capítulo 7. Lalo
Capítulo 8. Carolina
Capítulo 9. Lalo
Capítulo 10. Carolina
Capítulo 11. Lalo
Capítulo 12. Carolina
Capítulo 13. Lalo
Capítulo 14. Carolina
Capítulo 15. Lalo
Capítulo 16. Carolina
Capítulo 17. Lalo
Capítulo 18. Carolina
Capítulo 19. Lalo
Capítulo 20. Carolina
Capítulo 21. Lalo
Capítulo 22. Carolina
Capítulo 23. Lalo
Capítulo 24. Carolina
Capítulo 25. Lalo
Capítulo 26. Carolina

Capítulo 27. Lalo
Capítulo 28. Carolina
Capítulo 29. Lalo
Capítulo 30. Carolina
Capítulo 31. Lalo
Capítulo 32. Carolina
Capítulo 33. Lalo
Capítulo 34. Carolina
Capítulo 35. Lalo
Capítulo 36. Carolina
Capítulo 37. Lalo
Capítulo 38. Carolina
Capítulo 39. Lalo
Capítulo 40. Carolina
Capítulo 41. Lalo
Capítulo 42. Carolina
Capítulo 43. Lalo
Capítulo 44. Carolina
Capítulo 45. Lalo
Capítulo 46. Carolina
Capítulo 47. Lalo
Capítulo 48. Carolina
Capítulo 49. Lalo
Capítulo 50. Carolina
Capítulo 51. Lalo
Capítulo 52. Carolina
Agradecimientos




**¡QUEREMOS SABER**
**QUÉ TE PARECIÓ**
**LA NOVELA!**

**Encuéntranos en**

facebook.com/VRYA México

www.instagram.com/vryamexico

twitter.com/vreditorasya

**Título original:** *A Cruel Thrist*
**Dirección editorial:** María Florencia Cambariere
**Edición:** Melisa Corbetto con Ailén García
**Coordinación de arte:** Valeria Brudny
**Coordinación gráfica:** Leticia Lepera
**Diseño de interior:** Florencia Amenedo
**Ilustración de tapa:** © 2024 by Eevien Tan
**Conversión a formato digital:** Estudio eBook

© 2024 Angela Montoya
© 2025 VR Editoras, S. A. de C. V.
**www.vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

Primera edición: abril de 2025

ISBN 978-607-637-157-2

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

EDITORAS

Seguinos en tu red favorita

**VR.editorasmexico**

# Índice de contenido


Cubierta
Sobre este libro
Sobre Angela Montoya
Portada
Dedicatoria
Los Fuentes (1562 - Presente)
Epígrafe
Capítulo 1. Lalo
Capítulo 2. Carolina
Capítulo 3. Lalo
Capítulo 4. Carolina
    Del diario del fraile Alejandro Ibarra
Capítulo 5. Lalo
Capítulo 6. Carolina
Capítulo 7. Lalo
Capítulo 8. Carolina
    Del diario de Jonathan Monroe de Santemala
Capítulo 9. Lalo
Capítulo 10. Carolina
    Del diario de Jonathan Monroe de Santemala
Capítulo 11. Lalo
Capítulo 12. Carolina
Capítulo 13. Lalo
Capítulo 14. Carolina
Capítulo 15. Lalo
Capítulo 16. Carolina
    Del diario del fraile Alejandro Ibarra
Capítulo 17. Lalo
Capítulo 18. Carolina
    Del diario de Jonathan Monroe de Santemala
Capítulo 19. Lalo

Capítulo 20. Carolina
Del diario del fraile Alejandro Ibarra
Capítulo 21. Lalo
Capítulo 22. Carolina
Capítulo 23. Lalo
Capítulo 24. Carolina
Del diario del fraile Alejandro Ibarra
Capítulo 25. Lalo
Capítulo 26. Carolina
Del diario de Jonathan Monroe de Santemala
Capítulo 27. Lalo
Capítulo 28. Carolina
Del diario de la señora Llanos (rumores del pueblo)
Capítulo 29. Lalo
Capítulo 30. Carolina
Capítulo 31. Lalo
Capítulo 32. Carolina
Capítulo 33. Lalo
Capítulo 34. Carolina
Capítulo 35. Lalo
Capítulo 36. Carolina
Capítulo 37. Lalo
Capítulo 38. Carolina
Del diario del fraile Alejandro Ibarra
Capítulo 39. Lalo
Capítulo 40. Carolina
Capítulo 41. Lalo
Capítulo 42. Carolina
Capítulo 43. Lalo
Capítulo 44. Carolina
Del diario de María Rosario (madre de Alma Rosario Fuentes)
Capítulo 45. Lalo
Capítulo 46. Carolina
Del diario de Jonathan Monroe de Santemala
Capítulo 47. Lalo
Capítulo 48. Carolina
Capítulo 49. Lalo
Capítulo 50. Carolina
Capítulo 51. Lalo
Capítulo 52. Carolina
Agradecimientos
Índice
Créditos